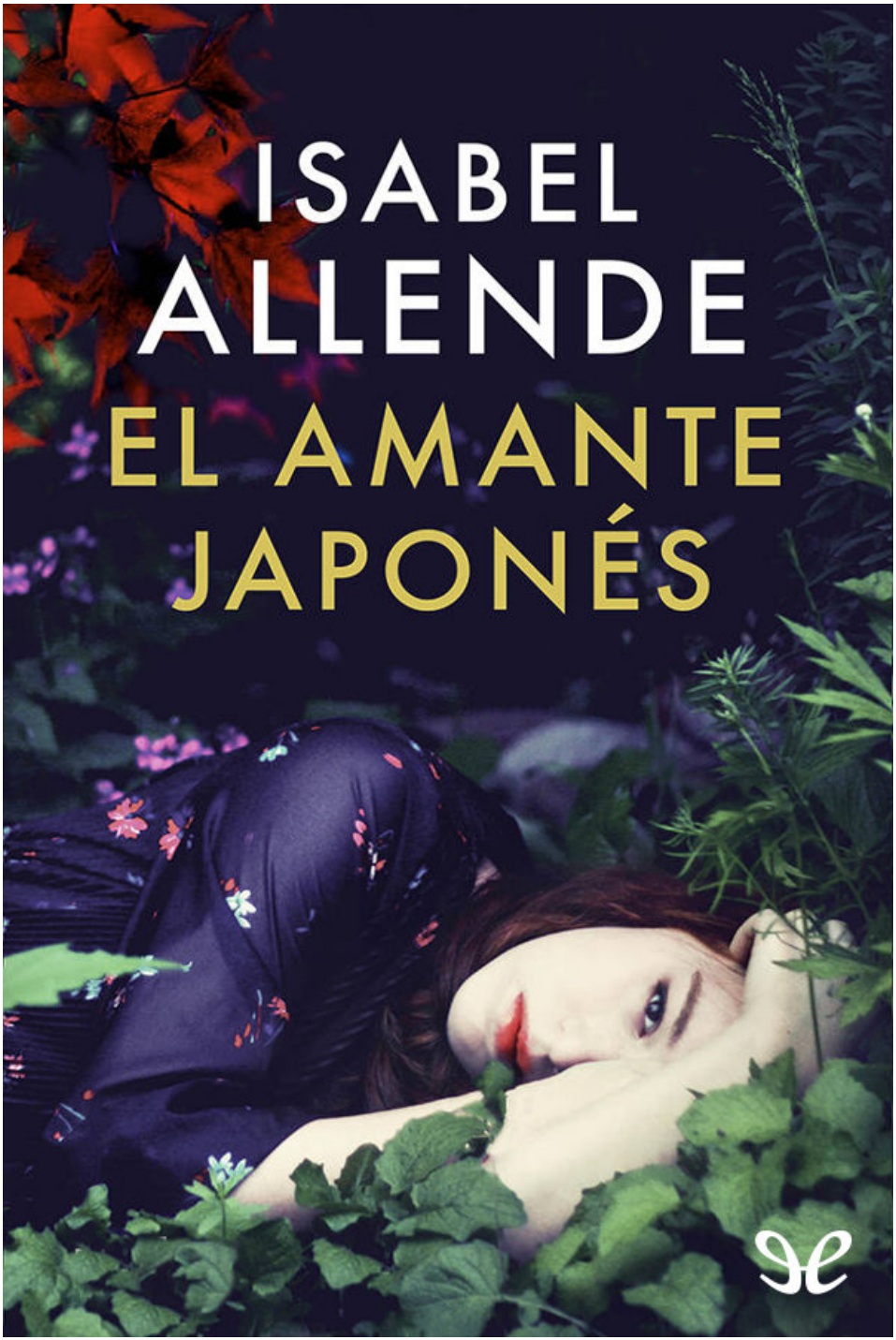
ISABEL
ALLENDE
EL AMANTE
JAPONÉS

«A los veintidós años, sospechando que tenían el tiempo contado, Ichimei y Alma se atragantaron de amor para consumirlo entero, pero mientras más intentaban agotarlo, más imprudente era el deseo, y quien diga que todo fuego se apaga solo tarde o temprano, se equivoca: hay pasiones que son incendios hasta que las ahoga el destino de un zarpazo y aun así quedan brasas calientes listas para arder apenas se les da oxígeno».

La historia de amor entre la joven Alma Velasco y el jardinero japonés Ichimei conduce al lector por un recorrido a través de diversos escenarios que van desde la Polonia de la Segunda Guerra Mundial hasta el San Francisco de nuestros días.

Isabel Allende

El amante japonés

ePub r1.2
Titivillus 18.11.15

Título original: *El amante japonés*
Isabel Allende, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mis padres, Panchita y Ramón,
ancianos sabios

Detente, sombra de mi amor esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Sor
Juana
Inés de la
Cruz

Lark House

Irina Bazili entró a trabajar en Lark House, en las afueras de Berkeley, en 2010, con veintitrés años cumplidos y pocas ilusiones, porque llevaba dando tumbos entre empleos, de una ciudad a otra, desde los quince. No podía imaginar que encontraría su acomodo perfecto en esa residencia de la tercera edad y que en los tres años siguientes llegaría a ser tan feliz como en su infancia, antes de que se le desordenara el destino. Lark House, fundada a mediados de 1900 para albergar dignamente a ancianos de bajos ingresos, atrajo desde el principio, por razones desconocidas, a intelectuales progresistas, esotéricos decididos y artistas de poco vuelo. Con el tiempo cambió en varios aspectos, pero seguía cobrando cuotas ajustadas a los ingresos de cada residente para fomentar, en teoría, cierta diversidad social y racial. En la práctica todos ellos resultaron ser blancos de clase media y la diversidad consistía en sutiles diferencias entre librepensadores, buscadores de caminos espirituales, activistas sociales y ecológicos, nihilistas y algunos de los pocos hippies que iban quedando vivos en el área de la bahía de San Francisco.

En la primera entrevista, el director de esa comunidad, Hans Voigt, le hizo ver a Irina que era demasiado joven para un puesto de tanta responsabilidad, pero como tenían que cubrir con urgencia una vacante en el departamento de administración y asistencia, ella podía ser suplente hasta que encontraran a la persona adecuada. Irina pensó que lo mismo que de ella se podía decir de él: parecía un chiquillo mofletudo con calvicie prematura a quien la tarea de dirigir ese establecimiento seguramente le quedaba grande. Con el tiempo la muchacha comprobaría que el aspecto de Voigt engañaba a cierta distancia y con mala luz, pues en realidad había cumplido

cincuenta y cuatro años y había demostrado ser un excelente administrador. Irina le aseguró que su falta de estudios se compensaba con la experiencia en el trato con ancianos en Moldavia, su país natal.

La tímida sonrisa de la postulante ablandó al director, quien se olvidó de pedirle una carta de recomendación y pasó a enumerar las obligaciones del puesto; podían resumirse en pocas palabras: facilitar la vida a los huéspedes del segundo y tercer nivel. Los del primero no le incumbían, pues vivían de forma independiente, como inquilinos en un edificio de apartamentos, y tampoco los del cuarto, llamado apropiadamente Paraíso, porque estaban aguardando su tránsito al cielo, pasaban dormitando la mayor parte del tiempo y no requerían el tipo de servicio que ella debía ofrecer. A Irina le correspondería acompañar a los residentes a las consultas de médicos, abogados y contadores, ayudarlos con formularios sanitarios y de impuestos, llevarlos de compras y menesteres similares. Su única relación con los del Paraíso era organizar sus funerales, para lo que recibiría instrucciones detalladas según el caso, le dijo Hans Voigt, porque los deseos de los moribundos no siempre coincidían con los de sus familiares. Entre la gente de Lark House había diversas creencias y los funerales tendían a ser ceremonias ecuménicas algo complicadas.

Le explicó que sólo el personal doméstico, de cuidado y enfermería estaba obligado a llevar uniforme, pero existía un tácito código de vestimenta para el resto de los empleados; el respeto y el buen gusto eran los criterios en esa materia. Por ejemplo, la camiseta estampada con Malcolm X que lucía Irina resultaba inapropiada para la institución, dijo enfáticamente. En realidad la efigie no era de Malcolm X sino del Che Guevara, pero ella no se lo aclaró porque supuso que Hans Voigt no había oído hablar del guerrillero, quien medio siglo después de su epopeya seguía siendo venerado en Cuba y por un puñado de radicales de Berkeley, donde ella vivía. La camiseta le había costado dos dólares en una tienda de ropa usada y estaba casi nueva.

—Aquí está prohibido fumar —le advirtió el director.

—No fumo ni bebo, señor.

—¿Tiene buena salud? Eso es importante en el trato con ancianos.

—Sí.

—¿Hay alguna cuestión que yo deba saber?

—Soy adicta a videojuegos y novelas de fantasía. Ya sabe, Tolkien, Neil Gaiman, Philip Pullman. Además trabajo lavando perros, pero no me ocupa muchas horas.

—Lo que haga en su tiempo libre es cosa suya, señorita, pero en su trabajo no puede distraerse.

—Por supuesto. Mire, señor, si me da una oportunidad, verá que tengo muy buena mano con la gente mayor. No se arrepentirá —dijo la joven con fingido aplomo.

Una vez concluida la entrevista, el director le mostró las instalaciones, que albergaban a doscientas cincuenta personas con una edad media de ochenta y cinco años. Lark House había sido la magnífica propiedad de un magnate del chocolate, que la donó a la ciudad y dejó una generosa dotación para financiarla. Consistía en la mansión principal, un palacete pretencioso donde estaban las oficinas, así como las áreas comunes, biblioteca, comedor y talleres, y una serie de agradables edificios de tejuela de madera, que armonizaban con el parque, aparentemente salvaje, pero en realidad bien cuidado por una cuadrilla de jardineros. Los edificios de los apartamentos independientes y los que albergaban a los residentes de segundo y de tercer nivel se comunicaban entre sí por anchos corredores techados, para circular con sillas de ruedas a salvo de los rigores del clima, y con laterales de vidrio, para apreciar la naturaleza, el mejor bálsamo para las penas a cualquier edad. El Paraíso, una construcción de cemento aislada, habría desentonado con el resto si no hubiera estado cubierto por completo de hiedra trepadora. La biblioteca y sala de juegos estaban disponibles a todas horas; el salón de belleza tenía horario flexible y en los talleres ofrecían diversas clases, desde pintura hasta astrología, para aquellos que todavía anhelaban sorpresas del futuro. En la Tienda de Objetos Olvidados, como rezaba el letrero sobre la puerta, atendida por damas voluntarias, vendían ropa, muebles, joyas y otros tesoros descartados por los residentes o dejados atrás por los difuntos.

—Tenemos un excelente club de cine. Proyectamos películas tres veces por semana en la biblioteca —dijo Hans Voigt.

—¿Qué clase de películas? —le preguntó Irina, con la esperanza

de que fueran de vampiros y ciencia ficción.

—Las selecciona un comité y dan preferencia a las de crímenes, les encantan las de Tarantino. Aquí hay cierta fascinación por la violencia, pero no se asuste, entienden que es ficción y que los actores reaparecerán en otras películas, sanos y buenos. Digamos que es una válvula de escape. Varios de nuestros huéspedes fantasean con asesinar a alguien, por lo general de su familia.

—Yo también —replicó Irina sin vacilar.

Creyendo que la joven bromeaba, Hans Voigt se rió complacido; apreciaba el sentido del humor casi tanto como la paciencia entre sus empleados.

En el parque de árboles antiguos correteaban confiadamente ardillas y un número poco usual de ciervos. Hans Voigt le explicó que las hembras llegaban a parir y criar allí a los cervatillos hasta que pudieran valerse por sí mismos, y que la propiedad también era un santuario de pájaros, especialmente alondras, de las que provenía el nombre: Lark House, casa de alondras. Había varias cámaras colocadas estratégicamente para espiar a los animales en la naturaleza y, de paso, a los ancianos que pudieran perderse o accidentarse, pero Lark House no contaba con medidas de seguridad. De día las puertas permanecían abiertas y sólo había un par de guardias desarmados que hacían ronda. Eran policías retirados de setenta y setenta y cuatro años respectivamente; no se requería más, porque ningún maleante iba a perder su tiempo asaltando a viejos sin ingresos. Se cruzaron con un par de mujeres en sillas de ruedas, con un grupo provisto de caballetes y cajas de pinturas para una clase al aire libre y con algunos huéspedes que paseaban a perros tan estropeados como ellos. La propiedad lindaba con la bahía y cuando subía la marea se podía salir en kayak, como hacían algunos de los residentes a quienes sus achaques no habían derrotado todavía. «Así me gustaría vivir», suspiró Irina, aspirando a bocanadas el dulce aroma de pinos y laureles y comparando esas agradables instalaciones con las guaridas insalubres por las que ella había deambulado desde los quince años.

—Por último, señorita Bazili, debo mencionarle los dos fantasmas, porque seguramente será lo primero que le advierta el personal haitiano.

—No creo en fantasmas, señor Voigt.

—La felicito. Yo tampoco. Los de Lark House son una mujer joven con un vestido de velos rosados y un niño de unos tres años. Es Emily, hija del magnate del chocolate. La pobre Emily se murió de pena cuando su hijo se ahogó en la piscina, a finales de los años cuarenta. Después de eso el magnate abandonó la casa y creó la fundación.

—¿El chico se ahogó en la piscina que me ha enseñado?

—La misma. Y nadie más ha muerto allí, que yo sepa.

Irina pronto iba a revisar su opinión sobre los fantasmas, porque descubriría que muchos de los ancianos estaban permanentemente acompañados por sus muertos; Emily y su hijo no eran los únicos espíritus residentes.

Al día siguiente a primera hora, Irina se presentó al empleo con sus mejores vaqueros y una camiseta discreta. Comprobó que el ambiente de Lark House era relajado sin caer en la negligencia; parecía un colegio universitario más que un asilo de ancianos. La comida equivalía a la de cualquier restaurante respetable de California: orgánica dentro de lo posible. El servicio era eficiente y el de cuidado y enfermería era todo lo amable que se puede esperar en estos casos. En pocos días se aprendió los nombres y manías de sus colegas y de los residentes a su cargo. Las frases en español y francés que pudo memorizar le sirvieron para ganarse el aprecio del personal, proveniente casi exclusivamente de México, Guatemala y Haití. El salario no era muy elevado para el duro trabajo que hacían, pero muy pocos ponían mala cara. «A las abuelitas hay que mimarlas, pero sin faltarles el respeto. Lo mismo a los abuelitos, pero a ellos no hay que darles mucha confianza, porque se portan malucos», le recomendó Lupita Farías, una chaparrita con cara de escultura olmeca, jefa del equipo de limpieza. Como llevaba treinta y dos años en Lark House y tenía acceso a las habitaciones, Lupita conocía íntimamente a cada ocupante, sabía cómo eran sus vidas, adivinaba sus malestares y los acompañaba en sus penas.

—Ojo con la depresión, Irina. Aquí es muy común. Si notas que alguien está aislado, anda muy triste, se queda en cama sin motivo o deja de comer, vienes corriendo a avisarme, ¿entendido?

—¿Y qué haces en ese caso, Lupita?

—Depende. Los acaricio, eso siempre lo agradecen, porque los viejos no tienen quien los toque, y los engancho con un serial de televisión; nadie quiere morirse antes de ver el final. Algunos se alivian rezando, pero aquí hay muchos ateos y ésos no rezan. Lo más importante es no dejarlos solos. Si yo no estoy a mano, avisas a Cathy; ella sabe qué hacer.

La doctora Catherine Hope, residente del segundo nivel, había sido la primera en darle la bienvenida a Irina en nombre de la comunidad. A los sesenta y ocho años, era la más joven de los residentes. Desde que estaba en silla de ruedas había optado por la asistencia y compañía que le ofrecía Lark House, donde llevaba un par de años. En ese tiempo se había convertido en el alma de la institución.

—La gente mayor es la más divertida del mundo. Ha vivido mucho, dice lo que le da la gana y le importa un bledo la opinión ajena. Nunca te vas a aburrir aquí —le dijo a Irina—. Nuestros residentes son personas educadas y si tienen buena salud, siguen aprendiendo y experimentando. En esta comunidad hay estímulo y se puede evitar el peor flagelo de la vejez: la soledad.

Irina estaba al tanto del espíritu progresista de la gente de Lark House, conocido porque en más de una ocasión había sido noticia. Existía una lista de espera de varios años para ingresar y habría sido más larga si muchos de los postulantes no hubieran fallecido antes de que les tocara el turno. Esos viejos eran prueba contundente de que la edad, con sus limitaciones, no impedía divertirse y participar en el ruido de la existencia. Varios de ellos, miembros activos del movimiento Ancianos por la Paz, destinaban los viernes por la mañana a protestar en la calle contra las aberraciones e injusticias del mundo, especialmente del imperio norteamericano, del cual se sentían responsables. Los activistas, entre quienes figuraba una dama de ciento un años, se daban cita en una esquina de la plaza del barrio frente al cuartelillo de policía, con sus bastones, andadores y sillas de ruedas, enarbolando carteles contra la guerra o el calentamiento global, mientras el público los apoyaba a bocinazos desde los coches o firmando las peticiones que los furibundos bisabuelos les ponían delante. En más de una ocasión, los revoltosos habían aparecido en televisión mientras la policía hacía el ridículo tratando de dispersarlos con amenazas de gas

lacrimógeno, que jamás se concretaban. Emocionado, Hans Voigt le había mostrado a Irina una placa colocada en el parque en honor a un músico de noventa y siete años, que murió en 2006 con las botas puestas y a pleno sol, tras sufrir un ataque cerebral fulminante mientras protestaba contra la guerra de Irak.

Irina se había criado en una aldea de Moldavia habitada por viejos y niños. A todos les faltaban dientes, a los primeros porque los habían perdido con el uso y a los segundos porque estaban cambiando los de leche. Pensó en sus abuelos y, como tantas veces en los últimos años, se arrepintió de haberlos abandonado. En Lark House se le presentaba la oportunidad de darles a otros lo que no pudo darles a ellos y, con ese propósito en mente, se dispuso a atender a las personas a su cargo. Pronto se los ganó a todos y también a varios del primer nivel, los independientes.

Desde el comienzo le llamó la atención Alma Belasco. Se distinguía entre las otras mujeres por su porte aristocrático y por el campo magnético que la aislaba del resto de los mortales. Lupita Farías aseguraba que la Belasco no calzaba en Lark House, que iba a durar muy poco y que en cualquier momento vendría a buscarla el mismo chofer que la había traído en un Mercedes Benz. Pero fueron pasando los meses sin que eso ocurriera. Irina se limitaba a observar a Alma Belasco de lejos, porque Hans Voigt le había ordenado concentrarse en sus obligaciones con las personas del segundo y tercer nivel, sin distraerse con los independientes. Bastante ocupada estaba atendiendo a sus clientes —no se llamaban pacientes— y aprendiendo los pormenores de su nuevo empleo. Como parte de sus entrenamientos, debía estudiar los vídeos de los funerales recientes: una judía budista y un agnóstico arrepentido. Por su parte, Alma Belasco no se habría fijado en Irina si las circunstancias no la hubieran convertido brevemente en la persona más polémica de la comunidad.

El francés

En Lark House, donde había una deprimente mayoría de mujeres, Jacques Devine era considerado la estrella, el único galán entre los veintiocho varones del establecimiento. Le llamaban el francés, no porque hubiera nacido en Francia, sino por su exquisita urbanidad —dejaba pasar primero a las damas, les apartaba la silla y nunca andaba con la bragueta abierta—, y porque podía bailar, a pesar de su espalda apuntalada. Andaba derecho a los noventa años gracias a varillas, tornillos y tuercas en la columna; algo le quedaba de su cabello ensortijado y sabía jugar a las cartas, haciendo trampa con desenvoltura. Era sano de cuerpo, salvo por la artritis común, la presión alta y la sordera ineludible de los años invernales, y bastante lúcido, pero no tanto como para recordar si había almorzado; por eso estaba en el segundo nivel, donde disponía de la asistencia necesaria. Había llegado a Lark House con su tercera esposa, quien alcanzó a vivir sólo tres semanas antes de morir atropellada en la calle por un ciclista distraído. El día del francés comenzaba temprano: se duchaba, se vestía y afeitaba con ayuda de Jean Daniel, un cuidador haitiano, cruzaba el estacionamiento apoyado en su bastón, fijándose bien en los ciclistas, y se iba al Starbucks de la esquina a tomar la primera de sus cinco tazas cotidianas de café. Se había divorciado una vez, enviudado dos y jamás le habían faltado enamoradas a quienes seducía con trucos de ilusionista. Una vez, hacía poco, calculó que se había enamorado sesenta y siete veces; lo anotó en su libreta para que no se le olvidara el número, ya que los rostros y los nombres de esas afortunadas se le estaban borrando. Tenía varios hijos reconocidos y otro de un percance clandestino con una mujer cuyo nombre no recordaba, además de sobrinos, todos unos ingratos que contaban

los días para verlo partir al otro mundo y heredarlo. Se rumoreaba que tenía una pequeña fortuna hecha con mucho atrevimiento y pocos escrúpulos. Él mismo confesaba, sin asomo de arrepentimiento, que había pasado un tiempo en prisión, de donde sacó tatuajes de filibustero en los brazos, que la flacidez, las manchas y las arrugas habían desdibujado, y ganó sumas considerables especulando con los ahorros de los guardias.

A pesar de las atenciones de varias señoras de Lark House, que le dejaban poco campo para maniobras amorosas, Jacques Devine se prendó de Irina Bazili desde el primer momento en que la vio deambulando con su tablilla de anotar y su trasero respingón. La muchacha no tenía ni una gota de sangre caribeña, por lo que ese trasero de mulata era un prodigio de la naturaleza, aseguraba el hombre después de tomarse el primer martini, extrañado de que nadie más lo percibiera. Había pasado sus mejores años haciendo negocios entre Puerto Rico y Venezuela, donde se aficionó a apreciar a las mujeres por detrás. Esas posaderas épicas se le habían fijado para siempre en las retinas; soñaba con ellas, las veía por todas partes, incluso en un sitio tan poco propicio como Lark House y en una mujer tan flaca como Irina. Su vida de anciano, sin proyectos ni ambiciones, se llenó de súbito con ese amor tardío y totalitario, alterando la paz de sus rutinas. A poco de conocerla, le demostró su entusiasmo con un escarabajo de topacio y brillantes, una de las pocas joyas de sus difuntas esposas que salvó de la rapiña de sus descendientes. Irina no quiso aceptarlo, pero su rechazo mandó la presión arterial del enamorado a las nubes y ella misma tuvo que acompañarlo la noche entera en el servicio de urgencias. Conectado a una bolsa de suero en la vena, Jacques Devine, entre suspiros y reproches, le declaró su sentimiento desinteresado y platónico. Sólo deseaba su compañía, recrear la vista con su juventud y belleza, escuchar su voz diáfana, imaginar que ella también lo quería, aunque fuera como una hija. También podía quererlo como a un bisabuelo.

Al día siguiente en la tarde, de vuelta en Lark House, mientras Jacques Devine disfrutaba de su martini ritual, Irina, con los ojos enrojecidos y ojeras azules por la noche en blanco, le confesó el lío a Lupita Farías.

—Eso no es ninguna novedad, chamaca. A cada rato

sorprendemos a los residentes en camas ajenas, no sólo a los abuelitos, también a las señoras. A falta de hombres, las pobres tienen que conformarse con lo que hay. Todo el mundo necesita compañía.

—En el caso del señor Devine se trata de amor platónico, Lupita.

—No sé lo que será eso, pero si es lo que me imagino, no le creas. El francés tiene un implante en el pito, una salchicha de plástico que se infla con una bombilla disimulada en las bolas.

—¡Qué dices, Lupita! —se rió Irina.

—Lo que oyes. Te lo juro. Yo no lo he visto, pero el francés le hizo una demostración a Jean Daniel. Impresionante.

La buena mujer agregó, para beneficio de Irina, lo que había observado en muchos años de trabajar en Lark House: que la edad, por sí sola, no hace a nadie mejor ni más sabio, sólo acentúa lo que cada uno ha sido siempre.

—El que es un miserable no se vuelve generoso con los años, Irina, se vuelve más miserable. Seguramente Devine fue siempre un calavera y por eso ahora es un viejo verde —concluyó.

En vista de que no pudo devolverle el broche de escarabajo a su pretendiente, Irina se lo llevó a Hans Voigt, quien le informó sobre la prohibición absoluta de aceptar propinas y regalos. La regla no se aplicaba a los bienes que recibía Lark House de los moribundos, ni a las donaciones hechas bajo la mesa para colocar a un familiar a la cabeza de la lista de postulantes para ingresar, pero de eso no hablaron. El director recibió el horrendo bicho de topacio para devolvérselo a su legítimo dueño, como dijo, y entretanto lo metió en un cajón de la mesa de su despacho.

Una semana más tarde Jacques Devine le pasó a Irina ciento sesenta dólares en billetes de a veinte y esta vez ella se dirigió directamente a Lupita Farías, quien era partidaria de las soluciones simples: los devolvió a la caja de cigarros donde el galán guardaba su dinero en efectivo, segura de que él no recordaría haberlo sacado ni cuánto tenía. Así resolvió Irina el problema de las propinas, pero no el de las apasionadas misivas de Jacques Devine, sus invitaciones a cenar en restaurantes caros, su rosario de pretextos para llamarla a su habitación y contarle los éxitos exagerados que nunca le ocurrieron, y finalmente su propuesta matrimonial. El francés, tan diestro en el vicio de la seducción, había revertido a la

adolescencia, con su dolorosa carga de timidez, y en vez de declararse en persona, le pasó una carta perfectamente legible, porque la escribió en su computadora. El sobre contenía dos páginas plagadas de rodeos, metáforas y repeticiones, que podían resumirse en pocos puntos: Irina había renovado su energía y su deseo de vivir, podía ofrecerle gran bienestar, por ejemplo en Florida, donde siempre calentaba el sol, y cuando enviudara estaría económicamente asegurada. Mirara por donde mirase su proposición, ella saldría ganando, escribió, ya que la diferencia de edad constituía una ventaja a su favor. La firma era un garabato de mosquitos. La joven se abstuvo de informar al director, temiendo verse en la calle, y dejó la carta sin respuesta con la esperanza de que al novio se le eclipsara de la mente, pero por una vez a Jacques Devine le funcionó la memoria reciente. Rejuvenecido por la pasión, siguió mandándole misivas cada vez más urgentes, mientras ella procuraba evitarlo, rezándole a santa Parescheva para que el anciano desviara su atención hacia la docena de damas octogenarias que lo perseguían.

La situación fue subiendo de tono y habría llegado a ser imposible de disimular si un acontecimiento inesperado no hubiera puesto fin a Jacques Devine y, de paso, al dilema de Irina. Esa semana el francés había salido un par de veces en taxi sin dar explicaciones, algo inusual en su caso, porque se extraviaba en la calle. Entre los deberes de Irina estaba acompañarlo, pero él salió a hurtadillas, sin decir palabra de sus intenciones. El segundo viaje debió de poner a prueba su resistencia, porque regresó a Lark House tan perdido y frágil, que el chofer tuvo que bajarlo del taxi prácticamente en brazos y entregárselo como un bulto a la recepcionista.

—¿Qué le ha pasado, señor Devine? —le preguntó la mujer.

—No sé, yo no estaba allí —le contestó.

Después de examinarlo y comprobar que la presión arterial era normal, el médico de turno consideró que no valía la pena enviarlo de nuevo al hospital y le ordenó descansar en cama por un par de días, pero también notificó a Hans Voigt que Jacques Devine ya no estaba en condiciones mentales de seguir en el segundo nivel, había llegado la hora de transferirlo al tercero, donde dispondría de asistencia continua. Al día siguiente el director se dispuso a

comunicar el cambio a Devine, tarea que siempre le dejaba un sabor a cobre en la lengua, porque nadie ignoraba que el tercer nivel era la antesala del Paraíso, el piso sin retorno, pero fue interrumpido por Jean Daniel, el empleado haitiano, que llegó demudado con la noticia de que había encontrado a Jacques Devine tieso y frío cuando fue a ayudarlo a vestirse. El médico propuso una autopsia, ya que al examinarlo el día anterior no había notado nada que justificara esa desagradable sorpresa, pero Hans Voigt se opuso; para qué sembrar sospechas sobre algo tan previsible como el fallecimiento de una persona de noventa años. Una autopsia podría manchar la impecable respetabilidad de Lark House. Al saber lo ocurrido, Irina lloró un buen rato, porque muy a pesar suyo le había tomado cariño a ese patético Romeo, pero no pudo evitar cierto alivio por verse libre de él y vergüenza por sentirse aliviada.

El fallecimiento del francés unió al club de sus admiradoras en un solo duelo de viuda, pero les faltó el consuelo de organizar una ceremonia porque los parientes del difunto optaron por el recurso expeditivo de incinerar sus restos a toda prisa.

El hombre habría sido olvidado pronto, incluso por sus enamoradas, si su familia no hubiera desencadenado una tormenta. Poco después de que sus cenizas fueran esparcidas sin aspavientos emocionales, los presuntos herederos comprobaron que todas las posesiones del anciano habían sido legadas a una tal Irina Bazili. Según la breve nota adjunta al testamento, Irina le había dado ternura en la última etapa de su larga vida y por eso merecía heredarlo. El abogado de Jacques Devine explicó que su cliente le había indicado por teléfono los cambios en el testamento y después se presentó dos veces en su oficina, primero para revisar los papeles y después para firmarlos ante notario, y que se había manifestado seguro de lo que quería. Los descendientes acusaron a la administración de Lark House de negligencia ante el estado mental del anciano y a esa Irina Bazili de robarle con alevosía. Anunciaron su decisión de impugnar el testamento, denunciar al abogado por incapaz, al notario por cómplice y a Lark House por daños y perjuicios. Hans Voigt recibió al tropel de parientes frustrados con la calma y cortesía adquiridas a lo largo de muchos años de dirigir

la institución, mientras hervía de rabia por dentro. No esperaba semejante truhanería de Irina Bazili, a quien creía incapaz de matar a una mosca, pero uno nunca acaba de aprender, no se puede confiar en nadie. En un aparte le preguntó al abogado de cuánto dinero se trataba y resultó que eran unas tierras secas en Nuevo México y acciones de varias compañías, cuyo valor estaba por verse. La suma en dinero efectivo era insignificante.

El director pidió veinticuatro horas para negociar una salida menos costosa que querellarse y convocó perentoriamente a Irina. Pensaba manejar el embrollo con guantes de seda. No le convenía enemistarse con esa zorra, pero al verse frente a ella perdió los estribos.

—¡Quisiera saber cómo diablos lograste engatusar al viejo! —la increpó.

—¿De quién me está hablando, señor Voigt?

—¡De quién va a ser! ¡Del francés, claro! ¿Cómo pudo suceder esto ante mis propias narices?

—Perdone, no se lo dije para no preocuparlo, pensé que el asunto se iba a resolver solo.

—¡Y muy bien que se ha resuelto! ¿Qué explicación le voy a dar a su familia?

—No tienen para qué saberlo, señor Voigt. Los ancianos se enamoran, usted lo sabe, pero a la gente de fuera eso le choca.

—¿Te acostaste con Devine?

—¡No! ¿Cómo se le ocurre?

—Entonces no entiendo nada. ¿Por qué te nombró su heredera universal?

—¿Cómo dice?

Abismado, Hans Voigt comprendió que Irina Bazili no sospechaba las intenciones del hombre y que era la más sorprendida con el testamento. Iba a advertirle que le costaría mucho cobrar algo, porque los herederos legítimos pelearían hasta el último centavo, pero ella le anunció a bocajarro que no quería nada, porque sería dinero mal habido y le traería desgracia. Jacques Devine estaba deschavetado, dijo, como cualquiera en Lark House podía atestiguar; lo mejor sería arreglar las cosas sin bulla. Bastaría un diagnóstico de demencia senil por parte del médico. Irina debió repetirlo para que el desconcertado director entendiera.

De poco sirvieron las precauciones para mantener la situación en secreto. Todo el mundo lo supo y de la noche a la mañana Irina Bazili pasó a ser la persona más polémica de la comunidad, admirada por los residentes y criticada por los latinos y haitianos del servicio, para quienes rechazar dinero era un pecado. «No escupas al cielo, que te cae en la cara», sentenció Lupita Farías e Irina no encontró traducción al rumano para ese críptico proverbio. El director, impresionado por el desprendimiento de esa modesta inmigrante de un país difícil de situar en el mapa, la hizo fija, con cuarenta horas a la semana y un sueldo superior al de su antecesora; además convenció a los descendientes de Jacques Devine de que le dieran dos mil dólares a Irina como prueba de agradecimiento. Irina no llegó a recibir la suma prometida, pero como era incapaz de imaginarla, pronto se la quitó de la cabeza.

Alma Belasco

La fantástica herencia de Jacques Devine logró que Alma Belasco se fijara en Irina y una vez que se calmó la tempestad de habladurías, la llamó. La recibió en su espartana vivienda, envarada con dignidad imperial en un pequeño sillón color albaricoque, con Neko, su gato atigrado, en la falda.

—Necesito una secretaria. Quiero que trabajes para mí —le planteó.

No era una propuesta, era una orden. Como Alma escasamente le devolvía el saludo si se cruzaban en un pasillo, a Irina la pilló por sorpresa. Además, como la mitad de los residentes de la comunidad vivían modestamente de su pensión, que a veces complementaban con ayuda de sus familiares, muchos debían ceñirse estrictamente a los servicios disponibles, porque incluso una comida extra podía desbaratarles el exiguo presupuesto; nadie podía darse el lujo de contratar una asistente personal. El espectro de la pobreza, como el de la soledad, rondaba siempre a los viejos. Irina le explicó que disponía de poco tiempo, porque después de su horario en Lark House trabajaba en una cafetería y además bañaba perros a domicilio.

—¿Cómo es eso de los perros? —le preguntó Alma.

—Tengo un socio que se llama Tim y es mi vecino en Berkeley. Tim tiene una ranchera en la que ha instalado dos bañeras y una manguera larga; vamos a las casas de los perros, quiero decir, de los dueños de los perros, enchufamos la manguera y bañamos a los clientes, o sea, los perros, en el patio o en la calle. También les limpiamos las orejas y les cortamos las uñas.

—¿A los perros? —preguntó Alma, disimulando la sonrisa.

—Sí.

—¿Cuánto ganas por hora?

—Veinticinco dólares por perro, pero lo divido con Tim, o sea, me tocan doce cincuenta.

—Te tomaré a prueba, trece dólares la hora, por tres meses. Si estoy conforme con tu trabajo, te subiré a quince. Trabajarás conmigo por las tardes, cuando termines en Lark House, dos horas diarias para comenzar. El horario puede ser flexible, dependiendo de mis necesidades y tu disponibilidad. ¿Estamos?

—Podría dejar la cafetería, señora Belasco, pero no puedo dejar a los perros, que ya me conocen y me esperan.

En eso quedaron y así comenzó una asociación que al poco tiempo iba a convertirse en amistad.

En las primeras semanas en su nuevo empleo, Irina andaba de puntillas y medio perdida, porque Alma Belasco demostró ser autoritaria en el trato, exigente en los detalles y vaga en sus instrucciones, pero pronto le perdió el miedo y se le hizo indispensable, como había llegado a serlo en Lark House. Irina observaba a Alma con fascinación de zoólogo, como a una salamandra inmortal. La mujer no se parecía a nadie que ella hubiera conocido y ciertamente a ninguno de los ancianos del segundo y tercer nivel. Era celosa de su independencia, carecía de sentimentalismo y apego a lo material, parecía liberada en sus afectos, con excepción de su nieto Seth, y se sentía tan segura de sí misma, que no buscaba apoyo en Dios ni en la azucarada beatitud de algunos huéspedes de Lark House, que se proclamaban espirituales y andaban pregonando métodos para alcanzar un estado superior de consciencia. Alma tenía los pies bien firmes en el suelo. Irina supuso que su altivez era una defensa contra la curiosidad ajena y su sencillez, una forma de elegancia que pocas mujeres podían imitar sin parecer descuidadas. Llevaba el cabello, blanco y duro, cortado en mechas desparejas, que peinaba con los dedos. Como únicas concesiones a la vanidad se pintaba los labios de rojo y usaba una fragancia masculina de bergamota y naranja; a su paso ese aroma fresco anulaba el vago olor a desinfectante, vejez y ocasionalmente a marihuana de Lark House. Era de nariz fuerte, boca orgullosa, huesos largos y manos sufridas de jornalero; tenía ojos castaños, gruesas cejas oscuras y ojeras violáceas, que le daban un aire insomne y que sus lentes de montura negra no ocultaban. Su

aura enigmática imponía distancia; ninguno de los empleados se dirigía a ella en el tono paternalista que solían usar con los otros residentes y nadie podía jactarse de conocerla, hasta que Irina Bazili logró penetrar en la fortaleza de su intimidad.

Alma vivía con su gato en un apartamento con un mínimo de muebles y objetos personales, y se trasladaba en el automóvil más pequeño del mercado, sin respeto alguno por las leyes del tránsito, que consideraba optativas (entre los deberes de Irina estaba pagar las multas). Era cortés por hábito de buenos modales, pero los únicos amigos que había hecho en Lark House eran Víctor, el jardinero, con quien pasaba ratos largos trabajando en los cajones alzados donde plantaban vegetales y flores, y la doctora Catherine Hope, ante quien simplemente no pudo resistirse. Tenía alquilado un estudio en un galpón dividido por tabiques de madera, que compartía con otros artesanos. Pintaba en seda, como había hecho durante sesenta años, pero ahora no lo hacía por inspiración artística, sino para no morirse de aburrimiento antes de tiempo. Pasaba varias horas a la semana en su taller acompañada por Kirsten, su ayudante, a quien el síndrome de Down no impedía cumplir con sus tareas. Kirsten conocía las combinaciones de colores y los útiles que Alma empleaba, preparaba las telas, mantenía en orden el taller y limpiaba los pinceles. Ambas mujeres trabajaban en armonía sin necesidad de palabras, adivinándose las intenciones. Cuando a Alma comenzaron a temblarle las manos y fallarle el pulso, contrató a un par de estudiantes para que copiaran en seda los dibujos que ella hacía en papel, mientras su fiel asistente los vigilaba con suspicacia de carcelero. Kirsten era la única persona que se permitía saludar a Alma con abrazos o interrumpirla con besos y lengüetazos en la cara cuando sentía el impulso de la ternura.

Sin proponérselo en serio, Alma había obtenido fama con sus quimonos, túnicas, pañuelos y echarpes de diseños originales y colores atrevidos. Ella misma no los usaba, se vestía con pantalones amplios y blusas de lino en negro, blanco y gris, trapos de indigente, según Lupita Farías, quien no sospechaba el precio de aquellos trapos. Sus telas pintadas se vendían en galerías de arte a precios exorbitantes, que destinaba a la Fundación Belasco. Sus colecciones estaban inspiradas en sus viajes por el mundo —

animales del Serengueti, cerámica otomana, escritura etíope, jeroglíficos incas, bajorrelieves griegos— y las renovaba en cuanto eran imitadas por sus competidores. Se había negado a vender su marca o colaborar con diseñadores de moda; cada original suyo se reproducía en número limitado, bajo su severa supervisión, y cada pieza salía firmada por ella. En su apogeo llegó a tener medio centenar de personas trabajando para ella y había manejado una producción considerable en un gran espacio industrial al sur de la calle Market en San Francisco. Nunca había hecho publicidad, porque no había tenido necesidad de vender algo para ganarse la vida, pero su nombre se había convertido en garantía de exclusividad y excelencia. Al cumplir los setenta años decidió reducir su producción, con grave detrimento para la Fundación Belasco, que contaba con esos ingresos.

Creada en 1955 por su suegro, el mítico Isaac Belasco, la fundación se dedicaba a crear zonas verdes en barrios conflictivos. Esa iniciativa, cuya finalidad había sido más que nada estética, ecológica y de recreación, produjo imprevistos beneficios sociales. Donde aparecía un jardín, un parque o una plaza, disminuía la delincuencia, porque los mismos pandilleros y adictos, que antes estaban dispuestos a matarse unos a otros por una papelina de heroína o treinta centímetros cuadrados de territorio, se juntaban para cuidar ese rincón de la ciudad que les pertenecía. En algunos habían pintado murales, en otros habían levantado esculturas y juegos infantiles, en todos se reunían artistas y músicos para entretener al público. La Fundación Belasco había sido dirigida en cada generación por el primer descendiente masculino de la familia, una regla tácita que la liberación femenina no cambió, porque ninguna de las hijas se tomó la molestia de cuestionarla; un día le tocaría a Seth, el bisnieto del fundador. Él no deseaba ese honor en absoluto, pero constituía parte de su legado.

Alma Belasco estaba tan acostumbrada a mandar y mantener distancias e Irina tan acostumbrada a recibir órdenes y ser discreta que nunca habrían llegado a estimarse sin la presencia de Seth Belasco, el nieto preferido de Alma, quien se propuso derribar las barreras entre ellas. Seth conoció a Irina Bazili al poco tiempo de

que su abuela se instalara en Lark House y la joven lo atrapó de inmediato, aunque no habría podido decir por qué. A pesar de su nombre, no se parecía a esas bellezas de Europa del Este que en la última década habían tomado por asalto los clubes masculinos y agencias de modelos: nada de huesos de jirafa, pómulos de mongol ni languidez de odalisca; a Irina podían confundirla desde lejos con un chiquillo desaliñado. Era tan transparente y tal su tendencia a la invisibilidad, que se requería mucha atención para notarla. Su ropa holgada y su gorro de lana metido hasta las cejas no contribuían a destacarla. A Seth lo sedujo el misterio de su inteligencia, su rostro de duende en forma de corazón, con un hoyuelo profundo en la barbilla, sus ojos verdosos asustadizos, su cuello delgado, que acentuaba su aire de vulnerabilidad y su piel tan blanca, que refulgía en la oscuridad. Incluso sus manos infantiles de uñas mordidas lo conmovían. Sentía un deseo desconocido de protegerla y colmarla de atenciones, un sentimiento nuevo e inquietante. Irina usaba tantas capas sobrepuestas de ropa, que resultaba imposible juzgar el resto de su persona, pero meses más tarde, cuando el verano la obligó a desprenderse de los chalecos que la ocultaban, resultó ser bien proporcionada y atractiva, dentro de su estilo desaliñado. El gorro de lana fue reemplazado por pañuelos de gitana, que no le cubrían el pelo por completo, por lo que algunas mechas crespas de un rubio casi albino le enmarcaban la cara.

Al principio su abuela fue el único vínculo que Seth pudo establecer con la muchacha, ya que no le sirvió ninguno de sus métodos habituales, pero después descubrió el poder irresistible de la escritura. Le contó que con ayuda de su abuela estaba recreando un siglo y medio de la historia de los Belasco y de San Francisco, desde su fundación hasta el presente. Había tenido ese novelón en la mente desde los quince años, un ruidoso torrente de imágenes, anécdotas, ideas, palabras y más palabras que si no lograba volcar en el papel, lo ahogaría. La descripción era exagerada; el torrente era apenas un arroyo anémico, pero captó la imaginación de Irina de tal manera que a Seth no le quedó otra alternativa que ponerse a escribir. Aparte de visitar a su abuela, quien contribuía con la tradición oral, empezó a documentarse en libros y en internet, así como a coleccionar fotografías y cartas escritas en diferentes épocas. Se ganó la admiración de Irina, pero no la de Alma, quien lo

acusaba de ser grandioso en ideas y desordenado en hábitos, combinación fatal para un escritor. Si Seth se hubiera dado tiempo para reflexionar, habría admitido que su abuela y la novela eran pretextos para ver a Irina, esa criatura arrancada de un cuento nórdico y aparecida donde menos se podía esperar: en una residencia geriátrica; pero por mucho que hubiera reflexionado, no habría logrado explicar la llamada irresistible que ella ejercía sobre él, con sus huesitos de huérfana y su palidez de tísica, lo opuesto a su ideal femenino. Le gustaban las chicas saludables, alegres, bronceadas y sin complicaciones, de esas que abundaban en California y en su pasado. Irina no parecía notar el efecto que ejercía sobre él y lo trataba con la simpatía distraída que normalmente se reserva para las mascotas ajenas. Esa gentil indiferencia de Irina, que en otros tiempos hubiera interpretado como un desafío, lo paralizaba en una condición de timidez perpetua.

La abuela se dedicó a escarbar entre sus reminiscencias para ayudar al nieto con el libro que, según su propia confesión, llevaba una década comenzando y abandonando. Era un proyecto ambicioso y nadie mejor cualificado para ayudarlo que Alma, quien disponía de tiempo y todavía no experimentaba síntomas de demencia senil. Alma iba con Irina a la residencia de los Belasco en Sea Cliff a revisar sus cajas, que nadie había tocado desde su partida. Su antigua habitación permanecía cerrada, sólo entraban en ella para limpiar. Alma había distribuido casi todas sus posesiones: a su nuera y a su nieta, las joyas, menos una pulsera de brillantes que tenía reservada para la futura esposa de Seth; a hospitales y escuelas, los libros; a obras de caridad, la ropa y las pieles, que nadie se atrevía a usar en California por temor a los defensores de los animales, los cuales en un arrebato podían atacar a cuchilladas; otras cosas se las dio a quienes las quisieran, pero se reservó lo único que le importaba: cartas, diarios de vida, recortes de prensa, documentos y fotografías. «Debo organizar este material, Irina, no quiero que cuando sea anciana alguien meta mano en mi intimidad». Al principio trató de hacerlo sola, pero a medida que le tomó confianza a Irina, empezó a delegar en ella. La muchacha acabó haciéndose cargo de todo menos de las cartas en sobres amarillos que llegaban de vez en cuando y que Alma hacía

desaparecer de inmediato. Tenía instrucciones de no tocarlas.

A su nieto le entregaba sus recuerdos uno a uno, con avaricia, para mantenerlo enganchado el mayor tiempo posible, porque temía que si se aburría de revolotear en torno a Irina, el tan mentado manuscrito volvería a un cajón olvidado y ella vería al joven mucho menos. La presencia de Irina era indispensable en las reuniones con Seth, porque, si no, él se distraía esperándola. Alma se reía entre dientes al pensar en la reacción de la familia si Seth, el delfín de los Belasco, se emparejara con una inmigrante que sobrevivía cuidando viejos y bañando perros. A ella esa posibilidad no le parecía mal, porque Irina era más lista que la mayoría de las atléticas novias temporales de Seth; pero era una gema en bruto, faltaba pulirla. Se propuso proporcionarle un barniz de cultura, llevarla a conciertos y museos, darle a leer libros para adultos en vez de esos novelones absurdos de mundos fantásticos y criaturas sobrenaturales que tanto le gustaban, y enseñarle modales, como el uso apropiado de los cubiertos en la mesa. Cosas que Irina no había recibido de sus rústicos abuelos en Moldavia ni de su madre alcohólica en Texas, pero era avispada y agradecida. Iba a ser fácil refinarla y sería una forma sutil de pagarle por atraer a Seth a Lark House.

El hombre invisible

Al año de trabajar para Alma Belasco, Irina tuvo la primera sospecha de que la mujer tenía un amante, pero no se atrevió a darle importancia hasta que se vio forzada a decírselo a Seth, tiempo después. Al comienzo, antes de que Seth la iniciara en el vicio del suspenso y la intriga, no había tenido intención de espiar a Alma. Fue accediendo a su intimidad de a poco, sin que ninguna de las dos se diera cuenta. La idea del amante fue tomando forma al organizar las cajas que iban trayendo de la casa de Sea Cliff y al examinar la fotografía de un hombre en un marco de plata en la habitación de Alma, que ella misma limpiaba regularmente con un paño de pulir. Aparte de otra más pequeña de su familia, que tenía en la sala, no había otras en el apartamento, lo cual llamaba la atención a Irina, porque el resto de los residentes de Lark House se rodeaba de fotos como una forma de compañía. Alma sólo le dijo que se trataba de un amigo de la infancia. Las pocas veces que Irina se atrevió a preguntar más, ella cambiaba el tema, pero logró sonsacarle que se llamaba Ichimei Fukuda, un nombre japonés, y era el artista del extraño cuadro de la sala, un paisaje desolado de nieve y cielo gris, edificios oscuros de un piso, postes y cables de electricidad y, como único vestigio de vida, un pájaro negro en vuelo. Irina no entendía por qué Alma había escogido, entre las numerosas obras de arte de los Belasco, ese cuadro deprimente para decorar su vivienda. En el retrato, Ichimei Fukuda era un hombre de edad indefinida, con la cabeza ladeada en actitud de preguntar, los ojos entornados, porque estaba de cara al sol, pero la mirada era franca y directa; tenía una insinuación de sonrisa en la boca de labios gruesos, sensuales, y el pelo rígido y abundante. Irina se sentía inexorablemente atraída por ese rostro que parecía estar

llamándola o tratando de decirle algo importante. De tanto estudiarlo cuando estaba sola en el apartamento, comenzó a imaginar a Ichimei Fukuda de cuerpo entero, a atribuirle cualidades e inventarle una vida: era fuerte de espaldas, solitario de carácter, controlado en sus emociones y sufrido. La negativa de Alma a hablar de él avivaba su deseo de conocerlo. En las cajas encontró otra foto del mismo hombre con Alma en una playa, ambos con los pantalones arremangados, las zapatillas en la mano, los pies en el agua, riéndose, empujándose. La actitud de la pareja jugando en la arena indicaba amor, intimidad sexual. Supuso que se hallaban solos y le pidieron a alguien, un desconocido que pasaba, que tomara esa instantánea. Si Ichimei era más o menos de la edad de Alma, ya estaría en los ochenta, dedujo Irina, pero no le cupo duda de que lo reconocería si lo viera. Sólo Ichimei podía ser la causa de la errática conducta de Alma.

Irina podía predecir las desapariciones de su jefa por su silencio absorto y melancólico en los días previos, seguido de una euforia súbita y apenas contenida una vez que decidía irse. Había estado esperando algo y cuando ocurría, se ponía dichosa; echaba unas cuantas prendas de ropa en un pequeño maletín, avisaba a Kirsten de que no fuera al taller y dejaba a Neko en manos de Irina. El gato, ya viejo, padecía una sarta de manías y dolencias; la larga lista de recomendaciones y remedios estaba pegada en la puerta de la nevera. Era el cuarto de una serie de gatos similares, todos con el mismo nombre, que habían acompañado a Alma en diversas etapas de la vida. Alma partía con la prisa de una novia, sin indicar adónde iba ni cuándo pensaba volver. Pasaban dos o tres días sin noticias suyas y de pronto, tan inesperadamente como había desaparecido, regresaba radiante y con su automóvil de juguete sin gasolina. Irina llevaba sus cuentas y había visto los recibos de hoteles, también había descubierto que en esas escapadas Alma se llevaba sus únicas dos camisas de dormir de seda, en vez de los pijamas de franela que usaba habitualmente. La muchacha se preguntaba por qué Alma se escabullía como si fuera a pecar; era libre y podía recibir a quien quisiera en su apartamento de Lark House.

Inevitablemente, las sospechas de Irina sobre el hombre del retrato contagiaron a Seth. La joven se había cuidado de no

mencionar sus dudas, pero en sus frecuentes visitas él empezó a tomar nota de las repetidas ausencias de su abuela. Si la interrogaba, Alma replicaba que se iba a entrenar con terroristas, experimentar con ayahuasca o cualquier explicación descabellada en el tono sarcástico que usaban entre ellos. Seth decidió que necesitaba la ayuda de Irina para desentrañar aquella incógnita, nada fácil de obtener, porque la lealtad de la joven con Alma era monolítica. Pudo convencerla de que su abuela corría peligro. Alma parecía fuerte para su edad, le dijo, pero en realidad estaba delicada, tenía la presión alta, le fallaba el corazón y sufría un principio de Parkinson, por eso le temblaban las manos. No podía darle detalles, porque Alma se había negado a someterse a los exámenes médicos pertinentes, pero debían vigilarla y evitarle riesgos.

—Uno quiere seguridad para los seres queridos, Seth. Pero lo que uno quiere para sí mismo es autonomía. Tu abuela no aceptaría jamás que nos inmiscuyéramos en su vida privada, aunque fuera para protegerla.

—Por lo mismo tenemos que hacerlo sin que lo sepa —argumentó Seth.

Según Seth, a comienzos del 2010, de repente, en cosa de dos horas, algo trastocó la personalidad de su abuela. Siendo una artista de éxito y un modelo de cumplimiento del deber, se alejó del mundo, de la familia y de sus amistades, se recluyó en una residencia geriátrica que no iba con ella y optó por vestirse de refugiada tibetana, como opinaba su nuera Doris. Un cortocircuito en el cerebro, qué otra cosa podía ser la causa, agregó. Lo último que vieron de la antigua Alma fue cuando anunció, después de un almuerzo normal, que se iba a dormir la siesta. A las cinco de la tarde, Doris llamó a la puerta de la habitación para recordarle a su suegra la fiesta de la noche; la encontró de pie junto a la ventana, con la vista perdida en la niebla, descalza y en ropa interior. Sobre una silla yacía desmayado su espléndido vestido largo. «Dile a Larry que no asistiré a la gala y que no cuente conmigo para nada más el resto de mi vida». La firmeza de la voz no admitía réplica. Su nuera cerró silenciosamente la puerta y fue a darle el mensaje a su

marido. Era la noche en que recaudaban fondos para la Fundación Belasco, la más importante del año, cuando se ponía a prueba el poder de convocatoria de la familia. Ya estaban los camareros terminando de poner las mesas, los cocineros afanados con el banquete y los músicos de la orquesta de cámara instalando sus instrumentos. Todos los años Alma daba un breve discurso, siempre más o menos el mismo, posaba para unas cuantas fotografías con los donantes más destacados y hablaba con la prensa; sólo se le exigía eso, pues el resto quedaba en manos de su hijo Larry. Tuvieron que arreglarse sin ella.

Al día siguiente comenzaron los cambios definitivos. Alma empezó a hacer maletas y decidió que muy poco de lo que tenía le iba a servir en su nueva vida. Debía simplificarse. Primero se fue de compras y después se reunió con su contador y su abogado. Se asignó una pensión prudente, le entregó el resto a Larry sin instrucciones respecto a cómo distribuirlo y anunció que se iría a vivir a Lark House. Para saltarse la lista de espera le había comprado su turno a una antropóloga, quien por la suma adecuada estuvo dispuesta a esperar unos años más. Ningún Belasco había oído hablar de ese lugar.

—Es una casa de reposo en Berkeley —explicó Alma vagamente.

—¿Un asilo de viejos? —preguntó Larry, alarmado.

—Más o menos. Voy a vivir los años que me quedan sin complicaciones ni lastres.

—¿Lastres? ¡Supongo que no se refiere a nosotros!

—¿Y qué vamos a decirle a la gente? —preguntó Doris en un exabrupto.

—Que estoy vieja y loca. No faltarían a la verdad —contestó Alma.

El chofer la trasladó con el gato y dos maletas. Una semana más tarde, Alma renovó su carnet de conducir, que no había necesitado en varias décadas, y compró un Smartcar verde limón, tan pequeño y liviano, que en una ocasión tres muchachos traviesos le dieron la vuelta a pulso cuando estaba estacionado en la calle y lo dejaron con las ruedas al aire, como una tortuga patas arriba. La razón de Alma para escoger ese automóvil fue que el color estridente lo hacía visible para otros conductores y que el tamaño garantizaba que si por desgracia atropellaba a alguien, no lo mataría. Era como

conducir un cruce entre bicicleta y silla de ruedas.

—Creo que mi abuela tiene problemas serios de salud, Irina, y por soberbia se encerró en Lark House, para que nadie se entere —le dijo Seth.

—Si fuera cierto ya estaría muerta, Seth. Además, nadie se encierra en Lark House. Es una comunidad abierta donde la gente entra y sale a su antojo. Por eso no se admiten pacientes con Alzheimer, que pueden escaparse y perderse.

—Es justamente lo que me temo. En una de sus excursiones a mi abuela puede pasarle eso.

—Siempre ha vuelto. Sabe dónde va y no creo que vaya sola.

—¿Con quién, entonces? ¿Con un galán? ¡No estarás pensando que mi abuela anda en hoteles con un amante! —se burló Seth, pero la expresión seria de Irina le cortó la risa.

—¿Por qué no?

—¡Es una anciana!

—Todo es relativo. Es vieja, no anciana. En Lark House, Alma puede ser considerada joven. Además, el amor se da a cualquier edad. Según Hans Voigt, en la vejez conviene enamorarse; hace bien a la salud y contra la depresión.

—¿Cómo lo hacen los viejos? En la cama, quiero decir —preguntó Seth.

—Sin apuro, supongo. Tendrías que preguntarle a tu abuela —replicó ella.

Seth logró convertir a Irina en su aliada y juntos fueron atando cabos. Una vez por semana le llegaba a Alma una caja con tres gardenias, que un mensajero dejaba en la recepción. No traía el nombre de quién la enviaba o de la floristería, pero Alma no manifestaba sorpresa ni curiosidad. También solía recibir en Lark House un sobre amarillo, sin remitente, que ella descartaba después de sacar de su interior un sobre más pequeño, también a su nombre, pero con la dirección de Sea Cliff escrita a mano. Nadie de la familia o los empleados de los Belasco habían recibido esos sobres ni los habían enviado a Lark House. No sabían de esas cartas antes de que Seth las mencionara. Los jóvenes no pudieron averiguar quién era el remitente, por qué hacían falta dos sobres y dos direcciones para la misma carta, ni dónde iba a parar esa correspondencia insólita. Como ni Irina halló rastros en el

apartamento ni Seth en Sea Cliff, imaginaron que Alma las guardaba en una caja de seguridad de su banco.

12 de abril de 1996

¡Otra luna de miel memorable contigo, Alma! Hacía tiempo que no te veía tan feliz y relajada. El espectáculo mágico de mil setecientos cerezos en flor nos recibió en Washington. Vi algo semejante en Kioto, hace muchos años. ¿Todavía florece así el cerezo de Sea Cliff que plantó mi padre?

Acariciaste los nombres en la piedra oscura del Memorial de Vietnam y me dijiste que las piedras hablan, que se pueden oír sus voces, que los muertos están atrapados en ese muro y nos llaman, indignados por su sacrificio. Me quedé pensando en eso. Hay espíritus por todas partes, Alma, pero creo que son libres y no guardan rencor.

Ichi

La niña polaca

Para satisfacer la curiosidad de Irina y Seth, Alma Belasco empezó evocando, con la lucidez con que se preservan los momentos fundamentales, la primera vez que vio a Ichimei Fukuda, y después siguió poco a poco con el resto de su vida. Lo conoció en el espléndido jardín de la mansión de Sea Cliff, en la primavera de 1939. Entonces ella era una niña con menos apetito que un canario, que andaba callada de día y lloraba de noche, escondida en las entrañas de un armario de tres espejos en la habitación que sus tíos le habían preparado, una sinfonía en azul: azules las cortinas, los velos de la cama con baldaquino, la alfombra belga, los pajaritos del papel de la pared y las reproducciones de Renoir con marcos dorados; azul era la vista de la ventana, mar y cielo, cuando se despejaba la niebla. Alma Mendel lloraba por todo lo que había perdido para siempre, aunque sus tíos insistían con tal vehemencia en que la separación de sus padres y su hermano sería temporal, que una chiquilla menos intuitiva les habría creído. La última imagen que ella guardaba de sus padres era la de un hombre mayor, barbudo y severo, vestido de negro, con abrigo largo y sombrero, y una mujer mucho más joven encogida de llanto, de pie en el muelle de Danzig, despidiéndola con pañuelos blancos. Se volvían más y más pequeños y difusos a medida que el barco se alejaba hacia Londres con un bramido lastimero, mientras ella, aferrada a la borda, era incapaz de devolverles el adiós. Temblando en su ropa de viaje, confundida entre los otros pasajeros aglomerados en la popa para ver desaparecer su país, Alma procuraba mantener la compostura que le habían inculcado desde que nació. A través de la creciente distancia que los separaba, percibía la desolación de sus padres, lo que reforzaba su presentimiento de que no volvería a

verlos. En un gesto muy raro en él, su padre le había puesto un brazo sobre los hombros a su madre, como para impedir que se lanzara al agua, mientras ella se sujetaba el sombrero con una mano, defendiéndolo del viento, y con la otra agitaba su pañuelo frenéticamente.

Tres meses antes Alma había estado con ellos en ese mismo muelle para despedir a su hermano Samuel, diez años mayor que ella. A su madre le costó muchas lágrimas resignarse a la decisión de su marido de mandarlo a Inglaterra, como medida de precaución para el caso improbable de que los rumores de guerra se convirtieran en realidad. Allí el muchacho estaría a salvo de ser reclutado en el ejército o de la bravuconada de alistarse como voluntario. Los Mendel no imaginaban que dos años más tarde Samuel estaría en la Real Fuerza Aérea luchando contra Alemania. Al ver embarcarse a su hermano con la actitud fanfarrona de quien emprende una primera aventura, Alma tuvo un atisbo de la amenaza que pendía sobre su familia. Ese hermano era el faro de su existencia, había iluminado sus momentos oscuros y espantado sus temores con su risa triunfante, sus bromas amables y sus canciones en el piano. Por su parte, Samuel se entusiasmó con Alma desde que la tomó en brazos recién nacida, un bulto rosado con olor a polvos de talco que maullaba como un gato; esa pasión por su hermana no hizo más que aumentar en los siete años siguientes, hasta que debieron separarse. Al saber que Samuel se iría de su lado, Alma tuvo la única pataleta de su vida. Empezó con llanto y gritos, siguió con estertores en el suelo y terminó en el baño de agua helada en que su madre y su institutriz la sumergieron sin piedad. La partida del muchacho la dejó desconsolada y en ascuas, porque sospechaba que era el prólogo de cambios drásticos. Había escuchado a sus padres hablar de Lillian, una hermana de su madre que vivía en Estados Unidos, casada con Isaac Belasco, alguien importante, como agregaban cada vez que su nombre se mencionaba. Hasta ese momento, la niña desconocía la existencia de aquella tía lejana y aquel hombre importante y le extrañó que de pronto la obligaran a escribirles tarjetas postales con su mejor caligrafía. También le pareció de mal agüero que su institutriz incluyera California en sus clases de historia y geografía, una mancha color naranja en el mapa, al otro lado del globo terráqueo. Sus padres esperaron que

pasaran las fiestas de fin de año para anunciarle que ella también se iría a estudiar al extranjero por un tiempo, pero a diferencia de su hermano, seguiría viviendo dentro de los confines de la familia, con sus tíos Isaac y Lillian y sus tres primos, en San Francisco.

La navegación desde Danzig a Londres y de allí en un transatlántico a San Francisco duró diecisiete días. Los Mendel asignaron a miss Honeycomb, la institutriz inglesa, la responsabilidad de conducir a Alma sana y salva a la casa de los Belasco. Miss Honeycomb era una mujer soltera, de pronunciación afectada, modales relamidos y expresión agria, que trataba con desdén a quienes consideraba inferiores socialmente y desplegaba un servilismo pegajoso con sus superiores, pero en el año y medio que trabajaba con los Mendel se había ganado su confianza. A nadie le caía bien y menos a Alma, pero la opinión de la niña no contaba en la elección de las institutrices o de los tutores que la habían educado en casa en sus primeros años. Para asegurarse de que la mujer haría el viaje de buena gana, sus patrones le prometieron una bonificación sustanciosa, que recibiría en San Francisco una vez que Alma estuviera instalada con sus tíos. Miss Honeycomb y Alma viajaron en uno de los mejores camarotes del barco, mareadas al principio y aburridas después. La inglesa no pegaba entre los pasajeros de primera clase, pero hubiera preferido saltar por la borda antes que mezclarse con la gente de su propio nivel social, de modo que pasó más de dos semanas sin hablar más que con su joven pupila. Había otros niños a bordo, pero Alma no se interesó en ninguna de las actividades infantiles programadas y no hizo amigos; estuvo enfurruñada con su institutriz, lloriqueando a escondidas porque era la primera vez que se separaba de su madre, leyendo cuentos de hadas y escribiendo cartas melodramáticas, que le entregaba directamente al capitán para que las pusiera en el correo de algún puerto, porque temía que si se las daba a miss Honeycomb acabarían alimentando a los peces. Los únicos momentos memorables de aquella lenta travesía fueron el cruce del canal de Panamá y una fiesta de disfraces en la que un indio apache empujó a la piscina a miss Honeycomb, convertida en vestal griega con una sábana.

Los tíos y primos Belasco esperaban a Alma en el bullicioso puerto de San Francisco, entre una multitud tan densa de

estibadores asiáticos afanados en torno a las embarcaciones, que miss Honeycomb temió que hubieran arribado a Shangai por error. La tía Lillian, ataviada con abrigo de astracán gris y turbante de turco, estrechó a su sobrina en un abrazo sofocante, mientras Isaac Belasco y su chofer procuraban reunir los catorce baúles y bultos de las viajeras. Las dos primas, Martha y Sarah, saludaron a la recién llegada con un beso frío en la mejilla y enseguida se olvidaron de su existencia, no por malicia, sino porque estaban en edad de buscar novio y ese objetivo las cegaba al resto del mundo. No les resultaría fácil conseguir los maridos deseados, a pesar de la fortuna y el prestigio de los Belasco, porque habían sacado la nariz del padre y la figura rechoncha de la madre, pero muy poco de la inteligencia del primero o la simpatía de la segunda. El primo Nathaniel, único varón, nacido seis años después que su hermana Sarah, se asomaba titubeante a la pubertad con aspecto de garza. Era pálido, flaco, largo, incómodo en un cuerpo al que le sobraban codos y rodillas, pero tenía los ojos pensativos de un perro grande. Le tendió la mano a Alma con la vista fija en el suelo y masculló la bienvenida que sus padres le habían ordenado. Ella se colgó de esa mano como de un salvavidas y los intentos del chico por desprenderse fueron inútiles.

Así comenzó la estancia de Alma en la gran casa de Sea Cliff, donde habría de pasar setenta años con pocos paréntesis. En los primeros meses de 1939 vertió la reserva casi completa de sus lágrimas y sólo volvió a llorar en muy raras ocasiones. Aprendió a masticar sus penas sola y con dignidad, convencida de que a nadie le importan los problemas ajenos y que los dolores callados acaban por diluirse. Había adoptado las lecciones filosóficas de su padre, hombre de principios rígidos e inapelables, que tenía a honor haberse formado solo y no deberle nada a nadie, lo cual no era del todo cierto. La fórmula simplificada del éxito, que Mendel les había machacado a sus hijos desde la cuna, consistía en no quejarse nunca, no pedir nada, esforzarse por ser los primeros en todo y no confiar en nadie. Alma habría de cargar durante varias décadas con ese tremendo saco de piedras, hasta que el amor la ayudó a desprenderse de algunas de ellas. Su actitud estoica contribuyó al aire de misterio que tuvo desde niña, mucho antes de que existieran los secretos que hubo de guardar.

En la Depresión de los años treinta, Isaac Belasco pudo evitar los peores efectos de la debacle económica y hasta incrementó su patrimonio. Mientras otros perdían todo, él trabajaba dieciocho horas al día en su bufete de abogado e invertía en aventuras comerciales, que parecieron arriesgadas en su momento y a largo plazo resultaron espléndidas. Era formal, parco de palabras y de corazón blando. Para él, esa blandura lindaba con debilidad de carácter, por eso se empeñaba en dar una impresión de autoridad intransigente, pero bastaba tratarlo un par de veces para adivinar su vocación de bondad. Lo precedía una reputación de compasivo que llegó a ser un impedimento en su carrera de abogado. Después, cuando fue candidato a juez de la Corte Suprema de California, perdió la elección porque sus opositores lo acusaron de perdonar con demasiada generosidad, en desmedro de la justicia y la seguridad pública.

Isaac recibió a Alma en su casa con la mejor voluntad, pero pronto el llanto nocturno de la chiquilla empezó a afectarle los nervios. Eran sollozos ahogados, contenidos, apenas audibles a través de las gruesas puertas de caoba tallada del armario, pero que llegaban hasta su dormitorio, al otro lado del pasillo, donde él procuraba leer. Suponía que los niños, como los animales, poseen la capacidad natural de adaptarse y que la chica se consolaría pronto de la separación de sus padres o bien ellos emigrarían a América. Se sentía incapaz de ayudarla, frenado por el pudor que le inspiraban los asuntos femeninos. Si no entendía las reacciones habituales de su mujer y sus hijas, menos podía entender las de esa niña polaca que aún no había cumplido ocho años. Le entró la sospecha supersticiosa de que las lágrimas de la sobrina anunciaban un desastre catastrófico. Las cicatrices de la Gran Guerra todavía eran visibles en Europa; estaba fresco el recuerdo de la tierra mutilada por las trincheras, los millones de muertos, las viudas y huérfanos, la podredumbre de caballos destrozados, los gases mortales, las moscas y el hambre. Nadie quería otra conflagración como ésa, pero Hitler ya había anexionado Austria, controlaba parte de Checoslovaquia y sus incendiarias llamadas a establecer el imperio de la raza superior no podían descartarse como desvaríos de un loco. A fines de enero, Hitler había planteado su propósito de librar al mundo de la amenaza judía; no bastaba con expulsarlos, debían

ser exterminados. Algunos niños tienen poderes psíquicos; no sería raro que Alma viera en sus pesadillas algo horroroso y estuviera pasando un terrible duelo por adelantado, pensaba Isaac Belasco. ¿Qué esperaban sus cuñados para salir de Polonia? Llevaba un año presionándolos inútilmente para que lo hicieran, como tantos otros judíos que estaban huyendo de Europa; les había ofrecido su hospitalidad, aunque los Mendel tenían recursos sobrados y no necesitaban su ayuda. Baruj Mendel le respondió que la integridad de Polonia estaba garantizada por Gran Bretaña y Francia. Se creía seguro, protegido por su dinero y sus conexiones comerciales; ante el acoso de la propaganda nazi, la única concesión que hizo fue sacar a sus hijos del país. Isaac Belasco no conocía a Mendel, pero a través de cartas y telegramas resultaba obvio que el marido de su cuñada era tan arrogante y antipático como testarudo.

Tuvo que pasar casi un mes antes de que Isaac decidiera intervenir en la situación de Alma e incluso entonces no estaba preparado para hacerlo personalmente, así que pensó que el problema le correspondía a su mujer. Sólo una puerta, siempre entreabierta, separaba a los esposos de noche, pero Lillian era dura de oreja y usaba tintura de opio para dormir, de modo que nunca se habría enterado del llanto en el armario si su marido no se lo hubiera hecho notar. Para entonces miss Honeycomb ya no estaba con ellos: al llegar a San Francisco la mujer cobró la bonificación prometida y doce días después se volvió a su país natal, asqueada de los modales rudos, el acento incomprensible y la democracia de los estadounidenses, como dijo sin parar en mientes en lo ofensivo que resultaba ese comentario para los Belasco, gente distinguida que la había tratado con gran consideración. Por otra parte, cuando Lillian, advertida por una carta de su hermana, buscó en el forro del abrigo de viaje de Alma unos diamantes que los Mendel habían puesto, más por cumplir con una tradición que para asegurar a su hija, ya que no se trataba de piedras de extraordinario valor, éstos no estaban. La sospecha recayó de inmediato en miss Honeycomb y Lillian propuso mandar a uno de los investigadores del bufete de su marido en persecución de la inglesa, pero Isaac determinó que no valía la pena. El mundo y la familia estaban bastante convulsionados como para andar cazando institutrices a través de mares y continentes; unos diamantes más o menos no pesarían para

nada en la vida de Alma.

—Mis amigas del bridge me comentaron que hay un estupendo psicólogo infantil en San Francisco —le anunció Lillian a su marido, cuando se enteró del estado de su sobrina.

—¿Qué es eso? —preguntó el patriarca, quitando los ojos del periódico por un momento.

—El nombre lo dice, Isaac, no te hagas el tonto.

—¿Alguna de tus amigas conoce a alguien que tenga un crío tan desequilibrado como para ponerlo en manos de un psicólogo?

—Seguramente, Isaac, pero no lo admitirían ni muertas.

—La infancia es una etapa naturalmente desgraciada de la existencia, Lillian. El cuento de que los niños merecen felicidad lo inventó Walt Disney para ganar plata.

—¡Eres tan terco! No podemos dejar que Alma llore sin consuelo perpetuamente. Hay que hacer algo.

—Bueno, Lillian. Recurriremos a esa medida extrema cuando todo lo demás nos falle. Por el momento podrías darle a Alma unas gotas de tu jarabe.

—No sé, Isaac, eso me parece un arma de doble filo. No nos conviene convertir a la niña en adicta al opio tan tempranamente.

En eso estaban, debatiendo los pros y los contras del psicólogo y el opio, cuando se dieron cuenta de que el armario había permanecido en silencio durante tres noches. Prestaron oído un par de noches más y comprobaron que inexplicablemente la chiquilla se había tranquilizado y no sólo dormía de corrido, sino que había empezado a comer como cualquier niño normal. Alma no había olvidado a sus padres ni a su hermano y seguía deseando que su familia se reuniera pronto, pero se le estaban acabando las lágrimas y empezaba a distraerse con su naciente amistad con las dos personas que serían los únicos amores de su vida: Nathaniel Belasco e Ichimei Fukuda. El primero, a punto de cumplir trece años, era el hijo menor de los Belasco y el segundo, que iba a cumplir ocho, como ella, era el hijo menor del jardinero.

Martha y Sarah, las hijas de los Belasco, vivían en un mundo tan distinto al de Alma, sólo preocupadas por la moda, las fiestas y los posibles novios, que cuando se topaban con ella en los vericuetos de

la mansión de Sea Cliff o en las raras cenas formales en el comedor, se sobresaltaban sin poder recordar quién era esa chiquilla y por qué estaba allí. Nathaniel, en cambio, no pudo dejarla de lado, porque Alma se le pegó a los talones desde el primer día, determinada a reemplazar a su adorado hermano Samuel con ese primo timorato. Era el miembro del clan Belasco más cercano a ella en edad, aunque los separaban cinco años, y el más accesible por su temperamento tímido y dulce. La niña provocaba en Nathaniel una mezcla de fascinación y susto. Alma parecía arrancada de un daguerrotipo, con su pulcro acento británico, que había aprendido de la institutriz ratera, y su seriedad de enterrador, rígida y angulosa como una tabla, oliendo a la naftalina de sus baúles de viaje y con un desafiante mechón blanco sobre la frente, que contrastaba con el negro profundo del cabello y con su piel olivácea. Al principio, Nathaniel trató de escapar, pero nada desalentaba los torpes avances amistosos de Alma y él acabó cediendo, porque había heredado el buen corazón de su padre. Adivinaba la pena silenciosa de su prima, que ella disimulaba con orgullo, pero evitaba con diversos pretextos la obligación de ayudarla. Alma era una mocosa, sólo tenía en común con ella un tenue lazo de sangre, estaba de paso en San Francisco y sería un desperdicio de sentimientos iniciar una amistad con ella. Cuando hubieron transcurrido tres semanas sin señales de que la visita de la prima fuera a terminar, se le agotó ese pretexto y fue a preguntarle a su madre si acaso pensaban adoptarla. «Espero que no tengamos que llegar a eso», le contestó Lillian con un escalofrío. Las noticias de Europa eran muy inquietantes y la posibilidad de que su sobrina quedara huérfana empezaba a tomar forma en su imaginación. Por el tono de esa respuesta, Nathaniel dedujo que Alma se quedaría por tiempo indefinido y se sometió al instinto de quererla. Dormía en otra ala de la casa y nadie le había dicho que Alma lloraba en el armario, pero de alguna manera se enteró y muchas noches iba de puntillas a acompañarla.

Fue Nathaniel quien presentó los Fukuda a Alma. Ella los había visto desde las ventanas, pero no salió al jardín hasta comienzos de la primavera, cuando mejoró el clima. Un sábado Nathaniel le vendó los ojos, con la promesa de que iba a darle una sorpresa, y la llevó de la mano a través de la cocina y el lavadero hasta el jardín.

Cuando le quitó la venda y ella levantó la vista, se encontró bajo un frondoso cerezo en flor, una nube de algodón rosado. Junto al árbol había un hombre con mono de trabajo y sombrero de paja, de rostro asiático, piel curtida, bajo de estatura y ancho de hombros, apoyado en una pala. En un inglés entrecortado y difícil de comprender, le dijo a Alma que ese momento era hermoso, pero duraría apenas unos días y pronto las flores caerían como lluvia sobre la tierra; mejor sería el recuerdo del cerezo en flor, porque duraría todo el año, hasta la primavera siguiente. Ese hombre era Takao Fukuda, el jardinero japonés que trabajaba en la propiedad desde hacía muchos años y era la única persona ante quien Isaac Belasco se quitaba el sombrero por respeto.

Nathaniel se volvió a la casa y dejó a su prima en compañía de Takao, quien le mostró todo el jardín. La condujo a las diferentes terrazas escalonadas en la ladera, desde la cima de la colina, donde se erguía la casa, hasta la playa. Recorrieron estrechos senderos salpicados de estatuas clásicas manchadas por la pátina verde de la humedad, fuentes, árboles exóticos y plantas suculentas; le explicó de dónde procedían y los cuidados que requerían, hasta que llegaron a una pérgola cubierta de rosas trepadoras con una vista panorámica del mar, la entrada de la bahía a la izquierda y el puente del Golden Gate, inaugurado un par de años antes, a la derecha. Desde allí se distinguían colonias de lobos de mar descansando sobre las rocas y, oteando el horizonte con paciencia y buena suerte, se podían ver las ballenas que venían del norte a parir en las aguas de California. Después Takao la llevó al invernadero, réplica en miniatura de una clásica estación de trenes victoriana, hierro forjado y cristal. Dentro, en la luz tamizada y bajo el calor húmedo de la calefacción y los vaporizadores, las plantas delicadas empezaban su vida en bandejas, cada una con una etiqueta con su nombre y la fecha en que debía ser trasplantada. Entre dos mesas largas de madera rústica, Alma distinguió a un chico concentrado en unos almácigos, quien al oírlos entrar soltó las tijeras y se cuadró como un soldado. Takao se le acercó, murmuró algo en una lengua desconocida para Alma y le revolvió el pelo. «Mi hijo más pequeño», dijo. Alma estudió sin disimulo al padre y al hijo como a seres de otra especie; no se parecían a los orientales de las ilustraciones de la Enciclopedia Británica.

El chico la saludó con una inclinación del torso y mantuvo la cabeza gacha al presentarse.

—Soy Ichimei, cuarto hijo de Takao y Heideko Fukuda, honrado de conocerla, señorita.

—Soy Alma, sobrina de Isaac y Lillian Belasco, honrada de conocerlo, señor —explicó ella, desconcertada y divertida.

Esa formalidad inicial, que más tarde el cariño habría de teñir con humor, marcó el tono de su larga relación. Alma, más alta y fuerte, parecía mayor. El aspecto menudo de Ichimei engañaba, porque podía levantar sin esfuerzo las pesadas bolsas de tierra y empujar cuesta arriba una carretilla cargada. Tenía la cabeza grande con relación al cuerpo, la piel color miel, los ojos negros separados y el cabello tieso e indómito. Todavía le estaban saliendo los dientes definitivos y al sonreír, los ojos se convertían en dos rayas.

Durante el resto de aquella mañana Alma siguió a Ichimei, mientras él colocaba las plantas en los huecos cavados por su padre y le revelaba la vida secreta del jardín, los filamentos entrelazados en el subsuelo, los insectos casi invisibles, los brotes minúsculos en la tierra, que en una semana alcanzarían un palmo de altura. Le habló de los crisantemos, que sacaba del invernadero en ese momento, de cómo se trasplantan en primavera y florecen a comienzos del otoño, dándole color y alegría al jardín cuando las flores estivales ya se han secado. Le mostró los rosales sofocados de botones y cómo se deben eliminar casi todos, dejando sólo algunos para que las rosas crezcan grandes y sanas. Le hizo notar la diferencia entre las plantas de semilla y las de bulbo, entre las de sol y las de sombra, entre las autóctonas y las traídas de lejos. Takao Fukuda, que los observaba de reojo, se acercó para decirle a Alma que las tareas más delicadas le correspondían a Ichimei, porque había nacido con dedos verdes. El niño enrojeció con el halago.

A partir de ese día Alma aguardaba impaciente a los jardineros, que acudían puntualmente los fines de semana. Takao Fukuda siempre llevaba a Ichimei y a veces, si había más trabajo, se hacía acompañar también por Charles y James, sus hijos mayores, o por Megumi, su única hija, varios años mayor que Ichimei, a quien sólo le interesaba la ciencia y le hacía muy poca gracia ensuciarse las

manos con tierra. Ichimei, paciente y disciplinado, cumplía sus tareas sin distraerse con la presencia de Alma, confiado en que su padre le dejaría media hora libre al final del día para jugar con ella.

Alma, Nathaniel e Ichimei

Tan grande era la casa de Sea Cliff y tan ocupados estaban siempre sus habitantes, que los juegos de los niños pasaban inadvertidos. Si a alguien le llamaba la atención que Nathaniel se entretuviera tantas horas con una chica mucho menor, la curiosidad se esfumaba al momento porque había otros asuntos a los cuales atender. Alma había superado el poco amor que le tuvo a las muñecas y aprendió a jugar al scrabble con un diccionario y al ajedrez con pura determinación, ya que la estrategia nunca fue su fuerte. Por su parte, Nathaniel se había aburrido de coleccionar sellos y acampar con los boy scouts. Ambos participaban en las obras teatrales de sólo dos o tres personajes, que él escribía e inmediatamente montaban en el desván. La falta de público nunca fue un inconveniente, porque el proceso era mucho más entretenido que el resultado y no buscaban aplausos: el placer consistía en pelear por el guión y ensayar los papeles. Ropa vieja, cortinas descartadas, muebles desvencijados y bártulos en varios estados de desintegración constituían la materia prima de disfraces, accesorios y efectos especiales, el resto lo suplían con imaginación. Ichimei, que entraba en la casa de los Belasco sin necesidad de invitación, también formaba parte de la compañía teatral en papeles secundarios, porque era pésimo actor. Compensaba la falta de talento con su portentosa memoria y su facilidad para el dibujo; podía recitar sin tropiezos largos parlamentos inspirados en las novelas predilectas de Nathaniel, desde *Drácula* hasta *El conde de Montecristo*, y era el encargado de pintar los telones. Esa camaradería, que logró sacar a Alma del estado de orfandad y abandono en que se sumergió al principio, no duró mucho.

Al año siguiente, Nathaniel ingresó en la secundaria en un

colegio de chicos copiado del modelo británico. De un día a otro le cambió la vida. Junto con ponerse pantalón largo debió enfrentarse a la infinita brutalidad de los muchachos que se inician en la tarea de ser hombres. No estaba listo para eso: parecía un chiquillo de diez años, en vez de los catorce que había cumplido, aún no sufría el bombardeo despiadado de las hormonas, era introvertido, cauteloso y, para su desgracia, dado a la lectura y pésimo para los deportes. Nunca llegaría a tener la jactancia, la crueldad y la chabacanería de los otros chicos, y como no era así por naturaleza, procuraba en vano fingirlo; sudaba con olor a miedo. El primer miércoles de clase volvió a casa con un ojo amoratado y la camisa manchada de sangre de la nariz. Se negó a responder a las preguntas de su madre y a Alma le dijo que había chocado contra el asta de la bandera. Esa noche se orinó en la cama, por primera vez desde que podía recordar. Horrorizado, escondió las sábanas mojadas en el tiro de la chimenea y no fueron descubiertas hasta fines de septiembre, cuando al encender fuego se llenó la casa de humo. Lillian tampoco había logrado que su hijo explicara la desaparición de las sábanas, pero imaginó la causa y decidió cortar por lo sano. Se presentó ante el director de la escuela, un escocés de pelo colorado y nariz de bebedor, quien la recibió detrás de una mesa propia de un regimiento, rodeado de paredes cubiertas por paneles de madera oscura, vigilado por el retrato del rey Jorge VI. El pelirrojo informó a Lillian de que la violencia en su justa medida se consideraba parte esencial del método didáctico de la escuela; por eso se fomentaban los deportes rudos, las peleas de los estudiantes se resolvían con guantes de boxeo en un ring y la indisciplina se corregía con varillazos en el trasero, impartidos por él mismo. Los hombres se formaban a golpes. Así había sido siempre, y cuanto antes aprendiera Nathaniel Belasco a hacerse respetar, mejor para él. Agregó que la intervención de Lillian ponía en ridículo a su hijo, pero por tratarse de un alumno nuevo, él haría una excepción y lo olvidaría. Lillian se fue resoplando a la oficina de su marido, en la calle Montgomery, donde irrumpió con brusquedad, pero tampoco allí encontró apoyo.

—No te metas en esto, Lillian. Todos los muchachos pasan por esos ritos de iniciación y casi todos sobreviven —le dijo Isaac.

—¿A ti también te pegaban?

—Por supuesto. Y ya ves que el resultado no es tan malo.

Los cuatro años de la escuela secundaria habrían sido un tormento interminable para Nathaniel si no hubiera contado con la ayuda de quien menos esperaba: ese fin de semana, al verlo cubierto de arañazos y golpes, Ichimei se lo llevó a la pérgola del jardín y le hizo una eficaz demostración de las artes marciales, que había practicado desde que pudo mantenerse sobre las dos piernas. Le puso una pala en las manos y le ordenó que intentara partirle la cabeza. Nathaniel creyó que bromeaba y enarboló la pala en el aire como un paraguas. Fueron necesarios varios intentos para que entendiera las instrucciones y se lanzara en serio contra Ichimei. No supo cómo perdió la pala, pero salió volando y aterrizó de espaldas en el piso de baldosas italianas de la pérgola, ante la mirada atónita de Alma, que observaba de cerca. Así se enteró Nathaniel de que el impasible Takao Fukuda les enseñaba una mezcla de judo y karate a sus hijos y a otros chicos de la colonia japonesa, en un garaje alquilado de la calle Pine. Se lo contó a su padre, quien había oído hablar vagamente sobre esos deportes, que empezaban a conocerse en California. Isaac Belasco fue a la calle Pine sin muchas esperanzas de que Fukuda pudiera ayudar a su hijo, pero el jardinero le explicó que justamente la belleza de las artes marciales era que no se requería fuerza física, sino concentración y destreza para utilizar el peso y el impulso del contrincante para derribarlo. Nathaniel empezó sus clases. El chofer lo llevaba tres noches por semana al garaje, donde se batía primero con Ichimei y los niños pequeños y después con Charles, James y otros muchachos mayores. Anduvo varios meses con el esqueleto desarticulado hasta que aprendió a caer sin lastimarse. Le perdió el miedo a las peleas. Nunca llegaría a pasar del nivel de principiante, pero eso era más de lo que sabían los mayores de la escuela. Pronto dejaron de zurrarle, porque al primero que se le acercaba con mala cara lo disuadía con cuatro gritos guturales y una exagerada coreografía de posturas marciales. Isaac Belasco nunca preguntó sobre el resultado de las clases, igual que antes no se había dado por enterado de las palizas que recibía su hijo, pero algo debía de haber averiguado, porque un día se presentó en la calle Pine con un camión y cuatro obreros para instalar suelo de madera en el garaje. Takao Fukuda lo recibió con una serie de reverencias formales y tampoco hizo

comentarios.

La marcha de Nathaniel al colegio puso término a las representaciones teatrales en el desván. Además de las tareas académicas y del esfuerzo sostenido de defenderse, el muchacho andaba ocupado con angustias metafísicas y una estudiada pesadumbre, que su madre procuraba remediar con cucharadas de aceite de hígado de bacalao. Apenas había tiempo para algunas partidas de scrabble y ajedrez si Alma lograba atraparlo al vuelo antes de que se encerrara en su cuarto a aporrear una guitarra. Estaba descubriendo el jazz y los blues, pero despreciaba los bailes de moda, porque se habría paralizado de vergüenza en una pista, donde quedaría en evidencia su ineptitud para el ritmo, herencia de todos los Belasco. Presenciaba, con una mezcla de sarcasmo y envidia, las demostraciones de *lindy hop* con que Alma e Ichimei pretendían animarlo. Los niños poseían dos discos rayados y un fonógrafo que Lillian había dado de baja por inservible, Alma había rescatado de la basura e Ichimei había desmontado y compuesto con sus delicados dedos verdes y su paciente intuición.

La escuela secundaria, que tan malos comienzos tuvo para Nathaniel, siguió siendo un martirio en los años siguientes. Sus compañeros se cansaron de hacerle encerronas para pegarle, pero lo sometieron a cuatro años de burlas y aislamiento; no le perdonaban su curiosidad intelectual, sus buenas notas y su torpeza física. Nunca superó la sensación de haber nacido en el lugar y el tiempo equivocados. Tenía que participar en deportes, pilar de la educación inglesa, y sufría la repetida humillación de ser el último en llegar a la meta corriendo y de que nadie lo quisiera en su equipo. A los quince años pegó un estirón desde los pies hasta las orejas; tuvieron que comprarle zapatos nuevos y alargar la vuelta de los pantalones cada dos meses. De ser el más petiso de su clase alcanzó una estatura normal, le crecieron las piernas, los brazos y la nariz, se le adivinaban las costillas bajo la camisa y en su cuello flaco la manzana de Adán parecía un tumor; le dio por andar con bufanda hasta en verano. Odiaba su perfil de buitre desplumado y procuraba colocarse en los rincones para ser visto de frente. Se salvó de las espinillas en la cara, que plagaban a sus enemigos, pero no de los

complejos propios de la edad. No podía imaginar que en menos de tres años tendría un cuerpo proporcionado, se le habrían ordenado las facciones y llegaría a ser tan guapo como un actor de cine romántico. Se sentía feo, desgraciado y solo; empezó a darle vueltas a la idea de suicidarse, como le confesó a Alma en uno de sus peores momentos de autocrítica. «Eso sería un desperdicio, Nat. Es mejor que termines la escuela, estudies medicina y te vayas a la India a cuidar leprosos. Yo te acompaño», replicó ella, sin mucha simpatía, porque comparados con la situación de su familia, los problemas existenciales de su primo eran de risa.

La diferencia de edad entre ambos se notaba poco, porque Alma se había desarrollado temprano y su tendencia a la soledad la había hecho parecer de más edad. Mientras él vivía en el limbo de una adolescencia que parecía eterna, a ella se le había acentuado la seriedad y la fortaleza que le impuso su padre y que ella cultivaba como virtudes esenciales. Se sentía abandonada por su primo y por la vida. Podía adivinar la intensa repulsión contra sí mismo que Nathaniel había desarrollado al entrar al colegio, porque en menor medida ella también la sufría, pero a diferencia del muchacho, ella no se permitía el vicio de estudiarse en el espejo buscando defectos ni de lamentarse por su suerte. Tenía otras preocupaciones.

En Europa la guerra se había desatado como un huracán apocalíptico, que ella sólo veía en difuso blanco y negro en los noticiarios del cine: escenas entrecortadas de batallas, rostros de soldados cubiertos del hollín imborrable de la pólvora y la muerte, aviones regando la tierra con bombas que caían con absurda elegancia, explosiones de fuego y humo, rugientes multitudes dando vivas a Hitler en Alemania. Ya no recordaba bien su país, la casa donde creció ni el idioma de su infancia, pero su familia estaba siempre presente en sus añoranzas. Mantenía sobre su mesita de noche un retrato de su hermano y la última fotografía de sus padres, en el muelle de Danzig, y los besaba antes de dormirse. Las imágenes de la guerra la perseguían de día, se le aparecían en sueños y no le daban derecho a comportarse como la chiquilla que era. Cuando Nathaniel cedió al engaño de creerse un genio incomprendido, Ichimei se convirtió en su único confidente. El niño había crecido poco en estatura y ella lo sobrepasaba media cabeza, pero era sabio y siempre encontraba la manera de distraerla cuando

la asaltaban las imágenes horripilantes de la guerra. Ichimei se las arreglaba para llegar a casa de los Belasco en tranvía, en bicicleta o en la camioneta de la jardinería, si conseguía que su padre o sus hermanos lo llevaran; después Lillian lo devolvía a su casa con su chofer. Si pasaban dos o tres días sin verse, los niños se escabullían de noche para hablar por teléfono en susurros. Hasta los comentarios más triviales adquirían una profundidad trascendental en esas llamadas a hurtadillas. A ninguno de los dos se le ocurrió pedir permiso para hacerlas; creían que el aparato se gastaba con el uso y lógicamente no podía estar a disposición de ellos.

Los Belasco vivían pendientes de las noticias de Europa, cada vez más confusas y alarmantes. En Varsovia, ocupada por los alemanes, había cuatrocientos mil judíos hacinados en un gueto de tres kilómetros cuadrados y medio. Sabían, porque Samuel Mendel les había informado por telegrama desde Londres, que los padres de Alma estaban entre ellos. De nada les sirvió a los Mendel su dinero; en los primeros tiempos de la ocupación perdieron sus bienes en Polonia y el acceso a sus cuentas en Suiza, tuvieron que abandonar la mansión familiar, confiscada y convertida en oficinas de los nazis y sus colaboradores, y quedaron reducidos a la misma condición de inconcebible miseria del resto de los habitantes del gueto. Entonces descubrieron que no tenían un solo amigo entre su propia gente. Fue todo lo que Isaac Belasco logró averiguar. Resultaba imposible comunicarse con ellos y ninguna de sus gestiones para rescatarlos dio resultados. Isaac usó sus conexiones con políticos influyentes, incluyendo un par de senadores en Washington y el secretario de Guerra, de quien había sido compañero en Harvard, pero le respondieron con vagas promesas que no cumplieron, porque tenían entre manos asuntos mucho más urgentes que una misión de socorro en el infierno de Varsovia. Los americanos observaban los acontecimientos en un compás de espera; todavía imaginaban que esa guerra al otro lado del Atlántico no les incumbía, a pesar de la sutil propaganda del gobierno de Roosevelt para influir en el público en contra de los alemanes. Tras el alto muro que marcaba la frontera del gueto de Varsovia, los judíos sobrevivían en extremos de hambre y terror. Se hablaba de deportaciones masivas, de hombres, mujeres y niños arreados hacia trenes de carga que desaparecían en la noche, de la voluntad de los nazis de exterminar

a los judíos y a otros indeseables, las cámaras de gas, los hornos crematorios y otras atrocidades imposibles de confirmar y, por lo tanto, difíciles de creer para los americanos.

Irina Bazili

En 2013 Irina Bazili celebró en privado con una panzada de pasteles de crema y dos tazas de cacao caliente el tercer aniversario de su empleo con Alma Belasco. En ese tiempo había llegado a conocerla a fondo, aunque había misterios en la vida de esa mujer que ni ella ni Seth habían descifrado, en parte porque todavía no se lo habían propuesto en serio. En el contenido de las cajas de Alma, que ella debía ordenar, se fueron revelando los Belasco. Así conoció Irina a Isaac, con su severa nariz aguileña y sus ojos bondadosos; a Lillian, baja de estatura, amplia de pechuga y bella de cara; a sus hijas Sarah y Martha, feas y muy bien vestidas; a Nathaniel de chico, flaco y con aire desamparado; más tarde, cuando era un joven esbelto y muy guapo, y al final, esculpido a cincel por los estragos de la enfermedad. Vio a la niña Alma recién llegada a América; a la joven de veintiún años, en Boston, cuando estudiaba arte, con boina negra e impermeable de detective, el estilo masculino que adoptó después de deshacerse del ajuar de su tía Lillian, que nunca aprobó; como madre, sentada en la pérgola del jardín de Sea Cliff, con su hijo Larry de tres meses en el regazo y su marido de pie detrás, con una mano en su hombro, posando como para un retrato de la realeza. Desde niña, se adivinaba la mujer que Alma iba a ser, imponente, con su mechón blanco, su boca ligeramente torcida y sus ojeras depravadas. Irina debía colocar las fotos cronológicamente en los álbumes, de acuerdo con las instrucciones de Alma, quien no siempre recordaba dónde o cuándo habían sido tomadas. Aparte del retrato de Ichimei Fukuda, en su apartamento había sólo otra foto enmarcada: la familia en el salón de Sea Cliff, cuando Alma celebró sus cincuenta años. Los hombres vestían de esmoquin y las mujeres de largo, Alma de raso negro,

altiva como una emperatriz viuda, y su nuera Doris, pálida y cansada, con un vestido de seda gris con pliegues por delante para disimular su segundo embarazo; esperaba a su hija Pauline. Seth, de año y medio, se mantenía de pie, agarrado con una mano al vestido de su abuela y con la otra a la oreja de un cocker spaniel.

Durante el tiempo que llevaban juntas, el vínculo entre las dos mujeres fue pareciéndose al de una tía y su sobrina. Habían afinado sus rutinas y podían compartir durante horas el reducido espacio del apartamento sin hablarse ni mirarse, cada una enfrascada en lo suyo. Se necesitaban mutuamente. Irina se consideraba privilegiada por contar con la confianza y el apoyo de Alma y a su vez ésta agradecía la fidelidad de la muchacha. Le halagaba el interés de Irina por su pasado. Dependía de ella para fines prácticos y para mantener su independencia. Seth le había recomendado que, cuando llegara el momento en que necesitara cuidados, regresara a la casa familiar de Sea Cliff o contratara ayuda permanente en su apartamento; dinero no le faltaba para eso. Alma iba a cumplir ochenta y dos años y planeaba vivir diez más sin ese tipo de ayuda y sin que nadie se atribuyera el derecho a decidir por ella.

—Yo también tenía terror de la dependencia, Alma, pero me he dado cuenta de que no es tan grave. Una se acostumbra y agradece la ayuda. Yo no puedo vestirme ni ducharme sola, me cuesta cepillarme los dientes y cortar el pollo en mi plato, pero nunca he estado más contenta que ahora —le dijo Catherine Hope, quien había conseguido ser su amiga.

—¿Por qué, Cathy? —le preguntó Alma.

—Porque me sobra tiempo y por primera vez en mi vida nadie espera nada de mí. No tengo que demostrar nada, no ando corriendo, cada día es un regalo y lo aprovecho a fondo.

Catherine Hope estaba en este mundo sólo por su feroz voluntad y los prodigios de la cirugía; sabía lo que significa quedar incapacitada y vivir con dolor permanente. A ella la dependencia no le llegó paulatinamente, como sería habitual, sino de la noche a la mañana con una pisada en falso. Escalando una montaña se cayó y quedó aprisionada entre dos rocas, con las piernas y la pelvis destrozadas. El rescate fue una faena heroica, que salió completa en el noticiario de televisión, porque la filmaron desde el aire. El helicóptero sirvió para captar desde lejos las escenas dramáticas,

pero no pudo acercarse al tajo profundo, donde ella yacía con un shock y una fuerte hemorragia. Un día y una noche más tarde, dos montañeros lograron descender en una maniobra atrevida, que casi les cuesta la vida, y la izaron en un arnés. Se la llevaron a un hospital especializado en traumas de guerra, donde comenzaron la tarea de componerle los innumerables huesos rotos. Despertó del coma dos meses más tarde y, después de preguntar por su hija, anunció que se sentía feliz de estar viva. Ese mismo día el Dalái Lama le había enviado desde la India una *kata*, la bufanda blanca con su bendición. Después de catorce operaciones truculentas y años de esforzada rehabilitación, Cathy debió aceptar que no volvería a caminar. «Mi primera vida terminó, ahora comienza la segunda. A veces me verás deprimida o exasperada, pero no me hagas caso, porque no me va a durar», le dijo a su hija. El budismo zen y el hábito de meditar durante toda una vida le daban una gran ventaja en sus circunstancias, porque soportaba la inmovilidad, que habría enloquecido a otra persona tan atlética y enérgica como ella, y pudo reponerse con buen ánimo de la pérdida de su compañero de muchos años, quien tuvo menos entereza que ella ante la tragedia y la dejó. También descubrió que podría practicar medicina como consultora de cirugía, desde un estudio con cámaras de televisión conectadas al quirófano, pero su ambición era trabajar con pacientes, cara a cara, como había hecho siempre. Cuando optó por vivir en el segundo nivel de Lark House, dio un par de vueltas conversando con la gente que sería su nueva familia y vio que sobraban oportunidades para ejercer su oficio. A la semana de ingresar ya tenía planes para montar una clínica gratuita del dolor destinada a las personas con enfermedades crónicas, así como un consultorio para atender males menores. En Lark House había médicos externos; Catherine Hope los convenció de que no competiría con ellos, sino que se complementarían. Hans Voigt le facilitó una sala para la clínica y propuso al directorio de Lark House que le pagaran un sueldo, pero ella prefirió que no le cobraran las mensualidades, un acuerdo conveniente para ambas partes. Rápidamente Cathy, como la llamaban, se convirtió en la madre que acogía a los recién llegados, recibía las confidencias, consolaba a los tristes, guiaba a los moribundos y repartía la marihuana. La mitad de los residentes tenía receta médica para

usarla y Cathy, que la distribuía en su clínica, era generosa con aquellos que no disponían de carnet ni de dinero para comprarla de contrabando; no era raro ver una cola de clientes frente a su puerta para obtener la hierba en varias formas, incluso como deliciosos bizcochos y caramelos. Hans Voigt no intervenía —para qué privar a su gente de un alivio inocuo—; sólo exigía que no se fumara en los pasillos y áreas comunes, ya que si fumar tabaco estaba prohibido, no sería justo que la marihuana no lo estuviera; pero algo de humo escapaba por los conductos de la calefacción o del aire acondicionado y a veces las mascotas andaban como despistadas.

En Lark House Irina se sentía segura por primera vez en catorce años. Desde que llegó a Estados Unidos nunca había permanecido tanto tiempo en un lugar; sabía que la tranquilidad no iba a durar y saboreaba esa tregua en su vida. No todo era idílico, pero comparados con los problemas del pasado, los del presente resultaban ínfimos. Debía sacarse las muelas del juicio, pero su seguro no cubría tratamientos dentales. Sabía que Seth Belasco estaba enamorado de ella y sería cada vez más difícil mantenerlo a raya sin perder su valiosa amistad. Hans Voigt, que siempre se había mostrado relajado y cordial, en los últimos meses se había vuelto tan cascarrabias que algunos residentes se reunían subrepticiamente para ver la forma de echarlo sin ofenderlo; Catherine Hope pensaba que debían darle tiempo y su opinión aún prevalecía. El director había sido operado dos veces de hemorroides con resultados irregulares y eso le había agriado el carácter. La preocupación más inmediata de Irina era una invasión de ratones en la vieja casona de Berkeley donde vivía. Se los oía rascando entre las paredes resquebrajadas y bajo el parqué. Los otros inquilinos, instigados por Tim, su socio, decidieron poner trampas, porque envenenarlos les pareció inhumano. Irina defendió que las trampas eran igualmente crueles, con el agravante de que alguien debía recoger los cadáveres, pero no le hicieron caso. Un pequeño roedor quedó vivo en una de las trampas y fue rescatado por Tim, quien, compadecido, se lo entregó a Irina. Era una de esas personas que se alimentan de verdura y nueces, porque no toleran hacerle daño a un

animal y menos cometer la maldad de cocinarlo. A Irina le tocó vendar la pata al ratón, acomodarlo en una caja entre algodones y cuidarlo hasta que se le pasó el susto, pudo caminar y regresar con los suyos.

Algunas de sus obligaciones en Lark House le fastidiaban, como la burocracia de las compañías de seguros, lidiar con parientes de los huéspedes que reclamaban por tonterías para aliviar la culpa de haberlos abandonado, y las clases obligatorias de computación, porque apenas había aprendido algo, la tecnología daba otro salto adelante y volvía a quedar rezagada. De las personas a su cargo, no tenía quejas. Como le había dicho Cathy el día que entró en Lark House, nunca se aburría. «Hay diferencia entre vejez y ancianidad. No es cosa de edad, sino de estado de salud física y mental —le explicó Cathy—. Los viejos pueden mantener su independencia, pero los ancianos necesitan asistencia y vigilancia hasta que llega un momento en que son como niños». Irina aprendía mucho tanto de los viejos como de los ancianos, casi todos sentimentales, divertidos y sin miedo al ridículo; se reía con ellos y a veces lloraba por ellos. Casi todos habían tenido vidas interesantes o se las inventaban. Si parecían muy perdidos, en general era porque oían poco y mal. Irina andaba pendiente de que no les fallaran las baterías de los audífonos. «¿Qué es lo peor de envejecer?», les preguntaba. No pensaban en la edad, respondían; antes fueron adolescentes, después cumplieron treinta, cincuenta, sesenta, sin pensar en los años; ¿por qué iban a hacerlo ahora? Algunos estaban muy limitados, les costaba caminar y moverse, pero no deseaban ir a ninguna parte. Otros estaban distraídos, confusos y desmemoriados, pero eso perturbaba más a los cuidadores y familiares que a ellos mismos. Catherine Hope insistía en que los residentes del segundo y tercer nivel estuvieran activos y a Irina le correspondía mantenerlos interesados, entretenidos, conectados. «A cualquier edad es preciso un propósito en la vida. Es la mejor cura contra muchos males», sostenía Cathy. En su caso, el propósito siempre había sido ayudar a otros y no cambió después del accidente.

Los viernes en la mañana, Irina acompañaba a los residentes más apasionados a protestar en la calle, para cuidar que no se les fuera la mano. También participaba en las vigilias por causas nobles y en

el club de tejido; todas las mujeres capaces de manejar agujas, menos Alma Belasco, estaban tejiendo chalecos para los refugiados de Siria. El motivo recurrente era la paz; se podía discrepar sobre cualquier tema menos sobre la paz. En Lark House había doscientos cuarenta y cuatro demócratas desencantados: habían votado a favor de la reelección de Barak Obama pero lo criticaban por indeciso, por no haber cerrado la prisión de Guantánamo, por deportar a los inmigrantes latinos, por los drones… en fin, sobraban motivos para mandar cartas al presidente y al Congreso. La media docena de republicanos se cuidaba de no opinar en voz alta.

Facilitar la práctica espiritual también era responsabilidad de Irina. Muchos viejos provenientes de una tradición religiosa se refugiaban en ella, aunque hubieran pasado sesenta años renegando de Dios, pero otros buscaban consuelo en alternativas esotéricas y psicológicas de la Era de Acuario. Irina les conseguía sucesivamente guías y maestros para meditación trascendental, curso de milagros, I Ching, desarrollo de la intuición, cábala, tarot místico, animismo, reencarnación, percepción psíquica, energía universal y vida extraterrestre. Ella era la encargada de organizar la celebración de fiestas religiosas, un popurrí de rituales de varias creencias, para que nadie se sintiera excluido. En el solsticio de verano llevaba a un grupo de ancianas a los bosques cercanos y bailaban en círculo al son de panderetas, descalzas y coronadas de flores. Los guardabosques las conocían y se prestaban para tomarles fotos abrazadas a los árboles hablando con Gaia, la madre tierra, y con sus muertos. Irina dejó de burlarse para sus adentros cuando pudo oír a sus abuelos en el tronco de una secoya, uno de esos gigantes milenarios que unen a nuestro mundo con el mundo de los espíritus, como le hicieron saber las danzarinas octogenarias. Costea y Petruta no fueron buenos conversadores en vida y tampoco lo eran dentro de la secoya, pero lo poco que dijeron convenció a su nieta de que velaban por ella. En el solsticio de invierno, Irina improvisaba ceremonias puertas adentro, porque Cathy la había prevenido contra las pulmonías si lo celebraban entre la humedad y la ventisca del bosque.

El sueldo de Lark House apenas le habría alcanzado para vivir a una persona normal, pero eran tan humildes las ambiciones y tan módicas las necesidades de Irina que a veces le sobraba dinero. Los

ingresos del lavado de perros y como asistente de Alma, que siempre buscaba razones para pagarle de más, hacían que se sintiera rica. Lark House se había convertido en su hogar y los residentes, con quienes convivía a diario, reemplazaban a sus abuelos. La conmovían esos ancianos lentos, torpes, achacosos, macilentos…, tenía un buen humor infinito con sus problemas, no le importaba repetir mil veces la misma respuesta a la misma pregunta, le gustaba empujar una silla de ruedas, alentar, ayudar, consolar. Aprendió a desviar los impulsos de violencia, que a veces se apoderaban de ellos como tormentas pasajeras, y no la asustaban la avaricia o las manías persecutorias que algunos sufrían como consecuencia de la soledad. Trataba de comprender lo que significa llevar el invierno en las espaldas, la inseguridad de cada paso, la confusión ante las palabras que no se escuchan bien, la impresión de que el resto de la humanidad anda muy apurado y habla muy rápido, el vacío, la fragilidad, la fatiga y la indiferencia por lo que no les atañe personalmente, incluso hijos y nietos, cuya ausencia ya no pesa como antes y hay que hacer un esfuerzo para recordarlos. Sentía ternura por las arrugas, los dedos deformados y la mala vista. Imaginaba cómo iba a ser ella de vieja, de anciana.

Alma Belasco no entraba en esa categoría; a ella no debía cuidarla, al contrario, se sentía cuidada por ella y agradecía el papel de sobrina desamparada que la mujer le había asignado. Alma era pragmática, agnóstica y básicamente incrédula, nada de cristales, zodíaco o árboles parlantes; con ella Irina hallaba alivio para sus incertidumbres. Deseaba ser como Alma y vivir en una realidad manejable, donde los problemas tenían causa, efecto y solución, donde no existían seres terroríficos agazapados en los sueños ni enemigos lujuriosos espiando en cada esquina. Las horas con ella eran preciosas y de buena gana habría trabajado gratis. Una vez se lo propuso. «A mí me sobra dinero y a ti te falta. No se hable más de esto», respondió Alma en el tono imperioso que casi nunca usaba con ella.

Seth Belasco

Alma Belasco disfrutaba su desayuno sin prisa, veía las noticias en la televisión y después se iba a clase de yoga o a caminar una hora. Al regresar se duchaba, se vestía y cuando calculaba que iba a llegar la encargada de la limpieza escapaba a la clínica a ayudar a su amiga Cathy. El mejor tratamiento para el dolor era mantener a los pacientes entretenidos y moviéndose. Cathy siempre necesitaba voluntarios en la clínica y le había pedido a Alma que diera clases de pintura en seda, pero eso requería espacio y materiales que allí nadie podía costear. Cathy se negó a aceptar que Alma corriera con todos los gastos, porque no sería bueno para la moral de los participantes, a nadie le gusta ser objeto de caridad, como dijo. En vista de eso, Alma echaba mano de su antigua experiencia en el desván de Sea Cliff con Nathaniel e Ichimei, para improvisar obras teatrales que no costaban dinero y provocaban tempestades de risa. Tres veces por semana iba a su taller a pintar con Kirsten. Rara vez usaba el comedor de Lark House, prefería cenar en los restaurantes del barrio, donde la conocían, o en su apartamento, cuando su nuera le enviaba con el chofer alguno de sus platos preferidos.

Irina mantenía lo indispensable en la cocina: fruta fresca, avena, leche, pan integral, miel. A ella le tocaba también clasificar papeles, tomar dictado, ir de compras o a la lavandería, acompañar a Alma a sus diligencias, ocuparse del gato, del calendario y de organizar la escasa vida social. Con frecuencia, Alma y Seth la invitaban al almuerzo dominical obligatorio de Sea Cliff, cuando la familia rendía pleitesía a la matriarca. Para Seth, que antes recurría a toda suerte de pretextos para llegar a la hora del postre, ya que la idea de faltar ni siquiera se le ocurría a él, la presencia de Irina pintaba la ocasión de brillantes colores. Seguía persiguiéndola con

tenacidad, pero como los resultados dejaban mucho que desear, también salía con amigas del pasado dispuestas a soportar sus veleidades. Se aburría con ellas y no lograba provocar celos a Irina. Como decía su abuela, para qué perder municiones en buitres; ése era otro de los dichos enigmáticos que circulaban entre los Belasco. Para Alma esas reuniones familiares comenzaban con la alegre ilusión de ver a los suyos, especialmente a su nieta Pauline, ya que a Seth lo veía a menudo, pero muchas veces terminaban por ser un plomazo, porque cualquier tema servía de pretexto para enojarse, no por falta de cariño, sino por el mal hábito de discutir por tonterías. Seth buscaba motivos para desafiar o escandalizar a sus padres; Pauline aparecía entregada a alguna causa, que explicaba en detalle, como la mutilación genital o los mataderos de animales; Doris se esmeraba en ofrecer sus mejores experimentos culinarios, verdaderos banquetes, y solía acabar llorando en su pieza, porque nadie los apreciaba, mientras el bueno de Larry hacía malabarismos para evitar roces. La abuela usaba a Irina para mitigar las tensiones, ya que los Belasco se comportaban civilizadamente delante de extraños, aunque se tratara de una insignificante empleada de Lark House. A la muchacha la mansión de Sea Cliff le parecía de un lujo extravagante, con sus seis dormitorios, dos salones, biblioteca tapizada de libros, escalera doble de mármol y un jardín palaciego. No percibía el lento deterioro de casi un siglo de existencia, que la militante vigilancia de Doris apenas lograba mantener bajo control el óxido en las rejas ornamentales, las ondulaciones del piso y las paredes, que habían soportado un par de terremotos, las baldosas resquebrajadas y las huellas de termitas en las maderas. La casa se erguía en un sitio privilegiado sobre un promontorio entre el océano Pacífico y la bahía de San Francisco. Al amanecer, la espesa niebla que llegaba rodando desde el mar, como una avalancha de algodón, solía ocultar por completo el puente del Golden Gate, pero se disipaba en el transcurso de la mañana y entonces aparecía la esbelta estructura de hierro rojo contra el cielo salpicado de gaviotas, tan cerca del jardín de los Belasco, que cabía la ilusión de tocarla con la mano.

Del mismo modo que Alma se convirtió en la tía adoptiva de Irina,

Seth hizo el papel de primo, porque no le resultó el papel de amante que deseaba. En los tres años que llevaban juntos, la relación de los jóvenes, fundada en la soledad de Irina, la pasión mal disimulada de Seth y la curiosidad de ambos por Alma Belasco, se solidificó. Otro hombre menos tozudo y enamorado que Seth se habría dado por vencido hacía tiempo, pero él aprendió a dominar su vehemencia y se adaptó al paso de tortuga impuesto por Irina. De nada le servía apresurarse, porque al menor signo de intrusión, ella retrocedía, y después pasaban semanas antes de que él recuperara el terreno perdido. Si se rozaban de forma casual, ella escamoteaba el cuerpo, y si él lo hacía a propósito, ella se alarmaba. Seth buscó en vano algo que justificara esa desconfianza, pero ella había sellado su pasado. A primera vista, nadie podía imaginar el verdadero carácter de Irina, que se había ganado el título de la empleada más querida de Lark House con su actitud abierta y amable, pero él sabía que tras esa fachada se agazapaba una ardilla recelosa.

En esos años el libro de Seth fue adquiriendo forma sin gran esfuerzo por su parte, gracias al material que aportaba su abuela y la majadería de Irina. En Alma recayó la tarea de recopilar la historia de los Belasco, los únicos parientes que le quedaron después de que la guerra barriera a los Mendel de Polonia y antes de que su hermano Samuel resucitase. Los Belasco no se contaban entre las familias más encumbradas de San Francisco, aunque sí entre las más pudientes, pero podían trazar sus orígenes hasta la fiebre del oro. Entre ellos, destacaba David Belasco, director y productor teatral, empresario y autor de más de cien obras, que abandonó la ciudad en 1882 y triunfó en Broadway. El bisabuelo Isaac pertenecía a la rama que se quedó en San Francisco, donde echó raíces e hizo fortuna con un sólido bufete de abogados y buen ojo para invertir.

Como todos los varones de su estirpe, a Seth le tocó ser socio del bufete, aunque carecía del instinto combativo de las generaciones anteriores. Se había graduado por obligación y ejercía el derecho porque los clientes le daban lástima y no por confianza en el sistema judicial o por codicia. Su hermana Pauline, dos años menor, estaba mejor cualificada para aquel ingrato oficio, pero eso no lo eximía a él de sus deberes con la firma. Había cumplido treinta y dos años sin sentar cabeza, como le reprochaba su padre; seguía dejando a su hermana los casos difíciles, divirtiéndose sin fijarse en

gastos y mariposeando con media docena de enamoradas transitorias. Pregonaba su vocación de poeta y corredor de motos para impresionar a las amigas y asustar a sus padres, pero no pensaba renunciar a los ingresos seguros del bufete. No era cínico, sino perezoso para el trabajo y alborotado para casi todo lo demás. Fue el primer sorprendido cuando descubrió que se acumulaban páginas de un manuscrito en el maletín donde debía llevar documentos a los tribunales. Ese pesado maletín de cuero color caramelo, con las iniciales de su abuelo grabadas en oro, era un anacronismo en plena época digital, pero Seth lo usaba suponiendo que tenía poderes sobrenaturales, única explicación posible para la multiplicación espontánea de su manuscrito. Las palabras surgían solas en el vientre fértil del maletín y paseaban tranquilamente por la geografía de su imaginación. Eran doscientas quince páginas escritas a borbotones, que no se había molestado en corregir porque su plan consistía en contar lo que pudiera sonsacarle a su abuela, agregar aportes de su propia cosecha y después pagar a un escritor anónimo y a un editor concienzudo para que dieran forma al libro y lo pulieran. Esas hojas no hubieran existido sin la insistencia de Irina en leerlas y su descaro para criticarlas, que lo obligaban a producir regularmente hornadas de diez o quince folios; así se iban sumando y así también, sin proponérselo, él se iba convirtiendo en novelista.

Seth era el único miembro de su familia que Alma echaba de menos, aunque no lo habría admitido. Si pasaban algunos días sin que él llamara o la visitara, empezaba a ponerse de mal humor y pronto inventaba una excusa para convocarlo. El nieto no se hacía esperar. Llegaba como un ventarrón, con el casco de la moto bajo el brazo, los pelos disparados, las mejillas rojas y algún regalito para ella y para Irina: alfajores de dulce de leche, jabón de almendras, papel de dibujo, un vídeo de zombis en otra galaxia. Si no encontraba a la muchacha, su desilusión era visible, pero Alma fingía no darse cuenta. Saludaba a su abuela con una palmada en el hombro y ella respondía con un gruñido, como habían hecho siempre; se trataban como camaradas de aventura, con franqueza y complicidad, sin muestras de afecto, que consideraban kitsch. Conversaban largo y con la soltura de comadres chismosas: primero pasaban revista rápidamente a las noticias del presente, incluyendo

a la familia, y enseguida entraban de lleno en lo que realmente les atañía. Estaban eternizados en un pasado mitológico de episodios y anécdotas improbables, épocas y personajes anteriores al nacimiento de Seth. Con su nieto, Alma se revelaba como una narradora fantasiosa, evocaba intacta la mansión de Varsovia, donde transcurrieron los primeros años de su existencia, con las sombrías habitaciones de muebles monumentales y las empleadas de uniforme deslizándose a lo largo de las paredes sin levantar la vista, pero le agregaba un imaginario poni color trigo de crines largas que acabó convertido en estofado en los tiempos del hambre. Alma rescataba a los bisabuelos Mendel y les devolvía todo lo que se llevaron los nazis, los sentaba a la mesa de Pascua con los candelabros y cubiertos de plata, las copas francesas, la porcelana de Baviera y los manteles bordados por monjas de un convento español. Era tal su elocuencia en los episodios más trágicos que Seth e Irina creían estar con los Mendel camino a Treblinka; iban con ellos dentro del vagón de carga entre cientos de infelices, desesperados y sedientos, sin aire ni luz, vomitando, defecando, agonizando; entraban con ellos, desnudos, en la cámara del espanto, y desaparecían con ellos en el humo de las chimeneas. Alma les hablaba también del bisabuelo Isaac Belasco, de cómo murió en un mes de primavera, una noche en que cayó una tormenta de hielo que destruyó por completo su jardín, y de cómo tuvo dos funerales, porque en el primero no cupo toda la gente que quiso presentarle sus respetos, centenares de blancos, negros, asiáticos, latinos y otros que le debían favores desfilaron en el cementerio y el rabino tuvo que repetir la ceremonia; y de la bisabuela Lillian, eternamente enamorada de su marido, que el mismo día en que se quedó viuda perdió la vista y anduvo en tinieblas los años que le quedaban, sin que los médicos atinaran a dar con la causa. También hablaba de los Fukuda y la evacuación de los japoneses como de algo que la traumatizó en la infancia, sin destacar demasiado su relación con Ichimei Fukuda.

Los Fukuda

Takao Fukuda había vivido en Estados Unidos desde los veinte años sin deseos de adaptarse. Como muchos *Isei*, inmigrantes japoneses de primera generación, no deseaba fundirse en el crisol americano, como hacían otras razas llegadas de los cuatro puntos cardinales. Estaba orgulloso de su cultura y su lengua, que mantenía intactas y procuraba inútilmente transmitirlas a sus descendientes, seducidos por la grandiosidad de América. Admiraba muchos aspectos de esa tierra inmensa donde el horizonte se confundía con el cielo, pero no podía evitar un sentimiento de superioridad, que jamás dejaba traslucir fuera de su hogar, porque habría sido una imperdonable falta de cortesía hacia el país que lo había acogido. Con los años iba cayendo inexorablemente en los engaños de la nostalgia, se le iban desdibujando las razones por las cuales abandonó Japón y terminó idealizando las mismas enmohecidas costumbres que lo impulsaron a emigrar. Le chocaban la prepotencia y el materialismo de los americanos, que a sus ojos no eran expansión de carácter y sentido práctico, sino vulgaridad; sufría al constatar cómo sus hijos imitaban los valores individualistas y la conducta ruda de los blancos. Sus cuatro hijos habían nacido en California, pero tenían sangre japonesa por parte de padre y madre, nada justificaba la indiferencia hacia sus antepasados y falta de respeto por las jerarquías. Ignoraban el lugar que a cada uno le correspondía por destino; se habían contagiado de la ambición insensata de los americanos, para quienes nada parecía imposible. Takao sabía que también en los detalles prosaicos sus hijos lo traicionaban: bebían cerveza hasta perder la cabeza, mascaban goma como rumiantes y bailaban los agitados ritmos de moda con el cabello engrasado y zapatos de dos colores.

Seguramente Charles y James buscaban rincones oscuros donde manosear a muchachas de moral dudosa, pero confiaba en que Megumi no cometería semejantes indecencias. Su hija copiaba la moda ridícula de las chicas americanas y leía a escondidas las revistas de romances y gentuza del cine, que él le había prohibido, pero era buena alumna y, al menos en apariencia, era respetuosa. Takao sólo podía controlar a Ichimei, pero pronto el chiquillo se le escaparía de las manos y se transformaría en un extraño, como sus hermanos. Ése era el precio de vivir en América.

En 1912, Takao Fukuda había dejado a su familia y emigrado por razones metafísicas, pero ese factor había ido perdiendo importancia en sus evocaciones y a menudo se preguntaba por qué había tomado esa decisión tan drástica. Japón se había abierto a la influencia extranjera y ya había muchos hombres jóvenes que se iban a otras partes buscando oportunidades, pero entre los Fukuda se consideraba el abandono de la patria como una traición irreparable. Provenían de una tradición militar, habían vertido su sangre por el emperador durante siglos. Takao, por ser el único varón entre los cuatro niños que sobrevivieron a las pestes y accidentes de la infancia, era depositario del honor de la familia, responsable de sus padres y hermanas, y encargado de venerar a sus antepasados en el altar doméstico y en cada festividad religiosa. Sin embargo, a los quince años descubrió el Oomoto, el camino de los dioses, una nueva religión derivada del sintoísmo, que estaba tomando vuelo en Japón, y sintió que por fin había encontrado un mapa que guiara sus pasos en la vida. Según sus líderes espirituales, casi siempre mujeres, puede haber muchos dioses, pero todos son esencialmente el mismo y no importa con qué nombres o rituales se les honre; dioses, religiones, profetas y mensajeros a lo largo de la historia provienen de la misma fuente: el Dios Supremo del Universo, el Espíritu Único, que impregna todo lo existente. Con ayuda de los seres humanos, Dios intenta purificar y reconstruir la armonía del universo y cuando esa tarea concluya, Dios, la humanidad y la naturaleza coexistirán amablemente en la tierra y en el ámbito espiritual. Takao se entregó de lleno a su fe. Oomoto predicaba la paz, alcanzable sólo a través de la virtud personal, y el joven comprendió que su destino no podía ser una carrera militar, como correspondía a los hombres de su estirpe. Irse lejos le pareció

la única salida, porque quedarse y renunciar a las armas sería visto como imperdonable cobardía, la peor afrenta que podía hacerle a su familia. Trató de explicárselo a su padre y sólo consiguió romperle el corazón, pero expuso sus razones con tal fervor, que éste terminó por aceptar que perdería a su hijo. Los jóvenes que se iban no regresaban más. El deshonor se lava con sangre. La muerte por la propia mano sería preferible, le dijo su padre, pero esa alternativa contradecía los principios de Oomoto.

Takao llegó a la costa de California con dos mudas de ropa, un retrato de sus padres coloreado a mano y la espada de samurái que había estado en su familia por siete generaciones. Su padre se la entregó en el momento de la despedida, porque no podía dársela a ninguna de sus hijas, y aunque el joven nunca fuera a usarla, le pertenecía según el orden natural de las cosas. Esa katana era el único tesoro que poseían los Fukuda, del mejor acero plegado y vuelto a plegar dieciséis veces por antiguos artesanos, con mango labrado de plata y bronce, en una vaina de madera decorada con laca roja y lámina de oro. Takao viajó con su katana envuelta en sacos para protegerla, pero su forma alargada y curva era inconfundible. Los hombres que convivieron con él en la cala del barco durante la fatigosa travesía lo trataron con la debida deferencia, porque el arma probaba que provenía de un linaje glorioso.

Al desembarcar recibió ayuda inmediata de la minúscula comunidad Oomoto de San Francisco y a los pocos días obtuvo empleo de jardinero con un compatriota. Lejos de la mirada reprobatoria de su padre, para quien un soldado no se ensucia las manos con tierra, sólo con sangre, se dedicó a aprender el oficio con determinación y en poco tiempo se hizo un buen nombre entre los *Isei* que vivían de la agricultura. Era incansable en el trabajo, vivía frugal y virtuosamente, como exigía su religión, y en diez años ahorró los ochocientos dólares reglamentarios para encargar una esposa a Japón. La casamentera le ofreció tres candidatas y él se quedó con la primera, porque le gustó el nombre. Se llamaba Heideko. Takao fue a esperarla al muelle con su único traje, de tercera mano y con brillos en los codos y en las posaderas, pero de buena factura, con los zapatos lustrados y un sombrero panamá, que compró en Chinatown. La novia migratoria resultó ser una

campesina diez años menor que él, sólida de cuerpo, plácida de rostro, firme de temperamento y atrevida de lengua, mucho menos sumisa de lo que la casamentera le había anunciado, como comprobó desde el primer momento. Una vez recuperado de la sorpresa, a Takao esa fortaleza de carácter le pareció una ventaja.

Heideko llegó a California con muy pocas ilusiones. En el barco, donde compartió el reducido espacio que le asignaron con una docena de muchachas de su misma condición, había escuchado historias desgarradoras de vírgenes inocentes como ella, que desafiaban los peligros del océano para casarse con jóvenes pudientes en América, pero en el muelle las esperaban viejos pobretones, o en el peor de los casos, chulos que las vendían a los prostíbulos o como esclavas en fábricas clandestinas. No fue su caso, porque Takao Fukuda le había enviado un retrato reciente y no la engañó sobre su situación; le hizo saber que sólo podía ofrecerle una vida de esfuerzo y trabajo, pero honorable y menos penosa que la de su aldea de Japón. Tuvieron cuatro hijos, Charles, Megumi y James; años más tarde, cuando Heideko creía que había perdido la fertilidad, les llegó Ichimei en 1932, prematuro y tan débil, que lo dieron por perdido y no tuvo nombre en sus primeros meses. Su madre lo fortaleció como pudo con infusiones de hierbas, sesiones de acupuntura y agua fría, hasta que milagrosamente empezó a dar muestras de que iba a sobrevivir. Entonces le dieron un nombre japonés, a diferencia de sus hermanos, que recibieron nombres anglos, fáciles de pronunciar en América. Lo llamaron Ichimei, que quiere decir: vida, luz, brillo o estrella, según el *kanji* o ideograma que se use para escribirlo. Desde los tres años el niño nadaba como congrio, primero en piscinas locales y después en las aguas heladas de la bahía de San Francisco. Su padre le templó el carácter con el trabajo físico, el amor a las plantas y las artes marciales.

En la época en que nació Ichimei, la familia Fukuda sorteaba a duras penas los peores años de la Depresión. Arrendaban tierra en los alrededores de San Francisco, donde cultivaban vegetales y árboles frutales para abastecer mercados locales. Takao redondeaba sus ingresos trabajando para los Belasco, la primera familia que le

dio empleo cuando él se independizó del compatriota que lo inició en la jardinería. Su buena reputación le sirvió para que Isaac Belasco lo llamara para hacer el jardín de una propiedad que había adquirido en Sea Cliff, donde pensaba construir una casa para albergar a sus descendientes por cien años, como dijo en broma al arquitecto, sin imaginar que iba a resultar cierto. A su bufete de abogado nunca le faltaban ingresos, porque representaba a la Compañía Occidental de Trenes y Navegación de California; Isaac era de los pocos hombres de empresa que no sufrió durante la crisis económica. Tenía su dinero en oro y lo invirtió en botes de pesca, un aserradero, talleres mecánicos, una lavandería y otros negocios similares. Lo hizo pensando en emplear a algunos de los desesperados que hacían cola por un plato de sopa en los comedores de caridad, para aliviarles la miseria, pero su propósito altruista le aportó inesperados beneficios. Mientras edificaban la casa de acuerdo a los caprichos desordenados de su mujer, Isaac compartía con Takao su sueño de reproducir la naturaleza de otras latitudes en una colina de peñascos expuesta a la niebla y el viento. En el proceso de trasladar al papel esa visión desquiciada, Isaac Belasco y Takao Fukuda desarrollaron una respetuosa relación. Juntos leyeron los catálogos, seleccionaron y encargaron a otros continentes los árboles y las plantas, que llegaron envueltos en sacos mojados con su tierra original adherida a las raíces; juntos descifraron las instrucciones del manual y armaron el invernadero de cristal traído de Londres, pieza a pieza, como un rompecabezas; y juntos habrían de mantener vivo aquel ecléctico jardín del Edén.

La indiferencia de Isaac Belasco por la vida social y por la mayoría de los asuntos familiares, que delegaba por completo en manos de Lillian, se compensaba con una pasión irrefrenable por la botánica. No fumaba ni bebía, carecía de vicios conocidos o tentaciones irresistibles; era incapaz de apreciar la música o la buena mesa y si Lillian se lo hubiera permitido, se habría alimentado con el mismo pan grueso y sopa de pobre de los desempleados de la Depresión, de pie en la cocina. Un hombre así resultaba inmune a la corrupción y la vanidad. Lo suyo eran la inquietud intelectual, la pasión para defender a sus clientes mediante artilugios de litigante y la debilidad secreta de ayudar a los necesitados; pero ninguno de esos placeres se comparaban con el

de la jardinería. Un tercio de su biblioteca estaba destinado a la botánica. Su ceremoniosa amistad con Takao Fukuda, basada en mutua admiración y amor por la naturaleza, llegó a ser fundamental para su tranquilidad de espíritu, el bálsamo necesario para sus frustraciones con la ley. En su jardín, Isaac Belasco se transformaba en humilde aprendiz del maestro japonés, quien le revelaba los secretos del mundo vegetal, que a menudo los libros de botánica no aclaraban. Lillian adoraba a su marido y lo cuidaba con diligencia de enamorada, pero nunca lo deseaba tanto como al verlo desde el balcón, trabajando codo a codo con el jardinero. Con mono de trabajo, botas y sombrero de paja, sudando a pleno sol o mojado por la llovizna, Isaac rejuvenecía y a los ojos de Lillian volvía a ser el novio apasionado que la había seducido a los diecinueve años o el recién casado que la asaltaba en la escalera, antes de llegar a la cama.

Dos años después de que Alma llegara a vivir a su casa, Isaac Belasco se asoció con Takao Fukuda para establecer un vivero de flores y plantas decorativas, con el sueño de convertirlo en el mejor de California. Lo primero sería comprar unas parcelas a nombre de Isaac, como una forma de hacerle el quite a la ley promulgada en 1913, que impedía a los *Isei* obtener ciudadanía, poseer tierra o comprar propiedades. Para Fukuda se trataba de una oportunidad única y para Belasco de una inversión prudente, como otras que había hecho durante los años dramáticos de la Depresión. Nunca le interesaron los vaivenes de la Bolsa de Valores, prefería invertir en fuentes de trabajo. Ambos hombres se asociaron en el entendido de que cuando Charles, el hijo mayor de Takao, alcanzara la mayoría de edad y los Fukuda pudieran comprarle su parte a Belasco, al precio del momento, traspasarían el criadero a nombre de Charles y darían por terminada la sociedad. Charles, por ser nacido en Estados Unidos, era ciudadano americano. Fue un acuerdo de caballeros sellado con un simple apretón de manos.

Al jardín de los Belasco no llegaban ecos de la campaña de difamación contra los japoneses, a quienes la propaganda acusaba de competir deslealmente con los agricultores y pescadores americanos, amenazar la virtud de las mujeres blancas con su insaciable lujuria y corromper a la sociedad con sus costumbres orientales y anticristianas. Alma no supo de esos prejuicios hasta

dos años más tarde de su llegada a San Francisco, cuando de la noche a la mañana los Fukuda se convirtieron en peligro amarillo. Para entonces ella e Ichimei eran amigos inseparables.

El ataque por sorpresa del Imperio del Japón a Pearl Harbor, en diciembre de 1941, destruyó dieciocho buques de la flota, dejó un saldo de dos mil quinientos muertos y mil heridos y cambió en menos de veinticuatro horas la mentalidad aislacionista de los estadounidenses. El presidente Roosevelt declaró la guerra a Japón y pocos días después Hitler y Mussolini, aliados con el Imperio del Sol Naciente, se la declararon a Estados Unidos. El país se movilizó para participar en esa guerra, que ensangrentaba a Europa desde hacía dieciocho meses. La reacción masiva de terror que provocó el ataque de Japón entre los americanos fue avivada por una campaña histérica de prensa, advirtiendo sobre la inminente invasión de los «amarillos» en la costa del Pacífico. Se exacerbó un odio que ya existía desde hacía más de un siglo hacia los asiáticos. Japoneses que habían vivido muchos años en el país, sus hijos y nietos, pasaron a ser sospechosos de espionaje y de colaborar con el enemigo. Las redadas y detenciones comenzaron pronto. Bastaba un radio de onda corta en un bote, único medio de comunicación de los pescadores con tierra, para detener al dueño. La dinamita empleada por los campesinos para arrancar troncos y rocas de los potreros de sembradío se consideraba prueba de terrorismo. Confiscaron desde escopetas de perdigones hasta cuchillos de cocina y herramientas de trabajo; también binoculares, cámaras fotográficas, estatuillas religiosas, quimonos ceremoniales o documentos en otra lengua. Dos meses después Roosevelt firmó la orden de evacuar por razones de seguridad militar, a toda persona de origen japonés de la costa del Pacífico —California, Oregón, Washington—, donde las tropas amarillas podían llevar a cabo la temida invasión. También se declararon zonas militares Arizona, Idaho, Montana, Nevada y Utah. El ejército contaba con tres semanas para construir los refugios necesarios.

En marzo San Francisco amaneció tapizado con avisos de evacuación de la población japonesa, cuyo significado Takao y Heideko no comprendieron, pero su hijo Charles se lo explicó. De

partida, no podían salir de un radio de ocho kilómetros de sus casas sin un permiso especial y debían ceñirse al toque de queda nocturno, desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana. Las autoridades comenzaron a allanar casas y confiscar bienes, arrestaron a los hombres influyentes que podrían incitar a la traición, jefes de comunidades, directores de empresas, profesores, pastores religiosos, y se los llevaron con destino desconocido; atrás quedaron mujeres y niños despavoridos. Los japoneses tuvieron que vender deprisa y a precio de ganga lo que poseían y cerrar sus locales comerciales. Pronto descubrieron que sus cuentas bancarias habían sido bloqueadas; estaban arruinados. El vivero de Takao Fukuda e Isaac Belasco no alcanzó a hacerse realidad.

En agosto habían desplazado a más de ciento veinte mil hombres, mujeres y niños; estaban arrancando a ancianos de hospitales, bebés de orfanatos y enfermos mentales de asilos para internarlos en diez campos de concentración en zonas aisladas del interior, mientras en las ciudades quedaban barrios fantasmagóricos de calles desoladas y casas vacías, donde vagaban las mascotas abandonadas y los espíritus confusos de los antepasados llegados a América con los inmigrantes. La medida estaba destinada a proteger la costa del Pacífico, tanto como a los japoneses, que podían ser víctimas de la ira del resto de la población; era una solución temporal y se cumpliría de forma humanitaria. Ése era el discurso oficial, pero el lenguaje del odio ya se había extendido. «Una víbora es siempre una víbora, dondequiera que ponga sus huevos. Un japonés americano nacido de padres japoneses, formado en las tradiciones japonesas, viviendo en un ambiente trasplantado de Japón, inevitablemente y con las más raras excepciones crece como japonés y no como americano. Todos son enemigos». Bastaba tener un bisabuelo nacido en Japón para entrar en la categoría de víbora.

Apenas Isaac Belasco supo de la evacuación, se presentó donde Takao a ofrecerle ayuda y asegurarle que su ausencia sería breve; porque la evacuación era anticonstitucional y violaba los principios de la democracia. El socio japonés respondió con una inclinación desde la cintura, profundamente conmovido por la amistad de ese hombre, porque en esas semanas su familia había sufrido insultos, desprecios y agresiones de otros blancos. *Shikata ga nai*, qué le vamos a hacer, respondió Takao. Era el lema de su gente en la

adversidad. Ante la insistencia de Belasco se atrevió a pedirle un favor particular: que le permitiera enterrar la espada de los Fukuda en el jardín de Sea Cliff. Había logrado esconderla de los agentes que le allanaron la casa, pero no estaba en lugar seguro. La espada representaba el coraje de sus antepasados y la sangre vertida por el Emperador, no podía quedar expuesta a ninguna forma de deshonor.

Esa misma noche los Fukuda, vestidos con quimonos blancos de la religión Oomoto, fueron a Sea Cliff, donde Isaac y su hijo Nathaniel los recibieron de traje oscuro, con los *yarmulkes* que usaban en las raras ocasiones en que iban a la sinagoga. Ichimei traía a su gato en un canasto tapado con un paño y se lo entregó a Alma para que se lo cuidara por un tiempo.

—¿Cómo se llama? —le preguntó la niña.

—Neko. En japonés quiere decir gato.

Lillian, acompañada de sus hijas, sirvió té a Heideko y Megumi en uno de los salones del primer piso, mientras Alma, sin comprender lo que sucedía, pero consciente de la solemnidad del momento, seguía a los hombres escabulléndose entre las sombras de los árboles, con el canasto del gato en los brazos. Desfilaron cerro abajo por las terrazas del jardín, alumbrándose con lámparas de parafina, hasta el sitio frente al mar, donde habían preparado una zanja. Delante iba Takao con la espada en los brazos, envuelta en seda blanca, seguido por su primogénito, Charles, con el estuche metálico que habían mandado hacer para protegerla; James e Ichimei iban detrás y cerraban el cortejo Isaac y Nathaniel Belasco. Takao, con lágrimas que no intentaba disimular, rezó durante varios minutos, enseguida colocó el arma en el estuche sostenido por su hijo mayor y se postró de rodillas, con la frente en la tierra, mientras Charles y James bajaban la katana al hueco e Ichimei le esparcía encima puñados de tierra. Después cubrieron el enterramiento y allanaron el suelo con palas. «Mañana plantaré crisantemos blancos para marcar el sitio», dijo Isaac Belasco con la voz ronca de emoción, ayudando a Takao a ponerse de pie.

Alma no se atrevió a correr hasta Ichimei porque adivinó que existía una razón imperiosa para excluir a las mujeres de esa ceremonia. Esperó a que los hombres volvieran a la casa para atrapar a Ichimei y arrastrarlo a un rincón encubierto. El chico le

explicó que no volvería el sábado siguiente ni ningún otro día por algún tiempo, tal vez varias semanas o meses, y que tampoco podrían hablar por teléfono. «¿Por qué? ¿Por qué?», le gritó Alma, sacudiéndolo, pero Ichimei no pudo responderle. Él tampoco sabía por qué debían partir ni adónde.

El peligro amarillo

Los Fukuda tapiaron las ventanas y pusieron un candado en la puerta de la calle. Habían pagado el alquiler de todo el año, más una cuota destinada a comprar la casa tan pronto pudieran ponerla a nombre de Charles. Regalaron lo que no pudieron o no quisieron vender, porque los especuladores les ofrecían dos o tres dólares por objetos que valían veinte veces más. Tuvieron muy pocos días para disponer de sus bienes, hacer una maleta por persona y lo que pudieran cargar, y presentarse a los buses de la vergüenza. Debían internarse voluntariamente, de lo contrario serían arrestados y se enfrentarían a los cargos de espionaje y traición en tiempo de guerra. Se unieron a otros cientos de familias, que se dirigían a paso lento, vestidos con sus mejores ropas, las mujeres con sombrero, los hombres de corbata, los niños con botines de charol, hacia el Centro de Control Civil, donde habían sido convocados. Se entregaban porque no había alternativa y porque así demostraban su lealtad a Estados Unidos y su repudio al ataque de Japón. Era su contribución al esfuerzo de la guerra, como decían los dirigentes de la comunidad japonesa, y muy pocas voces se alzaron para contradecirlos. A los Fukuda les tocó el campo de Topaz, en una zona desértica de Utah, pero eso no lo sabrían hasta septiembre; pasarían seis meses esperando en un hipódromo.

Los *Isei*, habituados a la discreción, obedecieron las órdenes sin chistar, pero no pudieron impedir que algunos jóvenes de la segunda generación, *Nisei*, se rebelaran abiertamente; ésos fueron separados de sus familias y enviados a Tule Lake, el campo de concentración más riguroso, donde sobrevivirían como criminales durante los años de la guerra. A lo largo de las calles los blancos eran testigos de esa desgarradora procesión de personas que

conocían: los dueños del almacén donde hacían sus compras diarias, los pescadores, jardineros y carpinteros con quienes trataban, los compañeros de escuela de sus hijos, los vecinos. La mayoría observaba en turbado silencio, pero no faltaron algunos insultos racistas y burlas malévolas. Dos tercios de los evacuados en esos días habían nacido en el país, eran ciudadanos estadounidenses. Los japoneses esperaron horas en largas filas frente a las mesas de los agentes, que los inscribían y les entregaban etiquetas para colgarse al cuello con el número de identificación, el mismo de sus bultos. Un grupo de cuáqueros, opuestos a esa medida por considerarla racista y anticristiana, les ofrecían agua, sándwiches y fruta.

Takao Fukuda iba a subir con su familia al bus cuando llegó Isaac Belasco con Alma de la mano. Había recurrido al peso de su autoridad para intimidar a los agentes y a los soldados que quisieron detenerle. Estaba hondamente alterado, porque no podía menos que comparar lo que estaba sucediendo a pocas cuadras de su casa con lo que tal vez les había ocurrido a sus cuñados en Varsovia. Se abrió paso a empujones para abrazar estrechamente a su amigo y entregarle un sobre con dinero, que Takao intentó inútilmente rechazar, mientras Alma se despedía de Ichimei. «Escríbeme, escríbeme», fue lo último que se dijeron los niños antes de que la triste culebra de autobuses emprendiera la marcha.

Al cabo de un trayecto que les pareció muy largo, aunque duró poco más de una hora, los Fukuda llegaron al hipódromo de Tanforan, en la ciudad de San Bruno. Las autoridades habían cercado el recinto con alambre de espino, acondicionado a toda prisa los establos y construido barracas para albergar a ocho mil personas. La orden de evacuación había sido tan precipitada que no hubo tiempo de terminar las instalaciones ni proveer a los campamentos con lo necesario. Se apagaron los motores de los vehículos y los prisioneros comenzaron a descender, cargando niños y bultos, ayudando a los abuelos. Avanzaban mudos, en apretados grupos, vacilantes, sin entender los chillidos de los destemplados altoparlantes. La lluvia había convertido el suelo en un lodazal y empapaba a la gente y al equipaje.

Unos guardias armados separaron a los hombres de las mujeres para el control médico. Más tarde fueron vacunados contra el tifus y el sarampión. En las horas siguientes los Fukuda trataron de

recuperar sus pertenencias entre montañas de bultos en total confusión y se instalaron en el establo vacío que les asignaron. Telas de araña colgaban del techo, había cucarachas, ratones y un palmo de polvo y paja en el suelo; el olor a los animales perduraba en el aire, mezclado con la creosota con que habían intentado desinfectar. Contaban con un catre, un saco y dos frazadas del ejército por persona. Takao, aturdido de fatiga y humillado hasta el último resquicio del alma, se sentó en el suelo con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Heideko se quitó el sombrero y los zapatos, se colocó sus chancletas, se arremangó y se dispuso a sacarle el mejor partido posible a la desgracia. No les dio tiempo a los hijos de lamentarse; primero los puso a montar los catres de campaña y a barrer, después mandó a Charles y a James a recoger pedazos de tablas y palos, que había visto al llegar, restos de la improvisada construcción, para fabricar unas repisas donde poner los escasos trastos de cocina que habían llevado. A Megumi e Ichimei les encargó llenar los sacos con paja para hacer colchones, según las instrucciones recibidas, y ella se fue a recorrer las instalaciones, saludar a las otras mujeres y tomarles el pulso a los guardias y agentes del campo, que estaban tan desconcertados como los detenidos a su cargo, preguntándose cuánto tiempo tendrían que permanecer allí. Los únicos enemigos evidentes que Heideko detectó en su primera inspección fueron los traductores coreanos, que calificó de odiosos con los evacuados y zalameros con los oficiales americanos. Comprobó que las letrinas y duchas eran insuficientes y no tenían puertas; había cuatro bañeras para las mujeres y el agua caliente no alcanzaba para todos. Se había abolido el derecho a la privacidad. Pero supuso que no pasarían hambre, porque vio los camiones de provisiones y se enteró de que en los comedores servirían tres comidas diarias a partir de esa misma tarde.

La cena consistió en papas, salchichas y pan, pero las salchichas se acabaron antes de que les llegara el turno a los Fukuda. «Vuelvan más tarde», les sopló uno de los japoneses que servía. Heideko y Megumi esperaron a que el comedor se desocupara y consiguieron una lata de picadillo de carne y más papas, que se llevaron al cuarto de su familia. Esa noche, Heideko comenzó una lista mental de los pasos que había que seguir para que la estadía en el hipódromo

fuera llevadera. En la lista figuraban en primer lugar la dieta y en el último, entre paréntesis, porque dudaba seriamente de que lo lograría, cambiar a los intérpretes. No pegó ojo en toda la noche y con el primer rayo del amanecer que se coló por las rendijas del establo sacudió a su marido, que tampoco había dormido y seguía inmóvil. «Aquí hay mucho que hacer, Takao. Necesitamos representantes para negociar con las autoridades. Ponte la chaqueta y ve a reunir a los hombres».

Los problemas empezaron de inmediato en Tanforan, pero antes de terminar la semana los evacuados se habían organizado, habían elegido por votación democrática a sus representantes, entre los cuales se contaba Heideko Fukuda, que era la única mujer, habían registrado a los adultos por oficio y habilidad —maestros, agricultores, carpinteros, herreros, contadores, médicos…—, inaugurado una escuela sin lápices ni cuadernos, y programado deportes y otras actividades para mantener ocupados a los jóvenes, que se consumían de frustración y ocio. Se vivía en cola de día y de noche, cola para todo: la ducha, el hospital, la lavandería, los servicios religiosos, el correo y los tres turnos del comedor; siempre debían echar mano de mucha paciencia para evitar tumultos y peleas. Había toque de queda, se pasaba lista de la gente dos veces al día y se prohibía el uso de la lengua japonesa, algo imposible para los *Isei*. Para impedir que intervinieran los guardias, los mismos detenidos se encargaban de mantener el orden y controlar a los revoltosos, pero nadie podía evitar los rumores que circulaban como torbellinos y a veces provocaban pánico. La gente procuraba mantener la cortesía, para que la estrechez, la promiscuidad y la humillación fueran más tolerables.

Seis meses más tarde, el 11 de septiembre, comenzaron a trasladar a los detenidos en trenes. Nadie sabía adónde irían. Después de un día y dos noches en trenes destartalados, sofocantes, con insuficientes excusados, sin luz en la noche, atravesando paisajes desolados que no reconocían y que varios viajeros confundían con México, se detuvieron en la estación de Delta, en Utah. De allí siguieron en camiones y buses a Topaz, la Joya del Desierto, como habían nombrado al campo de concentración,

posiblemente sin intención de ironía. Los evacuados estaban medio muertos de fatiga, sucios y temblorosos, pero no habían pasado hambre ni sed, porque les distribuyeron sándwiches y en cada vagón había canastos con naranjas.

Topaz, a casi mil cuatrocientos metros de altura, era una horrenda ciudad de construcciones idénticas y chatas, como una improvisada base militar, cercada de alambre de espino, con altas torres de control y soldados armados, en un paraje árido y desamparado, azotado por el viento y atravesado por remolinos de polvo. Los otros campos de concentración para japoneses, en el oeste del país, eran similares y siempre situados en zonas desérticas, para desalentar cualquier intento de huida. No se vislumbraba un árbol, ni un matorral, nada verde por ningún lado. Sólo hileras de barracones oscuros extendiéndose hacia el horizonte hasta donde se perdía la vista. Las familias se mantenían juntas, sin soltarse de las manos, para no perderse en la confusión. Todos necesitaban usar las letrinas y nadie sabía dónde estaban. A los guardias les costó varias horas organizar a la gente, porque tampoco ellos entendían las instrucciones, pero finalmente distribuyeron los alojamientos.

Los Fukuda, desafiando la polvareda que nublaba el aire y hacía difícil respirar, encontraron su lugar. Cada barraca estaba dividida en seis unidades de cuatro por siete metros, una por familia, separadas por delgados tabiques de papel de alquitrán; había doce barracas por bloque, cuarenta y dos bloques en total, cada uno de los cuales contaba con comedor, lavandería, duchas y excusados. El campo ocupaba un área enorme, pero los ocho mil evacuados vivían en poco más de dos kilómetros cuadrados. Pronto los prisioneros descubrirían que la temperatura oscilaba entre un calor de hoguera en verano y varios grados bajo cero en invierno. En verano, además del calor terrible, debían soportar el ataque sostenido de los mosquitos y las tormentas de polvo, que oscurecían el cielo y abrasaban los pulmones. El viento soplaba por igual en cualquier época del año, arrastrando la fetidez de las aguas fecales que formaban un pantano a un kilómetro del campamento.

Tal como habían hecho en el hipódromo de Tanforan, los japoneses se organizaron rápidamente en Topaz. En pocas semanas había

escuelas, guarderías infantiles, centros deportivos y un periódico. Con pedazos de madera, piedras y restos de la construcción creaban arte: hacían bisutería con conchas fosilizadas y huesos de durazno, rellenaban con trapos muñecas, hacían juguetes con palos. Formaron una biblioteca con libros donados, crearon compañías de teatro y bandas de música. Ichimei convenció a su padre de que podían plantar vegetales en cajones, a pesar del clima despiadado y la tierra alcalina. Eso animó a Takao y pronto otros lo imitaron. Varios *Isei* decidieron formar un jardín decorativo y cavaron un hoyo, lo llenaron de agua y obtuvieron un estanque para deleite de los niños. Ichimei, con sus dedos mágicos, construyó un velero de madera que puso a flotar en el estanque y en menos de cuatro días había docenas de botecitos haciendo carreras. Las cocinas de cada sector estaban a cargo de los detenidos, que hacían prodigios con provisiones secas y en conserva, traídas de los pueblos más cercanos, y más tarde con los vegetales que lograron cosechar al año siguiente, regando las matas a cucharadas. No estaban acostumbrados a ingerir grasa ni azúcar y muchos enfermaron, como Heideko había previsto. Las colas del retrete se extendían por cuadras; era tanta la urgencia y la angustia, que ya nadie esperaba las sombras de la noche para paliar la falta de privacidad. Se taparon las letrinas con las heces de miles de pacientes y el rudimentario hospital, atendido por personal blanco y por médicos y enfermeras japoneses, no daba abasto.

Una vez que se terminaron los restos de madera para hacer muebles y se hubieron asignado tareas a quienes la impaciencia roía los intestinos, la mayoría de los evacuados se hundió en el tedio. Los días se hacían eternos en esa ciudad de pesadilla vigilada de cerca por aburridos centinelas en las torres y de lejos por las magníficas montañas de Utah, todos los días iguales, nada que hacer, colas y más colas, esperar el correo, gastar las horas jugando a las cartas, inventar tareas de hormiga, repetir las mismas conversaciones, que iban perdiendo sentido a medida que se gastaban las palabras. Las costumbres ancestrales fueron desapareciendo, los padres y abuelos vieron diluirse su autoridad, los cónyuges estaban atrapados en una convivencia sin intimidad y las familias empezaron a desmigajarse. Ni siquiera podían reunirse en torno a la mesa de la cena, se comía en el bochinche de los

comedores comunes. Por mucho que Takao insistiera en que los Fukuda se sentaran juntos, sus hijos preferían hacerlo con otros muchachos de su edad y costaba sujetar a Megumi, quien se había transformado en una belleza de mejillas arreboladas y ojos centelleantes. Los únicos inmunes a los estragos de la desesperación eran los niños, que andaban en manadas, ocupados en travesuras mínimas y aventuras imaginarias fingiendo que estaban de vacaciones.

El invierno llegó pronto. Cuando comenzó a nevar, se entregó una estufa de carbón a cada familia, que se convirtió en el centro de la vida social, y se distribuyó ropa militar en desuso. Esos uniformes verdes, desteñidos y demasiado grandes, eran tan deprimentes como el paisaje helado y las barracas negras. Las mujeres empezaron a hacer flores de papel para sus viviendas. En las noches no había forma de combatir el viento, que arrastraba laminillas de hielo, se colaba silbando por las rendijas de las barracas y levantaba los tejados. Los Fukuda, como el resto, dormían vestidos con todas sus prendas de ropa, envueltos en el par de frazadas que les habían asignado y abrazados en los catres de campaña para impartirse tibieza y consuelo. Meses después, en verano, dormirían casi desnudos y amanecerían cubiertos de arena color ceniza, fina como talco. Pero se sentían afortunados, porque estaban juntos. Otras familias habían sido separadas; primero se habían llevado a los hombres a un campo de reubicación, como los llamaron, y después les tocó a las mujeres y a los niños en otro; en algunos casos habrían de pasar dos o tres años antes de que pudieran reunirse.

La correspondencia entre Alma e Ichimei sufrió tropiezos desde el comienzo. Las cartas se retrasaban semanas, no por culpa del correo sino por la demora de los funcionarios de Topaz, que no daban abasto para leer los centenares de cartas que se apilaban diariamente en sus mesas. Las de Alma, cuyo contenido no ponía en peligro la seguridad de Estados Unidos, pasaban íntegras, pero las de Ichimei padecían tales mordiscos de la censura, que ella debía adivinar el sentido de las frases entre las barras de tinta negra. Las descripciones de las barracas, la comida, las letrinas, el trato de los guardias y hasta del clima, resultaban sospechosas. Por consejo de otros más avezados en el arte de la decepción, Ichimei salpicaba sus cartas de alabanzas a los americanos y exclamaciones patrióticas,

hasta que las náuseas lo hicieron desistir de esa táctica. Entonces optó por dibujar. Le había costado más de lo normal aprender a leer y escribir, a los diez años no dominaba completamente las letras, que se le mezclaban sin consideración por la ortografía, pero siempre tuvo ojo certero y pulso firme para el dibujo. Sus ilustraciones pasaban la censura sin tropiezos y así se enteraba Alma de los pormenores de su existencia en Topaz como si los viera en fotografías.

3 de diciembre de 1986

Ayer hablamos de Topaz y no te mencioné lo más importante, Alma: no todo fue negativo. Teníamos fiestas, deporte, arte. Comíamos pavo el Día de Acción de Gracias, decorábamos las barracas por Navidad. De afuera nos mandaban paquetes con golosinas, juguetes y libros. Mi madre andaba siempre ocupada con nuevos planes, era respetada por todos, también por los blancos. Megumi estaba enamorada y eufórica con su trabajo en el hospital. Yo pintaba, plantaba en el huerto, arreglaba cosas descompuestas. Las clases eran tan cortas y fáciles, que hasta yo sacaba buenas notas. Jugaba casi todo el día; había muchos niños y centenares de perros sin dueño, todos parecidos, de patas cortas y pelo duro. Los que sufrieron más fueron mi padre y James.

Después de la guerra, la gente de los campos se distribuyó por el país. Los jóvenes se independizaron, se acabó eso de vivir aislados en una mala imitación de Japón. Nos incorporamos a América.

Estoy pensando en ti. Cuando nos veamos te prepararé té y conversaremos.

Ichi

Irina, Alma y Lenny

Las dos mujeres estaban almorzando en la rotonda de Neiman Marcus, en la plaza de la Unión, en la luz dorada de la antigua cúpula de vitrales, donde iban más que nada por los *popovers*, un pan tibio, esponjoso y ligero que servían recién salido del horno, y el champán rosado, que Alma prefería. Irina pedía limonada y ambas brindaban por la buena vida. En silencio, para no ofender a Alma, Irina brindaba también por el dinero de los Belasco, que le permitía el lujo de ese momento, con música suave, entre compradoras elegantes, modelos espigadas desfilando con ropa de los grandes modistos para tentar a la clientela, y camareros obsequiosos de corbata verde. Era un mundo refinado, lo opuesto de su aldea de Moldavia, de la escasez de su infancia y del terror de su adolescencia. Comían con calma, saboreando los platos de influencia asiática y repitiéndose los *popovers*. Con la segunda copa de champán las evocaciones de Alma se desataban; en esa ocasión volvió a referirse a Nathaniel, su marido, que estaba presente en muchas de sus historias; se las había arreglado para mantenerlo vivo en la memoria durante tres décadas. Seth recordaba vagamente a ese abuelo como un esqueleto exangüe de ojos ardientes entre almohadones de plumas. Tenía apenas cuatro años cuando finalmente se apagó la mirada dolida de su abuelo, pero nunca se le olvidó el olor a medicamentos y vapor de eucalipto de su habitación. Alma le contó a Irina que Nathaniel fue tan bondadoso como su padre, Isaac Belasco, y que cuando murió, ella encontró entre sus papeles cientos de pagarés vencidos por préstamos que nunca cobró e instrucciones precisas de perdonar a sus muchos deudores. Ella no estaba preparada para hacerse cargo de los asuntos que él descuidó durante su devastadora enfermedad.

—En toda mi vida nunca me he ocupado de cuestiones de dinero. Curioso, ¿verdad?

—Ha tenido suerte. Casi toda la gente que conozco tiene preocupaciones de dinero. Los residentes de Lark House viven con lo justo, algunos no pueden comprar medicamentos.

—¿No tienen seguro médico? —preguntó Alma, extrañada.

—El seguro cubre una parte, no todo. Si la familia no los ayuda, el señor Voigt tiene que recurrir a unos fondos especiales de Lark House.

—Voy a hablar con él. ¿Por qué no me lo habías dicho, Irina?

—Usted no puede resolver todos los casos, Alma.

—No, pero la Fundación Belasco puede hacerse cargo del parque de Lark House. Voigt se ahorraría un montón de dinero que podría emplear en ayudar a los residentes más necesitados.

—El señor Voigt se va a desmayar en sus brazos cuando se lo proponga, Alma.

—¡Qué horror! Espero que no.

—Siga contándome. ¿Qué hizo cuando murió su marido?

—Estaba a punto de ahogarme entre papeles cuando me fijé en Larry. Mi hijo había vivido juiciosamente en la sombra y se había convertido en un señor circunspecto y responsable sin que nadie lo advirtiera.

Larry Belasco se había casado joven, con prisas y sin festejos, por la enfermedad de su padre y porque su novia, Doris, estaba visiblemente encinta. Alma admitía que en esa época estaba absorta en el cuidado de su marido y apenas se dio tiempo para conocer mejor a su nuera, aunque vivían bajo el mismo techo, pero la quería mucho, porque aparte de sus virtudes, adoraba a Larry y era la madre de Seth, ese mocoso travieso que andaba con brincos de canguro espantando la tristeza de la casa, y de Pauline, una niña reposada, que se entretenía sola y parecía no necesitar nada.

—Igual que nunca tuve que ocuparme del dinero, tampoco tuve el fastidio de las labores domésticas. Mi suegra se hizo cargo de la casa de Sea Cliff hasta su último suspiro, a pesar de su ceguera, y después tuvimos un mayordomo. Parecía una caricatura de esos personajes de las películas inglesas. El tipo era tan estirado, que en la familia siempre sospechamos que se burlaba de nosotros.

Le contó que el mayordomo estuvo once años en Sea Cliff y se

fue cuando Doris se atrevió a darle consejos sobre su trabajo. «Ella o yo», le planteó el hombre a Nathaniel, quien ya no se levantaba de la cama y tenía muy poca fuerza para lidiar con esos problemas, pero era quien contrataba a los empleados. Ante semejante ultimátum, Nathaniel escogió a su flamante nuera, quien a pesar de su juventud y su panza de siete meses, demostró ser un ama de casa competente. En tiempos de Lillian la mansión se llevaba con buena voluntad e improvisación y con el mayordomo los únicos cambios notables fueron el retraso para servir cada plato en la mesa y la mala cara del cocinero, que no lo tragaba. Bajo la implacable batuta de Doris, se convirtió en un ejemplo de preciosismo en el que nadie se sentía particularmente cómodo. Irina había visto el resultado de su eficacia: la cocina era un laboratorio impoluto, en los salones no entraban los niños, los armarios olían a lavanda, las sábanas se almidonaban, la comida de diario consistía en platos de fantasía en porciones minúsculas y los ramos de flores eran renovados una vez a la semana por una florista profesional, pero no le daban un aire festivo a la casa, sino que imponían solemnidad de pompas fúnebres. Lo único que la varilla mágica de la domesticidad había respetado era la habitación vacía de Alma, por quien Doris sentía un temor reverente.

—Cuando Nathaniel enfermó, Larry se puso a la cabeza del bufete de los Belasco —continuó Alma—. Desde el principio lo hizo muy bien. Y cuando Nathaniel murió yo pude delegar en él las finanzas de la familia y dedicarme a resucitar la Fundación Belasco, que estaba moribunda. Los parques públicos se habían ido secando, llenos de basura, agujas y condones desechados. Se habían instalado los mendigos, con sus carritos atiborrados de bultos inmundos y sus techumbres de cartón. No sé nada de plantas, pero me volqué en los jardines por cariño a mi suegro y a mi marido. Para ellos eso era una misión sagrada.

—Parece que todos los hombres de su familia han sido de buen corazón, Alma. Hay poca gente así en este mundo.

—Hay mucha gente buena, Irina, pero es discreta. Los malos, en cambio, hacen mucho ruido, por eso se notan más. Tú conoces poco a Larry, pero si alguna vez necesitas algo y yo no estoy a mano, no vaciles en recurrir a él. Mi hijo es muy buen tipo y no te va a fallar.

—Es muy serio, creo que no me atrevería a molestarlo.

—Siempre fue serio. A los veinte años parecía de cincuenta, pero se congeló en esa edad y ha envejecido igual. Fíjate que en todas las fotografías tiene la misma expresión preocupada y los hombros caídos.

Hans Voigt había establecido un sistema simple para que los residentes de Lark House calificaran el trabajo del personal y le intrigaba que Irina siempre obtuviera nota de excelencia. Supuso que su secreto consistía en escuchar el mismo cuento mil veces como si lo oyera por primera vez, esas historias que los ancianos repetían para acomodar el pasado y crear una imagen aceptable de sí mismos, borrando sus remordimientos y exaltando sus virtudes reales o inventadas. Nadie desea terminar la vida con un pasado banal. Pero la fórmula de Irina era más compleja; para ella cada uno de los ancianos de Lark House era una réplica de sus abuelos, Costea y Petruta, a quienes invocaba por la noche antes de dormirse, pidiéndoles que la acompañaran en la oscuridad, tal como habían hecho en su infancia. Se había criado con ellos, cultivando un pedazo de tierra desagradecida en un villorrio remoto de Moldavia, donde no llegaban las llamas del progreso. La mayor parte de la población todavía vivía del campo y seguía labrando la tierra como hicieron sus antepasados un siglo atrás. Irina tenía dos años cuando cayó el Muro de Berlín en 1989 y cuatro cuando acabó de desmoronarse la Unión Soviética y su país se convirtió en república independiente, dos acontecimientos que nada significaban para ella, pero que sus abuelos lamentaban en coro con sus vecinos. Todos coincidían en que bajo el comunismo la pobreza era la misma, pero había alimento y seguridad, mientras que la independencia sólo les había traído ruina y abandono. Quienes pudieron irse lejos lo hicieron, entre ellos Radmila, la madre de Irina, y sólo quedaron atrás los viejos y los niños que sus padres no pudieron llevarse. Irina recordaba a sus abuelos encorvados por el esfuerzo de cultivar papas, arrugados por el sol de agosto y las heladas de enero, cansados hasta el tuétano, con pocas fuerzas y ninguna esperanza. Concluyó que el campo era fatal para la salud. Ella era la razón de los abuelos para seguir luchando, su única alegría, aparte del vino tinto hecho en casa, un brebaje áspero como

disolvente de pintura, que les permitía sobreponerse por un rato a la soledad y el tedio.

Al amanecer, antes de irse a pie a la escuela, Irina acarreaba los baldes de agua del pozo y por la tarde, antes de la sopa y el pan de la cena, cortaba leña para la estufa. Pesaba cincuenta kilos vestida de invierno y con botas, pero tenía fuerza de soldado y podía levantar a Cathy, la favorita entre sus clientes, como a un recién nacido para trasladarla de la silla de ruedas a un sofá o a la cama. Debía sus músculos a los baldes de agua y al hacha y le debía la buena suerte de estar viva a santa Parescheva, patrona de Moldavia, intermediaria entre la tierra y los seres benéficos del cielo. En las noches de su infancia rezaba con sus abuelos de rodillas ante el icono de la santa; rezaban por la cosecha de papas y la salud de las gallinas, rezaban pidiendo protección contra maleantes y militares, rezaban por su frágil república y por Radmila. Para la niña, la santa de manto azul, con aureola de oro y una cruz en la mano, resultaba más humana que la silueta de su madre en una fotografía desteñida. Irina no la echaba de menos, pero se entretenía imaginando que un día Radmila volvería con una bolsa llena de regalos. Nada supo de ella hasta los ocho años, cuando los abuelos recibieron algo de dinero enviado por la hija distante y lo gastaron con prudencia, para no provocar envidia. Irina se sintió estafada, porque su madre no le mandó nada especial, ni tan siquiera una nota; el sobre sólo contenía el dinero y un par de fotografías de una mujer desconocida de cabello oxigenado y expresión dura, muy diferente a la joven de la foto que los abuelos mantenían junto al icono de santa Parescheva. Después siguieron llegando remesas de dinero dos o tres veces al año, que aliviaban la miseria de los abuelos.

El drama de Radmila difería poco del de miles de otras jóvenes de Moldavia. Había quedado encinta a los dieciséis años de un soldado ruso que estaba de paso con su regimiento y de quien no volvió a saber, tuvo a Irina, porque le fallaron los intentos de abortar, y apenas pudo se escapó lejos. Años más tarde, para prevenirla contra los peligros del mundo, Radmila le contaría a su hija los detalles de su odisea, con un vaso de vodka en la mano y otros dos entre pecho y espalda.

Un día llegó a la aldea una mujer proveniente de la ciudad a reclutar chicas de los campos para trabajar de camareras en otro

país. Ofreció a Radmila la deslumbrante oportunidad que se presenta una vez en la vida: pasaporte y pasaje, trabajo fácil y buen sueldo. Le aseguró que sólo con las propinas podría ahorrar lo suficiente para comprarse una casa en menos de tres años. Ignorando las advertencias desesperadas de sus padres, Radmila se encaramó al tren con la alcahueta sin sospechar que terminaría en las garras de rufianes turcos en un burdel de Aksaray, en Estambul. Durante dos años la tuvieron prisionera, sirviendo a entre treinta y cuarenta hombres al día para pagar la deuda de su pasaje, que nunca disminuía, porque le cobraban el alojamiento, la comida, la ducha y los condones. Las chicas que se resistían eran marcadas a golpes y cuchillo, quemadas o amanecían muertas en un callejón. Escapar sin dinero ni documentos resultaba imposible, vivían encerradas, sin conocer el idioma, el barrio y mucho menos la ciudad; si lograban eludir a los chulos se enfrentaban a los policías, que eran también los más asiduos clientes, a quienes debían complacer gratis. «Una muchacha saltó por la ventana desde un tercer piso y quedó con medio cuerpo paralizado, pero no se libró de seguir trabajando», le contó Radmila a Irina en ese tono entre melodramático y didáctico con que se refería a esa etapa miserable de su vida. «Como no podía controlar los esfínteres y se ensuciaba entera, los hombres la usaban por la mitad del precio. Otra se quedó embarazada y servía sobre un colchón con un hueco en el centro para acomodar la barriga; en su caso los clientes pagaban más, porque cogerse a una mujer preñada cura la gonorrea, eso creían. Cuando los chulos querían caras nuevas, nos vendían a otros burdeles, y así íbamos bajando de nivel hasta llegar al fondo del infierno. A mí me salvó el fuego y un hombre que se compadeció de mí. Una noche se produjo un incendio, que se extendió por varias casas del barrio. Acudieron los periodistas con sus cámaras, y entonces la policía no pudo hacer la vista gorda; arrestaron a las chicas que estábamos tiritando en la calle, pero no arrestaron a ninguno de los malditos alcahuetes ni a los clientes. Salimos en la televisión, nos tildaron de viciosas; éramos las culpables de las porquerías que ocurrían en Aksaray. Nos iban a deportar, pero un policía que yo conocía me ayudó a escapar y me consiguió un pasaporte». De tumbo en tumbo, Radmila llegó a Italia, donde trabajó limpiando oficinas y después de obrera en una fábrica.

Estaba enferma de los riñones, gastada por la mala vida, las drogas y el alcohol, pero aún era joven y algo quedaba de la piel translúcida de su juventud, la misma que caracterizaría a su hija. Un técnico americano se prendó de ella, se casaron y él se la llevó a Texas, donde a su debido tiempo también iría a parar su hija.

La última vez que Irina vio a sus abuelos, aquella mañana de 1999 en que la dejaron en el tren que la conduciría a Chisinau, la primera etapa del largo viaje a Texas, Costea tenía sesenta y dos años y Petruta uno menos que él. Estaban mucho más deteriorados que cualquiera de los huéspedes de noventa y tantos años de Lark House, que envejecían de a poco, con dignidad y dentaduras completas, propias o postizas, pero Irina había comprobado que el proceso era el mismo: se avanza paso a paso hacia el final, unos más rápidamente que otros, y por el camino se va perdiendo todo. No se puede llevar nada al otro lado de la muerte. Meses más tarde Petruta inclinó la cabeza sobre el plato de papas con cebolla que acababa de servir y ya no despertó más. Costea había vivido con ella cuarenta años y sacó la cuenta de que no valía la pena seguir solo. Se colgó de la viga del granero, donde lo encontraron los vecinos tres días más tarde, atraídos por los ladridos de su perro y los balidos de la cabra, que no había sido ordeñada. Irina lo supo años después por boca de un juez en el Tribunal de Menores de Dallas. Pero de eso ella no hablaba.

A principios del otoño ingresó Lenny Beal en uno de los apartamentos independientes de Lark House. El nuevo huésped llegó acompañado de Sofía, una perra blanca con una mancha negra en un ojo, que le daba aire de pirata. Su aparición fue un acontecimiento memorable, porque ninguno de los escasos varones podía compararse con él. Unos vivían en pareja, otros estaban en pañales en el tercer nivel, a punto de pasar al Paraíso, y los escasos viudos disponibles no les interesaban mayormente a ninguna de las mujeres. Lenny Beal tenía ochenta años, pero nadie le hubiera atribuido más de setenta; era el ejemplar más deseable que se había visto por allí en décadas, con su melena gris, que alcanzaba para una breve cola en la nuca, sus inverosímiles ojos de lapislázuli y su estilo juvenil de pantalones de lino arrugados y zapatillas de lona

sin calcetines. Estuvo a punto de provocar un motín entre las señoras; llenaba el espacio, como si hubieran soltado un tigre en esa atmósfera femenina de añoranza. Hasta el mismo Hans Voigt, con su vasta experiencia de administrador, se preguntó qué estaba haciendo Lenny Beal allí. Los hombres maduros y tan bien conservados como él siempre disponían de una mujer más joven —segunda o tercera esposa— que los cuidara. Lo recibió con todo el entusiasmo que pudo reunir entre punzadas de sus hemorroides, que seguían torturándolo. Catherine Hope intentaba ayudarlo con acupuntura en su clínica del dolor, donde acudía un médico chino tres veces por semana, pero la mejoría era lenta. El director calculó que hasta las damas más agobiadas, aquellas que pasaban el día sentadas con la mirada perdida en el vacío recordando el pasado, porque el presente se les escapaba o transcurría tan deprisa que no lo entendían, iban a despertar a la vida por Lenny Beal. No se equivocó. De la noche a la mañana se vieron pelucas celestes, perlas y uñas pintadas, una novedad entre esas señoras con tendencia al budismo y la ecología, que despreciaban el artificio. «¡Vaya! Parecemos una residencia geriátrica de Miami», le comentó a Cathy. Se cruzaban apuestas para adivinar a qué se dedicaba antes el recién llegado: actor, diseñador de moda, importador de arte oriental, tenista profesional. Alma Belasco le puso término a las especulaciones al informarle a Irina, para que lo divulgara, de que Lenny Beal había sido dentista, pero nadie quiso creer que se hubiera ganado la vida escarbando muelas.

Lenny Beal y Alma Belasco se habían conocido treinta años antes. Cuando se vieron, se abrazaron largamente en plena recepción y cuando por fin se separaron, ambos tenían los ojos húmedos. Irina no había visto semejante despliegue de emoción en Alma y si sus sospechas sobre el amante japonés no hubieran sido tan firmes, habría creído que Lenny era el hombre de los encuentros clandestinos. Llamó de inmediato a Seth para contarle la noticia.

—¿Dices que es amigo de mi abuela? Nunca se lo he oído nombrar. Voy a averiguar quién es.

—¿Cómo?

—Para eso tengo investigadores.

Los investigadores de Seth Belasco eran dos forajidos rehabilitados, uno blanco y otro negro, ambos de mala catadura,

que se dedicaban a recoger información sobre los casos antes de presentarlos en los tribunales. Seth se lo explicó a Irina con el ejemplo más reciente. Se trataba de un marinero que le puso juicio a la Compañía Naviera por un accidente del trabajo que lo dejó paralizado, según aseguraba, pero Seth no le creía. Sus rufianes invitaron al inválido a un club de dudosa reputación, lo embriagaron y le tomaron un vídeo bailando salsa con una mujer de alquiler. Con esa prueba, Seth le cerró la boca al abogado de la otra parte, llegaron a un acuerdo y se ahorraron el fastidio de un juicio. Seth le confesó a Irina que esa tarea había sido honorable en la escala moral de sus investigadores; otras podían considerarse bastante más turbias.

Dos días más tarde Seth la llamó para darle cita en una pizzería a la que iban con frecuencia, pero Irina había bañado a cinco perros durante el fin de semana y se sentía magnánima. Le propuso que esa vez fueran a un restaurante decente; Alma le había metido en la cabeza el prurito del mantel blanco. «Yo pago», le dijo. Seth la recogió en su moto y la llevó zigzagueando entre el tráfico a velocidad ilegal al barrio italiano, donde llegaron con el pelo aplastado por el casco y la nariz goteando. Irina comprendió que no estaba vestida a la altura del local —nunca lo estaba—, y la mirada altanera del *maître* se lo confirmó. Al ver la lista de precios del menú estuvo a punto de desplomarse.

—No te asustes, pagará mi oficina —la tranquilizó Seth.

—¡Esto nos va a costar más que una silla de ruedas!

—¿Para qué quieres una silla de ruedas?

—Es una referencia, Seth. Hay un par de viejitas en Lark House que no pueden comprarse la silla que necesitan.

—Eso es muy triste, Irina. Te recomiendo los ostiones con trufas. Con un buen vino blanco, claro.

—Coca-Cola para mí.

—Para los ostiones tiene que ser Chablis. Aquí no tienen Coca-Cola.

—Entonces agua mineral con una cáscara de limón.

—¿Eres una alcohólica rehabilitada, Irina? Puedes decírmelo, no tienes que avergonzarte, es una enfermedad, como la diabetes.

—No soy alcohólica, pero el vino me da dolor de cabeza —replicó Irina, que no pensaba compartir con él sus peores recuerdos.

Antes del primer plato les sirvieron una cucharada de espuma negruzca, como vómito de dragón, gentileza del chef, que ella se echó a la boca con desconfianza, mientras Seth le explicaba que Lenny Beal era soltero, sin hijos, y se había especializado en ortodoncia en una clínica dental de Santa Bárbara. No había nada relevante en su vida, fuera de que era un gran deportista y había hecho varias veces el Ironman, una competencia desatada de natación, bicicleta y carrera que, francamente, no parecía placentera. Seth había mencionado su nombre a su padre, quien tenía la impresión de que había sido amigo de Alma y Nathaniel, pero no estaba seguro; recordaba vagamente haberlo visto en Sea Cliff cuando Nathaniel estaba enfermo. Muchos amigos fieles desfilaron por Sea Cliff para acompañar a su padre en esa época y Lenny Beal pudo haber sido uno de ellos, dijo Larry. Por el momento Seth carecía de más información sobre él, pero había descubierto algo sobre Ichimei.

—La familia Fukuda estuvo tres años y medio en un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial —le dijo.

—¿Dónde?

—En Topaz, en pleno desierto de Utah.

Irina sólo había oído hablar de los campos de concentración de los alemanes en Europa, pero Seth la puso al día y le mostró una fotografía del Museo Nacional Japonés Americano. La leyenda al pie de la foto original indicaba que eran los Fukuda. Le dijo que su asistente estaba buscando los nombres y la edad de cada uno de ellos en las listas de los evacuados de Topaz.

Los prisioneros

Durante el primer año en Topaz, Ichimei mandaba a menudo dibujos a Alma, pero después se fueron espaciando, porque los censores no daban abasto y tuvieron que poner límites a la correspondencia de los evacuados. Esos croquis, que Alma guardaba celosamente, fueron los mejores testimonios de esa etapa de la vida de los Fukuda: la familia apretada en el interior de una barraca; niños haciendo tareas escolares, de rodillas en el suelo con bancos por mesas; colas de gente frente a las letrinas; hombres jugando a las cartas; mujeres lavando ropa en grandes bateas. Las cámaras fotográficas de los prisioneros habían sido confiscadas y los pocos que pudieron esconder las suyas no podían revelar los negativos. Sólo se autorizaban fotografías oficiales, optimistas, que reflejaran el trato humanitario y el ambiente relajado y alegre de Topaz: niños jugando al béisbol, adolescentes bailando los ritmos de moda, todos cantando el himno nacional mientras izaban la bandera por la mañana, y por ningún motivo las alambradas, las torres de vigilancia o los soldados con pertrechos de batalla. Sin embargo, uno de los guardias americanos se prestó para tomarles una foto a los Fukuda. Se llamaba Boyd Anderson y se había enamorado de Megumi, a quien vio por primera vez en el hospital, donde ella servía de voluntaria y donde él fue a dar después de herirse una mano abriendo una lata de carne mechada.

Anderson tenía veintitrés años, era alto y desteñido como sus antepasados suecos, de carácter ingenuo y afable, uno de los pocos blancos que se había ganado la confianza de los evacuados. Una novia impaciente lo aguardaba en Los Ángeles, pero cuando él vio a Megumi con su albo uniforme, el corazón le dio un brinco. Ella le limpió la herida, el médico se la cosió con nueve puntos, y ella se la

vendó con precisión profesional, sin mirarlo a la cara, mientras Boyd Anderson la observaba tan deslumbrado, que no sintió el dolor de la curación. Desde ese día la rondaba con prudencia, porque no pretendía abusar de su posición de autoridad, pero sobre todo porque el cruce de razas estaba prohibido para los blancos y era repugnante para los japoneses. Megumi, con su cara de luna y su delicadeza para desplazarse por el mundo, podía darse el lujo de elegir entre los muchachos más deseables de Topaz, pero sintió la misma atracción ilícita por el guardia y se debatió con el mismo engendro del racismo, rogando al cielo para que terminara la guerra, su familia volviera a San Francisco y ella pudiera arrancarse esa pecaminosa tentación del alma. Entretanto, Boyd rezaba para que la guerra no terminara nunca.

El 4 de julio hubo una fiesta en Topaz para celebrar el Día de la Independencia, tal como se había hecho seis meses antes para el Año Nuevo. En la primera ocasión la fiesta había sido un fiasco, porque el campamento todavía estaba en etapa de improvisación y la gente no se había resignado a su condición de prisioneros, pero en 1943 los evacuados se esmeraron en demostrar su patriotismo y los americanos su buena disposición, a pesar de los remolinos de polvo y de un calor que ni las lagartijas soportaban. Se mezclaron en amable convivencia entre asados, banderas, tortas y hasta cerveza para los hombres, quienes por una vez podían prescindir del asqueroso licor preparado clandestinamente con duraznos en conserva fermentados. A Boyd Anderson entre otros, le asignaron fotografiar las festividades, para callar a los reporteros de mala leche que denunciaban como inhumano el trato a la población de origen japonés. El guardia aprovechó para pedirles a los Fukuda que posaran. Después le dio una copia a Takao y otra, disimuladamente, a Megumi, mientras él hizo ampliar la suya y recortó a Megumi del grupo familiar. Esa foto habría de acompañarlo siempre; la llevaba en su billetera protegida con plástico y con ella lo enterrarían cincuenta y dos años más tarde. En el grupo aparecían los Fukuda frente a un edificio negro y chato: Takao, con los hombros derrotados y gesto adusto, Heideko, diminuta y desafiante, James de medio lado y de mala gana, Megumi en sus esplendorosos dieciocho años, e Ichimei, de once, flaco, con una mata de pelos erizados y costras en las rodillas.

En aquella fotografía de la familia en Topaz, la única que existía, faltaba Charles. Ese año el hijo mayor de Takao y Heideko se había alistado en el ejército, porque lo consideró su deber y no para escapar del encierro, como algunos jóvenes que rechazaban la conscripción decían de los voluntarios. Entró al 442.º Regimiento de infantería, compuesto exclusivamente de *Nisei*. Ichimei le mandó a Alma un dibujo de su hermano, cuadrado ante la bandera, con un par de líneas que no fueron censuradas, explicando que no le cupieron en la página los otros diecisiete muchachos de uniforme que irían a la guerra. Tenía tanta facilidad para el dibujo, que con pocos trazos logró reflejar la expresión de tremendo orgullo de Charles, un orgullo que se remontaba al pasado remoto, a las generaciones anteriores de samuráis de su familia, que iban al campo de batalla convencidos de que no regresarían, dispuestos a no rendirse jamás y morir con honor; eso les daba un coraje sobrehumano. Al examinar el dibujo de Ichimei, como siempre hacía, Isaac Belasco le hizo ver a Alma la ironía de que esos jóvenes se prestaran para arriesgar sus vidas defendiendo los intereses del país que mantenía a sus familias internadas en campos de concentración.

James Fukuda cumplió diecisiete años y el mismo día se lo llevaron entre dos soldados armados, sin darle razones a su familia, pero Takao y Heideko presentían esa desgracia, porque su segundo hijo había sido difícil desde que nació y un continuo problema desde que los internaron. Los Fukuda, como el resto de los evacuados en el país, habían aceptado su situación con filosófica resignación, pero James y otros *Nisei*, americanos-japoneses, protestaron siempre, primero violando las reglas si podían, más tarde incitando a la revuelta. Al comienzo, Takao y Heideko lo atribuyeron al carácter explosivo del chico, tan diferente al de su hermano Charles, después a los desvaríos de la adolescencia y finalmente a las malas amistades. El director del campo les había advertido en más de una ocasión que no toleraría la conducta de James; lo castigaba en una celda por riñas, insolencia y daños menores a la propiedad federal, pero ningún cargo merecía mandarlo preso. Aparte de los exabruptos de algunos *Nisei* adolescentes, como James, en Topaz

reinaba un orden ejemplar, nunca hubo delitos serios; lo más grave fueron las huelgas y protestas cuando un centinela mató a un anciano, que se había acercado demasiado a las alambradas y no oyó la orden de detenerse. El director tomaba en cuenta la juventud de James y se dejaba ablandar con las discretas maniobras de Boyd Anderson en su defensa.

El gobierno había emitido un cuestionario en el que la única respuesta aceptable era sí. Todos los evacuados, a partir de los diecisiete años, debían responderlo. Entre las preguntas capciosas se le exigía lealtad a Estados Unidos, pelear en el ejército donde lo mandaran, en el caso de los hombres, y en el cuerpo auxiliar, en el de las mujeres, y negar obediencia al emperador de Japón. Para los *Isei*, como Takao, significaba renunciar a su nacionalidad sin tener derecho a obtener la americana, pero casi todos lo hicieron. Quienes se negaron a firmar, porque eran americanos y se sintieron insultados, fueron algunos jóvenes *Nisei*. Los apodaron *No-No*, fueron calificados de peligrosos por el gobierno y condenados por la comunidad japonesa, que desde tiempos inmemorables aborrecía el escándalo. James era uno de esos *No-No*. Su padre, profundamente avergonzado cuando lo arrestaron, se encerró en el cuarto de la barraca asignado a su familia y sólo salía para usar la letrina común. Ichimei le llevaba la comida y después se ponía en cola por segunda vez, para comer él. Heideko y Megumi, quienes también sufrían el bochorno causado por James, trataron de continuar con su vida habitual, soportando con la cabeza en alto los rumores malvados, las miradas reprobatorias de su gente y el hostigamiento de las autoridades del campo. Los Fukuda, incluso Ichimei, fueron interrogados varias veces, pero no fueron acosados en serio gracias a Boyd Anderson, quien había ascendido y los protegió como pudo.

—¿Qué le va a pasar a mi hermano? —le preguntó Megumi.

—No sé, Megumi. Pueden haberlo enviado a Tule Lake, en California, o a Fort Leavenworth, en Kansas, eso es cosa del Departamento Federal de Prisiones. Supongo que no lo soltarán hasta que termine la guerra —respondió Boyd.

—Aquí andan diciendo que a los

los van a fusilar como espías…

—No creas todo lo que oyes, Megumi.

Ese hecho alteró irremisiblemente el ánimo de Takao. Durante los primeros meses en Topaz había participado en la comunidad y llenado sus horas eternas cultivando huertos de vegetales y fabricando muebles tallados con la madera de embalaje, que conseguía en la cocina. Cuando ya no cupo un mueble más en el reducido espacio de la barraca, Heideko lo incitó a hacerlos para otras familias. Trató de obtener permiso para enseñarles judo a los niños y se lo negaron; el jefe militar del campamento temió que plantara ideas subversivas en sus alumnos y pusiera en peligro la seguridad de los soldados. Secretamente, Takao siguió practicando con sus hijos. Vivía esperando que los liberaran, contaba los días, las semanas y los meses, marcándolos en el calendario. Pensaba sin cesar en la ilusión abortada del criadero de flores y plantas con Isaac Belasco, en el dinero que había ahorrado y perdido, en la casa que había ido pagando por años, reclamada por el propietario. Décadas de esfuerzo, trabajo y cumplimiento del deber para terminar encerrado tras una alambrada, como un criminal, decía, amargado. No era sociable. La muchedumbre, las inevitables colas, el ruido, la falta de privacidad, todo lo irritaba.

En cambio Heideko floreció en Topaz. Comparada con otras mujeres japonesas, era una esposa insubordinada, que se enfrentaba a su marido con los brazos en jarras, pero había vivido dedicada al hogar, los hijos y el pesado oficio de la agricultura, sin sospechar que dentro llevaba dormido al ángel del activismo. En el campo de concentración no tenía tiempo para la desesperación o el aburrimiento, a toda hora andaba resolviendo problemas ajenos y forcejeando con las autoridades para conseguir lo aparentemente imposible. Sus hijos estaban cautivos y seguros tras la cerca, no tenía que vigilarlos, para eso había ocho mil pares de ojos y un contingente de las Fuerzas Armadas. Su mayor preocupación era apuntalar a Takao para que no se desmoronara por completo; se le estaba acabando la inspiración para darle tareas que lo mantuvieran ocupado y sin tiempo para pensar. Su marido había envejecido, se notaban mucho los diez años de diferencia de edad entre ellos. La promiscuidad forzosa de las barracas había puesto punto final a la

pasión que antes suavizaba las asperezas de la convivencia, el cariño se había trocado en exasperación por parte de él y paciencia por parte de ella. Por pudor ante los hijos, que compartían la habitación, procuraban no tocarse en su estrecha cama, así la relación fácil que habían tenido se fue secando. Takao se encerró en el rencor, mientras Heideko descubría su vocación de servicio y liderazgo.

Megumi Fukuda había recibido tres proposiciones de casamiento en menos de dos años y nadie se explicaba por qué las había rechazado, salvo Ichimei, que hacía de correo entre su hermana y Boyd Anderson. La muchacha quería dos cosas en su vida, ser médico y casarse con Boyd, en ese orden. En Topaz terminó la secundaria sin el menor esfuerzo y se graduó con honores, pero la educación superior estaba fuera de su alcance. En algunas universidades del este del país recibían a un reducido número de estudiantes de origen japonés, escogidos entre los más brillantes de los campos de concentración, que también podían obtener ayuda financiera del gobierno, pero con el antecedente de James, una marca de oprobio para los Fukuda, ella no podía optar. Tampoco podía dejar a su familia; sin Charles, se sentía responsable por su hermano menor y sus padres. Entretanto, practicaba en el hospital, junto a los médicos y enfermeras del campamento, reclutados entre los prisioneros. Su mentor era un médico blanco, un tal Frank Delillo, de cincuenta y tantos años, que olía a sudor, tabaco y whisky, fracasado en su vida privada, pero competente y abnegado en su profesión, que tomó a Megumi bajo su ala desde el primer día, cuando ella se presentó en el hospital con su falda plisada y su blusa almidonada a ofrecerse de aprendiz, como dijo. Ambos acababan de llegar a Topaz. Megumi empezó sacando bacinillas y lavando trastos, pero demostró tanta voluntad y aptitud, que rápidamente Delillo la nombró su asistente.

—Voy a estudiar medicina cuando acabe la guerra —le anunció ella.

—Eso puede tardar más de lo que tú puedes esperar, Megumi. Te advierto que te va a costar mucho ser médico. Eres mujer y además japonesa.

—Soy americana, como usted —replicó ella.

—Bueno, como sea. No te muevas de mi lado y algo aprenderás.

Megumi lo tomó al pie de la letra. Pegada a Frank Delillo acabó cosiendo heridas, entablillando huesos, curando quemaduras y asistiendo en partos; nada más complicado, porque los casos graves se mandaban a los hospitales de Delta o Salt Lake City. Su trabajo la mantenía absorta diez horas al día, pero algunas noches procuraba juntarse un rato con Boyd Anderson, bajo el manto protector de Frank Delillo, la única persona, aparte de Ichimei, que estaba en el secreto. A pesar de los riesgos, los enamorados pasaron dos años de amor clandestino, amparados por la suerte. La aridez del terreno no ofrecía lugares donde ocultarse, aunque los jóvenes *Nisei* se las arreglaban con ingeniosas disculpas para escapar de la vigilancia de los padres y las miradas intrusas. Sin embargo, ése no era el caso de Megumi, porque Boyd no podía andar como un conejo entre los escasos matorrales disponibles con uniforme, casco y fusil. Los cuarteles, oficinas y alojamientos de los blancos, donde habrían podido hacer un nido, estaban separados del campamento y ella no habría tenido acceso sin la divina intervención de Frank Delillo, quien no sólo le consiguió un permiso para pasar los controles, sino que además se ausentaba convenientemente de su habitación. Allí, entre el desorden y la mugre en que vivía Delillo, entre ceniceros llenos de colillas y botellas vacías, Megumi perdió su virginidad y Boyd ganó el cielo.

La afición de Ichimei por la jardinería, inculcada por su padre, se agudizó en Topaz. Muchos de los evacuados, que se habían ganado la vida en la agricultura, se propusieron desde el principio cultivar huertos, sin que el paisaje yermo y el clima implacable pudieran disuadirlos. Regaban a mano, contando las gotas de agua, y protegían las plantas con toldos de papel en verano y hogueras en lo más duro del invierno; así lograban arrancarle al desierto vegetales y fruta. Nunca faltaba comida en los comedores, se podía llenar el plato y repetirse, pero sin la firme determinación de esos campesinos la dieta habría consistido en productos envasados. Nada bueno para la salud puede crecer en un tarro, decían. Ichimei asistía a la escuela a las horas de clase y el resto del día lo empleaba en los huertos. Pronto su apodo de «dedos verdes» reemplazó a su nombre, porque todo lo que tocaba germinaba y crecía. Por las noches,

después de hacer cola dos veces en el comedor, una para su padre y otra para él, encuadernaba meticulosamente cuentos y textos escolares, enviados por lejanos maestros para los pequeños *Nisei*. Era un chico servicial y pensativo, podía pasar horas inmóvil mirando las montañas moradas contra un cielo de cristal, perdido en sus pensamientos y emociones. Decían de él que tenía vocación de monje y que en Japón habría sido novicio en un monasterio zen. A pesar de que la fe Oomoto rechazaba el proselitismo, Takao predicó porfiadamente su religión a Heideko y a sus hijos, pero el único que la abrazó con fervor fue Ichimei, porque se acomodaba a su carácter y con la idea que, desde muy niño, tenía de la vida. Practicaba Oomoto con su padre y con una pareja *Isei* de otra barraca. En el campo había servicios budistas y varias confesiones cristianas, pero sólo ellos pertenecían a Oomoto; Heideko los acompañaba a veces, sin mucha convicción; Charles y James nunca se interesaron por las creencias de su padre, y Megumi, ante el horror de Takao y el asombro de Heideko, se convirtió al cristianismo. Lo atribuyó a un sueño revelador en que se le apareció Jesús.

—¿Cómo sabes que era Jesús? —la increpó Takao, lívido de ira.

—¿Quién más anda por allí con una corona de espinas? —le contestó ella.

Tuvo que asistir a clases de religión impartidas por un pastor presbiteriano y a una breve ceremonia privada de confirmación, a la cual se presentaron solamente Ichimei, por curiosidad, y Boyd Anderson, conmovido hasta lo más hondo por aquella prueba de amor. Naturalmente, el pastor dedujo que la conversión de la chica tenía que ver más con el guardia que con el cristianismo, pero no puso objeciones. Les dio su bendición preguntándose mentalmente en qué rincón del universo podría establecerse esa pareja.

Arizona

En diciembre de 1944, pocos días antes de que la Corte Suprema declarara por unanimidad que los ciudadanos estadounidenses de cualquier ascendencia cultural no podían ser detenidos sin causa, el jefe militar de Topaz, escoltado por dos soldados, le entregó a Heideko Fukuda una bandera doblada en triángulo y prendió una cinta morada con una medalla en el pecho de Takao, mientras el lamento fúnebre de una corneta cerraba la garganta de los cientos de personas agrupadas en torno a la familia para honrar a Charles Fukuda, muerto en combate. Heideko, Megumi e Ichimei lloraban, pero la expresión de Takao era indescifrable. En esos años en el campo de concentración su rostro se había solidificado en una máscara hierática de orgullo; pero su postura encogida y su taimado silencio delataban al hombre quebrado en que se había convertido. A los cincuenta y dos años nada quedaba de su capacidad de deleite ante el brote de una planta, de su suave sentido del humor, de su entusiasmo por labrar un futuro para sus hijos, de la ternura discreta que había compartido con Heideko. El sacrificio heroico de Charles, el hijo mayor que debía sostener a la familia cuando él ya no pudiera hacerlo, fue el mazazo que lo derrotó. Charles pereció en Italia, como otros cientos de americanos-japoneses del 442.º Regimiento de infantería, apodado el Batallón del Corazón Púrpura, por el extraordinario número de medallas al valor. Ese regimiento, compuesto exclusivamente de *Nisei*, llegó a ser el más condecorado en la historia militar de Estados Unidos, pero para los Fukuda eso nunca sería un consuelo.

El 14 de agosto de 1945 Japón se rindió y empezaron a cerrar los campos de concentración. Los Fukuda recibieron veinticinco dólares y un pasaje en tren hacia el interior de Arizona. Como el

resto de los evacuados, no mencionarían nunca más en público esos años de humillación en los que su lealtad y patriotismo habían sido puestos en duda; sin honor la vida valía muy poco. *Shikata ga nai*. No les permitieron regresar a San Francisco, donde tampoco había nada que los llamara. Takao había perdido el derecho a arrendamiento de los predios que antes cultivaba y al alquiler de su casa; nada le quedaba de sus ahorros o del dinero que Isaac Belasco le entregó cuando fue evacuado. Tenía un permanente ruido de motor en el pecho, tosía sin cesar y apenas soportaba el dolor de espalda, se sentía incapaz de volver a las pesadas labores de la agricultura, el único empleo disponible para un hombre de su condición. A juzgar por su helada actitud, la precaria situación de su familia le importaba poco; la tristeza se le había cristalizado en indiferencia. Sin la solicitud de Ichimei, quien se empeñaba en hacerlo comer y acompañarlo, se hubiera echado en un rincón a fumar hasta la muerte, mientras su mujer y su hija trabajaban largos turnos en una fábrica para mantener modestamente a la familia. Por fin los *Isei* podían adquirir la ciudadanía, pero ni eso logró sacar a Takao de su postración. Durante treinta y cinco años había deseado tener los mismos derechos de cualquier americano y ahora que se le presentaba la oportunidad lo único que quería era regresar a Japón, su patria derrotada. Heideko trató de llevarlo a registrarse al Servicio Nacional de Inmigración, pero acabó por ir sola, porque las pocas frases que su marido pronunciaba eran para maldecir a Estados Unidos.

Megumi debió postergar de nuevo su decisión de estudiar medicina y la ilusión de casarse, pero Boyd Anderson, trasladado a Los Ángeles, no olvidó a Megumi ni por un momento. Las leyes contra matrimonio y cohabitación entre razas se habían abolido en casi todos los estados, pero todavía una unión como la de ellos resultaba escandalosa; ninguno de los dos se había atrevido a confesarles a sus padres que llevaban más de tres años juntos. Para Takao Fukuda habría sido un cataclismo; jamás habría aceptado la relación de su hija con un blanco y menos con uno que patrullaba las alambradas de su prisión en Utah. Estaría obligado a repudiarla y perderla también. Ya había perdido a Charles en la guerra y a James, deportado a Japón, de quien no esperaba volver a tener noticias. Los padres de Boyd Anderson, inmigrantes suecos de

primera generación, instalados en Omaha, se habían ganado la vida con una lechería, hasta que se arruinaron en los años treinta y acabaron administrando un cementerio. Eran gente de honestidad incuestionable, muy religiosa, y tolerantes en materia racial, pero su hijo no iba a mencionarles a Megumi antes de que ella aceptara un anillo nupcial.

Cada lunes, Boyd comenzaba una carta y le iba agregando párrafos diarios, inspirados en *El arte de escribir cartas de amor*, un manual en boga entre los soldados retornados de la guerra, que habían dejado novias en otras latitudes, y el viernes ponía la carta en el correo. Dos sábados al mes, este hombre metódico se proponía llamar a Megumi por teléfono, lo cual no siempre le resultaba, y los domingos apostaba en el hipódromo. Carecía de la compulsión irresistible del jugador, los vaivenes del azar lo ponían nervioso y afectaban su úlcera de estómago, pero había descubierto por casualidad su buena suerte en las carreras de caballos y la utilizaba para aumentar sus escuálidos ingresos. Por las noches estudiaba mecánica con el proyecto de retirarse de la carrera militar y abrir un taller en Hawái. Creía que era el mejor lugar para instalarse, porque había una numerosa población japonesa, que se libró de la afrenta de ser internada, a pesar de que el ataque de Japón había ocurrido allí. En sus cartas, Boyd procuraba convencer a Megumi de las ventajas de Hawái, donde podrían criar a sus hijos con menos odio racial, pero ella no estaba pensando en hijos. Megumi mantenía una lenta y tenaz correspondencia con un par de médicos chinos para averiguar la forma de estudiar medicina oriental, ya que la occidental se le negaba. Pronto habría de descubrir que también para eso, el hecho de ser mujer y de origen japonés era un obstáculo insalvable, tal como le había advertido su mentor, Frank Delillo.

A los catorce años, Ichimei entró en la escuela secundaria. Como Takao estaba paralizado por su melancolía y Heideko apenas hablaba cuatro palabras de inglés, le tocó a Megumi actuar de apoderada de su hermano. El día en que fue a inscribirlo pensó que Ichimei se hallaría allí como en su casa, porque el edificio era tan feo y el terreno tan inhóspito como en Topaz. Los recibió la directora del establecimiento, miss Brody, quien se había empeñado durante los años de la guerra en convencer a los políticos y a la

opinión pública de que los niños de familias japonesas tenían derecho a la educación, como todo americano. Había recogido miles de libros para enviarlos a los campos de concentración. Ichimei había encuadernado varios de ellos y los recordaba perfectamente, porque cada uno llevaba una nota de miss Brody en la portada. El chico imaginaba a esa benefactora como el hada madrina del cuento de la Cenicienta y se encontró con una mujer maciza, con brazos de leñador y voz de pregonero.

—Mi hermano está atrasado en los estudios. No es bueno para leer ni escribir, tampoco para la aritmética —le dijo Megumi, abochornada.

—¿Para qué eres bueno entonces, Ichimei? —le preguntó miss Brody directamente al niño.

—Dibujar y plantar —respondió Ichimei en un susurro, con la vista clavada en la punta de sus zapatos.

—¡Perfecto! ¡Eso es justamente lo que nos hace falta aquí! —exclamó miss Brody.

En la primera semana, los otros niños bombardearon a Ichimei con los epítetos contra su raza difundidos durante la guerra, pero que él no había oído en Topaz. El chico tampoco sabía que los japoneses eran más odiados que los alemanes, ni había visto las historietas ilustradas en que los asiáticos aparecían como degenerados y brutales. Soportó las burlas con su ecuanimidad de siempre, pero la primera vez que un grandullón le puso una mano encima, le dio una voltereta por los aires con una llave de judo que aprendió de su padre, la misma que años antes había usado para demostrarle a Nathaniel Belasco las posibilidades de las artes marciales. Lo enviaron castigado a la oficina de la directora. «Bien hecho, Ichimei», fue el único comentario de ella. Después de esa llave magistral pudo cursar los cuatro años de escuela pública sin ser agredido.

16 de febrero de 2005

Fui a Prescott, Arizona, a visitar a miss Brody. Había cumplido noventa y cinco años y muchos de sus exalumnos nos juntamos para celebrarlo. Está muy bien para su edad, con decirte que me reconoció apenas me vio. ¡Imagínate! ¿Cuántos niños pasaron por sus manos? ¿Cómo puede recordarlos a todos? Se acordaba de que yo pintaba los afiches para las fiestas de la escuela y que los domingos trabajaba en su jardín. Fui pésimo estudiante en la secundaria, un desastre, pero ella me regalaba las notas. Gracias a miss Brody no soy completamente analfabeto y ahora puedo escribirte, amiga mía.

Esta semana que no hemos podido vernos ha sido muy larga. La lluvia y el frío han contribuido a que fuera particularmente triste. Tampoco pude encontrar gardenias para enviarte, perdóname. Llámame, por favor.

Ichi

Boston

El primer año de separación, Alma vivía pendiente de la correspondencia, pero con el tiempo se acostumbró al silencio de su amigo, tal como se acostumbró al silencio de sus padres y su hermano. Sus tíos procuraban protegerla de las malas nuevas que llegaban de Europa, especialmente de la suerte de los judíos. Alma preguntaba por su familia y debía conformarse con respuestas tan fantasiosas que la guerra adquiría el mismo tono de las leyendas del rey Arturo, que había leído con Ichimei en la pérgola del jardín. Según su tía Lillian, la falta de cartas se debía a problemas con el correo en Polonia y, en el caso de su hermano Samuel, a medidas de seguridad en Inglaterra. Samuel cumplía misiones vitales, peligrosas y secretas en la Real Fuerza Aérea, decía Lillian; estaba condenado al más severo anonimato. Para qué iba a contarle a la sobrina que su hermano había caído con su avión en Francia. Isaac le mostraba a Alma los avances y retrocesos de las tropas aliadas marcando un mapa con alfileres, pero no tenía valor para decirle la verdad sobre sus padres. Desde que los Mendel fueron despojados de sus bienes y recluidos en el infame gueto de Varsovia, no tenía noticias de ellos. Isaac contribuía con fuertes sumas a las organizaciones que intentaban ayudar a la gente del gueto y sabía que el número de judíos deportados por los nazis, entre julio y septiembre de 1942, llegaba a más de doscientos cincuenta mil; también sabía de los miles que perecían diariamente de inanición y enfermedades. El muro coronado de alambre, que separaba el gueto del resto de la ciudad, no era completamente impermeable; tal como entraban algunos alimentos y medicinas de contrabando y salían las horrorosas imágenes de los niños agonizando de hambre, existían formas de comunicarse. Si ninguno de los recursos empleados para

ubicar a los padres de Alma había dado resultado y si el avión de Samuel se había estrellado, sólo cabía suponer que los tres habían perecido, pero mientras no hubiera pruebas irrefutables, Isaac Belasco iba a evitarle ese dolor a su sobrina.

Por un tiempo Alma pareció haberse adaptado a sus tíos, sus primos y la casa de Sea Cliff, pero en la pubertad volvió a ser la chiquilla taciturna que era cuando llegó a California. Se desarrolló temprano y el primer asalto de las hormonas coincidió con la ausencia indefinida de Ichimei. Tenía diez años cuando se separaron con la promesa de permanecer unidos mentalmente y a través del correo; once cuando las cartas empezaron a escasear y doce cuando la distancia se hizo insuperable y se resignó a perder a Ichimei. Cumplía sin chistar con sus obligaciones en una escuela que aborrecía y se comportaba de acuerdo con las expectativas de su familia adoptiva, tratando de pasar inadvertida para evitar preguntas sentimentales, que habrían desencadenado la tormenta de rebeldía y angustia que llevaba por dentro. Nathaniel era el único a quien no engañaba con su irreprochable conducta. El chico disponía de un sexto sentido para adivinar cuándo su prima estaba encerrada en el armario y llegaba de puntillas desde el otro extremo de la mansión, la sacaba del escondite con súplicas susurradas para no despertar a su padre, que tenía buen oído y sueño liviano, la arropaba en la cama y se quedaba a su lado hasta que ella se dormía. También él andaba por la vida pisando huevos prudentemente y con una tempestad por dentro. Contaba los meses que le faltaban para terminar la secundaria e irse a Harvard a estudiar leyes, porque no se le ocurrió oponerse a los designios de su padre. Su madre quería que asistiera a la Escuela de Derecho de San Francisco, en vez de hacerlo en el extremo opuesto del continente; pero Isaac Belasco sostenía que el muchacho necesitaba irse lejos, como hizo él a esa edad. Su hijo debía convertirse en un hombre responsable y de bien, un *mensch*.

Alma tomó la decisión de Nathaniel de irse a Harvard como una ofensa personal y añadió a su primo a la lista de quienes la abandonaban: primero su hermano y sus padres, después Ichimei y ahora él. Concluyó que su fatalidad era perder a las personas que más quería. Seguía aferrada a Nathaniel como el primer día en el muelle de San Francisco.

—Te voy a escribir —le aseguró Nathaniel.

—Lo mismo me dijo Ichimei —replicó ella, rabiosa.

—Ichimei está en un campo de internamiento, Alma. Yo voy a estar en Harvard.

—Todavía más lejos, ¿no queda en Boston?

—Voy a venir a pasar todas las vacaciones contigo, te lo prometo.

Mientras él hacía los preparativos para el viaje, Alma lo seguía por la casa como una sombra, inventando pretextos para retenerlo, y cuando eso no resultó, inventando razones para quererlo menos. A los ocho años se había enamorado de Ichimei con la intensidad de los amores de la infancia y de Nathaniel con el amor sereno de la vejez. En su corazón ambos cumplían funciones diferentes y eran igualmente indispensables; estaba segura de que sin Ichimei y sin Nathaniel no podría sobrevivir. Al primero lo había querido con vehemencia, necesitaba verlo en cada momento, escabullirse con él al jardín de Sea Cliff, que se extendía hasta la playa, lleno de estupendos escondites para descubrir juntos el lenguaje infalible de las caricias. Desde que Ichimei estaba en Topaz, ella se alimentaba con los recuerdos del jardín y las páginas de su diario, llenas hasta los bordes de suspiros en letra minúscula. A esa edad ya daba muestras de una tenacidad fanática para el amor. Con Nathaniel, en cambio, no se le habría ocurrido ocultarse en el jardín. Lo quería celosamente y creía conocerlo como nadie, habían dormido tomados de la mano en las noches en que él la rescataba del armario, era su confidente, su íntimo amigo. La primera vez que descubrió manchas oscuras en su ropa interior, esperó temblando de terror a que Nathaniel volviera de la escuela para arrastrarlo al baño y mostrarle la prueba fehaciente de que se estaba desangrando por abajo. Nathaniel tenía una idea aproximada de la causa, pero no de las medidas prácticas, y le tocó a él preguntarle a su madre, porque Alma no se atrevió. El muchacho se enteraba de todo lo que le ocurría a la chica. Ella le había dado copia de las llaves de sus diarios de vida, pero no le hacía falta leerlos para estar al día.

Alma terminó la secundaria un año antes que Ichimei. Para entonces habían perdido todo contacto, pero ella lo sentía presente,

porque en el monólogo ininterrumpido de su diario le escribía a él, más por hábito de fidelidad que por nostalgia. Se había resignado al hecho de no volver a verlo, pero a falta de otros amigos, alimentaba un amor de heroína trágica con el recuerdo de los juegos secretos en el jardín. Mientras él trabajaba de sol a sol como peón en un campo de remolacha, ella se prestaba de mala gana para los bailes de debutante que le imponía su tía Lillian. Había fiestas en la mansión de sus tíos y otras en el patio interior del hotel Palace, con su medio siglo de historia, su fabuloso techo de vidrio, enormes lámparas de cristal y palmeras tropicales en maceteros de loza portuguesa. Lillian había asumido el deber de casarla bien, convencida de que sería más fácil de lo que fue casar a sus hijas poco agraciadas, pero se encontró con que Alma saboteaba sus mejores planes. Isaac Belasco se inmiscuía muy poco en la vida de las mujeres de su familia, pero en esa ocasión no pudo callarse.

—¡Esto de andar a la caza de un novio es indigno, Lillian!

—¡Qué inocente eres, Isaac! ¿Tú crees que estarías casado conmigo si mi madre no te hubiera echado un lazo al cuello?

—Alma es una mocosa. Debería ser ilegal casarse antes de los veinticinco años.

—¡Veinticinco! A esa edad no encontrará un buen partido en ninguna parte, Isaac, estarán todos tomados —alegó Lillian.

La sobrina quería irse a estudiar lejos y Lillian acabó cediendo; uno o dos años de educación superior visten a cualquiera, pensó. Acordaron que Alma iría a un colegio femenino de Boston, donde todavía estaba Nathaniel y podría cuidarla de los peligros y tentaciones de esa ciudad. Lillian dejó de presentarle candidatos potenciales y se puso a preparar el ajuar necesario de faldas redondas como plato y conjuntos de chaleco y suéter de angora en tonos pastel, porque estaban de moda, aunque no favorecían para nada a una chica de huesos largos y facciones fuertes, como ella.

La muchacha insistió en viajar sola, a pesar de la aprensión de su tía, que andaba buscando alguien que fuera en esa dirección para mandarla con una persona de respeto, y partió en un vuelo de Braniff a Nueva York, donde iba a tomar el tren a Boston. Al desembarcar se encontró con Nathaniel en el aeropuerto. Sus padres le habían avisado mediante un telegrama y él decidió ir a esperarla para poder acompañarla en el tren. Los primos se abrazaron con el

cariño acumulado en siete meses, desde la última visita de Nathaniel a San Francisco, y se pusieron al día atropelladamente de las noticias familiares, mientras un maletero negro de uniforme recogía el equipaje en un carro para seguirlos al taxi. Nathaniel contó las maletas y cajas de sombreros y le preguntó a su prima si traía ropa para vender.

—No puedes criticarme, tú siempre has sido un dandi —replicó ella.

—¿Qué planes tienes, Alma?

—Lo que te dije por carta, primo. Tú sabes que adoro a tus padres, pero me estoy ahogando en esa casa. Tengo que independizarme.

—Ya veo. ¿Con el dinero de mi papá?

A Alma se le había escapado ese detalle. El primer paso para independizarse era conseguir un diploma de lo que fuera. Su vocación aún estaba por definirse.

—Tu mamá anda buscándome un marido. No me atrevo a decirle que me voy a casar con Ichimei.

—Despierta de una vez, Alma, hace diez años que Ichimei desapareció de tu vida.

—Ocho. No diez.

—Sácatelo de la cabeza. Incluso en el caso poco probable de que reapareciera y estuviera interesado en ti, sabes muy bien que no puedes casarte con él.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque es de otra raza, de otra clase social, de otra cultura, de otra religión, de otro nivel económico. ¿Quieres más razones?

—Entonces me quedaré solterona. Y tú, ¿tienes alguna enamorada, Nat?

—No, pero si llego a tenerla, serás la primera en saberlo.

—Mejor así. Podríamos hacer ver que somos novios.

—¿Para qué?

—Para desanimar a cualquier tonto que se me acerque.

La prima había cambiado de aspecto en los últimos meses: ya no era una colegiala de calcetines, la ropa nueva le daba categoría de mujer elegante, pero Nathaniel, depositario de sus confidencias, no se impresionó con el cigarrillo ni con el traje azul marino o el

sombrero, los guantes y los zapatos color cereza. Alma seguía siendo una chiquilla consentida, que se aferró a él, asustada con el gentío y el ruido de Nueva York, y no lo soltó hasta hallarse en su habitación del hotel. «Quédate a dormir conmigo, Nat», le suplicó, con la expresión despavorida que tenía en su infancia en el armario de los sollozos, pero él había perdido la inocencia y ahora dormir con ella tenía otro cariz. Al día siguiente tomaron el tren a Boston, acarreando el complicado equipaje.

Alma imaginaba que el colegio de Boston iba a ser una extensión más libre de la escuela secundaria, que ella había cursado en un suspiro. Se aprontaba para lucir su ajuar, hacer vida bohemia en los cafés y bares de la ciudad con Nathaniel y asistir a algunas clases en su tiempo libre, para no defraudar a sus tíos. Pronto descubriría que nadie la miraba, había cientos de muchachas más sofisticadas que ella, que su primo siempre tenía una excusa para dejarla plantada y que estaba muy mal preparada para enfrentar los estudios. Le tocó compartir su habitación con una chica regordeta de Virginia, quien apenas se dio la ocasión le presentó pruebas bíblicas de la superioridad de la raza blanca. Negros, amarillos y pieles rojas descendían de los monos; Adán y Eva eran blancos; Jesús podía ser americano, no estaba segura. No aprobaba la conducta de Hitler, decía, pero había que admitir que en el asunto de los judíos no le faltaba razón: eran una raza condenada, porque habían matado a Jesús. Alma pidió que la cambiaran a otro cuarto. La gestión duró dos semanas y su nueva compañera resultó ser un compendio de manías y fobias, pero al menos no era antisemita.

La joven pasó los tres primeros meses confundida, sin poder organizarse ni para lo más simple, como comidas, lavandería, transporte o el horario de clases; de eso se habían encargado primero sus institutrices y después su abnegada tía Lillian. Nunca había hecho su cama o planchado una blusa, para eso estaban las empleadas domésticas; tampoco había tenido que ceñirse a un presupuesto, porque en casa de sus tíos no se hablaba de dinero. Se sorprendió cuando Nathaniel le explicó que en su asignación no estaban incluidos restaurantes, salones de té, manicura, peluquero o masajista. Una vez por semana, su primo se presentaba, cuaderno y

lápiz en mano, a enseñarle a llevar la cuenta de sus gastos. Ella le prometía enmendarse, pero a la semana siguiente volvía a tener deudas. Se sentía extranjera en esa ciudad señorial y soberbia; sus compañeras la excluían y los muchachos la desdeñaban, pero nada de eso le confesaba a sus tíos en las cartas y cada vez que Nathaniel le aconsejaba que se volviera a casa, le repetía que cualquier cosa era preferible a pasar por la humillación de regresar con la cola entre las piernas. Se encerraba en el baño, como antes hacía en el armario, y abría la ducha para que el ruido acallara las palabrotas con que maldecía su mala estrella.

En noviembre cayó sobre Boston todo el peso del invierno. Alma había pasado sus siete primeros años en Varsovia, pero no recordaba el clima; nada la había preparado para lo que se le vino encima en los meses siguientes. Azotada por granizo, ventiscas y nieve, la ciudad perdió el color; se fue la luz, todo se volvió gris y blanco. La vida transcurría puertas adentro, tiritando, lo más cerca posible de los radiadores de calefacción. Por mucha ropa que Alma se pusiera, el frío le partía la piel y le calaba los huesos apenas se asomaba afuera. Se le hincharon las manos y los pies con sabañones y se le eternizaron la tos y el resfrío. Debía hacer acopio de toda su voluntad para salir de la cama por las mañanas, arroparse como un inuit y desafiar la intemperie para cruzar de un edificio a otro en el colegio, pegada a los muros para que el viento no la tirara, arrastrando los pies sobre el hielo. Las calles se volvían intransitables, los vehículos amanecían tapados por cerros de nieve, que sus dueños debían atacar con picos y palas; la gente andaba encogida, envuelta en lana y pieles; desaparecieron los niños, las mascotas y los pájaros.

Y entonces, cuando Alma había aceptado finalmente su derrota y le había admitido a Nathaniel que estaba lista para llamar a sus tíos y rogarles que la rescataran de ese frigorífico, tuvo su primer encuentro con Vera Neumann, la artista plástica y empresaria que había puesto su arte al alcance de la gente común en pañuelos, sábanas, manteles, platos, ropa, en fin, cualquier cosa que se pudiera pintar o imprimir. Vera había registrado su marca en 1942 y en pocos años había creado un mercado. Alma recordaba vagamente que su tía Lillian competía con sus amigas para ser la primera en lucir cada temporada los pañuelos o vestidos con los

nuevos diseños de Vera, pero no sabía nada de la artista. Asistió a una charla de ella por un impulso, para escapar del frío entre dos clases, y se encontró al fondo de una sala llena, cuyas paredes estaban tapizadas de telas pintadas. Todos los colores, que habían salido huyendo del invierno de Boston, estaban cautivos en esas paredes, atrevidos, caprichosos, fantásticos.

El público recibió a la conferenciante de pie con una ovación y una vez más Alma le tomó la medida a su ignorancia. No sospechaba que la diseñadora de los pañuelos de su tía Lillian fuera una celebridad. Vera Neumann no se imponía por presencia, medía un metro cincuenta y era una persona tímida, escondida tras enormes lentes de marco oscuro que le tapaban la mitad de la cara, pero apenas abrió la boca a nadie le cupo duda de que se trataba de una giganta. Alma apenas alcanzaba a verla sobre la tarima, pero escuchó cada una de sus palabras, sintiendo el estómago comprimido en un puño, con la clara intuición de que ese momento era definitivo para ella. En una hora y quince minutos, esa mujercita excéntrica, brillante, feminista y diminuta sacudió a su audiencia con los relatos de sus viajes incansables, fuente de inspiración para sus diversas colecciones: India, China, Guatemala, Islandia, Italia y el resto del planeta. Habló de su filosofía, de las técnicas que empleaba, de la comercialización y difusión de sus productos, de los obstáculos superados por el camino.

Esa noche Alma llamó a Nathaniel por teléfono para anunciarle su futuro con gritos de entusiasmo: iba a seguir los pasos de Vera Neumann.

—¿De quién?

—De la persona que diseñó las sábanas y manteles de tus padres, Nat. No pienso seguir perdiendo tiempo con clases que no me van a servir para nada. He decidido estudiar diseño y pintura en la universidad. Voy a asistir a los talleres de Vera y después viajaré por el mundo, como ella.

Meses más tarde Nathaniel terminó sus estudios de Derecho y regresó a San Francisco, pero Alma no quiso acompañarlo, a pesar de la presión de su tía Lillian para que volviera a California. Soportó cuatro inviernos en Boston sin volver a mencionar el clima, dibujando y pintando incansablemente. Carecía de la soltura de Ichimei para el dibujo o la audacia de Vera Neumann para el color,

pero se propuso reemplazar con buen gusto lo que le faltaba en talento. Ya entonces tenía una visión clara del rumbo que iba a seguir. Sus diseños iban a ser más distinguidos que los de Vera, porque su intención no era satisfacer el gusto popular y triunfar en el comercio sino crear por diversión. La posibilidad de trabajar para vivir nunca se le pasó por la mente. Nada de pañuelos por diez dólares o sábanas y servilletas al por mayor; pintaría o estamparía solamente ciertas prendas de vestir, siempre en seda de la mejor calidad, cada una firmada por ella. Lo que saliera de sus manos sería tan exclusivo y caro que las amigas de su tía Lillian iban a matar por obtenerlo. En esos años venció la parálisis que le provocaba esa ciudad imponente, aprendió a moverse, a beber cócteles sin perder por completo la cabeza y a hacer amistades. Llegó a sentirse tan bostoniana, que cuando iba de vacaciones a California creía estar en un país atrasado de otro continente. También consiguió algunos admiradores en las pistas de baile, donde la práctica frenética con Ichimei en su infancia dio dividendos, y tuvo una primera relación sexual sin ceremonia, detrás de unos matorrales en un pícnic. Eso aplacó su curiosidad y su complejo de ser virgen pasados los veinte años. Después tuvo dos o tres encuentros similares con diferentes jóvenes, nada memorables, que confirmaron su decisión de esperar a Ichimei.

Resurrección

Un par de semanas antes de graduarse, Alma llamó a Nathaniel a San Francisco para organizar los detalles del viaje de los Belasco a Boston. Era la primera mujer de la familia que iba a tener un título universitario y el hecho de que fuera en Diseño e Historia del arte, disciplinas relativamente oscuras, no le quitaba mérito. Incluso Martha y Sarah asistirían a la ceremonia, en parte porque pensaban seguir a Nueva York a hacer compras, pero su tío Isaac estaría ausente; su cardiólogo le había prohibido subirse a un avión. El tío se disponía para desobedecer la orden porque Alma estaba más anclada en sus afectos que sus propias hijas, pero Lillian no se lo permitió. En la conversación con su primo, Alma le comentó de pasada que hacía varios días que tenía la impresión de ser espiada. No le atribuía mayor importancia, dijo, seguramente eran sobresaltos de su imaginación, estaba nerviosa con los exámenes finales, pero Nathaniel insistió en conocer los detalles. Un par de llamadas telefónicas anónimas en las que alguien —una voz masculina con acento extranjero— preguntó si era ella y enseguida cortó; la incómoda sensación de ser observada y seguida; un hombre que había hecho indagaciones sobre ella entre sus compañeras y, por la descripción que sus amigas le dieron, parecía ser el mismo que ella había visto varias veces, días antes en una clase, en los pasillos, en la calle. Nathaniel, con su suspicacia de abogado, le aconsejó que advirtiera por escrito a la policía del campus, como medida legal de precaución: si algo sucedía, habría constancia de sus sospechas. También le ordenó que no saliera sola de noche. Alma no le hizo caso.

Era la temporada de fiestas extravagantes en que los estudiantes se despedían de la universidad. Entre música, alcohol y baile, a

Alma se le olvidó la sombra siniestra que había imaginado, hasta el viernes anterior a su graduación. Había pasado buena parte de la noche en una fiesta desmadrada, bebiendo demasiado y manteniéndose de pie con cocaína, dos cosas que toleraba mal. A las tres de la madrugada, un ruidoso grupo de jóvenes en un coche descapotable la dejó frente a su dormitorio. Tambaleándose, desgreñada y con los zapatos en la mano, Alma buscó la llave en su cartera, pero no alcanzó a encontrarla antes de caer de rodillas, vomitando hasta que no le quedó nada dentro. Las arcadas secas continuaron por largos minutos, mientras le corrían lágrimas por la cara. Por fin trató de levantarse, empapada de transpiración, con espasmos en el estómago, tiritando y gimiendo de desolación. De pronto, un par de garras se le clavaron en los brazos y se sintió alzada del pavimento y sostenida de pie. «¡Alma Mendel, debería darte vergüenza!». No reconoció la voz del teléfono. Se dobló, vencida de nuevo por las náuseas, pero las garras la apretaron con más firmeza. «¡Suélteme, suélteme!», masculló, pataleando. Una palmada en la cara le devolvió por un instante algo de sobriedad y pudo ver la forma de un hombre, un rostro oscuro cruzado de rayas como cicatrices, un cráneo afeitado. Inexplicablemente, sintió un tremendo alivio, cerró los ojos y se abandonó a la desgracia de la borrachera y la incertidumbre de hallarse en el abrazo férreo del desconocido que acababa de golpearla.

A las siete de la mañana del sábado, Alma despertó envuelta en una tosca frazada, que le arañaba la piel, en el asiento trasero de un coche. Olía a vómito, orina, cigarrillo y alcohol. No sabía dónde estaba y no recordaba nada de lo sucedido la noche anterior. Se sentó y trató de acomodarse la ropa, entonces se dio cuenta de que había perdido el vestido y la enagua, estaba en sostén, bragas y portaligas, con las medias rotas, descalza. Campanas despiadadas le repicaban dentro de la cabeza, tenía frío, la boca seca y mucho miedo. Volvió a echarse, encogida, quejándose y llamando a Nathaniel.

Momentos más tarde sintió que la remecían. Abrió los párpados a duras penas y, tratando de enfocar la vista, distinguió la silueta de un hombre, que había abierto la portezuela y se inclinaba sobre ella.

—Café y aspirinas. Esto te va a ayudar un poco —le dijo,

pasándole un vaso de papel y dos píldoras.

—Déjeme, tengo que irme —replicó ella, con la lengua rasposa, tratando de incorporarse.

—No puedes ir a ninguna parte en estas condiciones. Tu familia va a llegar dentro de unas horas. La graduación es mañana. Tómate el café. Y en caso de que quieras saberlo, soy tu hermano Samuel.

Así resucitó Samuel Mendel, once años después de haber muerto en el norte de Francia.

Después de la guerra, Isaac Belasco había obtenido pruebas fehacientes de la suerte que corrieron los padres de Alma en un campo de exterminio de los nazis, cerca del pueblo de Treblinka, al norte de Polonia. Los rusos no documentaron la liberación del campo, como habían hecho los americanos en otras partes, y oficialmente se sabía muy poco de lo ocurrido en ese infierno, pero la Agencia Judía calculaba que allí habían perecido ochocientas cuarenta mil personas, entre julio de 1942 y octubre de 1943, ochocientas mil de las cuales eran judías. En cuanto a Samuel Mendel, Isaac averiguó que su avión fue derribado en la zona de Francia ocupada por los alemanes y, de acuerdo con los registros militares británicos, no hubo sobrevivientes. Por entonces, Alma llevaba muchos años sin saber de su familia y los había dado por muertos bastante antes de que su tío se lo confirmara. Al enterarse, Alma no lloró por ellos como cabía esperar, porque durante esos años había practicado tanto el control de sus sentimientos que había perdido la habilidad para expresarlos. Isaac y Lillian consideraron necesario dar clausura a esa tragedia y llevaron a Alma a Europa. En el cementerio de la aldea francesa, donde cayó el avión de Samuel, pusieron una placa recordatoria con su nombre y las fechas de su nacimiento y su muerte. No consiguieron autorización para visitar Polonia, controlada por los soviéticos; esa peregrinación la realizaría Alma mucho más tarde. La guerra había terminado cuatro años atrás, pero todavía Europa estaba en ruinas y vagaban masas de gente desplazada, buscando una patria. La conclusión de Alma fue que no le bastaría una sola vida para pagar el privilegio de ser la única sobreviviente de su familia.

Sacudida por la declaración del desconocido que decía ser Samuel Mendel, Alma se irguió en el asiento del coche y se tragó el café y las aspirinas en tres sorbos. Aquel hombre no se parecía al joven de mejillas rubicundas y expresión juguetona que ella había despedido en el muelle de Danzig. Su verdadero hermano era ese recuerdo borroso y no el individuo que tenía delante, enjuto, seco, de ojos duros y boca cruel, la piel quemada por el sol y la cara marcada por profundas arrugas y un par de cicatrices.

—¿Cómo puedo saber que eres mi hermano?

—No puedes. Pero yo no estaría perdiendo mi tiempo contigo si no lo fuera.

—¿Dónde está mi ropa?

—En la lavandería. Estará lista dentro de una hora. Tenemos tiempo para hablar.

Samuel le contó que lo último que vio cuando derribaron su avión fue el mundo desde arriba, girando y girando. No llegó a lanzarse en paracaídas, de eso estaba seguro, porque entonces lo habrían descubierto los alemanes, y no podía explicar claramente cómo se salvó de perecer al estrellarse e incendiarse la máquina. Suponía que fue expulsado de su asiento en la caída y aterrizó en las copas de los árboles, donde quedó colgando. La patrulla enemiga encontró el cuerpo de su copiloto y no buscó más. A él lo rescataron un par de miembros de la resistencia francesa, con muchos huesos rotos y amnésico; al comprobar que estaba circuncidado lo entregaron a un grupo de la resistencia judía. Lo escondieron durante meses en cuevas, establos, subterráneos, fábricas abandonadas y casas de gente bondadosa dispuesta a ayudarlo, cambiándolo de un sitio a otro con frecuencia, hasta que se le soldaron los huesos partidos, dejó de ser una carga y pudo incorporarse al grupo como combatiente. La neblina que le ofuscaba la mente tardó mucho más en disiparse que los huesos en curarse. Por el uniforme que llevaba cuando lo encontraron, sabía que venía de Inglaterra. Entendía inglés y francés, pero respondía en polaco; pasarían meses antes de que recuperara los otros idiomas que dominaba. Como no sabían su nombre, sus compañeros lo apodaron Caracortada, por las cicatrices, pero él decidió llamarse Jean Valjean, como el

protagonista de la novela de Víctor Hugo, que había leído durante su convalecencia. Luchó con sus compañeros en una guerra de escaramuzas que parecía sin destino. Las fuerzas alemanas eran tan eficientes, su orgullo tan monumental, su sed de poder y de sangre tan insaciable, que las acciones de sabotaje del grupo de Samuel no lograban rascar la coraza del monstruo. Vivían en la sombra, moviéndose como ratas desesperadas, con una sensación constante de fracaso e inutilidad, pero seguían adelante, porque no había alternativa. Se saludaban con una sola palabra: victoria. Se despedían de la misma forma: victoria. El final era previsible: capturado durante una acción, fue enviado a Auschwitz.

Al final de la guerra, después de sobrevivir al campo de concentración, Jean Valjean logró embarcar clandestinamente hacia Palestina, donde llegaban oleadas de refugiados judíos, a pesar de Gran Bretaña, que controlaba la región y procuraba impedirlo para evitar un conflicto con los árabes. La guerra lo había transformado en un lobo solitario que no bajaba nunca las defensas. Se conformaba con amoríos casuales, hasta que uno de ellos, compañera del Mosad, la agencia israelí de espionaje en la que había ingresado, una investigadora minuciosa y atrevida, le anunció que iba a ser padre. Se llamaba Anat Rákosi y había emigrado de Hungría con su padre, únicos sobrevivientes de una familia numerosa. Mantenía con Samuel una relación cordial, sin romance ni futuro, que resultaba cómoda a ambos y no habrían cambiado sin el inesperado embarazo. Anat creía ser estéril a causa del hambre, los golpes, las violaciones y los «experimentos» médicos que había sufrido. Al comprobar que no era un tumor lo que le abultaba el vientre, sino un niño, lo atribuyó a una broma de Dios. No se lo dijo a su amante hasta el sexto mes. «¡Vaya! Yo pensaba que por fin estabas engordando un poco», fue el comentario de él, pero no pudo disimular el entusiasmo. «Lo primero será averiguar quién eres, para que esta criatura sepa de dónde proviene. El apellido Valjean es melodramático», replicó ella. Él había ido postergando año a año la decisión de buscar su identidad, pero Anat se puso a la tarea de inmediato, con la misma tenacidad con que descubría para el Mosad los escondites de los criminales nazis, que habían escapado a los juicios de Nuremberg. Empezó por Auschwitz, el último paradero de Samuel antes del armisticio, y fue siguiendo el hilo de la historia

paso a paso. Balanceando la panza se fue a Francia a hablar con uno de los pocos miembros de la resistencia judía que aún quedaban en ese país, y él la ayudó a localizar a los combatientes que habían rescatado al piloto del avión inglés; no fue fácil, porque después de la guerra resultó que todos los franceses eran héroes de la resistencia. Anat terminó en Londres revisando los archivos de la Real Fuerza Aérea, donde encontró varias fotografías de jóvenes que tenían un parecido con su amante. No había otra cosa a la cual aferrarse. Lo llamó por teléfono y le leyó cinco nombres. «¿Te suena alguno?» le preguntó. «¡Mendel! Estoy seguro. Mi apellido es Mendel», replicó él, conteniendo apenas el sollozo atorado en la garganta.

—Mi hijo tiene cuatro años, se llama Baruj, como nuestro padre. Baruj Mendel —le contó Samuel a Alma, sentado a su lado en el asiento trasero del coche.

—¿Te casaste con Anat?

—No. Estamos tratando de vivir juntos, pero no es fácil.

—Hace cuatro años que sabes de mí, ¿y hasta ahora no se te ha ocurrido venir a verme? —le reprochó Alma.

—¿Para qué iba a buscarte? El hermano que conociste murió en un accidente aéreo. No queda nada del muchacho que se alistó como piloto en Inglaterra. Conozco la historia, porque Anat insiste en repetirla, pero no la siento mía, es un cuento hueco, sin significado. La verdad es que no me acuerdo de ti, pero estoy seguro de que eres mi hermana, porque Anat no se equivoca en este tipo de cosas.

—Yo sí me acuerdo de que tuve un hermano que jugaba conmigo y tocaba el piano, pero no te pareces a él.

—No nos hemos visto en años y, ya te lo dije, no soy el mismo.

—¿Por qué has decidido venir ahora?

—No vine por ti, estoy en una misión, pero no puedo hablar de eso. He aprovechado el viaje para venir a Boston porque Anat cree que Baruj necesita una tía. El padre de Anat murió hace un par de meses. No queda nadie de la familia de ella ni de la mía, sólo tú. No pretendo imponerte nada, Alma, sólo quiero que sepas que estoy vivo y que tienes un sobrino. Anat te mandó esto —dijo.

Le alargó una fotografía a color del niño y sus padres. Anat Rákosi aparecía sentada, con su hijo en el regazo; una mujer muy delgada, descolorida, de lentes redondos. Junto a ellos estaba Samuel, también sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho. El niño tenía las facciones fuertes y el pelo ensortijado y oscuro del padre. Detrás de la foto Samuel había escrito una dirección en Tel Aviv.

—Ven a vernos, Alma, para que conozcas a Baruj —le dijo al despedirse, después de recuperar el vestido de la lavandería y conducirla hasta su dormitorio.

La espada de los Fukuda

Su agonía duró semanas. Con los pulmones carcomidos por el cáncer, respirando entre estertores como un pez fuera del agua, a Takao Fukuda le costaba morir. Apenas podía hablar y estaba tan débil que sus intentos de comunicarse por escrito eran inútiles, porque sus manos hinchadas y temblorosas no podían trazar los delicados caracteres japoneses. Se negaba a comer y al primer descuido de su familia o de las enfermeras se arrancaba la sonda del alimento. Pronto se sumió en un sopor pesado, pero Ichimei, que se turnaba con su madre y su hermana para acompañarlo en el hospital, sabía que estaba consciente y angustiado. Le acomodaba las almohadas para mantenerlo semierguido, le secaba el sudor, le frotaba la piel escamada con loción, le ponía trocitos de hielo en la lengua, le hablaba de plantas y jardines. En uno de esos momentos de intimidad, se fijó en que los labios de su padre se movían repetidamente modulando algo que parecía el nombre de una marca de cigarrillos, pero la idea de que en esas circunstancias todavía quisiera fumar resultaba tan descabellada, que la descartó. Pasó la tarde tratando de descifrar lo que Takao intentaba transmitirle. «¿Kemi Morita? ¿Es eso lo que dice, papá? ¿Quiere verla?», le preguntó finalmente. Takao asintió con la poca energía que le quedaba. Era la líder espiritual de Oomoto, una mujer con reputación de hablar con los espíritus, a quien Ichimei conocía, porque viajaba a menudo para reunirse con las pequeñas comunidades de su religión.

—Papá quiere que llamemos a Kemi Morita —le dijo Ichimei a Megumi.

—Vive en Los Ángeles, Ichimei.

—¿Cuántos ahorros nos quedan? Podríamos comprarle el pasaje.

Cuando Kemi Morita llegó, Takao ya no se movía ni abría los ojos. El único signo de vida era el ronroneo del respirador; estaba suspendido en el limbo, esperando. Megumi consiguió que una compañera de la fábrica le prestara su automóvil y fue a recoger a la sacerdotisa al aeropuerto. La mujer parecía un niño de diez años con pijama blanco. Su pelo canoso, sus hombros encorvados y la forma en que arrastraba los pies, contrastaban con su cara lisa, sin arrugas, una máscara de serenidad color bronce.

Kemi Morita se aproximó a pasitos cortos a la cama y le tomó la mano; Takao entreabrió los párpados y tardó un poco en reconocer a su maestra espiritual. Entonces un gesto casi imperceptible animó su rostro estragado. Ichimei, Megumi y Heideko retrocedieron hasta el fondo de la habitación, mientras Kemi murmuraba una larga oración o un poema en un japonés arcaico. Después pegó la oreja a la boca del moribundo. Al cabo de largos minutos, Kemi besó a Takao en la frente y se volvió hacia la familia.

—Aquí están la madre, el padre y los abuelos de Takao. Han venido de muy lejos a guiarlo al Otro Lado —dijo en japonés, señalando los pies de la cama—. Takao está listo para irse, pero antes debe darle un mensaje a Ichimei. Éste es el mensaje: «La katana de los Fukuda está enterrada en un jardín sobre el mar. No puede quedar allí. Ichimei, debes recuperarla y ponerla donde corresponde, en el altar de los antepasados de nuestra familia».

Ichimei recibió el mensaje con una profunda inclinación, llevándose las manos juntas a la frente. No recordaba claramente la noche en que enterraron la espada de los Fukuda, los años habían desdibujado la escena, pero Heideko y Megumi sabían cuál era ese jardín sobre el mar.

—Takao también pide un último cigarrillo —agregó Kemi Morita antes de retirarse.

Al regresar de Boston, Alma comprobó que durante los años de su ausencia la familia Belasco había cambiado más de lo que reflejaban las cartas. Los primeros días se sintió de sobra, como una visita de paso, preguntándose cuál era su lugar en esa familia y qué diablos iba a hacer con su vida. San Francisco le parecía provinciano; para hacerse un nombre con su pintura tendría que

irse a Nueva York, donde estaría entre artistas de renombre y más cerca de la influencia de Europa.

Habían nacido tres nietos Belasco, un niño de tres meses de Martha, y las mellizas de Sarah, que por un error de las leyes de la genética habían salido con aspecto de escandinavas. Nathaniel estaba a cargo de la firma de su padre, vivía solo en un *penthouse* con vistas sobre la bahía y llenaba sus horas libres navegando por la bahía en su velero. Era de pocas palabras y de pocos amigos. A los veintisiete años seguía resistiéndose a la campaña agresiva de su madre para conseguirle una esposa conveniente. Sobraban candidatas, porque Nathaniel provenía de una buena familia, tenía dinero y aspecto de galán, era el *mensch* que su padre deseaba y a quien todas las chicas casamenteras de la colonia judía le tenían puesto el ojo encima. La tía Lillian había cambiado poco, seguía siendo la mujer bondadosa y activa de siempre, pero se le había acentuado la sordera, hablaba a gritos y tenía la cabeza llena de canas, que no se teñía porque no deseaba verse más joven, sino lo contrario. A su marido le habían caído dos décadas encima de sopetón y los pocos años que los separaban en edad parecían haberse triplicado. Isaac había sufrido un ataque al corazón y, aunque se repuso, estaba debilitado. Iba un par de horas diarias a la oficina por disciplina, pero había delegado el trabajo en Nathaniel; dejó por completo la vida social, que nunca le había atraído, leía mucho, se deleitaba con el paisaje del mar y la bahía en la pérgola de su jardín, cultivaba almácigos en el invernadero, estudiaba textos de leyes y de plantas. Se había reblandecido y las más nimias emociones le humedecían los ojos. Lillian llevaba una punzada de miedo clavada en el estómago. «Júrame que no te vas a morir antes que yo, Isaac», le exigía en esos momentos en que a él le faltaba el aliento y se arrastraba a la cama para desplomarse tan pálido como las sábanas, con los huesos paralizados. Lillian nada sabía de cocina, siempre había contado con un chef, pero desde que su marido empezó a decaer, ella misma le preparaba sopas infalibles con las recetas que su madre le había legado, anotadas a mano en un cuaderno. Lo había obligado a ver a una docena de médicos, lo acompañaba a las consultas para evitar que les ocultara sus males y le administraba los medicamentos. Además usaba recursos esotéricos. Invocaba a Dios, no sólo al amanecer y al atardecer,

como se debía, sino a toda hora: *Shemá Ysrael, Adonai Eloeinu, Adonai Ejad*. Por protección, Isaac dormía con un ojo de vidrio turco y una mano de Fátima de latón pintado colgados del respaldo de la cama; había siempre una vela encendida sobre su cómoda, junto a una Biblia hebrea, otra cristiana y un frasco de agua bendita, que una de las empleadas de la casa había traído de la capilla de San Judas.

—¿Qué es esto? —preguntó Isaac el día en que apareció un esqueleto con sombrero sobre su mesa de noche.

—El barón Samedi. Me lo mandaron de Nueva Orleans. Es la deidad de la muerte y también de la salud —le informó Lillian.

El primer impulso de Isaac fue eliminar de un manotazo los fetiches que habían invadido su habitación, pero pudo más el amor por su mujer. Nada le costaba hacer la vista gorda si eso servía para auxiliar a Lillian, que estaba deslizándose inexorablemente por la pendiente del pánico. No podía ofrecerle otro consuelo. Estaba pasmado ante su propio deterioro físico, porque había sido fuerte y saludable y se creía indestructible. Una fatiga espantosa le corroía los huesos y sólo su voluntad de elefante le permitía cumplir con las responsabilidades que se había impuesto. Entre ellas estaba la de permanecer vivo para no defraudar a su mujer.

La llegada de Alma le trajo un soplo de energía. No era dado a demostraciones sentimentales, pero la mala salud lo había vuelto vulnerable y debía cuidarse mucho para que el torrente de ternura que llevaba por dentro no se le desbordara. Sólo Lillian, en los momentos de intimidad, atisbaba ese lado de la personalidad de su marido. Su hijo Nathaniel era el báculo en que se apoyaba Isaac, su mejor amigo, socio y confidente, pero nunca había tenido necesidad de decírselo; ambos lo daban por sentado y puesto en palabras los habría abochornado. A Martha y Sarah las trataba con el afecto de un patriarca benévolo, pero en secreto le había confesado a Lillian que sus hijas no le gustaban, las encontraba mezquinas. A Lillian tampoco le gustaban demasiado, pero no lo admitía por ningún motivo. A los nietos, Isaac los celebraba de lejos. «Vamos a esperar que crezcan un poco, todavía no son personas», decía en tono de broma, a modo de excusa, pero en el fondo así lo sentía. Por Alma, sin embargo, siempre tuvo debilidad.

Cuando esa sobrina llegó de Polonia a vivir a Sea Cliff en 1939,

Isaac le tomó tanto cariño que más tarde llegó a sentir una alegría culpable por la desaparición de sus padres, porque le daba oportunidad de reemplazarlos en el corazón de la chiquilla. No se propuso formarla, como a sus propios hijos, sólo protegerla, y eso le dio libertad para quererla. Le dejó a Lillian la tarea de atender sus necesidades de muchacha, mientras él se divertía desafiándola intelectualmente y compartiendo con ella sus pasiones por la botánica y la geografía. Precisamente un día que le estaba enseñando a Alma sus libros sobre jardines se le ocurrió crear la Fundación Belasco. Pasaron meses barajando juntos diferentes posibilidades, antes de que la idea se concretara, y fue a la niña, que entonces tenía trece años, a quien se le ocurrió plantar jardines en los barrios más pobres de la ciudad. Isaac la admiraba; observaba fascinado la evolución de su mente, comprendía su soledad y se conmovía cuando ella se le acercaba buscando compañía. La niña se sentaba a su lado, con una mano sobre su rodilla, a ver la televisión o estudiar libros de jardinería, y el peso y calor de esa mano pequeña eran un regalo precioso para él. A su vez, él le acariciaba la cabeza cuando pasaba por su lado, siempre que nadie estuviera presente, y compraba golosinas para dejarle debajo de la almohada. La joven mujer que volvió de Boston, con melena de corte geométrico, labios rojos y pisando fuerte, no era la Alma timorata de antes, que dormía abrazada al gato porque le daba miedo dormir sola, pero una vez superada la mutua incomodidad, recuperaron la delicada relación que habían compartido por más de una década.

—¿Te acuerdas de los Fukuda? —le preguntó Isaac a su sobrina, a los pocos días.

—¡Cómo no me voy a acordar! —exclamó Alma, sobresaltada.

—Ayer me llamó uno de los hijos.

—¿Ichimei?

—Sí. Es el menor, ¿verdad? Me preguntó si podía venir a verme, tiene que hablar conmigo. Están viviendo en Arizona.

—Tío, Ichimei es mi amigo y no lo he visto desde que internaron a la familia. ¿Puedo asistir a esa entrevista, por favor?

—Me dio a entender que se trata de algo privado.

—¿Cuándo vendrá?

—Yo te avisaré, Alma.

Quince días más tarde Ichimei se presentó en la casa de Sea Cliff, con un traje oscuro ordinario y corbata negra. Alma estaba esperándolo con el corazón al galope y antes de que alcanzara a tocar el timbre le abrió la puerta y se le echó a los brazos. Seguía siendo más alta que él y casi lo derribó con el impacto. Ichimei, desconcertado, porque le sorprendió verla y porque las demostraciones de afecto en público son mal vistas por los japoneses, no supo cómo responder a tanta efusividad, pero ella no le dio tiempo a pensarlo; lo tomó de la mano y lo arrastró al interior de la casa repitiendo su nombre, con los ojos húmedos, y apenas cruzaron el umbral lo besó de lleno en la boca. Isaac Belasco estaba en la biblioteca, en su sillón favorito, con Neko, el gato de Ichimei, que ya tenía dieciséis años, en las rodillas. Podía ver la escena y, conmocionado, se escondió detrás del periódico, hasta que finalmente Alma condujo a Ichimei a su presencia. La joven los dejó solos y cerró la puerta.

Ichimei le contó a Isaac Belasco en pocas palabras la suerte que había corrido su familia, que éste ya conocía, porque desde la llamada telefónica había investigado lo más posible sobre los Fukuda. No sólo conocía el fin de Takao y Charles, la deportación de James y la pobreza en que se encontraban la viuda y los dos hijos que quedaban, sino que había tomado algunas medidas al respecto. La única novedad que le dio Ichimei fue el mensaje de Takao respecto a la espada.

—Lamento mucho el fallecimiento de Takao. Fue mi amigo y maestro. También lamento lo de Charles y James. Nadie ha tocado el sitio donde está la katana de tu familia, Ichimei. Puedes llevártela cuando quieras, pero fue enterrada con una ceremonia y creo que a tu padre le gustaría que fuera desenterrada con igual solemnidad.

—Cierto, señor. Por el momento no tengo dónde colocarla. ¿Podría dejarla aquí? No será por mucho tiempo más, espero.

—Esa espada honra esta casa, Ichimei. ¿Tienes prisa en retirarla?

—Su lugar es en el altar de mis antepasados, pero por el momento no tenemos casa ni altar. Mi madre, mi hermana y yo vivimos en una pensión.

—¿Cuántos años tienes, Ichimei?

—Veintidós.

—Eres mayor de edad, jefe de tu familia. A ti te corresponde hacerte cargo del negocio que tuve con tu padre.

Isaac Belasco procedió a explicarle al estupefacto Ichimei que en 1941 había formado una sociedad con Takao Fukuda para un vivero de flores y plantas decorativas. La guerra impidió que la sociedad echara a andar, pero ninguno de los dos le puso fin al compromiso de palabra que habían adquirido, de modo que seguía en pie. Existía un terreno apropiado en Martínez, al este de la bahía de San Francisco, que él había comprado a muy buen precio. Se trataba de dos hectáreas de tierra plana, fértil y bien regada, con una casa modesta, pero decente, donde los Fukuda podrían vivir hasta que consiguieran algo mejor. Ichimei tendría que trabajar muy duramente para sacar adelante el negocio, tal como había sido el acuerdo con Takao.

—La tierra ya la tenemos, Ichimei. Voy a invertir el capital inicial para preparar el terreno y plantar, el resto te corresponde a ti. Con las ventas irás pagando tu parte como puedas, sin prisa ni intereses. Cuando llegue el momento, pondremos la sociedad a tu nombre. Por ahora el terreno pertenece a la Sociedad Belasco, Fukuda e Hijos.

No le dijo que la sociedad y la compra de la tierra se habían realizado hacía menos de una semana. Eso lo descubriría Ichimei cuatro años más tarde, cuando fue a transferir el negocio a su nombre.

Los Fukuda regresaron a California y se instalaron en Martínez, a cuarenta y cinco minutos de San Francisco. Ichimei, Megumi y Heideko, trabajando de sol a sol, obtuvieron la primera cosecha de flores. Comprobaron que la tierra y el clima eran los mejores que se podía desear, sólo faltaba colocar el producto en el mercado. Heideko había demostrado tener más agallas y músculos que cualquier otro miembro de su familia. En Topaz desarrolló espíritu combativo y de organización; en Arizona sacó adelante a su familia, porque Takao apenas podía respirar entre cigarrillos y ataques de tos. Había querido a su marido con la feroz lealtad de quien no cuestiona su destino de esposa, pero enviudar fue una liberación para ella. Cuando regresó con sus hijos a California y se encontró

con dos hectáreas de posibilidades, se puso al frente de la empresa sin vacilar. Al principio Megumi tuvo que obedecerle y coger pala y rastrillo para trabajar en el campo, pero tenía la mente puesta en un futuro muy alejado de la agricultura. Ichimei amaba la botánica y poseía una voluntad férrea para el trabajo pesado, pero carecía de sentido práctico y ojo para el dinero. Era idealista, soñador, inclinado al dibujo y la poesía, con más aptitud para la meditación que para el comercio. No fue a vender su espectacular cosecha de flores en San Francisco hasta que su madre lo mandó a lavarse la tierra de las uñas, ponerse traje, camisa blanca y corbata de color —nada de luto—, cargar la camioneta e ir a la ciudad.

Megumi había hecho una lista de las floristerías más elegantes y Heideko, con ella en la mano, las visitó una por una. Ella se quedaba en el vehículo, porque era consciente de su aspecto de campesina japonesa y su pésimo inglés, mientras Ichimei, con las orejas coloradas de vergüenza, ofrecía su mercadería. Todo lo relacionado con dinero lo ponía incómodo. Según Megumi, su hermano no estaba hecho para vivir en América, era discreto, austero, pasivo y humilde; si de él dependiera, andaría cubierto con un taparrabo y mendigando su alimento con una escudilla, como los santones y profetas de la India.

Esa noche, Heideko e Ichimei volvieron de San Francisco con la camioneta vacía. «Primera y última vez que te acompaño, hijo. Eres responsable de esta familia. No podemos comer flores, tienes que aprender a venderlas», le dijo Heideko. Ichimei trató de delegar ese papel en su hermana, pero Megumi ya estaba con un pie en la puerta. Se dieron cuenta de lo fácil que era obtener un buen precio por las flores y calcularon que podrían pagar la tierra en cuatro o cinco años, siempre que vivieran con el mínimo y no ocurriera una desgracia. Además, después de ver la cosecha, Isaac Belasco les prometió que obtendría un contrato con el hotel Fairmont para el mantenimiento de los espectaculares ramos de flores frescas del hall de recepción y los salones, que daban fama al establecimiento.

Por fin la familia empezaba a despegar, después de trece años de mala suerte; entonces Megumi anunció que había cumplido treinta años y era hora de iniciar su propio camino. En esos años Boyd Anderson se había casado y divorciado, era padre de dos niños y había vuelto a rogarle a Megumi que se fuera a Hawái, donde él

prosperaba con su taller de mecánica y una flotilla de camiones. «Olvídate de Hawái, si quieres estar conmigo, tendrá que ser en San Francisco», le respondió ella. Había decidido estudiar enfermería. En Topaz había atendido varios partos y cada vez que recibía a una criatura recién nacida sentía la misma sensación de éxtasis, lo más parecido a una revelación divina que podía imaginar. Hacía poco que este aspecto de la obstetricia, dominado por médicos y cirujanos, comenzaba a delegarse en las matronas y ella quería estar en la vanguardia de la profesión. La aceptaron en un programa de enfermería y salud femenina, que tenía la ventaja de ser gratis. Durante los tres años siguientes Boyd Anderson siguió cortejándola con parsimonia desde la distancia, convencido de que una vez que ella obtuviera su diploma, se casaría con él y se iría a Hawái.

27 de noviembre de 2005

Parece increíble, Alma: Megumi ha decidido jubilarse. Le costó tanto obtener su diploma y ama tanto su profesión, que pensábamos que nunca iba a retirarse. Hemos calculado que en cuarenta y cinco años ha traído al mundo unos cinco mil quinientos críos. Es su aporte a la explosión demográfica, como dice. Cumplió ochenta años, está viuda desde hace una década y tiene cinco nietos, es hora de que descanse, pero se le ha puesto en la cabeza montar un negocio de comida. Nadie lo entiende en la familia, porque mi hermana es incapaz de freír un huevo. He tenido algunas horas libres para pintar. Esta vez no voy a recrear el paisaje de Topaz, como tantas veces. Estoy pintando un sendero en las montañas al sur de Japón, cerca de un templo muy antiguo y aislado. Debemos volver juntos a Japón, me gustaría mostrarte ese templo.

Ichi

El amor

El año 1955 no fue sólo de esfuerzo y sudor para Ichimei. Fue también el año de sus amores. Alma abandonó el proyecto de volver a Boston, convertirse en una segunda Vera Neumann y viajar por el mundo. Su único propósito en la vida era estar con Ichimei. Se encontraban casi todos los días al anochecer, cuando terminaban las faenas del campo, en un motel de carretera a nueve kilómetros de Martínez. Alma siempre llegaba primero y pagaba la habitación a un empleado pakistaní, que la escrutaba de pies a cabeza con profundo desprecio. Ella lo miraba a los ojos, orgullosa e insolente, hasta que el hombre bajaba la vista y le entregaba la llave. La escena se repetía idéntica de lunes a viernes.

En su casa, Alma anunció que estaba tomando clases vespertinas en la Universidad en Berkeley. Para Isaac Belasco, que se preciaba de ser de ideas avanzadas y que podía hacer negocios o cultivar amistad con su jardinero, habría sido inaceptable que alguien de su familia tuviera relaciones íntimas con uno de los Fukuda. En cuanto a Lillian, Alma se casaría con un *mensch* de la colonia judía, tal como lo habían hecho Martha y Sarah, eso no se discutía. El único que estaba en el secreto de Alma era Nathaniel y tampoco lo aprobaba. Alma no le había hablado del hotel y él no le había preguntado, porque prefería no saber los detalles. No podía seguir descalificando a Ichimei como una veleidad de su prima, de la cual se curaría apenas volviera a verlo; pero esperaba que Alma comprendiera en algún momento que no tenían nada en común. No se acordaba de la relación que él mismo tuvo con Ichimei en la infancia, excepto las clases de artes marciales en la calle Pine. Desde que él empezó la secundaria y se terminaron las obras teatrales en el desván, lo había visto muy poco, aunque Ichimei iba

a menudo a Sea Cliff para jugar con Alma. Cuando los Fukuda regresaron a San Francisco, estuvo con él brevemente en un par de ocasiones, cuando le enviaba su padre a entregarle dinero para el vivero. No entendía qué diablos veía su prima en él: era un tipo insustancial, pasaba sin dejar huella, lo opuesto al hombre fuerte y seguro de sí mismo, que podría manejar a una mujer tan complicada como Alma. Estaba seguro de que su opinión sobre Ichimei sería la misma aunque no fuera japonés; la raza no tenía nada que ver, era una cuestión de carácter. A Ichimei le faltaban esas dosis de ambición y agresividad necesarias en los hombres y que él mismo debió desarrollar a fuerza de voluntad. Recordaba muy bien sus años del miedo, el tormento de la escuela, y el esfuerzo descomunal para estudiar una profesión que requería una malignidad de la cual él carecía. Le estaba agradecido a su padre por inducirlo a seguir sus pasos, porque como abogado se había curtido, había adquirido piel de caimán para valerse por sí solo y salir adelante. «Eso es lo que tú crees, Nat, pero no conoces a Ichimei y tampoco te conoces a ti mismo», le contestaba Alma, cuando él le exponía su teoría sobre la masculinidad.

El recuerdo de los meses benditos en que se juntaba con Ichimei en aquel motel, donde no podían apagar la luz por las cucarachas noctámbulas que salían de los rincones, sostuvieron a Alma en los años venideros, cuando intentó arrancarse el amor y el deseo con rigor extremo y reemplazarlos por la penitencia de la fidelidad. Con Ichimei descubrió las múltiples sutilezas del amor y del placer, desde la pasión desenfrenada y urgente, hasta esos momentos sagrados en que la emoción los elevaba y se quedaban inmóviles, tendidos frente a frente en la cama, mirándose a los ojos largamente, agradecidos de su suerte, humildes por haber tocado lo más hondo de sus almas, purificados por haberse desprendido de todo artificio y yacer juntos totalmente vulnerables, en tal éxtasis que ya no podían distinguir entre el gozo y la tristeza, entre la exaltación de la vida y la tentación dulce de morir allí mismo para no separarse más. Aislada del mundo por la magia del amor, Alma podía ignorar las voces interiores que la llamaban al orden y le exigían prudencia advirtiéndole de las consecuencias. Sólo vivían

para el encuentro del día, no había mañana ni ayer, sólo importaba ese cuarto insalubre con su ventana atascada, su olor a moho, sus sábanas gastadas y el ronquido perenne del aparato de ventilación. Sólo existían ellos dos, el primer beso anhelante al cruzar el umbral, antes de echar llave a la puerta, las caricias de pie, el despojarse de la ropa, que quedaba tirada donde cayera, los cuerpos desnudos, trémulos, sentir el calor, el sabor y el olor del otro, la textura de la piel y del pelo, la maravilla de perderse en el deseo hasta la extenuación, de dormitar abrazados por un momento y volver al placer renacido, a las bromas, las risas y las confidencias, al prodigioso universo de la intimidad. Los dedos verdes de Ichimei, capaces de devolver la vida a una planta agónica o arreglar un reloj a ciegas, le revelaron a Alma su propia naturaleza encabritada y hambrienta. Se divertía sorprendiéndolo, desafiándolo, viéndole enrojecer abochornado y divertido. Ella era atrevida y él era prudente, ella era ruidosa en el orgasmo, él le tapaba la boca. A ella se le ocurría un rosario de palabras románticas, apasionadas, halagüeñas y cochinas para soplarle al oído o escribirle en urgentes misivas; él mantenía la reserva propia de su carácter y su cultura.

Alma se abandonó a la alegría inconsciente del amor. Se preguntaba cómo nadie percibía el resplandor en su piel, la oscuridad sin fondo de sus ojos, la liviandad de su paso, la languidez en su voz, la ardiente energía que no podía ni quería controlar. En esa época escribió en su diario que andaba flotando y sentía burbujas de agua mineral en la piel, erizándole los vellos de gusto; que el corazón se le había agrandado como un globo y se le iba a reventar, pero no cabía nadie más que Ichimei en ese inmenso corazón inflado, el resto de la humanidad se había desdibujado; que se estudiaba desnuda frente al espejo imaginando que era Ichimei quien la observaba desde el otro lado del cristal, admirando sus piernas largas, sus manos fuertes, sus senos firmes de pezones oscuros, su vientre liso con una tenue línea de vellos negros del ombligo al pubis, sus labios pintados, su piel de beduina; que dormía con la cara hundida en una camiseta de él, impregnada de su aroma a jardinero, humus y sudor; que se tapaba los oídos para evocar la voz lenta y suave de Ichimei, su risa vacilante, que contrastaba con la de ella, exagerada y bullanguera, sus consejos de cautela, sus explicaciones de plantas, sus palabras de amor en

japonés, porque en inglés le parecían insustanciales, sus exclamaciones deslumbradas ante los diseños que ella le mostraba y ante sus planes de imitar a Vera Neumann, sin detenerse ni por un instante a lamentar que él mismo, que tenía verdadero talento, apenas había podido pintar cuando conseguía un par de horas después del trabajo embrutecedor de la tierra, antes de que ella apareciera en su vida acaparando todo el tiempo libre y tragándose todo su aire. La necesidad de Alma de saberse amada era insaciable.

Huellas del pasado

Al principio, Alma Belasco y Lenny Beal, el amigo recién llegado a Lark House, se propusieron gozar de la vida cultural de San Francisco y Berkeley. Iban al cine, al teatro, a conciertos y exposiciones, experimentaban con restaurantes exóticos y paseaban con la perra. Por primera vez en tres años, Alma volvió al palco de la familia en la ópera, pero su amigo se confundió con el lío del primer acto y se durmió en el segundo, antes de que Tosca alcanzara a clavar un cuchillo de mesa en el corazón a Scarpia. Desistieron de la ópera. Lenny tenía un automóvil más cómodo que el de Alma y solían ir a Napa a disfrutar del bucólico paisaje de viñedos y a probar vinos, o a Bolinas a respirar aire salado y comer ostras, pero finalmente se cansaron del esfuerzo de mantenerse jóvenes y activos a base de voluntad y fueron cediendo a la tentación del reposo. En vez de tantas salidas, que requerían desplazarse, buscar estacionamiento y permanecer de pie, veían películas en la televisión, escuchaban música en sus apartamentos o visitaban a Cathy con una botella de champán rosado para acompañar el caviar gris, que la hija de Cathy, asistente de vuelo de Lufthansa, traía de sus viajes. Lenny colaboraba en la clínica del dolor enseñando a los pacientes a hacer máscaras para el teatro de Alma con papel mojado y cemento dental. Pasaban tardes leyendo en la biblioteca, la única área común más o menos silenciosa; el ruido era uno de los inconvenientes de vivir en comunidad. Si no había alternativa, cenaban en el comedor de Lark House, bajo el escrutinio de otras mujeres, envidiosas de la buena suerte de Alma. Irina se sentía desplazada, aunque a veces la incluían en sus salidas; ya no era indispensable para Alma. «Son ideas tuyas, Irina. Lenny no compite contigo en absoluto», la consolaba Seth, pero también

estaba preocupado, porque si su abuela le rebajaba las horas semanales de trabajo a Irina, él tendría menos oportunidades de verla.

Esa tarde Alma y Lenny estaban sentados en el jardín evocando el pasado, como hacían a menudo, mientras a corta distancia Irina bañaba a Sofía con la manguera. Un par de años antes Lenny había visto en internet una organización dedicada a rescatar perros de Rumanía, donde vagaban por las calles en patéticas jaurías, y los traía a San Francisco para darlos en adopción a almas proclives a ese tipo de caridad. La cara de Sofía, con su mancha negra en el ojo, lo cautivó y sin pensarlo más llenó el formulario en línea, mandó los cinco dólares requeridos y al día siguiente fue a buscarla. En la descripción habían olvidado mencionar que a la perrita le faltaba una pata. Con las patas restantes hacía vida normal, la única secuela del accidente era que destrozaba una de las extremidades de cualquier cosa que tuviera cuatro, como sillas y mesas, pero Lenny lo resolvía con una reserva inagotable de muñecos de plástico; apenas la perra dejaba a uno manco o cojo, Lenny le entregaba otro y así se las arreglaban. Y su única debilidad de carácter era la deslealtad con su amo. Se prendó de Catherine Hope y al menor descuido corría como bala en su búsqueda y subía de un salto a su regazo. Le gustaba andar en silla de ruedas.

Sofía se quedaba quieta bajo el chorro de la manguera, mientras Irina le hablaba en rumano para disimular y prestaba oídos a la conversación de Alma y Lenny, con la intención de transmitírsela a Seth. Se sentía miserable por espiarlos, pero investigar el misterio de esa mujer se había convertido en una adicción que compartía con Seth. Sabía, porque Alma se lo había contado, que su amistad con Lenny había nacido en 1984, el año en que murió Nathaniel Belasco, y duró apenas unos meses, pero las circunstancias le dieron tal intensidad que cuando se reencontraron en Lark House pudieron retomarla como si nunca se hubieran distanciado. En ese momento, Alma le explicaba a Lenny que a los setenta y ocho años había renunciado a su papel de matriarca de los Belasco, cansada de cumplir con la gente y las normas, como había hecho desde chica. Llevaba tres años en Lark House y cada vez le gustaba más. Se lo había impuesto como una penitencia, dijo, como una forma de pagar por los privilegios de su vida, por la vanidad y el

materialismo. Lo ideal habría sido pasar el resto de sus días en un monasterio zen, pero no era vegetariana y la meditación le daba dolor de espalda, por eso se decidió por Lark House, ante el horror de su hijo y su nuera, que hubieran preferido verla con la cabeza rapada en Dharamsala. En Lark House estaba cómoda, no había renunciado a nada esencial y, en caso necesario, estaba a treinta minutos de Sea Cliff, aunque no volvía a la casa familiar —que nunca sintió como propia, pues primero pertenecía a sus suegros y después a su hijo y su nuera— más que a los almuerzos familiares. Al principio no hablaba con nadie en Lark House; era como estar sola en un hotel de segunda categoría, pero con el tiempo hizo algunas amistades y, desde que Lenny había llegado, se sentía muy acompañada.

—Podrías haber escogido algo mejor que esto, Alma.

—No necesito más. Lo único que me hace falta es una chimenea en invierno. Me gusta mirar el fuego, es como el oleaje del mar.

—Conozco a una viuda que ha pasado los últimos seis años en cruceros. Apenas el barco atraca en su última escala, su familia le da un pasaje para otra vuelta al mundo.

—¿Cómo no se les ocurrió esa solución a mi hijo y mi nuera? —se rió ella.

—Tiene la ventaja de que si te mueres en alta mar, el capitán echa el cadáver por la borda y tu familia se ahorra el entierro —agregó Lenny.

—Aquí estoy bien, Lenny. Estoy descubriendo quién soy una vez despojada de mis adornos y arreos; es un proceso bastante lento, pero muy útil. Todo el mundo debiera hacerlo al final de la vida. Si yo tuviera disciplina, trataría de ganar la partida a mi nieto y escribir mis propias memorias. Dispongo de tiempo, libertad y silencio, lo que nunca tuve en el barullo de mi vida anterior. Me estoy preparando para morir.

—Te falta mucho para eso, Alma. Te veo espléndida.

—Gracias. Debe de ser por el amor.

—¿Amor?

—Digamos que cuento con alguien. Tú sabes a quién me refiero: Ichimei.

—¡Increíble! ¿Cuántos años lleváis juntos?

—A ver, déjame sacar la cuenta… Lo he querido desde que los

dos teníamos cerca de ocho años, pero como amantes llevamos cincuenta y ocho, desde 1955, con algunas interrupciones prolongadas.

—¿Por qué te casaste con Nathaniel? —le preguntó Lenny.

—Porque él quiso protegerme y en ese momento yo necesitaba su protección. Acuérdate cómo era de noble. Nat me ayudó a aceptar el hecho de que existen fuerzas más poderosas que mi voluntad, fuerzas incluso más poderosas que el amor.

—Me gustaría conocer a Ichimei, Alma. Avísame cuando venga a verte.

—Lo nuestro todavía es secreto —contestó ella, sonrojándose.

—¿Por qué? Tu familia lo entendería.

—No es por los Belasco, sino por la familia de Ichimei. Por respeto a su mujer, a sus hijos y nietos.

—Después de tantos años, su mujer tiene que saberlo, Alma.

—Nunca se ha dado por aludida. No quisiera hacerla sufrir; Ichimei no me lo perdonaría. Además, esto tiene sus ventajas.

—¿Cuáles?

—De partida, nunca hemos tenido que lidiar con problemas domésticos, de hijos, de dinero y tantos otros que enfrentan las parejas. Sólo nos juntamos para amarnos. Además, Lenny, una relación clandestina debe ser defendida, es frágil y preciosa. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Los dos nacimos con medio siglo de retraso, Alma. Somos expertos en relaciones prohibidas.

—Ichimei y yo tuvimos una oportunidad cuando éramos muy jóvenes, pero yo no me atreví. No pude renunciar a la seguridad y me quedé atrapada en las convenciones. Eran los años cincuenta, el mundo era muy diferente. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo no me voy a acordar? Una relación así era casi imposible, te habrías arrepentido, Alma. Los prejuicios habrían acabado por destruiros y matar el amor.

—Ichimei lo sabía y nunca me pidió que lo hiciera.

Al cabo de una larga pausa en que permanecieron absortos contemplando el afán de los picaflores en una mata de fucsia, mientras Irina se demoraba a conciencia en secar a Sofía con una toalla y cepillarla, Lenny le dijo a Alma que lamentaba no haberla visto en casi tres décadas.

—Me enteré de que estabas viviendo en Lark House. Es una coincidencia que me obliga a creer en el destino, Alma, porque yo me puse en lista de espera hace años, mucho antes de que tú vinieras. Fui retrasando la decisión de visitarte porque no quería desenterrar historias muertas —dijo.

—No están muertas, Lenny. Están más vivas ahora que nunca. Eso pasa con la edad: las historias del pasado cobran vida y se nos pegan en la piel. Me alegra que vayamos a pasar juntos los próximos años.

—No serán años sino meses, Alma. Tengo un tumor cerebral inoperable, me queda poco tiempo antes de que aparezcan los síntomas más notorios.

—¡Dios mío, cuánto lo siento, Lenny!

—¿Por qué? He vivido lo suficiente, Alma. Con tratamiento agresivo podría durar un poco más, pero no vale la pena someterse a eso. Soy cobarde, temo al dolor.

—Me extraña que te aceptaran en Lark House.

—Nadie sabe lo que tengo y no hay por qué divulgarlo, porque no ocuparé un lugar aquí por mucho tiempo. Voy a despacharme cuando se agrave mi condición.

—¿Cómo lo sabrás?

—Por ahora tengo dolor de cabeza, debilidad, algo de torpeza. Ya no me atrevo a andar en bicicleta, que fue la pasión de mi vida, porque me he caído varias veces. ¿Sabías que crucé en bicicleta Estados Unidos desde el Pacífico hasta el Atlántico en tres ocasiones? Pienso gozar el tiempo que me queda. Después vendrán los vómitos, la dificultad para caminar y hablar, me fallará la vista, me darán convulsiones… Pero no esperaré tanto. Tengo que actuar mientras tenga bien la mente.

—¡Qué rápido se nos pasa la vida, Lenny!

A Irina no le sorprendió la declaración de Lenny. La muerte voluntaria se discutía con naturalidad entre los residentes más lúcidos de Lark House. Según Alma, había demasiados ancianos en el planeta que vivían mucho más de lo necesario para la biología y de lo posible para la economía, no tenía sentido obligarlos a permanecer presos en un cuerpo dolorido o una mente desesperada. «Pocos viejos están contentos, Irina. La mayoría pasa pobreza, no tiene buena salud ni familia. Ésta es la etapa más frágil y difícil de

la vida, más que la infancia, porque empeora con el paso de los días y no tiene más futuro que la muerte». Irina lo había comentado con Cathy, quien sostenía que dentro de poco se podría optar por la eutanasia, que sería un derecho, en vez de un crimen. A Cathy le constaba que varias personas en Lark House estaban provistas de lo necesario para una salida digna y, aunque entendía las razones para tomar esa decisión, ella no tenía intención de irse de ese modo. «Vivo con dolor permanente, Irina; pero si me distraigo, es soportable. Lo peor fue la rehabilitación después de las operaciones. Ni la morfina mitigaba el dolor, lo único que me ayudaba era saber que no iba a durar para siempre. Todo es temporal». Irina supuso que Lenny, por su profesión, contaba con drogas más expeditivas que las que venían de Tailandia, envueltas en papel café y sin identificación.

—Estoy tranquilo, Alma —proseguía Lenny—. Disfruto de la vida, especialmente del tiempo que tú y yo pasamos juntos. Me estoy preparando hace mucho, esto no me pilla desprevenido. He aprendido a prestarle atención al cuerpo. El cuerpo nos informa de todo, es cuestión de escucharlo. Conocía mi enfermedad antes de que me la diagnosticaran y sé que cualquier tratamiento sería inútil.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Alma.

—No. Supongo que después de la muerte es lo mismo que antes de nacer. ¿Y tú?

—Un poco… Me imagino que después de la muerte no hay contacto con este mundo, nada de sufrimiento, personalidad, memoria, es como si esta Alma Belasco nunca hubiera existido. Tal vez algo trasciende: el espíritu, la esencia del ser. Pero te confieso que temo desprenderme del cuerpo, espero que entonces Ichimei esté conmigo o venga Nathaniel a buscarme.

—Si el espíritu no tiene contacto con este mundo, como dijiste, no veo cómo puede venir Nathaniel a buscarte —comentó él.

—Cierto. Es una contradicción —se rió Alma—. ¡Estamos tan aferrados a la vida, Lenny! Dices que eres cobarde, pero se requiere entereza para despedirse de todo y cruzar un umbral que no sabemos dónde conduce.

—Por eso vine aquí, Alma. No creo que pueda hacerlo solo. Pensé que tú eres la única persona que me puede ayudar, la única a quien puedo pedirle que esté conmigo cuando llegue el momento de

morir. ¿Es mucho pedirte?

22 de octubre de 2002

Ayer, Alma, cuando por fin pudimos encontrarnos para celebrar nuestros cumpleaños, te noté de mal humor. Dijiste que de pronto, sin saber cómo, hemos alcanzado los setenta. Temes que nos falle el cuerpo y eso que llamas la fealdad de la vejez, aunque eres más bella ahora que a los veintitrés. No estamos viejos por haber cumplido setenta. Empezamos a envejecer en el momento de nacer, cambiamos día a día, la vida es un continuo fluir. Evolucionamos. Lo único diferente es que ahora estamos un poco más cerca de la muerte. ¿Y qué tiene eso de malo? El amor y la amistad no envejecen.

Ichi

Luz y sombra

El ejercicio sistemático de recordar para el libro de su nieto fue provechoso para Alma Belasco, amenazada como estaba a sus años por la fragilidad de la mente. Antes se perdía en laberintos y si quería rescatar algún hecho preciso, no lo encontraba, pero para darle a Seth respuestas satisfactorias, se dedicó a reconstruir el pasado con cierto orden, en vez de hacerlo a saltos y cabriolas, como hacía con Lenny Beal en el ocio de Lark House. Visualizaba cajas de diferentes colores, una por cada año de su existencia, y ponía dentro sus experiencias y sentimientos. Apilaba las cajas en el gran armario de tres cuerpos, donde lloraba a mares a los siete años en el hogar de sus tíos. Las cajas virtuales rebosaban de añoranzas y algunos remordimientos; allí estaban bien guardados los terrores y fantasías de la infancia, los desafueros de la juventud, los duelos, trabajos, pasiones y amores de la madurez. Con ánimo liviano, porque intentaba perdonar todos sus errores, menos aquellos que provocaron sufrimiento en otras personas, pegaba los retazos de su biografía y los condimentaba con toques de fantasía, permitiéndose exageraciones y falsedades, ya que Seth no podía refutarle el contenido de su propia memoria. Lo hacía como un ejercicio de imaginación, más que por afán de mentir. A Ichimei, sin embargo, se lo guardaba para ella, sin imaginar que a sus espaldas Irina y Seth estaban indagando en lo más precioso y secreto de su existencia, lo único que no podía revelar, porque si lo hiciera, Ichimei desaparecería y en ese caso no habría razón para seguir viviendo.

Irina era su copiloto en ese vuelo hacia el pasado. Las fotografías y otros documentos pasaban por sus manos, era ella quien los clasificaba, ella quien iba haciendo los álbumes. Sus preguntas

ayudaban a Alma a encaminarse cuando se distraía en callejones sin salida; así se fue despejando y definiendo su vida. Irina se sumergió en la existencia de Alma como si estuvieran juntas en una novela victoriana: la señora de alcurnia y su dama de compañía atrapadas en el tedio de eternas tazas de té en una casa de campo. Alma sostenía que todos poseen un jardín interior donde refugiarse, pero Irina no deseaba asomarse al suyo propio; prefería reemplazarlo con el de Alma, más amable. Conocía a la niña melancólica llegada de Polonia, a la joven Alma de Boston, a la artista y esposa, sabía de sus vestidos y sombreros preferidos, del primer taller de pintura, donde trabajaba sola experimentando con pinceles y colores antes de que se definiera su estilo, de sus antiguas maletas de viaje, de cuero gastado y tapizadas de calcomanías, que ya nadie usaba. Esas imágenes y experiencias eran nítidas, precisas, como si ella hubiera existido en esas épocas y hubiera estado con Alma en cada una de esas instancias. Le parecía maravilloso que bastara el poder evocador de las palabras o de una fotografía para hacerlas reales y ella pudiera apropiárselas.

Alma Belasco había sido una mujer enérgica, activa, tan intolerante con sus debilidades como lo era con las ajenas; pero los años la estaban suavizando; tenía más paciencia con el prójimo y consigo misma. «Si nada me duele, es que amanecí muerta», decía al despertar, cuando debía estirar los músculos poco a poco para evitar los calambres. Su cuerpo no funcionaba como antes, debía recurrir a estrategias para evitar escaleras o adivinar el sentido de una frase cuando no la escuchaba; todo le costaba más esfuerzo y tiempo, había cosas que simplemente no podía hacer, como conducir de noche, echar gasolina al coche, destapar una botella de agua, cargar con las bolsas del mercado. Para eso necesitaba a Irina. Su mente, en cambio, estaba clara, recordaba el presente tan bien como el pasado, siempre que no cayera en la tentación del desorden; no le fallaban la atención ni el razonamiento. Todavía podía dibujar y tenía la misma intuición para el color; iba al taller, pero pintaba poco, porque se cansaba, prefería delegar en Kirsten y los ayudantes. No mencionaba sus limitaciones, se enfrentaba a ellas sin aspavientos, pero Irina las conocía. Le repugnaba la fascinación de los viejos con sus enfermedades y achaques, un tema que a nadie le interesaba, ni siquiera a los médicos. «La creencia

muy difundida, que nadie se atreve a expresar en público, es que los viejos estamos de más, ocupamos espacio y recursos que les corresponden a la gente productiva», decía. No reconocía a muchas de las personas de las fotos, gente intrascendente de su pasado que se podía eliminar. En las otras, las que Irina pegaba en los álbumes, podía apreciar las etapas de su vida, el paso de los años, cumpleaños, fiestas, vacaciones, graduaciones y bodas. Eran momentos felices, nadie fotografía las penas. Ella figuraba poco, pero a comienzos del otoño Irina pudo apreciar mejor a la mujer que Alma había sido a través de los retratos que le hizo Nathaniel; formaban parte del patrimonio de la Fundación Belasco y fueron descubiertos por el mundillo artístico de San Francisco. Por ellos un periódico llamó a Alma «la mujer mejor fotografiada de la ciudad».

En la Navidad del año anterior, una editorial italiana había publicado una selección de fotografías de Nathaniel Belasco en una edición de lujo; meses más tarde un agente americano avispado organizó una exposición en Nueva York y otra en la más prestigiosa galería de arte de la calle Geary, en San Francisco. Alma se negó a participar en esos proyectos y hablar con la prensa. Prefería ser vista como la modelo de entonces y no como la anciana del presente, dijo, pero a Irina le confesó que no era vanidad, sino prudencia. No le daban las fuerzas para revisar ese aspecto de su pasado; temía aquello, invisible al ojo desnudo, que la cámara pudiera revelar. Sin embargo, la tozudez de Seth acabó por vencer su resistencia. Su nieto había visitado varias veces la galería y estaba impresionado; no iba a permitir que Alma se perdiera la exposición, le parecía un insulto a la memoria de Nathaniel Belasco.

—Hágalo por el abuelo, que se revolvería en la tumba si usted no va. Mañana pasaré a buscarla. Dígale a Irina que nos acompañe. Se llevarán una sorpresa.

Tenía razón. Irina había hojeado el libro de la editorial italiana, pero nada la preparó para el impacto de aquellos enormes retratos. Seth las llevó en el pesado Mercedes Benz de la familia, porque los tres no cabían en el auto de Alma ni en su moto, a una hora muerta de la media tarde, cuando pensaban encontrar la galería sin público. Sólo se toparon con un vagabundo echado en la vereda frente a la puerta y una pareja de turistas australianos, a quienes la encargada, una muñeca china de porcelana, procuraba venderles

algo y apenas se fijó en los recién llegados.

Nathaniel Belasco fotografió a su mujer entre 1977 y 1983 con una de las primeras cámaras Polaroid
20 x 24,
capaz de captar detalles ínfimos con tajante precisión. Belasco no se contaba entre los célebres fotógrafos profesionales de su generación, él mismo se calificaba de aficionado, pero era de los pocos con recursos suficientes para costear la cámara. Además, tenía una modelo excepcional. La confianza de Alma en su marido conmovió a Irina; al ver los retratos sintió pudor, como si profanara un rito íntimo y descarnado. Entre el artista y su modelo no había separación, estaban consolidados en un nudo ciego, y de esa simbiosis nacían fotografías sensuales, pero carentes de carga sexual. En varias poses Alma estaba desnuda y en actitud de abandono, sin consciencia de ser observada. En la atmósfera etérea, fluida y translúcida de algunas imágenes, la figura femenina se perdía en el sueño del hombre tras la cámara; en otras, más realistas, ella se enfrentaba a Nathaniel con la tranquila curiosidad de una mujer sola frente al espejo, cómoda en su piel, sin reservas, con venas visibles en las piernas, una cicatriz de cesárea y el rostro marcado por medio siglo de existencia. Irina no habría podido expresar su propia turbación, pero comprendió la reticencia de Alma al no querer mostrarse en público a través del lente clínico de su marido, a quien parecía haberla unido un sentimiento mucho más complejo y perverso que el amor de esposos. Desde las blancas paredes de la galería Alma se exponía agigantada y sometida. A Irina, esa mujer le inspiró cierto temor, era una desconocida. Se le cerró la garganta y Seth, quien tal vez compartía su emoción, le tomó la mano. Por una vez, ella no la retiró.

Los turistas se fueron sin comprar nada y la muñeca china se volcó hacia ellos con avidez. Se presentó como Meili y procedió a abrumarlos con un discurso preparado sobre la cámara Polaroid, la técnica y la intención de Nathaniel Belasco, las luces y sombras, la influencia de la pintura flamenca, que Alma escuchó divertida, asintiendo en silencio. Meili no relacionó a esa mujer de pelo blanco con la modelo de los retratos.

El lunes siguiente, al terminar su turno en Lark House, Irina fue a buscar a Alma para llevarla al cine a ver *Lincoln* de nuevo. Lenny Beal se había ido unos días a Santa Bárbara e Irina recuperó temporalmente su posición de agregada cultural, como Alma la llamaba antes de que llegara Lenny a Lark House y le usurpara ese privilegio. Días antes habían dejado la película a la mitad, porque a Alma le dio una punzada en el pecho tan dolorosa que se le escapó un grito y debieron salir de la sala. Rechazó de plano al encargado de la sala, que quería pedir ayuda, porque la perspectiva de una ambulancia y el hospital le pareció peor que morirse allí mismo. Irina la condujo a Lark House. Desde hacía un tiempo Alma le prestaba la llave de su ridículo automóvil para que condujera, porque Irina simplemente se negaba a arriesgar su vida como pasajera; la audacia de Alma con el tráfico había aumentado a medida que le fallaba la vista y le temblaban las manos. Por el camino se le fue pasando el dolor, pero llegó exangüe, con el rostro gris y las uñas azuladas. Irina la ayudó a acostarse y, sin pedirle autorización, llamó a Catherine Hope, en quien confiaba más que en el médico oficial de la comunidad. Cathy acudió con presteza en su silla, la examinó con la atención y cuidado que ponía en todo, y determinó que Alma debía consultar a un cardiólogo lo antes posible. Esa noche Irina improvisó una cama en el sofá del apartamento, que resultó más cómodo que el colchón en el suelo de su habitación de Berkeley, y se quedó con ella. Alma durmió tranquila, con Neko echado a sus pies, pero amaneció sin ánimo y, por primera vez desde que Irina la conocía, decidió pasar el día en cama. «Mañana me vas a obligar a levantarme, Irina, ¿oíste? Nada de quedarme echada con una taza de té y un buen libro. No quiero terminar viviendo en pijama y pantuflas. Los viejos que se meten en la cama no se levantan más». Fiel a lo dicho, al día siguiente hizo el esfuerzo de comenzar el día como siempre, no volvió a referirse a la debilidad de esas veinticuatro horas y pronto Irina, que tenía otras cosas en la mente, lo olvidó. Catherine Hope, en cambio, se propuso no dejar en paz a Alma hasta que viera a un especialista, pero ésta se las arregló para postergarlo.

Vieron la película sin incidentes y salieron del cine prendadas de Lincoln, así como del actor que hacía el papel, pero Alma estaba fatigada y decidieron volver al apartamento en vez de ir a un

restaurante, como habían planeado. Al llegar, Alma anunció entre dos suspiros que tenía frío y se acostó, mientras Irina preparaba avena con leche a modo de cena. Apoyada en sus almohadas, con un chal de abuela en los hombros, parecía tener cinco kilos menos y diez años más que unas horas antes. Irina la creía invulnerable, por eso no se dio cuenta hasta esa noche de cómo había cambiado en los meses recientes. Había perdido peso y en su rostro estragado las ojeras violáceas le daban aspecto de mapache. Ya no andaba erguida ni pisaba fuerte, vacilaba al levantarse de una silla, se colgaba del brazo de Lenny en la calle, a veces se despertaba asustada sin razón o se sentía extraviada, como si estuviera en un país desconocido. Iba tan poco al taller que decidió despedir a los ayudantes y compraba historietas y caramelos a Kirsten para consolarla en su ausencia. La seguridad emocional de Kirsten dependía de sus rutinas y sus afectos; mientras nada cambiara, estaba contenta. Vivía en una pieza encima del garaje de su hermano y su cuñada, mimada por tres sobrinos que había ayudado a criar. Los días de trabajo tomaba siempre a mediodía el mismo bus, que la dejaba a dos cuadras del taller. Abría con su llave, ventilaba, limpiaba, se sentaba en la silla de director de cine con su nombre que le habían regalado los sobrinos cuando cumplió cuarenta años, y se comía el sándwich de pollo o de atún que llevaba en su mochila. Después preparaba las telas, brochas y pinturas, ponía a hervir agua para el té y esperaba con los ojos puestos en la puerta. Si Alma no pensaba ir, la llamaba al celular, conversaban un rato y le daba alguna tarea que la mantuviera ocupada hasta las cinco, hora en que Kirsten cerraba el taller e iba a la parada del bus para volver a su casa.

Un año antes Alma calculaba que iba a vivir sin cambios hasta los noventa, pero ya no estaba tan segura; sospechaba que la muerte se le estaba acercando. Antes la sentía paseando por el barrio, después la escuchaba murmurando por los rincones en Lark House y ahora estaba asomándose en su apartamento. A los sesenta pensaba en la muerte como algo abstracto que no le concernía; a los setenta la consideraba un pariente lejano, fácil de olvidar, porque no se mencionaba, pero que inexorablemente llegaría de visita. Después de los ochenta, sin embargo, empezó a familiarizarse con ella y a comentarlo con Irina. La veía por aquí y por allá, bajo la forma de

un árbol derribado en el parque, de una persona pelada por el cáncer, de su padre y su madre cruzando la calle; podía reconocerlos porque estaban igual que en la fotografía de Danzig. A veces era su hermano Samuel, muerto por segunda vez apaciblemente en su cama. Su tío Isaac Belasco se le aparecía vigoroso, como era antes de que le fallara el corazón, pero la tía Lillian llegaba a saludarla de vez en cuando en la duermevela del amanecer tal como era hacia el final de su vida, una viejecita vestida de color lila, ciega, sorda y feliz, porque creía que su marido la llevaba de la mano. «Mira esa sombra en la pared, Irina, ¿no parece la silueta de un hombre? Debe de ser Nathaniel. No te preocupes, niña, no estoy demente, sé que sólo es mi imaginación». Le hablaba de Nathaniel, de su bondad, su talento para resolver problemas y abordar dificultades, de cómo fue y seguía siendo su ángel de la guarda.

—Es una manera de hablar, Irina, no existen los ángeles personales.

—¡Claro que existen! Si yo no tuviera un par de ángeles de la guarda ya estaría muerta, o tal vez habría cometido un crimen y estaría presa.

—¡Qué ocurrencias tienes, Irina! En la tradición judía los ángeles son mensajeros de Dios, no son guardaespaldas de los humanos, pero yo cuento con mi guardaespaldas: Nathaniel. Me cuidó siempre, primero como un hermano mayor, después como un esposo perfecto. Nunca podré pagarle todo lo que hizo por mí.

—Estuvieron casados casi treinta años, Alma, tuvieron un hijo y nietos, trabajaron juntos en la Fundación Belasco, usted lo cuidó en su enfermedad y lo sostuvo hasta el final. Seguramente él pensaba lo mismo, que no podría pagarle a usted lo que hizo por él.

—Nathaniel merecía mucho más amor del que yo le di, Irina.

—Es decir, ¿lo quiso más como hermano que como marido?

—Amigo, primo, hermano, marido… No sé la diferencia. Cuando nos casamos hubo habladurías porque éramos primos, eso se consideraba incesto, creo que todavía lo es. Supongo que nuestro amor siempre fue incestuoso.

El agente Wilkins

El segundo viernes de octubre, Ron Wilkins apareció en Lark House buscando a Irina Bazili. Era un agente del FBI, afroamericano, de sesenta y cinco años, corpulento, con el cabello gris y manos expresivas. Sorprendida, Irina le preguntó cómo había dado con ella y Wilkins le recordó que estar bien informado era indispensable en su trabajo. No se habían visto en tres años, pero solían hablar por teléfono. Wilkins la llamaba de vez en cuando para saber de ella. «Estoy bien, no se preocupe. El pasado quedó atrás, ya ni me acuerdo de todo eso», era la invariable respuesta de la muchacha, pero los dos sabían que no era cierto. Cuando Irina lo conoció, Wilkins parecía a punto de reventar el traje con sus músculos de levantador de pesas; once años más tarde los músculos se habían transformado en grasa, pero seguía dando la misma impresión de solidez y energía de su juventud. Le contó que era abuelo y le mostró la fotografía de su nieto, un niño de dos años mucho más claro de piel que el abuelo. «El padre es holandés», dijo Wilkins a modo de explicación, aunque Irina no había preguntado. Agregó que estaba en edad de jubilarse, de hecho era prácticamente un requisito en la Agencia, pero él estaba atornillado en su silla. No podía retirarse, seguía persiguiendo el crimen al cual había dedicado la mayor parte de su vida profesional.

El agente llegó a Lark House a media mañana. Se sentaron en un banco de madera en el jardín a tomar el café aguado, que siempre estaba disponible en la biblioteca y a nadie le gustaba. Un vapor tenue se elevaba de la tierra humedecida por el rocío de la noche y el aire empezaba a entibiarse en el pálido sol de otoño. Podían hablar en paz, estaban solos. Algunos residentes ya estaban en sus clases matinales, pero la mayoría se levantaba tarde. Sólo Víctor

Vikashev, el jefe de los jardineros, un ruso con aspecto de guerrero tártaro, que trabajaba en Lark House desde hacía diecinueve años, canturreaba en el huerto, y Cathy pasó velozmente en su silla eléctrica rumbo a la clínica del dolor.

—Te tengo buenas noticias, Elisabeta —le anunció Wilkins a Irina.

—Nadie me ha llamado Elisabeta desde hace años.

—Por supuesto. Perdona.

—Acuérdese que ahora soy Irina Bazili. Usted mismo me ayudó a escoger este nombre.

—Cuéntame, niña. ¿Cómo va tu vida? ¿Estás en terapia?

—Seamos realistas, agente Wilkins. ¿Sabe cuánto gano? No me alcanza para pagar a un psicólogo. El condado paga sólo tres sesiones y ya las he gastado, pero, como puede ver, no me he suicidado. Hago una vida normal, trabajo y pienso tomar clases por internet. Quiero estudiar masaje terapéutico; es una buena profesión para alguien con manos fuertes como yo.

—¿Tienes supervisión médica?

—Sí. Estoy tomando un antidepresivo.

—¿Dónde vives?

—En Berkeley, en una habitación de buen tamaño y barata.

—Este empleo te conviene, Irina. Aquí tienes tranquilidad, nadie te molesta, estás segura. Me han hablado muy bien de ti. Tuve una conversación con el director y dijo que eres su mejor empleada. ¿Tienes novio?

—Tenía, pero se murió.

—¡Qué dices! ¡Jesús! Era lo que te faltaba, niña, lo siento mucho. ¿Cómo murió?

—De viejo, me parece; tenía más de noventa años. Pero aquí hay otros señores de edad dispuestos a convertirse en mis novios.

A Wilkins no le hizo gracia. Estuvieron un rato callados, soplando y sorbiendo el café de los vasos de papel. Irina se sintió súbitamente agobiada de tristeza y soledad, como si los pensamientos de ese buen hombre la hubieran invadido, mezclándose con los suyos, y se le cerró la garganta. Respondiendo a una comunicación telepática, Ron Wilkins le puso un brazo en los hombros y la atrajo sobre su grueso pecho. Olía a una colonia dulzona, incongruente en un hombrón como él. Ella sintió el calor

de estufa que emanaba Wilkins, la áspera textura de su chaquetón contra la mejilla, el peso reconfortante de su brazo, y descansó un par de minutos, abrigada, aspirando su olor a cortesana, mientras él le daba palmaditas en la espalda, como habría hecho con su nieto para consolarlo.

—¿Cuáles son esas noticias que me trae? —le preguntó Irina, cuando se recuperó un poco.

—Compensación, Irina. Existe una antigua ley, de la que nadie se acuerda, que da derecho a recibir compensación a las víctimas como tú. Con eso podrías pagar tu terapia, que en realidad necesitas, tus estudios y, si tenemos suerte, incluso podrías dar la entrada para un pequeño apartamento.

—Eso es en teoría, señor Wilkins.

—Hay algunas personas que ya han recibido compensación.

Le explicó que aunque su caso no era reciente, un buen abogado podía probar que ella había sufrido graves daños como consecuencia de lo ocurrido, padecía de síndrome postraumático, necesitaba ayuda psicológica y medicamentos. Irina le recordó que el culpable carecía de bienes que pudieran ser confiscados para compensarla.

—Han arrestado a otros hombres de la red, Irina. Hombres con poder y dinero.

—Esos hombres no me han hecho nada. Hay un solo culpable, señor Wilkins.

—Escúchame, niña. Has tenido que cambiar tu identidad y tu residencia, perdiste a tu madre, a tus compañeros de escuela y al resto de la gente que conocías, vives prácticamente escondida en otro estado. Lo que pasó no pertenece al pasado, se puede decir que sigue sucediendo y que hay muchos culpables.

—Así pensaba antes, señor Wilkins, pero decidí que no voy a ser víctima para siempre, he pasado página. Ahora soy Irina Bazili y tengo otra vida.

—Me apena recordártelo, pero sigues siendo una víctima. Algunos de los acusados estarían satisfechos de pagarte una indemnización para librarse del escándalo. ¿Me autorizas para dar tu nombre a un abogado especializado en esto?

—No. ¿Para qué revolverlo?

—Piénsalo, niña. Piénsalo muy bien y llámame a este número —

le dijo el agente, dándole su tarjeta.

Irina acompañó a Ron Wilkins a la salida y guardó la tarjeta sin intención de usarla; se las había arreglado sola, no necesitaba ese dinero, que consideraba inmundo y significaba soportar de nuevo los mismos interrogatorios y firmar declaraciones con los detalles más escabrosos; no quería avivar las brasas del pasado en los tribunales, era mayor de edad y ningún juez la evitaría enfrentarse a los acusados. ¿Y la prensa? La horrorizaba que se enteraran las personas que le importaban, sus pocos amigos, las viejecitas de Lark House, Alma y sobre todo Seth Belasco.

A las seis de la tarde Cathy llamó a Irina por el celular y la invitó a tomar té en la biblioteca. Se instalaron en un rincón apartado, cerca de la ventana y lejos del paso de gente. A Cathy no le gustaba el té en condones, como llamaba a las bolsitas de Lark House, y tenía su propia tetera, tazas de porcelana y una reserva inagotable de té suelto de una marca francesa y galletas mantecadas. Irina fue a la cocina a echar agua hirviendo a la tetera y no trató de ayudar a Cathy con el resto de los preparativos, porque ese ritual era importante para ella y lo cumplía a pesar de los movimientos espasmódicos de los brazos. No podía llevarse la delicada taza a los labios, debía usar una de plástico y una pajilla, pero disfrutaba viendo la taza heredada de su abuela en manos de su invitada.

—¿Quién era ese hombre negro que te abrazó en el jardín esta mañana? —le preguntó Cathy, después de que hubieron comentado el último episodio de un serial de televisión sobre mujeres en prisión, que las dos seguían rigurosamente.

—Sólo un amigo que no veía hace tiempo… —balbuceó Irina, sirviéndole más té, para disimular el sobresalto.

—No te creo, Irina. Hace tiempo que te estoy observando y sé que algo te está royendo por dentro.

—¿A mí? ¡Son ideas suyas, Cathy! Ya se lo dije, es sólo un amigo.

—Ron Wilkins. Me dieron su nombre en la recepción. Fui a preguntar quién había venido a verte, porque me pareció que ese hombre te ha alterado.

Los años de inmovilidad y el esfuerzo tremendo de sobrevivir

habían reducido de tamaño a Cathy, que parecía una niña en la voluminosa silla eléctrica, pero irradiaba una gran fortaleza, suavizada por la bondad que siempre tuvo y que el accidente había multiplicado. Su permanente sonrisa y su cabello muy corto le daban un aire travieso, que contrastaba con su sabiduría de monje milenario. El sufrimiento físico la había liberado de las cargas inevitables de la personalidad y le había tallado el espíritu como un diamante. Los derrames en el cerebro no afectaron su intelecto, pero tal como ella decía, le cambiaron el alambrado y como consecuencia se le despertó la intuición y podía ver lo invisible.

—Acércate, Irina —le dijo.

Las manos de Cathy, pequeñas, frías, con los dedos deformados por las roturas, se aferraron al brazo de la muchacha.

—¿Sabes qué es lo que más ayuda en la desgracia, Irina? Hablar. Nadie puede andar por el mundo solo. ¿Por qué crees que monté la clínica del dolor? Porque el dolor compartido es más llevadero. La clínica sirve a los pacientes, pero más me sirve a mí. Todos tenemos demonios en los rincones oscuros del alma, pero si los sacamos a la luz, los demonios se achican, se debilitan, se callan y al fin nos dejan en paz.

Irina trató de desprenderse de esos dedos como tenazas, pero no lo logró. Los ojos grises de Cathy se clavaron largamente en los suyos con tanta compasión y afecto, que ella no pudo rechazarla. Se hincó en el suelo, apoyó la cabeza en las rodillas nudosas de Cathy y se dejó acariciar por sus manos agarrotadas. Nadie la había tocado así desde que se separó de sus abuelos.

Cathy le dijo que la tarea más importante en la vida era limpiar los propios actos, comprometerse totalmente con la realidad, poner toda la energía en el presente y hacerlo ahora, inmediatamente. No se puede esperar, eso lo había aprendido ella desde el accidente. En su condición tenía tiempo para completar sus pensamientos, para conocerse mejor. Ser, estar, amar la luz del sol, la gente, los pájaros. El dolor iba y venía, las náuseas iban y venían, los desarreglos intestinales iban y venían, pero por alguna razón eso no la absorbía mucho tiempo. En cambio, estaba lúcida para gozar cada gota de agua en la ducha, la sensación de manos amigas lavándole el pelo con champú, el frío delicioso de una limonada en un día de verano. No pensaba en el futuro, sólo en este día.

—Lo que intento decirte, Irina, es que no debes seguir anclada al pasado y asustada por el futuro. Tienes una sola vida, pero si la vives bien, es suficiente. Lo único real es ahora, este día. ¿Qué esperas para empezar a ser feliz? Cada día cuenta. ¡No lo sabré yo!

—La felicidad no es para todo el mundo, Cathy.

—Claro que sí. Todos nacemos felices. Por el camino se nos ensucia la vida, pero podemos limpiarla. La felicidad no es exuberante ni bulliciosa, como el placer o la alegría. Es silenciosa, tranquila, suave, es un estado interno de satisfacción que empieza por amarse a sí mismo. Tú deberías quererte como te quiero yo y como te quieren todos los que te conocen, especialmente el nieto de Alma.

—Seth no me conoce.

—No es culpa suya, el pobre lleva años tratando de acercarse a ti, eso lo puede ver cualquiera. Si no lo ha logrado es porque tú te escondes. Háblame de ese Wilkins, Irina.

Irina Bazili tenía una historia oficial de su pasado, que había construido con ayuda de Ron Wilkins y que usaba para responder a la curiosidad ajena, cuando era imposible evitarla. Contenía la verdad, pero no toda la verdad, sólo la parte tolerable. A los quince años los tribunales le habían asignado una psicóloga, que la trató por varios meses, hasta que ella se negó a seguir hablando de lo ocurrido y decidió adoptar otro nombre, irse a otro estado y cambiar de residencia tantas veces como fuese necesario empezar de nuevo. La psicóloga le había repetido que los traumas no desaparecen por desdeñarlos; son una Medusa persistente que espera en la sombra y en la primera ocasión ataca con su cabellera de serpientes. En vez de dar la batalla, Irina escapó; desde entonces su existencia había sido una continua huida, hasta que llegó a Lark House. Se refugiaba en su trabajo y los mundos virtuales de los videojuegos y las novelas de fantasía, en las que ella no era Irina Bazili, sino una valiente heroína con poderes mágicos; pero la aparición de Wilkins desmoronó una vez más ese frágil universo quimérico. Sus pesadillas del pasado eran como polvo asentado en el camino, bastaba el menor soplo para levantarlo en torbellinos. Rendida, comprendió que sólo Catherine Hope, con su escudo de

oro, podía ayudarla.

Tenía diez años en 1997, cuando sus abuelos recibieron la carta de Radmila que cambió su destino. Su madre había visto un programa de televisión sobre tráfico sexual y se enteró de que países como Moldavia abastecían de carne joven a los emiratos árabes y los burdeles de Europa. Recordó con escalofríos el tiempo que pasó en manos de chulos brutales en Turquía y, decidida a evitar que su hija sufriera la misma suerte, convenció a su marido, el técnico americano que conoció en Italia y se la llevó a Texas, que ayudara a la niña a emigrar a Estados Unidos. Irina tendría lo que quisiera, la mejor educación, hamburguesas y papas fritas, helados, incluso irían a Disneyworld, prometía la carta. Los abuelos le dijeron a Irina que no se lo contara a nadie, para evitar la envidia y el mal de ojo que suele castigar a los jactanciosos, mientras hacían los trámites para conseguir la visa. Esa gestión duró dos años. Cuando por fin llegaron los pasajes y el pasaporte, Irina había cumplido doce años, pero parecía un chico malnutrido de ocho, porque era baja, muy delgada, con el cabello blanco e indómito. De tanto soñar con América, fue adquiriendo consciencia de la miseria y la fealdad que la rodeaban, que antes no había notado, porque no tenía con qué comparar. Su aldea parecía haber sido víctima de un bombardeo, la mitad de las viviendas estaban tapiadas o en ruinas, jaurías de perros hambrientos vagaban por las calles de tierra, gallinas sueltas escarbaban en la basura y los viejos se sentaban en los umbrales de sus chamizos fumando tabaco negro en silencio, porque ya todo estaba dicho. En ese par de años Irina se despidió uno a uno de los árboles, los cerros, la tierra y el cielo, que según los abuelos eran los mismos de la época del comunismo y seguirían siéndolo para siempre. Se despidió silenciosamente de los vecinos y los chicos de la escuela, se despidió del burro, la cabra, los gatos y el perro que la acompañaron en la infancia. Por último, se despidió de Costea y Petruta.

Los abuelos prepararon una caja de cartón amarrada con cordeles con la ropa de Irina y una imagen nueva de santa Parescheva, que compraron en un mercado de santos del pueblo más cercano. Tal vez los tres sospechaban que no volverían a verse. A partir de entonces, Irina tomó la costumbre, estuviera donde estuviese, aunque fuera por una sola noche, de montar un altarcillo

donde ponía a la santa y la única fotografía que tenía de sus abuelos. Retocada a mano, fue tomada el día de su casamiento, con sus trajes tradicionales, Petruta con falda bordada y toca de encaje, Costea con calzones hasta la rodilla, chaquetilla corta y una faja ancha en la cintura, rígidos como palitroques, irreconocibles, porque todavía el trabajo no les había partido las espaldas. No pasaba un día sin que Irina les rezara, porque eran más milagrosos que santa Parescheva, eran sus ángeles guardianes, como le había dicho a Alma.

De algún modo la niña llegó sola de Chisinau a Dallas. Había viajado sólo una vez antes, en tren con su abuela, a visitar a Costea en el hospital de la ciudad más cercana, cuando lo operaron de la vesícula. Jamás había visto un avión de cerca, sólo en el aire, y todo el inglés que sabía eran las canciones de moda, que había memorizado de oído sin entender el significado. La compañía aérea le colgó al cuello un sobre de plástico con su identificación, su pasaporte y su pasaje. Irina no comió ni bebió durante las once horas de viaje porque no sabía que la comida del avión era gratis y la asistente de vuelo no se lo aclaró, y tampoco durante las cuatro horas que pasó, sin dinero, en el aeropuerto de Dallas. La puerta de entrada al sueño americano fue ese enorme y confuso lugar. Su madre y su padrastro se habían equivocado con la hora de llegada del avión, según dijeron cuando finalmente acudieron a buscarla. Irina no los conocía, pero ellos vieron a una niñita muy rubia sentada en un banco con una caja de cartón a los pies y la identificaron, porque tenían su fotografía. De ese encuentro, Irina sólo recordaría que ambos hedían a alcohol, ese olor agrio que conocía bien porque sus abuelos y el resto de los habitantes de su aldea ahogaban sus desilusiones en vino casero.

Radmila y Jim Robyns, su marido, condujeron a la recién llegada a su casa, que a ella le pareció lujosa, aunque era una vivienda ordinaria de madera, muy descuidada, en un barrio obrero al sur de la ciudad. Su madre había hecho un amago de decorar uno de los dos cuartos con cojines en forma de corazón y un oso de peluche con el hilo de un globo rosado atado a una pata. Le aconsejó a Irina que se plantara frente al televisor el mayor número de horas que pudiera aguantar; era la mejor forma de aprender inglés y así lo había hecho ella. A las cuarenta y ocho horas la

inscribió en una escuela pública, con mayoría de alumnos negros e hispanos, razas que la niña nunca había visto. Irina tardó un mes en aprender unas frases en inglés, pero tenía buen oído y pronto pudo seguir las clases. En un año llegaría a hablarlo sin acento.

Jim Robyns era electricista y pertenecía al sindicato, cobraba el máximo posible por hora y estaba protegido en caso de accidentes y otros sinsabores, pero no siempre tenía empleo. Los contratos se asignaban por turno, de acuerdo a una lista de los miembros, empezando por quien la encabezaba, luego le tocaba al segundo de la lista, al tercero y así sucesivamente. Quien terminaba un contrato era colocado al final y a veces esperaba meses antes de que volvieran a llamarlo, a menos que tuviera buenas relaciones con los jefes del sindicato. Radmila trabajaba en la sección de ropa infantil de una tienda; tardaba hora y cuarto en bus para llegar y otro tanto para volver. Cuando Jim Robyns estaba empleado, lo veían muy poco, porque él aprovechaba para trabajar hasta la extenuación; le pagaban doble o triple por las horas extraordinarias. En esos períodos no bebía ni se drogaba, porque en un descuido podía electrocutarse, pero en las largas temporadas de ocio se empapaba de licor y usaba tantas drogas mezcladas, que resultaba sorprendente que pudiera ponerse de pie. «Mi Jim tiene la resistencia de toro, nada lo tumba», decía Radmila, orgullosa. Ella lo acompañaba en las parrandas hasta donde le daba el cuerpo, pero no tenía la misma capacidad y pronto se desplomaba.

Desde los primeros días en América, el padrastro le hizo comprender a Irina sus reglas, como las llamaba. Su madre no lo supo, o fingió no saberlo, hasta dos años más tarde, cuando llegó a su puerta Ron Wilkins y le mostró su placa del FBI.

Secretos

Al cabo de repetidas súplicas de Irina y vacilaciones propias, Alma aceptó encabezar el Grupo de Desapego, que se le ocurrió a Irina al darse cuenta de lo angustiados que estaban los huéspedes de Lark House que se aferraban a sus posesiones, mientras aquellos que tenían menos vivían más contentos. Había visto a Alma desprenderse de tantas cosas, que llegó a temer que tendría que prestarle su cepillo de dientes, por eso pensó en ella para animar al grupo. La primera reunión iba a llevarse a cabo en la biblioteca. Se habían inscrito cinco, entre ellos Lenny Beal, que se presentaron puntualmente, pero Alma no llegó. La esperaron quince minutos antes de que Irina fuera a llamarla. Encontró el apartamento vacío y una nota de Alma anunciando que se ausentaría durante unos días y pidiéndole que se hiciera cargo de Neko. El gato había estado enfermo y no podía quedarse solo. Estaba prohibido llevar animales a la vivienda de Irina y tuvo que meterlo de contrabando en una bolsa de mercado.

Esa noche Seth la llamó al celular para preguntar por su abuela, porque había pasado a verla a la hora de la cena, no la encontró y estaba preocupado; pensó que Alma no se había repuesto completamente del episodio en el cine. Irina le dijo que estaba en otra de sus citas amorosas y se había olvidado del compromiso; ella había pasado un mal rato con el Grupo de Desapego. Seth se había reunido con un cliente en el puerto de Oakland y en vista de que estaba cerca de Berkeley, invitó a Irina a comer sushi; le pareció la comida más propicia para hablar del amante japonés. Ella estaba en la cama con Neko jugando a *Elder Scrolls V*, su videojuego favorito, pero se vistió y salió. El restaurante era un remanso de paz oriental, todo de madera clara, con compartimentos separados por tabiques

de papel de arroz, iluminado con globos rojos, cuyo cálido resplandor invitaba a la calma.

—¿Adónde crees que va Alma cuando desaparece? —le preguntó Seth después de pedir la comida.

Ella le llenó de sake el pocillo de cerámica. Alma le había dicho que lo correcto en Japón era servir al compañero de mesa y esperar que alguien lo atienda a uno.

—A una hostería en Point Reyes, como a hora y cuarto de San Francisco. Son cabañas rústicas frente al agua, un sitio bastante retirado, con buen pescado y marisco, sauna, linda vista y habitaciones románticas. En esta época hace frío, pero cada pieza tiene chimenea.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Por los recibos de la tarjeta de crédito de Alma. Busqué la hostería en internet. Supongo que allí se encuentra con Ichimei. ¡No pensarás ir a molestarla, Seth!

—¡Cómo se te ocurre! Ella jamás me lo perdonaría. Pero podría mandar a uno de mis investigadores a echar una mirada…

—¡No!

—No, claro que no. Pero admite que esto es inquietante, Irina. Mi abuela está débil, puede tener otro ataque como el del cine.

—Todavía es dueña de su vida, Seth. ¿Sabes algo más sobre los Fukuda?

—Sí. Se me ocurrió preguntarle a mi papá y resulta que se acuerda de Ichimei.

Larry Belasco tenía doce años en 1970, cuando sus padres renovaron la casa de Sea Cliff y adquirieron el terreno vecino para ampliar el jardín, que ya era vasto y nunca se había recuperado por completo de la helada primaveral que lo destruyó cuando murió Isaac Belasco y del abandono posterior. Según Larry, un día llegó un hombre de rasgos asiáticos, con ropa de trabajo y una cachucha de béisbol, que no quiso entrar en la casa con el pretexto de que tenía las botas embarradas. Era Ichimei Fukuda, dueño del vivero de flores y plantas que antes había tenido en sociedad con Isaac Belasco y ahora le pertenecía. Larry intuyó que su madre y ese hombre se conocían. Su padre dijo a Fukuda que él ignoraba lo más

elemental sobre jardines y sería Alma quien tomara las decisiones, lo que al chico le extrañó, porque Nathaniel dirigía la Fundación Belasco y al menos en teoría sabía mucho de jardines. Dado el tamaño de la propiedad y los planes grandiosos de Alma, el proyecto tardó varios meses en completarse. Ichimei midió el terreno, examinó la calidad del suelo, la temperatura y la dirección del viento, trazó rayas y números en un bloc de dibujo, seguido de cerca por Larry, intrigado. Poco después llegó con un equipo de seis trabajadores, todos de su raza, y el primer camión de materiales. Ichimei era un hombre tranquilo y de gestos mesurados, observaba cuidadosamente, nunca parecía apresurado, hablaba poco y cuando lo hacía su voz era tan baja que Larry debía acercarse para escucharlo. Rara vez iniciaba la conversación o respondía a preguntas sobre sí mismo, pero como notó su interés, le hablaba de la naturaleza.

—Mi papá me dijo algo muy curioso, Irina. Me aseguró que Ichimei tiene aura —agregó Seth.

—¿Qué?

—Aura, un halo invisible. Es un círculo de luz tras la cabeza, como los que tienen los santos en las pinturas religiosas. El de Ichimei es visible. Mi papá me dijo que no siempre se le podía ver, sólo a veces, dependiendo de la luz.

—Estás bromeando, Seth…

—Mi papá no bromea, Irina. ¡Ah! Otra cosa: el hombre debe de ser una especie de faquir, porque controla el pulso y su temperatura, puede calentar una mano como si ardiera de fiebre y congelar la otra. Ichimei se lo demostró a mi papá varias veces.

—¿Eso te dijo Larry o lo estás inventando?

—Te prometo que me lo dijo. Mi padre es escéptico, Irina, no cree en nada que no pueda comprobar por sí mismo.

Ichimei Fukuda terminó el proyecto y agregó como obsequio un pequeño jardín japonés, que diseñó para Alma, y después delegó en los otros jardineros. Larry lo veía solamente cuando aparecía cada temporada a supervisar. Se fijó en que nunca conversaba con Nathaniel, sólo con Alma, con quien mantenía una relación formal, al menos delante de él. Ichimei llegaba a la puerta de servicio con un ramo de flores, se quitaba los zapatos y entraba saludando con una breve inclinación. Alma siempre lo estaba esperando en la

cocina y respondía al saludo de igual manera. Ella colocaba las flores en un jarrón, él aceptaba una taza de té y durante un rato compartían ese lento y silencioso ritual, una pausa en las vidas de ambos. Al cabo de un par de años, cuando Ichimei dejó de ir por Sea Cliff, su madre le explicó a Larry que se había ido de viaje a Japón.

—¿Serían amantes en esa época, Seth? —le preguntó Irina.

—No puedo preguntarle eso a mi padre, Irina. Además, no lo sabría. No sabemos casi nada de nuestros propios padres. Pero vamos a suponer que eran amantes en 1955, como le dijo mi abuela a Lenny Beal, se separaron cuando Alma se casó con Nathaniel, se reencontraron en 1962, y desde entonces están juntos.

—¿Por qué en 1962? —le preguntó Irina.

—Estoy suponiendo, Irina, no tengo certeza. Ese año murió mi bisabuelo Isaac.

Le narró los dos funerales de Isaac Belasco y cómo en ese momento se enteró la familia del bien que había hecho el patriarca a lo largo de su vida, de la gente que defendió gratis como abogado, del dinero que regaló o prestó a quienes pasaban apuros, de los niños ajenos que educó y las causas nobles que apoyó. Seth había descubierto que los Fukuda le debían muchos favores a Isaac Belasco, lo respetaban y querían, y dedujo que sin duda debieron de haber asistido a uno de los funerales. Según la leyenda familiar, poco antes de la muerte de Isaac, los Fukuda retiraron una espada antigua que habían enterrado en Sea Cliff. Todavía estaba la placa en el jardín, que hizo colocar Isaac para marcar el sitio. Lo más probable era que Alma e Ichimei se hubiesen reencontrado en ese momento.

—De 1955 a 2013 son cincuenta y tantos años, más o menos lo que Alma le dijo a Lenny —calculó Irina.

—Si mi abuelo Nathaniel sospechaba que su mujer tenía un amante, fingió ignorarlo. En mi familia las apariencias importan más que la verdad.

—¿A ti también?

—No. Yo soy la oveja negra. Con decirte que estoy enamorado de una chica pálida como un vampiro de Moldavia.

—Los vampiros son de Transilvania, Seth.

3 de marzo de 2004

En estos días me he acordado mucho de don Isaac Belasco, porque mi hijo Mike cumplió cuarenta años y decidí entregarle la katana de los Fukuda; a él le corresponde el deber de cuidarla. Tu tío Isaac me llamó un día, a comienzos de 1962, para decirme que tal vez había llegado el momento de retirar la espada, que llevaba veinte años enterrada en el jardín de Sea Cliff. Seguramente ya sospechaba que estaba muy enfermo y se acercaba su fin. Fuimos todos los que quedábamos en nuestra familia, mi madre, mi hermana y yo. Nos acompañó Kemi Morita, la líder espiritual de Oomoto. El día de la ceremonia en el jardín, tú estabas de viaje con tu marido. Tal vez tu tío escogió justamente esa fecha para evitar que tú y yo nos encontráramos. ¿Qué sabía él de lo nuestro? Supongo que muy poco, pero era muy astuto.

Ichi

Mientras Irina acompañaba el sushi con té verde, Seth bebió más sake caliente del que podía aguantar. El contenido del pocillo desaparecía de un sorbo e Irina, distraída con la conversación, volvía a llenárselo. Ninguno de los dos se dio cuenta cuando el camarero, vestido de quimono azul con una bandana en la frente, les llevó otra botella. A la hora del postre —helados de caramelo—, Irina notó la expresión beoda y suplicante de Seth, señal de que había llegado el momento de despedirse, antes de que la situación se pusiera incómoda, pero no podía abandonarlo en el estado en que se hallaba. El camarero se ofreció para llamar a un taxi, pero él lo rechazó. Salió a tropezones, apoyado en Irina, y afuera el aire frío avivó el efecto del sake.

—Me parece que no debo conducir… ¿Puedo pasar la noche contigo? —balbuceó con la lengua enredada.

—¿Qué harás con la moto? Aquí te la pueden robar.

—Al carajo con la moto.

Se fueron caminando diez cuadras hasta la pieza de Irina, lo que les tomó casi una hora porque Seth iba con paso de cangrejo. Ella había vivido en lugares peores, pero en compañía de Seth se avergonzó de ese caserón destartalado y sucio. Compartía su

vivienda con catorce inquilinos hacinados en cuartos hechos con divisiones de madera aglomerada, algunos sin ventana o ventilación. Era uno de los inmuebles regulados de Berkeley que los dueños no se molestaban en mantener porque no podían subir la renta. De la pintura exterior quedaban manchones, las persianas se habían desprendido de los goznes y en el patio se acumulaban objetos inservibles: neumáticos rotos, pedazos de bicicletas, una taza de excusado color aguacate, que llevaba allí quince años. Por dentro olía a una mezcla de incienso de pachulí y sopa rancia de coliflor. Nadie limpiaba los pasillos ni los baños comunes. Irina se duchaba en Lark House.

—¿Por qué vives en esta pocilga? —le preguntó Seth, escandalizado.

—Porque es barata.

—Entonces eres mucho más pobre de lo que yo me imaginaba, Irina.

—No sé qué te imaginabas, Seth. Casi todo el mundo es más pobre que los Belasco.

Lo ayudó a quitarse los zapatos y lo empujó sobre el colchón del suelo que servía de cama. Las sábanas estaban limpias, como todo en esa habitación, porque sus abuelos le habían enseñado a Irina que la pobreza no es excusa para la mugre.

—¿Qué es eso? —preguntó Seth, señalando una campanilla en la pared, atada con un cordel que pasaba por un hueco hacia el cuarto vecino.

—Nada, no te preocupes.

—¿Cómo nada? ¿Quién vive al otro lado?

—Tim, mi amigo de la cafetería, mi socio del negocio de bañar perros. A veces tengo pesadillas y si empiezo a gritar, él tira del cordel, suena la campanilla y me despierto. Es un acuerdo que tenemos.

—¿Sufres pesadillas, Irina?

—Claro. ¿Tú no?

—No. Pero tengo sueños eróticos, eso sí. ¿Quieres que te cuente uno?

—Duérmete, Seth.

En menos de dos minutos Seth le había obedecido. Irina dio su medicamento a Neko, se lavó con la jarra de agua y la palangana

que tenía en un rincón, se quitó los vaqueros y la blusa, se puso una gastada camiseta y se acurrucó pegada a la pared, separada de Seth por el gato. Le costó mucho dormirse, pendiente de la presencia del hombre a su lado, de los ruidos de la casa y del tufo a coliflor. El único ventanuco al mundo exterior quedaba tan alto, que sólo se vislumbraba un pequeño cuadrilátero de cielo. A veces la luna pasaba a saludar brevemente, antes de seguir su curso, pero ésa no era una de esas benditas noches.

Irina despertó con la poca luz de la mañana que entraba en su pieza y comprobó que Seth ya no estaba. Eran las nueve y ella debería haber salido hacía hora y media para ir a trabajar. Le dolían la cabeza y todos los huesos, como si la resaca del sake se le hubiera contagiado por ósmosis.

La confesión

Alma no llegó ese día a Lark House ni el siguiente, y tampoco llamó por teléfono para preguntar por Neko. El gato no había comido durante tres días y apenas tragaba el agua que Irina le metía por el hocico con una jeringa; el medicamento no le había hecho efecto. Iba a recurrir a Lenny Beal para que la llevara al veterinario, pero apareció Seth Belasco en Lark House, fresco, afeitado, con ropa limpia y aire de contrición, avergonzado del episodio de la noche anterior.

—Acabo de enterarme de que el sake tiene un diecisiete por ciento de contenido alcohólico —dijo.

—¿Tienes tu moto? —lo interrumpió Irina.

—Sí. La encontré intacta donde la dejamos.

—Entonces llévame al veterinario.

Los atendió el doctor Kallet, el mismo que años antes había amputado la pata a Sofía. No era una coincidencia: el veterinario era voluntario de la organización que daba en adopción perros rumanos y Lenny se lo había recomendado a Alma. El doctor Kallet diagnosticó un bloqueo intestinal; el gato debía ser operado de inmediato, pero Irina no podía tomar esa decisión y el celular de Alma no respondía. Seth se hizo cargo, pagó el depósito de setecientos dólares que les exigieron y le entregó el gato a la enfermera. Poco después estaba con Irina en la cafetería donde ella había trabajado antes de entrar al servicio de Alma. Los recibió Tim, quien en tres años no había progresado.

Seth todavía tenía el estómago revuelto por el sake, pero se le había despejado la mente y había llegado a la conclusión de que su deber de cuidar a Irina no podía ser postergado. No estaba enamorado de la forma que antes lo había estado de otras mujeres,

con una pasión posesiva sin espacio para la ternura. La deseaba y había esperado que ella iniciara el camino angosto del erotismo, pero su paciencia había sido inútil; era hora de pasar a la acción directa o renunciar definitivamente a ella. Algo en el pasado de Irina la frenaba, no cabía otra explicación para su temor visceral a la intimidad. Le tentaba la idea de recurrir a sus investigadores, pero había decidido que Irina no merecía esa deslealtad. Supuso que la incógnita se aclararía en algún momento y se tragó las preguntas, pero ya estaba harto de tantas consideraciones. Lo más urgente era sacarla de la guarida de ratones donde vivía. Había preparado sus argumentos como para enfrentarse a un jurado, pero cuando la tuvo al frente, con su cara de duende y su gorro lamentable, se le olvidó el discurso y le propuso bruscamente que se fuera a vivir con él.

—Mi apartamento es cómodo, me sobran metros cuadrados, tendrías tu habitación y baño privados. Gratis.

—¿A cambio de qué? —le preguntó ella, incrédula.

—De que trabajes para mí.

—¿En qué exactamente?

—En el libro sobre los Belasco. Se requiere mucha investigación y yo no tengo tiempo.

—Trabajo cuarenta horas a la semana en Lark House y doce más para tu abuela, además baño perros los fines de semana y pretendo empezar a estudiar de noche. Tengo menos tiempo que tú, Seth.

—Podrías dejar todo, menos a mi abuela, y dedicarte a mi libro. Tendrías donde vivir y un buen sueldo. Quiero probar cómo sería vivir con una mujer, nunca lo he hecho y más vale que practique un poco.

—Veo que te sorprendió mi cuarto. No quiero que me tengas lástima.

—No te tengo lástima. En este momento te tengo rabia.

—Pretendes que deje mi trabajo, mis ingresos seguros, la pieza con renta fija de Berkeley que me costó tanto conseguir, que me aloje en tu apartamento y me quede en la calle cuando te aburras de mí. Muy conveniente.

—¡No entiendes nada, Irina!

—Sí te entiendo, Seth. Quieres una secretaria con derecho a cama.

—¡Por Dios! No voy a rogarte, Irina, pero te advierto que estoy a punto de dar media vuelta y desaparecer de tu vida. Sabes lo que siento por ti, es obvio hasta para mi abuela.

—¿Alma? ¿Qué tiene que ver tu abuela con esto?

—Fue idea suya. Yo quería proponerte que nos casáramos y ya está, pero ella dijo que mejor probáramos vivir juntos un año o dos. Eso te daría tiempo para acostumbrarte a mí y a mis padres les daría tiempo para acostumbrarse al hecho de que no eres judía y eres pobre.

Irina no intentó contener el llanto. Escondió el rostro entre los brazos cruzados sobre la mesa, aturdida por el dolor de cabeza, que había aumentado durante esas horas, y confundida por una avalancha de emociones contrarias: cariño y agradecimiento hacia Seth, vergüenza por sus propias limitaciones, desesperación por su futuro. Ese hombre le ofrecía el amor de las novelas, pero no era para ella. Podía amar a los ancianos de Lark House, a Alma Belasco, a algunos amigos, como su socio Tim, que en ese momento la miraba preocupado desde el mostrador, a sus abuelos instalados en el tronco de una secoya, a Neko, Sofía y las otras mascotas de la residencia; podía amar a Seth más que a nadie en la vida, pero no lo suficiente.

—¿Qué te pasa, Irina? —le preguntó Seth, desconcertado.

—No tiene nada que ver contigo. Son cosas del pasado.

—Cuéntamelo.

—¿Para qué? No tiene importancia —replicó ella, sonándose con una servilleta de papel.

—Tiene mucha importancia, Irina. Anoche quise tomarte la mano y casi me pegas. Claro que tenías razón, yo estaba hecho un cerdo. Perdóname. No volverá a suceder, te lo prometo. Te he querido durante tres años, tú lo sabes muy bien. ¿Qué estás esperando para quererme tú a mí? Ten cuidado, mujer, mira que puedo conseguir otra chica de Moldavia, hay cientos de ellas dispuestas a casarse por un visado americano.

—Buena idea, Seth.

—Conmigo serías feliz, Irina. Soy el tipo más bueno del mundo, totalmente inofensivo.

—Ningún abogado americano en motocicleta es inofensivo, Seth. Pero reconozco que eres una persona fantástica.

—Entonces ¿aceptas?

—No puedo. Si conocieras mis razones, saldrías escapando.

—A ver si adivino: ¿tráfico de animales exóticos en vías de extinción? No importa. Ven a ver mi apartamento y después decides.

El apartamento, en un edificio moderno en el Embarcadero, con conserje y espejos biselados en el ascensor, era tan impecable que daba la impresión de estar deshabitado. Aparte de un sofá de cuero color espinaca, un televisor gigante, una mesa de vidrio con revistas y libros apilados en orden y unas lámparas danesas, no había más en ese Sáhara de ventanales y pisos de parqué oscuro. Nada de alfombras, cuadros, adornos o plantas. En la cocina predominaba una mesa de granito negro y una brillante colección de ollas y sartenes de cobre, sin uso, que colgaban de unos ganchos en el techo. Por curiosidad, Irina atisbó dentro del refrigerador y vio jugo de naranja, vino blanco y leche descremada.

—¿Alguna vez comes algo sólido, Seth?

—Sí, en la casa de mis viejos o en restaurantes. Aquí falta una mano femenina, como dice mi madre. ¿Tú sabes cocinar, Irina?

—Papas y repollo.

La habitación que según Seth la estaba esperando era aséptica y viril como el resto del apartamento, sólo contenía una cama ancha con un cobertor de lino crudo y almohadones en tres tonos de café, que no contribuían a alegrar el ambiente, una mesa de noche y una silla metálica. En la pared color arena colgaba una de las fotografías en blanco y negro de Alma tomada por Nathaniel Belasco, pero a diferencia de las otras, que a Irina le habían parecido tan reveladoras, en ésta se veía sólo su medio rostro dormido en una atmósfera nebulosa de ensueño. Era el único adorno que Irina había visto en el desierto de Seth.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —le preguntó.

—Cinco años. ¿Te gusta?

—La vista es impresionante.

—Pero el apartamento te parece muy frío —concluyó Seth—. Bueno, si quieres hacer cambios, tendremos que ponernos de acuerdo en los detalles. Nada de flecos ni colores pastel, no van con

mi personalidad, pero estoy dispuesto a hacer leves concesiones en la decoración. No ahora mismo, sino más adelante, cuando me supliques que me case contigo.

—Gracias, pero por el momento llévame al metro, tengo que volver a mi pieza. Creo que tengo gripe, me duele todo el cuerpo.

—No, señorita. Vamos a pedir comida china, ver una película y esperar que nos llame el doctor Kallet. Te voy a dar aspirina y té, eso ayuda. Lástima que no tengo caldo de pollo, que es un remedio infalible.

—Perdona, pero ¿podría darme un baño? No lo he hecho desde hace años, uso las duchas del personal en Lark House.

Era una tarde luminosa y por el ventanal junto a la bañera se apreciaba el panorama de la ciudad bulliciosa, el tráfico, los veleros en la bahía, la multitud en las calles, a pie, en bicicleta, en patines, los clientes a las mesas bajo los toldos anaranjados de las veredas, la torre del reloj del Ferry Building. Tiritando, Irina se hundió hasta las orejas en el agua caliente y sintió cómo se le iban soltando los músculos agarrotados y relajando los huesos doloridos; bendijo una vez más el dinero y la generosidad de los Belasco. Poco después Seth le avisó desde el otro lado de la puerta de que había llegado la comida, pero siguió remojándose media hora más. Por último se vistió sin ganas, somnolienta, mareada. El olor de los cartones con cerdo agridulce, chow mein y pato pequinés le produjo náuseas. Se acurrucó en el sofá, se quedó dormida y no despertó hasta varias horas más tarde, cuando había oscurecido tras las ventanas. Seth le había acomodado una almohada bajo la cabeza, la había tapado con una frazada y estaba sentado en una esquina del sofá viendo su segunda película de la noche —espías, crímenes internacionales y villanos de la mafia rusa—, con los pies de ella sobre sus rodillas.

—No quise despertarte. Llamó Kallet y dijo que Neko ha salido bien de la operación, pero tiene un tumor grande en el bazo y esto es el comienzo del final —le anunció.

—Pobre, espero que no esté sufriendo…

—Kallet no dejará que sufra, Irina. ¿Cómo va el dolor de cabeza?

—No sé. Tengo mucho sueño. ¿No habrás drogado el té, verdad, Seth?

—Sí, le eché ketamina. ¿Por qué no te metes en la cama y

duermes como se debe? Tienes fiebre.

La llevó a la habitación de la foto de Alma, le quitó los zapatos, la ayudó a acostarse, la arropó y luego se fue a terminar de ver su película. Al día siguiente Irina despertó tarde, después de haber sudado y dormido la fiebre; se sentía mejor, pero todavía tenía las piernas débiles. Encontró una nota de Seth en la mesa negra de la cocina: «El café está listo para colarse, enciende la cafetera. Mi abuela volvió a Lark House y le conté lo de Neko. Ella va a avisar a Voigt de que estás enferma y no irás a trabajar. Descansa. Te llamaré más tarde. Besos. Tu futuro marido». También había un cartón de sopa de pollo con fideos, una cajita de frambuesas y una bolsa de papel con pan dulce de una pastelería cercana.

Seth regresó antes de las seis de la tarde, al salir de los tribunales, ansioso por ver a Irina. La había llamado varias veces por teléfono para comprobar que no se había ido, pero temía que en un impulso de última hora hubiera desaparecido. Al pensar en ella, la primera imagen que le venía a la mente era la de una liebre lista para salir disparada y la segunda era su rostro pálido, atento, la boca entreabierta, los ojos redondos de asombro, escuchando las historias de Alma, tragándoselas. Apenas abrió la puerta, sintió la presencia de Irina. Antes de verla supo que estaba allí, el apartamento estaba habitado, la arena de las paredes parecía más cálida, el piso tenía un brillo satinado que nunca había notado, el aire mismo se había vuelto más amable. Ella salió a su encuentro con paso vacilante, los ojos hinchados de sueño y el cabello alborotado como una peluca blancuzca. Seth le abrió los brazos y ella, por primera vez, se refugió en ellos. Permanecieron abrazados un tiempo que para ella fue una eternidad y para él duró un suspiro; después ella lo condujo de la mano al sofá. «Tenemos que hablar», le dijo.

Catherine Hope la había hecho prometer, después de escuchar su confesión, que se lo contaría a Seth, no sólo para arrancarse esa planta maligna que la envenenaba, sino también porque él merecía saber la verdad.

A finales del año 2000, el agente Ron Wilkins había colaborado con dos investigadores de Canadá para identificar el origen de cientos

de imágenes, que circulaban por internet, de una niña de unos nueve años, sometida a tales excesos de depravación y violencia, que posiblemente no había sobrevivido. Eran las favoritas de los coleccionistas especializados en pornografía infantil, que compraban las fotos y vídeos privadamente a través de una red internacional. La explotación sexual de niños no era nada nuevo, había existido durante siglos con total impunidad, pero los agentes contaban con una ley, promulgada en 1978, que la declaraba ilegal en Estados Unidos. A partir de ese año la producción y distribución de fotografías y películas se redujo, porque las ganancias no justificaban los riesgos legales. Entonces vino internet y el mercado se expandió de forma incontrolable. Se calculaba que existían cientos de miles de sitios web dedicados a la pornografía infantil y más de veinte millones de consumidores, la mitad de ellos en Estados Unidos. El desafío consistía en descubrir a los clientes, pero lo más importante era echar el guante a los productores. El nombre en clave que le dieron al caso de la niña de cabello muy rubio, con orejas en punta y un hoyuelo en la barbilla, era Alice. El material era reciente. Sospechaban que Alice podría ser mayor de lo que parecía, porque los productores procuraban que sus víctimas parecieran lo más jóvenes posible, como exigían los consumidores. Al cabo de quince meses de colaboración intensiva, Wilkins y los canadienses dieron con el rastro de uno de los coleccionistas, un cirujano plástico de Montreal. Allanaron su casa y su clínica, confiscaron sus computadoras y dieron con más de seiscientas imágenes, entre las que había dos fotografías y un vídeo de Alice. El cirujano fue arrestado y aceptó colaborar con las autoridades a cambio de una sentencia menos severa. Con la información y los contactos obtenidos, Wilkins se puso en acción. El macizo agente se describía a sí mismo como sabueso, decía que una vez que olfateaba una pista, nada podía distraerlo; la seguía hasta el final y no descansaba hasta atraparla. Haciéndose pasar por aficionado, descargó varias fotos de Alice, las modificó digitalmente para que parecieran originales y no se le viera la cara, aunque para los entendidos sería reconocible, y con ellas obtuvo acceso a la red usada por el coleccionista de Montreal. Pronto consiguió varios interesados. Ya tenía la primera pista, el resto sería cuestión de nariz.

Una noche, en noviembre de 2002, Ron Wilkins tocó el timbre de una casa en un barrio modesto al sur de Dallas y Alice le abrió. La identificó al primer vistazo, era inconfundible. «Vengo a hablar con tus padres», le dijo con un suspiro de alivio, porque no estaba seguro de que la niña estuviera viva. Era uno de aquellos períodos afortunados en que Jim Robyns estaba trabajando en otra ciudad y la niña se encontraba sola con su madre. El agente mostró su insignia del FBI y no esperó a ser invitado, empujó la puerta y se introdujo en la casa, directamente en la sala. Irina recordaría siempre ese momento como si acabara de vivirlo: el gigante negro, su olor a flores dulces, su voz profunda y lenta, sus manos grandes y finas de palmas rosadas. «¿Qué edad tienes?», le preguntó. Radmila iba por el segundo vodka y la tercera botella de cerveza, pero aún creía que estaba serena y trató de intervenir con el argumento de que su hija era menor de edad y las preguntas debían ser dirigidas a ella. Wilkins la calló con un gesto. «Voy a cumplir quince años», respondió Alice en un hilo de voz, como pillada en falta, y el hombre se estremeció porque su única hija, la luz de su vida, tenía la misma edad. Alice había tenido una infancia de privaciones, con insuficiencia de proteínas, se había desarrollado tarde y con su baja estatura y huesos delicados podía pasar fácilmente por una niña mucho menor. Wilkins calculó que si en ese momento Alice parecía tener doce años, en las primeras imágenes que habían circulado en internet representaría nueve o diez. «Déjame hablar a solas con tu madre», le pidió Wilkins, avergonzado. Pero en esos minutos Radmila había entrado en la etapa agresiva de la ebriedad e insistió a gritos en que su hija podía saber cualquier cosa que el agente tuviera que decir. «¿Verdad, Elisabeta?». La chiquilla asintió como hipnotizada, con la vista fija en la pared. «Lo lamento mucho, niña», dijo Wilkins y colocó sobre la mesa media docena de fotografías. Así se enfrentó Radmila a lo que había estado sucediendo en su propia casa durante más de dos años y se había negado a ver, y así se enteró Alice de que millones de hombres en todas partes del mundo la habían visto en los juegos privados con su padrastro. Llevaba años sintiéndose sucia, mala y culpable; después de ver las fotografías sobre la mesa quiso morirse. No había redención posible para ella.

Jim Robyns le había asegurado que esos juegos con el padre o

con tíos eran normales, que muchos niños y niñas participaban en ellos de buena gana y agradecidos. Esos niños eran especiales. Pero nadie hablaba de eso, era un secreto bien guardado, y ella no debía mencionarlo nunca a nadie, ni a las amigas, ni a las maestras, ni menos al doctor, porque la gente diría que era pecadora, inmunda, iba a quedarse sola y sin amigos; hasta su propia madre la rechazaría, Radmila era muy celosa. ¿Por qué se resistía? ¿Quería regalos? ¿No? Bueno, entonces le pagaría como si ella fuera una mujercita adulta, no directamente a ella, sino a los abuelos. Él mismo se encargaría de enviar dinero a Moldavia a nombre de su nieta; ella debía escribirles una tarjeta para acompañar el dinero, pero sin decírselo a Radmila: eso también sería un secreto entre ellos dos. A veces los viejos necesitaban una remesa extra, tenían que reparar el techo o comprar otra cabra. No había problema; él era de buen corazón, comprendía que la vida era difícil en Moldavia, menos mal que Elisabeta había tenido la suerte de venir a América; pero no convenía establecer el precedente del dinero gratis, ella debía ganarlo, ¿verdad? Debía sonreír, eso no le costaba nada, debía ponerse la ropa que él le exigiera, debía someterse a las cuerdas y los hierros, debía beber ginebra para relajarse, con jugo de manzana para que no le quemara la garganta, pronto se iba a acostumbrar al sabor, ¿quería más azúcar? A pesar del alcohol, las drogas y el miedo, en algún momento ella se dio cuenta de que había cámaras en el cobertizo de las herramientas, la «casita» de ellos dos, donde nadie, ni su madre, podía entrar. Robyns le juró que las fotos y los vídeos eran privados, le pertenecían sólo a él, nadie los vería nunca, él los guardaría de recuerdo para que lo acompañaran en unos años más, cuando ella se fuera al *college*.

¡Cómo la iba a echar de menos!

La presencia de ese negro desconocido, con sus manos grandes y sus ojos tristes y sus fotografías, probaba que su padrastro le había mentido. Todo lo ocurrido en la casita circulaba por internet y seguiría circulando, no se podía recoger o destruir, existiría para siempre. Cada minuto en alguna parte alguien la estaba violando, alguien estaría masturbándose con su sufrimiento. Durante el resto de su vida, dondequiera que fuera alguien podría reconocerla. No tenía escapatoria. El horror nunca terminaría. Siempre el olor a alcohol y el sabor a manzana la devolverían a la casita; siempre

caminaría mirando por encima del hombro, escabulléndose; siempre sentiría repugnancia de ser tocada.

Esa noche, después de que Ron Wilkins se fue, la niña se encerró en su pieza, paralizada de terror y de asco, segura de que cuando regresara su padrastro la mataría, como le había advertido que haría si ella revelaba una sola palabra de los juegos. Morir era su única salida, pero no a manos de él, no de la forma lenta y atroz que él describía a menudo, siempre con nuevos detalles.

Entretanto Radmila se echó al cuerpo el resto de la botella de vodka, cayó inconsciente y pasó las diez horas siguientes tirada en el suelo de la cocina. Cuando se repuso un poco de la resaca arremetió a bofetadas contra su hija, la seductora, la puta que había pervertido a su marido. La escena duró poco, porque en esos momentos llegó un patrullero con dos policías y una visitadora social, enviados por Wilkins. Arrestaron a Radmila y se llevaron a la niña a un hospital psiquiátrico infantil, mientras el Tribunal de Menores decidía qué hacer con ella. No volvería a ver a su madre ni a su padrastro.

Radmila tuvo tiempo de avisar a Jim Robyns de que lo buscaban y él se fugó del país, pero no contaba con Ron Wilkins, que pasó los cuatro años siguientes buscándolo por el mundo, hasta que dio con él en Jamaica y lo devolvió esposado a Estados Unidos. Su víctima no tuvo que verlo en el juicio, porque los abogados tomaron sus declaraciones en privado y la jueza la eximió de presentarse en los tribunales. Por ella la muchacha se enteró de que sus abuelos habían muerto y las remesas de dinero nunca fueron enviadas. Jim Robyns recibió una condena de diez años en prisión, sin libertad condicional.

—Le faltan tres años y dos meses. Cuando salga libre me buscará y no tendré dónde esconderme —concluyó Irina.

—No vas a tener que esconderte. Le impondrán una orden de alejamiento. Si se te acerca volverá a prisión. Yo estaré contigo y me voy a asegurar de que la orden se cumpla —replicó Seth.

—Pero ¿no ves que es imposible, Seth? En cualquier momento alguien de tu círculo, un socio, un amigo, un cliente, tu propio padre, puede reconocerme. Ahora mismo estoy en miles y miles de pantallas.

—No, Irina. Tú eres una mujer de veintiséis años y la que circula

en internet es Alice, una niñita que ya no existe. Los pedófilos ya no se interesan en ti.

—Te equivocas. He tenido que huir varias veces de diferentes lugares porque algún desgraciado me persigue. De nada sirve que acuda a la policía, no pueden impedir que el tipo haga circular mis fotos. Pensaba que tiñéndome el pelo de negro o usando maquillaje pasaría inadvertida, pero no resultó; tengo una cara fácil de identificar y no ha cambiado mucho en estos años. Nunca estoy tranquila, Seth. Si tu familia me iba a rechazar porque soy pobre y no soy judía, ¿te imaginas cómo sería si descubrieran esto?

—Se lo diremos, Irina. Les va a costar un poco aceptarlo, pero creo que van a terminar queriéndote más por lo que has pasado. Son muy buena gente. Has tenido tiempo de sufrir; ahora debe comenzar el tiempo de sanar y perdonar.

—¿Perdonar, Seth?

—Si no lo haces, el rencor te va a destruir. Casi todas las heridas sanan con cariño, Irina. Tienes que amarte a ti misma y amarme a mí. ¿Estamos?

—Eso dijo Cathy.

—Hazle caso, esa mujer sabe mucho. Déjame ayudarte. No soy ningún sabio, pero soy buen compañero y te he dado muestras sobradas de tenacidad. Nunca me doy por vencido. Resígnate, Irina, no pienso dejarte en paz. ¿Sientes mi corazón? Está llamándote —le dijo, tomándole la mano y llevándosela al pecho.

—Hay algo más, Seth.

—¿Más todavía?

—Desde que el agente Wilkins me salvó de mi padrastro, nadie me ha tocado… Ya sabes a qué me refiero. He estado sola y lo prefiero así.

—Bueno, Irina, eso tendrá que cambiar, pero iremos con calma. Lo que pasó no tiene nada que ver con el amor y nunca más volverá a sucederte. Tampoco tiene que ver con nosotros. Una vez me dijiste que los viejos hacen el amor sin prisa. No es mala idea. Vamos a querernos como un par de abuelitos, ¿qué te parece?

—No creo que resulte, Seth.

—Entonces tendremos que ir a terapia. Venga, mujer, deja de llorar. ¿Tienes hambre? Péinate un poco, vamos a salir a comer y hablar de los pecados de mi abuela, eso siempre nos levanta el

ánimo.

Tijuana

En los meses benditos de 1955 en que Alma e Ichimei pudieron amarse libremente en el miserable motel de Martínez, ella le confesó que era estéril. Más que una mentira, fue un deseo, una ilusión. Lo hizo para preservar la espontaneidad entre las sábanas, porque confiaba en un diafragma para evitar sorpresas y porque su menstruación había sido siempre tan irregular que el ginecólogo, donde su tía Lillian la llevó en un par de ocasiones, le diagnosticó quistes en los ovarios que afectarían su fertilidad. Como tantas otras cosas, Alma postergó la operación, ya que la maternidad era la última de sus prioridades. Supuso que ella mágicamente no iba a quedarse encinta en esa etapa de su juventud. Esos accidentes le pasaban a mujeres de otra clase, sin educación ni recursos. No se dio cuenta de su estado hasta la décima semana, porque no llevaba la cuenta de sus ciclos y, cuando lo supo, confió en la suerte durante dos semanas más. Tal vez era un error de cálculo, pensó; pero si se trataba de lo más temible, con ejercicio violento se resolvería solo; empezó a ir a todos lados en bicicleta, pedaleando con furia. Verificaba a cada rato si había sangre en su ropa interior y su angustia iba aumentando con los días, pero siguió acudiendo a las citas con Ichimei y haciendo el amor con la misma frenética ansiedad con que pedaleaba cerro arriba y cerro abajo. Finalmente, cuando no pudo seguir dejando de lado los senos hinchados, las náuseas matinales y los sobresaltos de la ansiedad, no recurrió a Ichimei, sino a Nathaniel, como había hecho desde que eran niños. Para evitar el riesgo de que los tíos se enteraran, lo fue a ver al Estudio Jurídico Belasco y Belasco, la misma oficina en la calle Montgomery que existía desde los tiempos del patriarca, inaugurada en 1920, con sus muebles solemnes y estanterías de volúmenes

legales empastados en cuero verde oscuro, un mausoleo de la ley, donde las alfombras persas ahogaban los pasos y se hablaba en susurros confidenciales.

Nathaniel estaba detrás de su escritorio, en mangas de camisa, con la corbata suelta y el pelo revuelto, rodeado de pilas de documentos y libracos abiertos, pero al verla se adelantó de inmediato a abrazarla. Alma escondió la cara contra su cuello, profundamente aliviada de poder descargar su drama en ese hombre que nunca le había fallado. «Estoy embarazada», fue todo lo que atinó a decirle. Sin soltarla, Nathaniel la llevó al sofá y se sentaron al lado el uno de la otra. Alma le habló del amor, del motel y de cómo el embarazo no era culpa de Ichimei, sino de ella, que si Ichimei lo supiera, seguramente insistiría en casarse y asumir la responsabilidad de la criatura; pero ella lo había pensado bien y carecía de valor para renunciar a lo que siempre había tenido y convertirse en la mujer de Ichimei; lo adoraba, pero sabía que las desventajas de la pobreza acabarían con su amor. Frente a la disyuntiva de elegir entre una vida de dificultades económicas en la comunidad japonesa, con la que no tenía nada en común, o permanecer protegida en su propio ambiente, la vencía el miedo a lo desconocido; su debilidad la avergonzaba, Ichimei merecía amor incondicional, era un hombre maravilloso, un sabio, un santo, un alma pura, un amante delicado y tierno en cuyos brazos se sentía dichosa, dijo en un rosario de frases atropelladas, sonándose la nariz para no llorar, tratando de mantener cierta dignidad. Agregó que Ichimei vivía en un plano espiritual, que siempre iba a ser un sencillo jardinero en vez de desarrollar su enorme talento artístico o procurar que su vivero de flores fuera un gran negocio; nada de eso, no aspiraba a más, le bastaba con ganar lo suficiente para mantenerse, le importaban un bledo la prosperidad o el éxito, lo suyo era la meditación y la serenidad, pero eso no se come y ella no iba a formar una familia en una casucha de tablas con techo de metal corrugado y vivir entre agricultores con una pala en las manos. «Lo sé, Nathaniel, perdóname, me lo advertiste mil veces y no te hice caso, tenías razón, siempre tienes razón, ahora veo que no puedo casarme con Ichimei, pero tampoco puedo renunciar a amarlo, sin él me secaría como una planta en el desierto, me moriría, y de ahora en adelante pondré más cuidado, vamos a

tomar precauciones, esto no volverá a ocurrir, te lo prometo, Nathaniel, te lo juro»; y siguió hablando y hablando sin pausa, atorada de excusas y de culpa. Nathaniel la escuchó sin interrumpir hasta que a ella se le acabó el aire para seguir lamentándose y la voz se le adelgazó a un murmullo.

—A ver si te entiendo, Alma. Estás embarazada y no piensas decírselo a Ichimei… —resumió Nathaniel.

—No puedo tener un hijo sin casarme, Nat. Tienes que ayudarme. Eres el único a quien puedo recurrir.

—¿Un aborto? Es ilegal y peligroso, Alma. No cuentes conmigo.

—Escúchame, Nat. Lo he averiguado bien, es seguro, sin riesgo y costaría sólo cien dólares, pero tienes que acompañarme, porque es en Tijuana.

—¿Tijuana? El aborto también es ilegal en México, Alma. ¡Esto es una locura!

—Aquí es mucho más peligroso, Nat. Allá hay médicos que lo hacen en las narices de la policía, a nadie le importa.

Alma le mostró un trozo de papel con un número de teléfono y le explicó que ya había hecho la llamada para hablar con un tal Ramón en Tijuana. Le respondió un hombre en pésimo inglés, que le preguntó quién la enviaba y si sabía las condiciones. Ella le dio el nombre del contacto, le aseguró que llevaría el dinero en efectivo, y acordaron que al cabo de dos días él pasaría a buscarla en su coche, a las tres de la tarde, en una determinada esquina de esa ciudad.

—¿Le dijiste a ese Ramón que irás acompañada por un abogado? —le preguntó Nathaniel, aceptando tácitamente el papel que ella le había asignado.

Partieron al día siguiente a las seis de la mañana en el Lincoln negro de la familia, que se prestaba mejor para un viaje de quince horas que el deportivo de Nathaniel. Al principio éste, furioso y atrapado, guardó un silencio hostil, la boca apretada, el ceño fruncido, las manos engarfiadas en el volante y la vista fija en la carretera, pero la primera vez que Alma le pidió que se detuviera en una parada de camioneros para ir al baño, se ablandó. La joven permaneció media hora en el lavabo y cuando él estaba a punto de ir a buscarla, la vio regresar descompuesta al automóvil. «Vomito

por la mañana, Nat, pero después se me pasa», le explicó. El resto del camino él trató de distraerla y acabaron cantando las canciones más pegajosas de Pat Boone, las únicas que conocían, hasta que ella, agotada, se pegó a él, apoyó la cabeza en su hombro y dormitó a ratos. En San Diego se detuvieron en un hotel para comer y descansar. El recepcionista supuso que estaban casados y les dio una habitación con cama de matrimonio, donde se acostaron tomados de la mano, como en la infancia. Por primera vez en varias semanas Alma durmió sin pesadillas, mientras Nathaniel permanecía despierto hasta el amanecer, aspirando el olor a champú del cabello de su prima, pensando en los riesgos, dolido y nervioso como si él fuera el padre de la criatura, imaginando las repercusiones, arrepentido por haber aceptado esa aventura indigna en vez de sobornar a un médico en California, donde todo se puede conseguir por el precio adecuado, igual que en Tijuana. Con la primera luz del día en la rendija de las cortinas lo venció el cansancio y ya no despertó hasta las nueve, cuando oyó las arcadas de Alma en el baño. Se dieron tiempo para cruzar la frontera, con las demoras previsibles, y acudir a la cita con Ramón.

México les salió al encuentro con los tópicos conocidos. No habían estado en Tijuana y esperaban un pueblo adormilado, pero se hallaron en una ciudad inabarcable, estridente y colorista, atestada de gente y tráfico, donde buses destartalados y automóviles modernos se rozaban con carretas y burros. El comercio ofrecía en el mismo local comestibles mexicanos y electrodomésticos americanos, zapatos e instrumentos musicales, repuestos mecánicos y muebles, pájaros en jaulas y tortillas. El ambiente olía a fritanga y basura, vibraba con la música popular, los predicadores evangélicos y los comentarios de fútbol de las radios de bares y taquerías. Les costó orientarse: muchas calles no tenían nombre o números y debían preguntar cada tres o cuatro cuadras, pero no entendían las instrucciones en español, que casi siempre consistían en un gesto vago en cualquier dirección y un «ahí a la vueltecita no más». Cansados, estacionaron el Lincoln cerca de una gasolinera y siguieron a pie hasta dar con la esquina de la cita, que resultó ser la intersección de cuatro calles concurridas. Esperaron tomados del brazo, ante el escrutinio descarado de un perro solitario y un grupo de chiquillos harapientos que pedían limosna. La única indicación

que habían recibido, aparte del nombre de una de las calles que formaban la esquina, era una tienda de trajes de primera comunión e imágenes de vírgenes y santos católicos, con el nombre incongruente de Viva Zapata.

A los veinte minutos de espera Nathaniel decidió que habían sido engañados y debían volverse, pero Alma le recordó que la puntualidad no era una de las características de ese país y entró a Viva Zapata. Gesticulando, pidió prestado un teléfono y llamó al número de Ramón, que sonó nueve veces antes de que respondiera una voz de mujer en español, con quien no pudo entenderse. Cerca de las cuatro de la tarde, cuando Alma ya había aceptado irse, se detuvo en la esquina el Ford 1949 color guisante, con las ventanillas traseras oscuras, que Ramón había descrito. Instalados en los asientos delanteros vieron a dos hombres, un joven marcado de viruela, con jopo y frondosas patillas, que iba al volante, y otro que se bajó para dejarlos entrar, porque el coche sólo tenía dos puertas. Se presentó como Ramón. Tenía treinta y tantos años, bigote relamido, pelo engominado peinado hacia atrás, camisa blanca, vaqueros y botas en punta con tacón. Ambos estaban fumando. «El dinero», exigió el de bigote tan pronto entraron en el coche. Nathaniel se lo entregó, él lo contó y se lo metió en el bolsillo. Los hombres no intercambiaron ni una palabra en el trayecto, que a Alma y Nathaniel les pareció largo; estaban seguros de que estaban dando vueltas y más vueltas para despistarlos, una precaución de más, ya que ellos no conocían la ciudad. Alma, aferrada a Nathaniel, pensaba en cómo habría sido esa situación si hubiera estado sola, mientras Nathaniel temía que esos hombres, que ya tenían el dinero, bien podrían darles un tiro y arrojarlos a un barranco. No habían dicho a nadie adónde iban y pasarían semanas o meses antes de que la familia supiera qué les había sucedido.

Al fin el Ford se detuvo y les indicaron que esperaran, mientras el joven de las patillas se dirigía a la casa y el otro vigilaba el coche. Estaban frente a una casa de construcción barata similar a otras en la misma calle, en un barrio que a Nathaniel le pareció pobre y sucio, pero no podía juzgarlo con los parámetros de San Francisco. Un par de minutos más tarde regresó el joven. Ordenaron a Nathaniel que bajara, lo cachearon de arriba abajo e hicieron ademán de cogerlo de un brazo para conducirlo, pero él se separó

bruscamente y los encaró con una maldición en inglés. Sorprendido, Ramón le hizo un gesto conciliador. «Calma, cuate, no pasa nada», y se rió, luciendo un par de dientes de oro. Le ofreció un cigarrillo, que Nathaniel aceptó. El otro ayudó a bajarse a Alma del automóvil y entraron en la casa, que no era el antro de forajidos que temía Nathaniel, sino un modesto hogar de familia, con techo bajo, ventanas pequeñas, caluroso y oscuro. En la sala había dos niños tirados en el suelo jugando con soldaditos de plomo, una mesa con sillas, un sofá cubierto de plástico, una pretenciosa lámpara con flecos y un refrigerador ruidoso como motor de lancha. Desde la cocina les llegaba olor a cebolla frita y podían ver a una mujer vestida de negro revolviendo algo en una sartén, que mostró tan poca curiosidad por los recién llegados como los niños. El joven señaló una silla a Nathaniel y se fue a la cocina, mientras Ramón guiaba a Alma por un corto pasillo hacia otro cuarto con un sarape colgado del umbral a modo de puerta.

—¡Espere! —lo detuvo Nathaniel—. ¿Quién hará la intervención?

—Yo —replicó Ramón, quien por lo visto era el único que hablaba algo de inglés.

—¿Sabe de medicina? —le preguntó Nathaniel, fijándose en las manos de uñas largas y barnizadas del hombre.

Otra vez la risa simpática y el brillo del oro, nuevos gestos tranquilizadores, un par de frases chapurreadas explicando que él tenía mucha experiencia y el asunto llevaría menos de quince minutos, ningún problema. «¿Anestesia? No, *mano*, aquí no tenemos nada de eso, pero esto ayuda», y le pasó a Alma una botella de tequila. Como ella vacilara, ojeando la botella con desconfianza, Ramón se tomó un largo trago, limpió el gollete con la manga y se la ofreció de nuevo. Nathaniel vio la expresión de pánico en el rostro pálido de Alma y en un instante tomó la decisión más importante de su vida.

—Nos arrepentimos, Ramón. Vamos a casarnos y tener al bebé. Puede quedarse con el dinero.

Alma tendría muchos años por delante para desmenuzar concienzudamente sus actos de 1955. Ese año aterrizó en la

realidad y fueron inútiles sus maniobras para atenuar la vergüenza insuperable que la agobiaba, vergüenza por la estupidez de quedar preñada, por amar a Ichimei menos que a sí misma, por su terror a la pobreza, por ceder a la presión social y a los prejuicios de raza, por aceptar el sacrificio de Nathaniel, por no estar a la altura de la amazona moderna que fingía ser, por su carácter pusilánime, convencional y media docena más de epítetos con los que se castigaba. Era consciente de que había evitado el aborto por miedo al dolor y a morir por hemorragia o infección, pero no por respeto al ser que se gestaba en su interior. Volvió a examinarse ante el gran espejo de su armario, pero no encontró a la Alma de antes, la muchacha atrevida y sensual que vería Ichimei si estuviera allí, sino a una mujer cobarde, veleidosa y egoísta. Las excusas eran inútiles, nada mitigaba la sensación de haber perdido la dignidad. Años después, cuando amar a alguien de otra raza o tener hijos sin casarse se puso de moda, Alma admitiría para sus adentros que su prejuicio más enraizado era el de clase social, que nunca logró superar. A pesar del agobio de ese viaje a Tijuana, que destruyó la ilusión del amor y la humilló hasta el punto de que su refugio habría de ser un monumental orgullo, nunca cuestionó su decisión de ocultarle la verdad a Ichimei. Confesar habría significado exponerse en toda su cobardía.

Al volver de Tijuana, citó a Ichimei a una hora más temprana de lo habitual en el motel de siempre. Acudió altanera y pertrechada con mentiras, pero llorando por dentro. Ichimei llegó antes que ella por primera vez. La estaba esperando en uno de esos cuartos roñosos, reino de las cucarachas, que ellos iluminaban con la llama del amor. Llevaban cinco días sin verse y varias semanas durante las que algo turbio empañaba la perfección de sus encuentros, algo amenazante que Ichimei sentía que los envolvía como una densa neblina, pero que ella descartaba frívolamente, acusándolo de desvariar por los celos. Ichimei notaba algo diferente en ella, estaba ansiosa, hablaba demasiado y muy rápido, en cuestión de minutos le cambiaba el humor y pasaba de la coquetería y los mimos a un silencio taimado o una rabieta inexplicable. Se estaba alejando emocionalmente, no le cabía duda, aunque su brusca pasión y su vehemencia para alcanzar el orgasmo una y otra vez indicaban lo contrario. A veces, cuando descansaban abrazados después de hacer

el amor, ella tenía las mejillas húmedas. «Son lágrimas de amor», decía, pero a Ichimei, que jamás la había visto llorar, le parecían lágrimas de desilusión, igual que las acrobacias sexuales le parecían un intento de distraerlo. Con su atávica discreción procuró averiguar qué le pasaba a Alma, pero ella respondía a sus preguntas con una risa burlona o provocaciones de ramera, que, aunque fueran en broma, a él le molestaban. Alma se escabullía como lagartija. En esos cinco días de separación, que ella justificó con un viaje obligado con la familia a Los Ángeles, Ichimei entró en uno de sus períodos de ensimismamiento. Esa semana continuó labrando la tierra y cultivando flores con la abnegación habitual, pero sus movimientos eran los de un hombre hipnotizado. Su madre, que lo conocía mejor que nadie, se abstuvo de hacerle preguntas y llevó ella misma la cosecha a las floristerías de San Francisco. En silencio y quietud, inclinado sobre las plantas, con el sol en la espalda, Ichimei se abandonó a sus presentimientos, que rara vez lo engañaban.

Alma lo vio en la luz de ese cuarto de alquiler, tamizada por las raídas cortinas, y volvió a sentir en las entrañas el desgarro de la culpa. Por un instante muy breve odió a ese hombre, que la obligaba a enfrentarse a la versión más despreciable de sí misma, pero de inmediato volvió esa oleada de amor y deseo que siempre padecía en su presencia. Ichimei, de pie junto a la ventana, esperándola, con su inconmovible fortaleza interior, su falta de vanidad, su ternura y delicadeza, su expresión serena; Ichimei, con su cuerpo de madera, sus cabellos duros, sus dedos verdes, sus ojos cariñosos, su risa que brotaba de lo más profundo, su manera de hacerle el amor como si fuera la última vez. No pudo mirarlo a la cara y fingió un ataque de tos para ahogar la zozobra que la quemaba por dentro. «¿Qué pasa, Alma?», le preguntó Ichimei, sin tocarla. Y entonces ella le soltó el discurso preparado con esmero de leguleya sobre cómo lo amaba y lo amaría el resto de sus días, pero que esa relación carecía de futuro, era imposible, que la familia y los amigos empezaban a sospechar y a hacer preguntas, que ellos provenían de mundos muy diferentes y cada uno debía aceptar su destino, que había decidido proseguir sus estudios de arte en Londres y tendrían que separarse.

Ichimei recibió la andanada con la firmeza de quien se ha

preparado para ello. Un largo silencio siguió a las palabras de Alma y en esa pausa ella imaginó que podían hacer el amor desesperadamente una vez más, una despedida ardiente, un último regalo de los sentidos antes de darle un tijeretazo final a la ilusión que había cultivado desde las caricias atolondradas en el jardín de Sea Cliff en la infancia. Empezó a desabotonarse la blusa, pero Ichimei la detuvo con un gesto.

—Comprendo, Alma —dijo.

—Perdóname, Ichimei. He imaginado mil locuras para seguir juntos; por ejemplo, disponer de un refugio donde amarnos, en vez de este motel asqueroso, pero sé que es imposible. Ya no puedo más con este secreto, me está destrozando los nervios. Debemos separarnos para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo, Alma. Creo que volveremos a encontrarnos en mejores circunstancias o en otras vidas —dijo Ichimei procurando mantener su ecuanimidad, pero una helada tristeza le desbordó el corazón, quebrándole la voz.

Se abrazaron desamparados, huérfanos de amor. A Alma se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de derrumbarse contra el pecho firme de su amante, de confesarle todo, hasta lo más recóndito de su vergüenza, de suplicarle que se casaran y vivieran en una choza y criaran hijos mestizos y prometerle que sería una esposa sumisa y renunciaría a sus pinturas en seda y al bienestar de Sea Cliff y al futuro esplendoroso que le correspondía por nacimiento, renunciaría a mucho más sólo por él y por el amor excepcional que los unía. Tal vez Ichimei adivinó todo aquello y tuvo la bondad de impedirle esa mortificación cerrándole la boca con un beso casto y breve. Sin soltarla, la condujo a la puerta y de allí a su automóvil. La besó una vez más en la frente y se dirigió a su camioneta de la jardinería, sin volverse para una última mirada.

11 de julio de 1969

Nuestro amor es inevitable, Alma. Lo supe siempre, pero durante años me rebelé contra eso y traté de arrancarte de mi pensamiento, ya que nunca podría hacerlo de mi corazón. Cuando me dejaste sin darme razones no lo entendí. Me sentí engañado. Pero en mi primer viaje a Japón tuve tiempo de calmarme y acabé por aceptar que te había perdido en esta vida. Dejé de hacerme inútiles conjeturas sobre lo que había pasado entre nosotros. No esperaba que el destino volviera a juntarnos. Ahora, después de catorce años alejados, habiendo pensado en ti cada día de esos catorce años, comprendo que nunca seremos esposos, pero tampoco podemos renunciar a lo que sentimos tan intensamente. Te invito a vivir lo nuestro en una burbuja, protegido del roce del mundo y preservado intacto, por el resto de nuestras vidas y más allá de la muerte. De nosotros depende que el amor sea eterno.

Ichi

Mejores amigos

Alma Mendel y Nathaniel Belasco se casaron en una ceremonia privada en la terraza de Sea Cliff, en un día que comenzó tibio y soleado y se fue enfriando y oscureciendo con inesperados nubarrones que reflejaban el estado de ánimo de los novios. Alma lucía ojeras color berenjena, había pasado la noche en vela, debatiéndose en un mar de dudas, y apenas vio al rabino corrió al baño, sacudida hasta las tripas de susto, pero Nathaniel se encerró con ella, la hizo lavarse la cara con agua fría y la conminó a controlarse y poner buena cara. «No estás sola en esto, Alma. Yo estoy contigo y lo estaré siempre», le prometió. El rabino, que en principio se había opuesto a la boda porque eran primos, debió aceptar la situación cuando Isaac Belasco, el más prominente miembro de su congregación, le explicó que dado el estado de Alma, no había más remedio que casarlos. Le dijo que esos jóvenes se habían querido desde niños y el afecto se transformó en pasión cuando Alma regresó de Boston, esos accidentes ocurrían, así era la condición humana, y ante el hecho consumado sólo cabía bendecirlos. A Martha y Sarah se les ocurrió que podían divulgar alguna historia para acallar las murmuraciones, por ejemplo, que Alma había sido adoptada en Polonia por los Mendel y por lo tanto no era pariente consanguínea, pero Isaac se opuso. Al error cometido no podían añadir una mentira tan burda. En el fondo, estaba feliz con la unión de las dos personas que más quería en el mundo, aparte de su mujer. Prefería mil veces que Alma se casara con Nathaniel y quedara firmemente amarrada a su familia a que lo hiciera con un extraño y se fuera de su lado. Lillian le recordó que de las uniones incestuosas nacían hijos tarados, pero él le aseguró que eso era superstición popular y sólo tenía fundamento científico

en las comunidades cerradas, donde la procreación consanguínea se repetía por generaciones. No era el caso de Nathaniel y Alma.

Después de la ceremonia, a la que asistieron solamente la familia, el contador del Escritorio Jurídico y los empleados de la casa, se sirvió una cena formal a todos los presentes en el gran comedor de la mansión, que sólo se usaba para ocasiones destacadas. La cocinera, su ayudante, las mucamas y el chofer se sentaron tímidamente a la mesa con sus patrones, atendidos por dos mozos de
Ernie's,
el restaurante más fino de la ciudad, que sirvió la comida. Esa novedad se le ocurrió a Isaac para establecer oficialmente el hecho de que a partir de ese día Alma y Nathaniel eran esposos. Para los empleados domésticos, que los conocían como miembros de la misma familia, no sería fácil acostumbrarse al cambio; de hecho, había una mucama que llevaba cuatro años trabajando con los Belasco y creía que eran hermanos, porque a nadie se le ocurrió decirle que eran primos hasta ese día. La cena empezó en un silencio de cementerio, los ojos puestos en los platos, todos incómodos, pero se fueron animando a medida que se escanciaba el vino e Isaac obligaba a los comensales a brindar por la pareja. Alegre, expansivo, llenando su copa y las de los demás, Isaac parecía una réplica sana y juvenil del anciano en que se había convertido en los últimos años. Lillian, preocupada, temiendo que le fallara el corazón, le daba tirones en los pantalones debajo de la mesa para que se calmara. Finalmente los novios partieron una torta de crema y mazapán con el mismo cuchillo de plata con que Isaac y Lillian habían partido una similar en su boda, muchos años antes. Se despidieron de cada uno y se fueron en un taxi, porque el chofer había bebido tanto, que lloriqueaba en su silla recitando en irlandés, su lengua materna.

Pasaron la primera noche de casados en la suite nupcial del hotel Palace, el mismo donde Alma había padecido los bailes de debutantes, con champán, bombones y flores. Al día siguiente volarían a Nueva York y de allí a Europa por dos semanas, un viaje impuesto por Isaac Belasco que ninguno de los dos deseaba. Nathaniel tenía varios casos legales entre manos y no quería dejar la oficina, pero su padre compró los pasajes, se los metió en el

bolsillo y lo convenció de partir con el argumento de que la luna de miel era un requisito tradicional; ya circulaban suficientes chismes sobre ese casamiento precipitado entre primos como para agregar uno más. Alma se desvistió en el baño y volvió a la habitación con la camisa y la bata de seda y encaje, que Lillian había comprado urgentemente junto al resto de un improvisado ajuar de boda. Dio una vuelta teatral para lucirse frente a Nathaniel, quien la esperaba vestido, sentado en una banqueta a los pies de la cama.

—Fíjate bien, Nat, porque no tendrás otra oportunidad de admirarme. La camisa ya me queda ajustada en la cintura. No creo que pueda ponérmela de nuevo.

Su marido advirtió el temblor en la voz, que el comentario coqueto no pudo disimular, y la llamó con una palmada en el asiento. Alma se sentó a su lado.

—No me hago ilusiones, Alma, sé que amas a Ichimei.

—También te quiero a ti, Nat, no sé cómo explicarlo. Debe de haber una docena de mujeres en tu vida, no sé por qué nunca me has presentado ninguna. Una vez me dijiste que cuando te enamoraras, yo sería la primera en saberlo. Después de que nazca el bebé nos divorciaremos y serás libre.

—No he renunciado a un gran romance por ti, Alma. Y me parece de muy mal gusto que me propongas el divorcio en la primera noche de casados.

—No te burles, Nat. Dime la verdad, ¿sientes alguna atracción por mí? Como mujer, quiero decir.

—Hasta ahora siempre te he considerado mi hermana menor, pero eso podría cambiar con la convivencia. ¿Te gustaría?

—No lo sé. Estoy confundida, triste, enojada, tengo un lío en la cabeza y un crío en la panza. Hiciste un pésimo negocio casándote conmigo.

—Eso está por verse, pero quiero que sepas que seré un buen padre para el niño o la niña.

—Va a tener rasgos asiáticos, Nat. ¿Cómo vamos a explicar eso?

—No daremos explicaciones y nadie se atreverá a pedirlas, Alma. La frente alta y los labios sellados es la mejor táctica. El único que tiene derecho a preguntar es Ichimei Fukuda.

—No volveré a verlo, Nat. Gracias, mil veces gracias por lo que haces por mí. Eres la persona más noble del mundo y trataré de ser

una esposa digna de ti. Hace unos días pensaba que me moriría sin Ichimei, pero ahora creo que con tu ayuda viviré. No te voy a fallar. Te seré fiel siempre, te lo juro.

—Chis, Alma. No hagamos promesas que tal vez no podamos cumplir. Vamos a recorrer este camino juntos, paso a paso, día a día, con la mejor intención. Eso es lo único que podemos prometernos mutuamente.

Isaac Belasco había rechazado de plano la idea de que los recién casados tuvieran su propio hogar, ya que en Sea Cliff sobraba espacio y el propósito de construir una casa de esas dimensiones siempre fue que varias generaciones de la familia estuvieran bajo el mismo techo. Además, Alma debía cuidarse y necesitaría la atención y compañía de Lillian y sus primas; montar y dirigir una casa requería un esfuerzo desproporcionado, determinó. Como argumento irrefutable usó el chantaje emocional: deseaba pasar con ellos la poca vida que le quedaba y que después acompañaran a Lillian en la viudez. Nathaniel y Alma aceptaron la decisión del patriarca; ella siguió durmiendo en su habitación azul, donde el único cambio fue reemplazar su cama por dos, separadas por una mesa de noche, y Nathaniel puso en venta su *penthouse* y volvió a la casa paterna. En su habitación de soltero instaló un escritorio, sus libros, su música y un sofá. Todos en la casa sabían que los horarios de la pareja no propiciaban la intimidad, ella se levantaba a mediodía y se iba a la cama temprano, él trabajaba como un galeote, llegaba tarde de la oficina, se encerraba con sus libros y sus discos clásicos, se acostaba después de la medianoche, dormía muy poco y salía antes de que ella despertara; los fines de semana jugaba al tenis, subía trotando al monte Tamalpais, se iba a dar vueltas por la bahía con su velero y regresaba quemado por el sol, sudoroso y apaciguado. También habían notado que él solía dormir en el sofá de su escritorio, pero lo atribuyeron a la necesidad de descanso de su mujer. Nathaniel era tan atento con Alma, ella dependía tanto de él y había tanta confianza y buen humor entre ellos, que sólo Lillian sospechaba alguna anormalidad.

—¿Cómo van las cosas entre tú y mi hijo? —le preguntó a Alma a la segunda semana de tenerlos en su casa, después de la luna de

miel, cuando ya el embarazo estaba en el cuarto mes.

—¿Por qué me lo pregunta, tía Lillian?

—Porque ustedes se quieren igual que antes, nada ha cambiado. El matrimonio sin pasión es como la comida sin sal.

—¿Quiere que hagamos alarde de pasión en público? —se rió Alma.

—Mi amor con Isaac es lo más precioso que tengo, Alma, más que los hijos y los nietos. Lo mismo deseo para ustedes: que vivan enamorados, como Isaac y yo.

—¿Qué le hace suponer que no lo estamos, tía Lillian?

—Estás en el mejor momento de tu embarazo, Alma. Entre el cuarto y el séptimo mes una se siente fuerte, llena de energía y sensualidad. Nadie habla de eso, los médicos no lo mencionan, pero es como estar en celo. Así fue cuando yo esperaba a mis tres hijos: andaba persiguiendo a Isaac. ¡Era escandaloso! No veo ese entusiasmo entre Nathaniel y tú.

—¿Cómo puede saber lo que pasa entre nosotros a puerta cerrada?

—¡No me contestes con preguntas, Alma!

Al otro lado de la bahía de San Francisco, Ichimei estaba encerrado en un mutismo prolongado, abstraído en el reconcomio del amor traicionado. Se volcó en su trabajo con las flores, que brotaban más coloridas y perfumadas que nunca para consolarlo. Se enteró del casamiento de Alma porque Megumi estaba hojeando una revista frívola en la peluquería y vio en la sección de vida social una fotografía de Alma y Nathaniel Belasco vestidos de gala, presidiendo el banquete anual de la fundación de la familia. La leyenda de la foto indicaba que habían regresado recientemente de su luna de miel en Italia y describía la espléndida fiesta y el elegante vestido de Alma, inspirado en las túnicas drapeadas de la Grecia antigua. Eran la pareja más comentada del año, según la revista. Sin sospechar que iba a clavarle una lanza en el pecho a su hermano, Megumi recortó la página y se la llevó. Ichimei la estudió sin manifestar ninguna emoción. Llevaba varias semanas tratando en vano de comprender qué había sucedido en esos meses con Alma en el motel de los amores exagerados. Creía haber vivido algo absolutamente extraordinario, una pasión digna de la literatura, el reencuentro de dos almas destinadas a estar juntas una y otra vez a

través del tiempo, pero mientras él abrazaba esa magnífica certeza, ella planeaba casarse con otro. El engaño era tan monumental, que no le cabía en el pecho, le costaba respirar. En el ambiente de Alma y Nathaniel Belasco el matrimonio era más que la unión de dos individuos, era una estrategia social, económica y de familia. Era imposible que Alma hubiera realizado los preparativos sin dejar traslucir ni la más tenue de sus intenciones; la evidencia estaba allí y él, ciego y sordo, no la vio. Ahora podía atar cabos y explicarse la incoherencia de Alma en el último tiempo, su ánimo errático, sus titubeos, sus artificios para eludir preguntas, sus sinuosas artimañas para distraerlo, sus contorsiones para hacer el amor sin mirarlo a los ojos. La falsedad era tan completa, la red de mentiras tan intrincada y tortuosa, el daño cometido tan irreparable, que sólo cabía aceptar que no conocía a Alma en absoluto, era una extraña. La mujer amada nunca existió, la había construido con sueños.

Harta de ver a su hijo ausente de espíritu como un sonámbulo, Heideko Fukuda decidió que había llegado la hora de llevarlo a Japón a buscar sus raíces y, con algo de suerte, encontrarle una novia. El viaje lo ayudaría a sacudirse la pesadez que lo aplastaba, cuya causa ni ella ni Megumi habían podido descubrir. Ichimei era muy joven en años para crear una familia, pero tenía madurez de anciano; convenía intervenir lo antes posible para escoger a la futura nuera, antes de que la perniciosa costumbre americana de casarse por el espejismo amoroso se apoderara de su hijo. Megumi estaba dedicada de lleno a sus estudios, pero aceptó supervisar a un par de compatriotas contratados para gestionar el negocio de las flores durante el viaje. Se le ocurrió pedirle a Boyd Anderson, como prueba final de amor, que dejara todo en Hawái y se trasladara a Martínez a cultivar flores, pero Heideko seguía negándose a pronunciar el nombre del tenaz enamorado y se refería a él como el guardia del campo de concentración. Aún tuvieron que pasar cinco años antes de que naciera su primer nieto, Charles Anderson, hijo de Megumi y Boyd, y ella dirigiera la palabra al demonio blanco. Heideko organizó el viaje sin preguntar su opinión a Ichimei. Le anunció que debían cumplir con el deber ineludible de honrar a los antepasados de Takao, como ella le había prometido en su agonía, para que se fuera tranquilo. En vida, Takao no pudo hacerlo y ahora el peregrinaje les correspondía a ellos. Tendrían que visitar cien

templos para hacer ofrendas y esparcir una pizca de las cenizas de Takao en cada uno. Ichimei presentó una oposición meramente retórica, porque en el fondo le daba lo mismo aquí o allá; el lugar geográfico no afectaría el proceso de limpieza interior en que estaba embarcado.

En Japón Heideko anunció a su hijo que su primer deber no era con su difunto esposo, sino con sus ancianos padres, en caso que estuviesen vivos, y con sus hermanos, a quienes no había visto desde 1922. No invitó a Ichimei a acompañarla. Se despidió livianamente, como si fuera de compras, sin interesarse por cómo pensaba arreglarse su hijo entretanto. Ichimei le había entregado a su madre todo el dinero que llevaban. La vio partir en el tren y, abandonando su maleta en la estación, echó a andar con lo puesto, un cepillo de dientes y la bolsa de hule con las cenizas de su padre. No necesitaba mapa, porque había memorizado su itinerario. Caminó durante todo el primer día con el estómago vacío y al anochecer llegó a un pequeño santuario sintoísta, donde se echó junto a una pared. Empezaba a dormirse, cuando se le acercó un monje mendicante y le indicó que en el santuario siempre había té y bizcochos de arroz para los peregrinos. Así sería su vida en los cuatro meses siguientes. Caminaba durante el día hasta que lo vencía la fatiga, ayunaba hasta que alguien le ofrecía algo de comer, dormía donde cayera la noche. Nunca tuvo que pedir, nunca necesitó dinero. Iba con la mente en blanco, deleitándose en los paisajes y en la propia fatiga, mientras el esfuerzo de avanzar iba arrancándole a dentelladas el mal recuerdo de Alma. Cuando dio por concluida su misión de visitar cien templos, la bolsa de hule estaba vacía y él se había despojado de los sentimientos oscuros que lo agobiaban al comenzar el viaje.

2 de agosto de 1994

Vivir en la incertidumbre, sin seguridad, sin planes ni metas, dejándome llevar como un ave sostenida por la brisa, eso he aprendido en mis peregrinajes. Te extraña que a los sesenta y dos años todavía pueda partir de la noche a la mañana a vagar sin itinerario ni equipaje, como un muchacho en autostop, que me vaya por tiempo indefinido y no te llame ni te escriba, que a mi regreso no pueda decirte dónde estuve. No hay ningún secreto, Alma. Camino, eso es todo. Para sobrevivir necesito muy poco, casi nada. ¡Ah, la libertad!

Me voy, pero siempre te llevo en el recuerdo.

Ichi

Otoño

Lenny Beal fue a buscar a Alma a su apartamento en Lark House el segundo día consecutivo en que ella faltó a la cita en su banco del parque. Le abrió Irina, que había ido a ayudarla a vestirse antes de empezar su horario en Lark House.

—Estuve esperándote, Alma. Te has retrasado —dijo Lenny.

—La vida es muy corta para ser puntual —replicó ella con un suspiro. Hacía varios días que Irina llegaba temprano a darle desayuno, vigilarla en la ducha y ponerle la ropa, pero ninguna de las dos lo mencionaba, porque habría sido admitir que Alma empezaba a no poder seguir viviendo sin asistencia y debía pasar al segundo nivel o regresar a Sea Cliff con su familia. Preferían pensar en esa súbita debilidad como un inconveniente temporal. Seth le había pedido a Irina que renunciara a su trabajo en Lark House y dejara su pieza, que apodaba la ratonera, para trasladarse definitivamente a vivir con él, pero ella mantenía un pie en Berkeley para evitar la trampa de la dependencia, que la asustaba tanto como le asustaba a Alma pasar al segundo nivel de Lark House. Cuando trató de explicárselo a Seth, él se ofendió con la comparación.

La ausencia de Neko había afectado a Alma como un infarto: le dolía el pecho. El gato se le aparecía a cada rato bajo la forma de un cojín en el sofá, de una esquina arrugada de la alfombra, de su abrigo mal colgado, de la sombra del árbol en la ventana. Neko fue su confidente durante dieciocho años. Para no hablar sola, le hablaba a él, con la tranquilidad de que no le iba a contestar y entendía todo con su felina sabiduría. Eran de temperamento similar: engreídos, perezosos, solitarios. Amaba no sólo su fealdad de animal ordinario, sino también los estragos del tiempo que había

sufrido: sus peladuras en la piel, su cola torcida, sus ojos legañosos, su panza de buen vividor. Lo echaba de menos en la cama; sin el peso de Neko en su costado o a los pies le era difícil dormir. Fuera de Kirsten, ese animal era el único ser que la acariciaba. Irina hubiera querido hacerlo, darle un masaje, lavarle el cabello, pulirle las uñas, en fin, encontrar una manera de acercarse a Alma físicamente y hacerle sentir que no estaba sola, pero la mujer no propiciaba la intimidad con nadie. A Irina ese tipo de contacto con otras ancianas de Lark House le resultaba natural y poco a poco comenzaba a desearlo con Seth. Trató de paliar la ausencia de Neko con una bolsa de agua caliente en la cama de Alma, pero como ese recurso absurdo agravaba el duelo, le ofreció ir a la Sociedad Protectora de Animales para conseguir otro gato. Alma le hizo ver que no podía adoptar un animal que iba a vivir más que ella. Neko había sido su último gato.

Aquel día Sofía, la perra de Lenny, esperaba en el umbral, como hacía cuando Neko estaba vivo y defendía su territorio, azotando el suelo con la cola ante la perspectiva de salir de paseo, pero Alma estaba agotada por el esfuerzo de vestirse y no pudo levantarse del sofá. «La dejo en buenas manos, Alma», se había despedido Irina. Lenny notó, preocupado, los cambios en el aspecto de ella y en el apartamento, que no había sido ventilado y olía a encierro y gardenias agónicas.

—¿Qué te pasa, amiga mía?

—Nada grave. Tal vez tengo algo en el oído y por eso pierdo el equilibrio. A veces siento como trompazos de elefante en el pecho.

—¿Qué dice tu médico?

—No quiero médicos, análisis ni hospitales. Una vez que uno cae en eso, no sale más. ¡Y nada de Belascos! Les gusta el drama y armarían un lío.

—Ni se te ocurra morirte antes que yo. Acuérdate de en lo que quedamos, Alma. Me vine aquí para morir en tus brazos y no al revés —bromeó Lenny.

—No se me ha olvidado. Pero si te fallo, puedes recurrir a Cathy.

Esa amistad, descubierta tarde y saboreada como un vino de reserva, le ponía color a una realidad que inexorablemente iba perdiendo brillo para ambos. Alma era de temperamento tan solitario, que nunca percibió su soledad. Había vivido insertada en

la familia Belasco, protegida por sus tíos, en la amplia casa de Sea Cliff, que otros manejaban —su suegra, el mayordomo, su nuera—, con la actitud de una visita. En todos lados se sentía desconectada y diferente, pero lejos de ser un problema, eso era motivo de cierto orgullo, porque contribuía a su idea de sí misma como una artista retraída y misteriosa, vagamente superior al resto de los mortales. No le hacía falta confundirse con la humanidad en general, que juzgaba más bien estúpida, cruel si tenía la oportunidad y sentimental en el mejor de los casos, opiniones que se cuidaba de expresar en público, pero que en la vejez se habían fortalecido. Sacando la cuenta, en sus más de ochenta años había querido a muy pocas personas, pero lo había hecho intensamente, las había idealizado con un romanticismo feroz que desafiaba cualquier embate de la realidad. No padeció esos enamoramientos devastadores de la infancia y la adolescencia, pasó por la universidad aislada, viajó y trabajó sola, no tuvo socios o compañeros, sólo subordinados; reemplazó todo eso con el amor obsesivo por Ichimei Fukuda y la amistad exclusiva con Nathaniel Belasco, a quien no recordaba como marido, sino como su más íntimo amigo. En la última etapa de su vida contaba con Ichimei, su amante legendario, con su nieto Seth y con Irina, Lenny y Cathy, lo más parecido a amigos que había tenido en muchos años; gracias a ellos estaba a salvo del aburrimiento, uno de los flagelos de la vejez. El resto de la comunidad de Lark House era como el paisaje de la bahía: lo apreciaba de lejos, sin mojarse los pies. Durante medio siglo figuró en el mundillo de la clase alta de San Francisco, aparecía en la ópera, en actos de caridad y en eventos sociales obligatorios, resguardada por la insalvable distancia que establecía desde el primer saludo. Le comentó a Lenny Beal que le molestaban el ruido, la charla trivial y las peculiaridades del prójimo; que sólo una difusa empatía por la humanidad doliente la salvaba de ser una psicópata. Era fácil sentir compasión por los infelices que no conocía. No le gustaba la gente, prefería a los gatos. A los humanos los tragaba en dosis pequeñas, más de tres la indigestaban. Había evitado siempre los grupos, clubes y partidos políticos, no militó en ninguna causa, aunque la aprobara en principio, como el feminismo, los derechos civiles o la paz. «No salgo a defender ballenas para no mezclarme con los ecologistas», decía. Nunca se

sacrificó por otra persona o por un ideal, la abnegación no era una de sus virtudes. Excepto a Nathaniel durante su enfermedad, no tuvo que cuidar a nadie, ni siquiera a su hijo. La maternidad no fue ese vendaval de adoración y ansiedad que supuestamente experimentan las madres, sino un cariño apacible y sostenido. Larry era una presencia sólida e incondicional en su existencia, lo quería con una combinación de absoluta confianza y larga costumbre, un sentimiento cómodo, que exigía muy poco de su parte. Había admirado y querido a Isaac y a Lillian Belasco, a quienes siguió llamando tío y tía después de que se convirtieron en sus suegros, pero no se le contagió nada de su bondad y vocación de servicio.

—Por suerte la Fundación Belasco se dedica a plantar áreas verdes en vez de a socorrer pordioseros o huérfanos, así pude hacer algún bien sin acercarme a los beneficiados —le dijo a Lenny.

—Calla, mujer. Si no te conociera, pensaría que eres un monstruo de narcisismo.

—Si no lo soy, es gracias a Ichimei y a Nathaniel, que me enseñaron a dar y recibir. Sin ellos, habría sucumbido a la indiferencia.

—Muchos artistas son introvertidos, Alma. Deben abstraerse para crear —dijo Lenny.

—No busques excusas. La verdad es que cuanto más vieja soy, más me gustan mis defectos. La vejez es el mejor momento para ser y hacer lo que a uno le place. Pronto no me va a soportar nadie. Dime, Lenny, ¿te arrepientes de algo?

—Por supuesto. De las locuras que no hice, de haber dejado el cigarrillo y las margaritas, de ser vegetariano y haberme matado haciendo ejercicio. Me voy a morir igual, pero en buena forma —se rió Lenny.

—No quiero que te mueras…

—Yo tampoco, pero no es optativo.

—Cuando te conocí tomabas como un cosaco.

—Llevo treinta años sobrio. Creo que yo bebía tanto para no pensar. Era hiperactivo, apenas podía estar sentado para cortarme las uñas de los pies. De joven fui un animal gregario, siempre rodeado de ruido y de gente, pero aun así me sentía solo. El miedo a la soledad definió mi carácter, Alma. Necesitaba ser aceptado y querido.

—Hablas en pasado. ¿Ya no es así?

—He cambiado. Pasé la juventud a la caza de aprobación y aventuras, hasta que me enamoré en serio. Después se me rompió el corazón y pasé una década tratando de recomponer los pedazos.

—¿Lo conseguiste?

—Digamos que sí, gracias a un *smösgasbörd* de psicología: terapia individual, de grupo, gestalt, biodinámica, en fin, lo que hubiera a mano, incluso terapia del grito.

—¿Qué diablos es eso?

—Me encerraba con la psicóloga a gritar como un endemoniado y dar puñetazos a un almohadón durante cincuenta y cinco minutos.

—No te creo.

—Sí. Y pagaba por eso, imagínate. Hice terapia durante años. Fue un camino pedregoso, Alma, pero aprendí a conocerme y a mirar mi soledad a la cara. Ya no me asusta.

—Algo de eso nos habría ayudado mucho a Nathaniel y a mí, pero no se nos ocurrió. En nuestro medio no se usaba. Cuando la psicología se puso de moda, ya era tarde para nosotros.

De pronto dejaron de llegar las cajas de gardenias anónimas que Alma recibía los lunes, justamente cuando más la habrían alegrado, pero ella no dio señales de haberlo notado. Desde su última escapada, salía muy poco. De no ser por Irina, Seth, Lenny y Cathy, que le sacudían la inmovilidad, se habría recluido como una anacoreta. Perdió interés en la lectura, las series de televisión, el yoga, el huerto de Víctor Vikashev y otros afanes que antes llenaban sus horas. Comía desganada y si Irina no hubiera andado pendiente, podría haber sobrevivido varios días con manzanas y té verde. A nadie le dijo que a menudo el corazón se le disparaba, se le nublaba la vista y se confundía con las tareas más simples. Su vivienda, que antes se ajustaba como un guante a sus necesidades, aumentó de tamaño, la disposición de los espacios se alteró y cuando creía estar frente al baño, salía al pasillo del edificio, que se había alargado y enrollado de modo que le costaba dar con su propia puerta, todas eran iguales; el piso ondulaba y debía apoyarse en las paredes para mantenerse de pie; los interruptores de luz cambiaban de lugar y no

daba con ellos en la oscuridad; brotaban nuevos cajones y repisas, donde se traspapelaban los objetos cotidianos; las fotografías se desordenaban en los álbumes sin intervención humana. No encontraba nada, la empleada de la limpieza o Irina le escondían las cosas.

Comprendía que difícilmente el universo estaría jugándole tretas; lo más probable sería que le faltara oxígeno en el cerebro. Se asomaba a la ventana a hacer ejercicios respiratorios de acuerdo con un manual que sacó de la biblioteca, pero postergaba la visita al cardiólogo, recomendada por Cathy porque seguía fiel a su creencia de que dándoles tiempo, casi todos los achaques se curan solos.

Iba a cumplir ochenta y dos años, estaba vieja, pero se negaba a cruzar el umbral de la ancianidad. No pensaba sentarse a la sombra de los años con la vista fija en la nada y la mente en un pasado hipotético. Se había caído un par de veces sin más consecuencia que moretones; le había llegado la hora de aceptar que a veces la sostuvieran del codo para ayudarla a caminar, pero alimentaba con migajas los restos de vanidad y luchaba contra la tentación de abandonarse a la pereza fácil. Le horrorizaba la posibilidad de pasar al segundo nivel, donde no tendría privacidad y cuidadores mercenarios la asistirían en sus necesidades más personales. «Buenas noches, Muerte», decía antes de dormirse, con la vaga esperanza de no despertar; sería la manera más elegante de irse, sólo comparable a dormirse para siempre en brazos de Ichimei después de haber hecho el amor. En realidad no creía merecer ese regalo; había tenido una buena vida, no había razón para que también su fin lo fuera. Le había perdido el miedo a la muerte hacía treinta años, cuando llegó como una amiga a llevarse a Nathaniel. Ella misma la había llamado y se lo entregó en los brazos. A Seth no le hablaba de eso, porque la acusaba de morbosidad, pero con Lenny era tema recurrente; pasaban ratos largos especulando sobre las posibilidades del otro lado, la eternidad del espíritu y los inofensivos espectros que los acompañaban. Con Irina podía hablar de cualquier cosa, la chica sabía escuchar, pero a su edad todavía tenía la ilusión de la inmortalidad y no podía relacionarse cabalmente con los sentimientos de quienes han recorrido casi todo su camino. La muchacha no podía imaginar el coraje que se requiere para envejecer sin asustarse demasiado; su conocimiento

de la edad era teórico. También era teórico lo que se publicaba sobre la llamada tercera edad, todos esos libracos sabihondos y manuales de autoayuda de la biblioteca, escritos por gente que no era vieja. Incluso las dos psicólogas de Lark House eran jóvenes. ¿Qué sabían ellas, por muchos diplomas que tuvieran, de todo lo que se pierde? Facultades, energía, independencia, lugares, gente. Aunque en verdad, ella no echaba de menos a la gente, sólo a Nathaniel. A su familia la veía lo suficiente y agradecía que no la visitaran demasiado. Su nuera opinaba que Lark House era un depósito de ancianos comunistas y marihuaneros. Prefería comunicarse con ellos por teléfono y verlos en el terreno más cómodo de Sea Cliff o de los paseos, cuando tenían a bien llevarla. No podía quejarse, su pequeña familia, compuesta solamente por Larry, Doris, Pauline y Seth, nunca le había fallado. Ella no podía contarse entre los viejos abandonados, como tantos que la rodeaban en Lark House.

No pudo seguir postergando la decisión de cerrar el taller de pintura, que había mantenido por Kirsten. Le explicó a Seth que su asistente tenía algunas limitaciones intelectuales, pero había trabajado con ella durante muchos años, era el único empleo que Kirsten había tenido en su vida, y siempre cumplió con sus deberes de forma irreprochable. «Debo protegerla, Seth, es lo menos que puedo hacer por ella, pero no tengo fuerzas para lidiar con los detalles, eso te corresponde a ti, por algo eres abogado», dijo. Kirsten contaba con seguro, una pensión y sus ahorros; Alma le había abierto una cuenta y le había depositado cada año una cantidad para emergencias, pero no se había presentado ninguna y esos fondos estaban bien invertidos. Seth se puso de acuerdo con el hermano de Kirsten para asegurarle el futuro económico y con Hans Voigt para que empleara a Kirsten de ayudante de Catherine Hope en la clínica del dolor. Las dudas del director para contratar a una persona con síndrome de Down se disiparon apenas le aclararon que no tendría que asignarle un sueldo; Kirsten estaría becada en Lark House por los Belasco.

Gardenias

Al segundo lunes sin gardenias, Seth llegó de visita con tres en una caja, en memoria de Neko, dijo. La muerte reciente del gato contribuía a la desgana en los huesos de Alma y el agobiante perfume de las flores no ayudó a aliviarla. Seth las puso en un plato de agua, preparó té para ambos y se instaló con su abuela en el sofá de la salita.

—¿Qué ha pasado con las flores de Ichimei Fukuda, abuela? —le preguntó con tono indiferente.

—¿Qué sabes tú de Ichimei, Seth? —respondió Alma, alarmada.

—Bastante. Supongo que ese amigo suyo tiene que ver con las cartas y las gardenias que recibe y con sus escapadas. Usted puede hacer lo que quiera, claro, pero me parece que no tiene edad para andar por allí sola o mal acompañada.

—¡Me has estado espiando! ¿Cómo te atreves a meter las narices en mi vida?

—Estoy preocupado por usted, abuela. Debe de ser que le he tomado afecto, a pesar de lo gruñona que es. No tiene nada que esconder, puede confiar en Irina y en mí. Somos sus cómplices en cualquier tontería que se le ocurra.

—¡No es ninguna tontería!

—Por supuesto. Perdone. Sé que es un amor de toda la vida. Irina escuchó por casualidad una conversación entre usted y Lenny Beal.

Para entonces Alma y el resto de los Belasco sabían que Irina estaba viviendo en el apartamento de Seth, si no a tiempo completo, al menos varios días por semana. Doris y Larry se abstuvieron de hacer comentarios negativos con la esperanza de que la patética inmigrante de Moldavia fuera una calaverada pasajera de su hijo,

pero recibían a Irina con helada cortesía, en vista de lo cual ella se abstenía de asistir a los almuerzos dominicales en Sea Cliff, donde Alma y Seth insistían en arrastrarla. En cambio Pauline, quien se había opuesto sin excepción a las novias atléticas de Seth, le abrió los brazos. «Te felicito, hermano. Irina es refrescante y tiene más carácter que tú. Sabrá manejarte en la vida».

—¿Por qué no me lo cuenta todo, abuela? No tengo pasta de detective ni deseos de espiarla —le rogó Seth a Alma.

La taza de té amenazaba con derramarse en las manos temblorosas de Alma y su nieto se la quitó y la puso en la mesa. La ira inicial de la mujer se había disipado y en su lugar la invadió una gran lasitud, un deseo medular de desahogarse y confesarle a su nieto sus errores, contarle que se estaba apolillando por dentro y muriendo poco a poco y en buena hora, porque ya no podía más de cansancio y se moriría contenta y enamorada, qué más se podía pedir a los ochenta y tantos años, después de mucho vivir y amar y tragarse las lágrimas.

—Llama a Irina. No quiero tener que repetir el cuento —le dijo a Seth.

Irina recibió el mensaje de texto en su celular cuando estaba en la oficina de Hans Voigt, con Catherine Hope, Lupita Farías y las dos jefas de asistencia y enfermería, discutiendo el asunto del fallecimiento electivo, eufemismo que reemplazaba al término suicidio, prohibido por el director. En la recepción habían interceptado un paquete fatídico de Tailandia, que yacía a modo de evidencia sobre el escritorio del director. Venía a nombre de Helen Dempsey, residente del tercer nivel, de ochenta y nueve años, con cáncer recurrente, sin familia ni ánimo para soportar nuevamente la quimioterapia. Las instrucciones indicaban que el contenido se ingería con alcohol y el fin llegaba apaciblemente en el sueño. «Deben de ser barbitúricos», dijo Cathy. «O veneno de ratas», agregó Lupita. El director quería saber cómo diablos encargó Helen Dempsey eso sin que nadie se enterara; se suponía que el personal debía estar atento. Sería muy inconveniente que se corriera la voz de que en Lark House había suicidas, sería un desastre para la imagen de la institución. En el caso de muertes sospechosas, como

la de Jacques Devine, se cuidaban de no realizar una investigación demasiado minuciosa; mejor ignorar los detalles. Los empleados culpaban a los fantasmas de Emily y su hijo, que se llevaban a los desesperados, porque cada vez que alguien fallecía, fuera por causa natural o ilegal, Jean Daniel, el cuidador haitiano, se topaba con la joven de los velos rosados y su desafortunado niño. La visión le ponía los pelos de punta. Había pedido que contrataran a una compatriota suya, peluquera por necesidad y sacerdotisa vudú por vocación, para que los enviara al reino del otro mundo, donde les correspondía estar, pero a Hans Voigt no le alcanzaba el presupuesto para ese tipo de gasto ya que a duras penas mantenía a flote a la comunidad haciendo malabarismos financieros. El tema resultaba poco oportuno para Irina, que andaba lloriqueando porque un par de días antes había sostenido a Neko en brazos, mientras le ponían la inyección misericordiosa que acabó con los achaques de su ancianidad. Alma y Seth fueron incapaces de acompañar al gato en ese trance, la primera por pena y el segundo por cobardía. Dejaron a Irina sola en el apartamento para recibir al veterinario. No llegó el doctor Kallet, quien tuvo un problema de familia a última hora, sino una muchacha miope y nerviosa con aspecto de recién graduada. Sin embargo, la joven resultó ser eficiente y compasiva; el gato se fue ronroneando, sin darse cuenta. Seth debía llevar el cadáver al crematorio de animales, pero por el momento Neko estaba en una bolsa de plástico en el refrigerador de Alma. Lupita Farías conocía a un taxidermista mexicano que podía dejarlo como vivo, relleno con estopa y con ojos de vidrio, o bien limpiar y pulir la calavera, que colocada en un pequeño pedestal serviría de adorno. Les propuso a Irina y Seth que le dieran esa sorpresa a Alma, pero a ellos les pareció que el gesto no sería debidamente apreciado por la abuela. «En Lark House tenemos el deber de desalentar cualquier intento de fallecimiento electivo, ¿está claro?», machacó Hans Voigt por tercera o cuarta vez, con una firme mirada de advertencia a Catherine Hope, porque a ella recurrían los pacientes con dolor crónico, los más vulnerables. Sospechaba, y con razón, que esas mujeres sabían más de lo que estaban dispuestas a decirle. Cuando Irina vio el mensaje de Seth en la pantalla de su celular lo interrumpió: «Disculpe, señor Voigt, es una emergencia». Eso les dio a las cinco la posibilidad de escapar,

dejando al director en la mitad de una frase.

Encontró a Alma sentada en su cama, con un chal en las piernas, donde su nieto la había instalado al verla vacilar. Pálida y sin pintura de labios, era una anciana encogida. «Abran la ventana. Este aire delgado de Bolivia me está matando», pidió. Irina le explicó a Seth que su abuela no deliraba, se refería a la sensación de ahogo, el zumbido de oídos y el desfallecimiento del cuerpo, similar a la que tuvo cuando se apunó en La Paz, a tres mil seiscientos metros de altura, muchos años antes. Seth sospechó que los síntomas no se debían al aire boliviano, sino al gato en la nevera.

Alma empezó por hacerles jurar que guardarían sus secretos hasta después de su muerte y procedió a repetirles lo que ya les había contado, porque decidió que era mejor hilar ese tejido desde el principio. Comenzó por la despedida de sus padres en el muelle de Danzig, la llegada a San Francisco y cómo se agarró de la mano de Nathaniel, presintiendo tal vez que nunca la soltaría; siguió con el instante preciso en que conoció a Ichimei Fukuda, el más memorable de los instantes atesorados en la memoria, y de allí fue avanzando por el camino del pasado con una claridad tan diáfana como si leyera en voz alta. Las dudas de Seth sobre el estado mental de su abuela se evaporaron. Durante los tres años anteriores en que le había sonsacado material para su libro, Alma había demostrado su virtuosismo de narradora, su sentido del ritmo y habilidad para mantener el suspenso, su capacidad de contrastar los hechos luminosos con los más trágicos, luz y sombra, como las fotografías de Nathaniel Belasco, pero hasta esa tarde no le había dado oportunidad de admirarla en un maratón de esfuerzo sostenido. Con algunas pausas para beber té y mordisquear unas galletas, Alma habló durante horas. Se hizo de noche sin que ninguno de los tres lo percibiera, la abuela hablando y los jóvenes atentos. Les contó su reencuentro con Ichimei a los veintidós años, después de doce sin verse, de cómo el amor dormido de la infancia los noqueó a ambos con fuerza irresistible, aunque sabían que era un amor condenado y, de hecho, duró menos de un año. La pasión es universal y eterna a través de los siglos, dijo, pero las circunstancias y las costumbres cambian todo el tiempo y resultaba difícil entender sesenta años más tarde los obstáculos insalvables con que ellos se enfrentaron en aquellos años. Si pudiera ser joven de nuevo, con lo que sabía de sí

misma ahora de vieja, repetiría lo que hizo; porque no se habría atrevido a dar un paso definitivo con Ichimei, se lo habían impedido las convenciones; nunca fue valiente, acataba las normas. Cometió su único acto de desafío a los setenta y ocho años, cuando abandonó la casa de Sea Cliff para instalarse en Lark House. A los veintidós años, sospechando que tenían el tiempo contado, Ichimei y ella se atragantaron de amor para consumirlo entero, pero cuanto más intentaban agotarlo, más imprudente era el deseo, y quien diga que todo fuego se apaga solo tarde o temprano, se equivoca: hay pasiones que son incendios hasta que las ahoga el destino de un zarpazo y aun así quedan brasas calientes listas para arder apenas se les da oxígeno. Les habló de Tijuana y del casamiento con Nathaniel y de cómo habrían de transcurrir otros siete años para ver a Ichimei en el funeral de su suegro, pensando en él sin ansiedad, porque no esperaba volver a encontrarlo, y otros siete antes de que pudieran finalmente realizar el amor que todavía compartían.

—Entonces, abuela, ¿mi papá no es hijo de Nathaniel? ¡En ese caso yo soy nieto de Ichimei! ¡Dígame si soy Fukuda o Belasco! —exclamó Seth.

—Si fueras Fukuda, tendrías algo de japonés, ¿no crees? Eres Belasco.

El niño que no nació

Durante los primeros meses de casada Alma estuvo tan absorta en su embarazo que la rabia de haber renunciado al amor de Ichimei se convirtió en una incomodidad soportable, como una piedrecilla en los zapatos. Se sumió en una placidez de rumiante, refugiada en el cariño solícito de Nathaniel y el nido proporcionado por la familia. Aunque Martha y Sarah ya les habían dado nietos, Lillian e Isaac esperaron a ese bebé como si fuera de la realeza, porque llevaría el apellido Belasco. Le asignaron una habitación soleada de la casa, decorada con muebles infantiles y con los personajes de Walt Disney pintados en las paredes por un artista venido de Los Ángeles. Se dedicaron a cuidar a Alma, satisfaciendo hasta sus mínimas humoradas. Al sexto mes ella había engordado demasiado, tenía la presión alta, la cara manchada, las piernas pesadas, vivía con dolor de cabeza, no le entraban los zapatos y usaba chancletas de playa, pero desde el primer aleteo de vida en su vientre se enamoró de la criatura que estaba gestando, que no era de Nathaniel ni de Ichimei, era sólo suya. Quería un hijo, para llamarlo Isaac y darle a su suegro el descendiente que prolongaría el apellido Belasco. Nadie sabría jamás que no llevaba la misma sangre, se lo había prometido a Nathaniel. Pensaba, con retortijones de culpa, que si Nathaniel no lo hubiera impedido, ese niño habría terminado en una cloaca de Tijuana. Mientras aumentaba su debilidad por el bebé, también aumentaba su horror por los cambios en su cuerpo, pero Nathaniel le aseguraba que estaba radiante, más bella que nunca, y contribuía a su sobrepeso con chocolates rellenos con naranja y otros antojos. La relación de buenos hermanos siguió como siempre. Él, elegante y pulcro, usaba el baño cerca de su escritorio, en el otro extremo de la casa, y no se desvestía delante

de ella, pero Alma perdió todo pudor con él y se abandonó a la deformidad de su estado, compartiendo los detalles prosaicos y sus indisposiciones, las crisis de nervios y los terrores de la maternidad, entregada como nunca lo estuvo antes. En ese período violó las normas fundamentales impuestas por su padre de no quejarse, no pedir y no confiar en nadie. Nathaniel se convirtió en el centro de su existencia, bajo su ala se sentía contenta, a salvo y aceptada. Eso creó entre ellos una intimidad desequilibrada que les resultaba natural, porque se ajustaba al carácter de cada uno. Si alguna vez mencionaron esa distorsión, fue para ponerse de acuerdo en que después de que naciera el bebé y Alma se recuperara del parto, tratarían de vivir como una pareja normal, pero ninguno de los dos parecía ansioso por llegar a eso. Entretanto, ella había descubierto el lugar perfecto en el hombro de él, debajo del mentón, donde apoyar la cabeza y dormitar. «Eres libre para ir con otras mujeres, Nat. Sólo te pido que seas discreto, para evitarme la humillación», le repetía Alma, y él siempre le respondía con un beso y una broma. Aunque ella no lograba librarse de la huella que Ichimei dejó en su mente y su cuerpo, sentía celos de Nathaniel; había media docena de mujeres persiguiéndolo y suponía que verlo casado no sería un impedimento sino tal vez un incentivo para más de una.

Estaban en la casa de la familia en el lago Tahoe, donde los Belasco iban a esquiar en invierno, bebiendo sidra caliente a las once de la mañana y esperando que se despejara la tormenta para asomarse, cuando Alma apareció en la sala tambaleándose en camisa de dormir y descalza. Lillian acudió a sostenerla y ella la rechazó, tratando de enfocar la vista. «Díganle a mi hermano Samuel que me revienta la cabeza», murmuró. Isaac intentó llevarla hasta un sofá, llamando a gritos a Nathaniel, pero Alma parecía clavada en el suelo, pesada como un mueble, sujetándose la cabeza a dos manos y diciendo incoherencias de Samuel, Polonia y diamantes en el forro de un abrigo. Nathaniel llegó a tiempo para ver a su mujer desplomarse entre convulsiones.

El ataque de eclampsia se produjo a las veintiocho semanas de embarazo y duró un minuto y quince segundos. Ninguna de las tres personas que estaban presentes entendieron de qué se trataba, creyeron que era epilepsia. Nathaniel sólo atinó a acostarla de lado, sostenerla para evitar que se lastimara y mantenerle la boca abierta

mediante una cuchara. Las terribles sacudidas se calmaron pronto y Alma quedó exangüe y desorientada, no sabía dónde se encontraba ni quiénes estaban con ella, gemía de dolor de cabeza y espasmos en el vientre. La echaron al automóvil arropada en mantas y, patinando en el hielo del camino, la llevaron a la clínica, donde el médico de turno, especializado en roturas y contusiones de esquiadores, no pudo hacer mucho más que tratar de bajarle la presión. La ambulancia tardó siete horas entre Tahoe y San Francisco, desafiando la tormenta y los obstáculos de la ruta. Cuando por fin un obstetra examinó a Alma, le advirtió a la familia del riesgo inminente de nuevas convulsiones o un ataque cerebral. A los cinco meses y medio de gestación, las posibilidades de vida del niño eran nulas, debían esperar unas seis semanas antes de inducir el parto, pero en ese tiempo podrían morir la madre y el bebé. Como si lo hubiera escuchado, minutos después se apagó el latido del bebé en el útero, ahorrándole a Nathaniel una trágica decisión. Alma fue conducida deprisa al pabellón de cirugía.

Nathaniel fue el único que vio al niño. Lo recibió en las manos, temblando de cansancio y tristeza, separó los pliegues del pañal y encontró a un ser minúsculo, encogido y azul, con la piel fina y translúcida como tela de cebolla, totalmente formado y con los ojos entreabiertos. Se lo acercó a la cara y lo besó largamente en la cabeza. El frío le quemó los labios y sintió el rumor profundo de los sollozos acallados subiéndole desde los pies, sacudiéndolo entero y vertiéndose en lágrimas. Lloró creyendo que lloraba por el niño muerto y por Alma, pero lo hacía por sí mismo, por su vida mesurada y convencional, por el peso de las responsabilidades que nunca podría sacudirse de encima, por la soledad que lo agobiaba desde que nació, por el amor que añoraba y nunca tendría, por los naipes engañosos que le habían tocado y por todas las malditas tretas de su destino.

Siete meses después del aborto espontáneo, Nathaniel se llevó a Alma a una gira por Europa para distraerla de la nostalgia abrumadora que se había apoderado de su voluntad. Le había dado por hablar de su hermano Samuel en la época en que ambos vivían en Polonia, de una institutriz que la rondaba en sus pesadillas, un

cierto vestido de terciopelo azulino, Vera Neumann con sus lentes de lechuza, un par de odiosas compañeras de escuela, libros que había leído y cuyos títulos no recordaba, pero cuyos personajes la penaban, y otros recuerdos inútiles. Un viaje cultural podría resucitar la inspiración de Alma y devolverle el entusiasmo por sus telas pintadas, pensaba Nathaniel, y si eso ocurriera, iba a proponerle que estudiara por un tiempo en la Royal Academy of Art, la más antigua escuela de arte de Gran Bretaña. Creía que la mejor terapia para Alma sería alejarse de San Francisco, de los Belasco en general y de él en particular. No habían vuelto a mencionar a Ichimei y Nathaniel suponía que ella, fiel a su promesa, no estaba en contacto con él. Se propuso pasar más tiempo con su mujer, redujo las horas de trabajo y cuando era posible, estudiaba los casos y preparaba sus alegatos en la casa. Seguían durmiendo en cuartos separados, pero dejaron de fingir que lo hacían juntos. La cama de Nathaniel quedó instalada definitivamente en su pieza de soltero, entre paredes tapizadas con papel con escenas de caza, caballos, perros y zorros. Compartiendo el insomnio, habían sublimado toda tentación de sensualidad. Se quedaban leyendo hasta después de la medianoche en uno de los salones, ambos en el mismo sofá, arropados con la misma manta. Algunos domingos en que el clima le impedía navegar, Nathaniel conseguía que Alma lo acompañara al cine o dormían la siesta lado a lado en el sofá del insomnio, que reemplazaba el lecho matrimonial que no tenían.

El viaje abarcaría desde Dinamarca hasta Grecia, incluyendo un crucero en el Danubio y otro en Turquía, debía durar un par de meses y culminar en Londres, donde iban a separarse. En la segunda semana, paseando de la mano por callejuelas de Roma, después de una comida memorable y dos botellas del mejor Chianti, Alma se detuvo bajo un farol, cogió a Nathaniel de la camisa, lo atrajo de un tirón y lo besó en la boca. «Quiero que duermas conmigo», le ordenó. Esa noche, en el decadente palacio convertido en hotel donde estaban alojados, hicieron el amor embriagados con el vino y el verano romano, descubriendo lo que ya sabían de cada uno, con la sensación de cometer un acto prohibido. Alma debía sus conocimientos sobre el amor carnal y sobre su propio cuerpo a Ichimei, quien compensaba su falta de experiencia con insuperable

intuición, la misma que le servía para revivir una planta melancólica. En el motel de las cucarachas, Alma había sido un instrumento musical en las manos amorosas de Ichimei. Nada de eso vivió con Nathaniel. Hicieron el amor con prisa, turbados, torpes, como dos escolares en falta, sin darse tiempo de escudriñarse mutuamente, olerse, reírse o suspirar juntos; después los invadió una inexplicable congoja que intentaron disimular fumando en silencio, cubiertos con la sábana en la luz amarillenta de la luna que los espiaba por la ventana.

Al día siguiente se agotaron paseando por ruinas, trepando escaleras de piedras milenarias, atisbando catedrales, perdiéndose entre estatuas de mármol y fuentes exageradas. Al anochecer volvieron a beber demasiado y llegaron tambaleándose al palacio decadente y de nuevo hicieron el amor con poco deseo, pero con la mejor voluntad. Y así, día a día, noche a noche, recorrieron las ciudades y navegaron las aguas de la gira programada y fueron estableciendo la rutina de esposos que tan cuidadosamente habían eludido, hasta que les resultó natural compartir el baño y despertar en la misma almohada.

Alma no se quedó en Londres. Volvió a San Francisco con pilas de folletos y tarjetas postales de museos, libros de arte y fotografías de rincones pintorescos tomadas por Nathaniel, con ánimo para recomenzar sus pinturas; tenía la cabeza llena de colores, dibujos y diseños de lo que había visto, alfombras turcas, jarrones griegos, tapices belgas, cuadros de todas las épocas, iconos recamados de pedrería, madonas lánguidas y santos famélicos; pero también mercados de frutas y verduras, botes de pesca, ropa colgada en balcones de callejuelas angostas, hombres jugando al dominó en tabernas, niños en las playas, manadas de perros sin dueño, burros tristes y tejados antiguos en pueblos adormilados de rutina y tradición. Todo habría de terminar plasmado en sus sedas con grandes brochazos en colores radiantes. Para entonces tenía un taller de ochocientos metros cuadrados en la zona industrial de San Francisco, que había estado sin uso desde hacía meses y al que se propuso devolverle la vida. Se sumergió en el trabajo. Pasaba semanas sin pensar en Ichimei ni en el niño que había perdido. La intimidad con su marido se redujo a casi nada cuando regresaron de Europa; cada uno tenía sus afanes, se terminaron las noches de

insomnio leyendo en el sofá, pero siguieron unidos por la ternura amistosa de la que siempre habían gozado. Muy rara vez Alma dormitaba con la cabeza en el lugar preciso entre el hombro y el mentón de su marido, donde antes se sentía segura. No volvieron a dormir entre las mismas sábanas ni usar el mismo baño; Nathaniel ocupaba la cama de su escritorio y Alma quedó sola en la pieza azul. Si alguna vez hacían el amor era por casualidad y siempre con demasiado alcohol en las venas.

—Quiero librarte de tu promesa de serme fiel, Alma. No es justo contigo —le dijo Nathaniel una noche en que estaban admirando una lluvia de estrellas fugaces en la pérgola del jardín y fumando marihuana—. Eres joven y estás llena de vida, mereces más romance del que yo soy capaz de darte.

—¿Y tú? ¿Hay alguien por allí que te ofrece romance y quieres ser libre? Nunca te lo he impedido, Nat.

—No se trata de mí, Alma.

—Me liberas de mi promesa en un momento poco oportuno, Nat. Estoy encinta y esta vez el único que puede ser el padre eres tú. Pensaba decírtelo cuando estuviera segura.

Isaac y Lillian Belasco recibieron la noticia de ese embarazo con el mismo entusiasmo de la primera vez, renovaron la pieza que habían preparado para el otro niño y se aprontaron para mimarlo. «Si es varón y yo estoy muerto cuando nazca, supongo que le pondrán mi nombre, pero si estoy vivo no pueden, porque le traería mala suerte. En ese caso quiero que se llame Lawrence Franklin Belasco, como mi padre y el gran presidente Roosevelt, que en paz descansen», pidió el patriarca. Se estaba debilitando lenta e inexorablemente, pero seguía en pie porque no podía dejar a Lillian; su mujer se había convertido en su sombra. Lillian estaba casi sorda, pero no le hacía falta oír. Había aprendido a descifrar los silencios ajenos con precisión, era imposible ocultarle algo o engañarla, y había desarrollado una espeluznante habilidad para adivinar lo que pensaban decirle y responder antes de que lo enunciaran. Tenía dos ideas fijas: mejorar la salud de su marido y lograr que Nathaniel y Alma se enamoraran como era debido. En ambos casos recurría a terapias alternativas, que incluían desde colchones magnetizados hasta elixires curativos o afrodisíacos. California, a la vanguardia de la brujería naturalista, contaba con

una notable variedad de vendedores de esperanza y consuelo. Isaac se había resignado a colgarse cristales al cuello y beber jugo de alfalfa y jarabe de escorpión, igual que Alma y Nathaniel soportaban las friegas con aceite pasional de ylang-ylang, las sopas chinas de aleta de tiburón y otras estrategias de alquimista con que Lillian procuraba avivar su tibio amor.

Lawrence Franklin Belasco nació en primavera sin ninguno de los problemas que los médicos anticipaban, dada la eclampsia que había sufrido la madre previamente. Desde el primer día en el mundo su nombre le quedó grande y todos lo llamaron Larry. Creció sano, gordo y autosuficiente, sin requerir ningún cuidado especial, tan tranquilo y discreto, que a veces se quedaba dormido debajo de un mueble y nadie lo echaba de menos durante horas. Sus padres se lo confiaron a los abuelos y a las sucesivas nanas que habrían de criarlo, sin prestarle mucha atención, ya que en Sea Cliff había media docena de adultos pendientes de él. No dormía en su cama, se turnaba entre la de Isaac y la de Lillian, a quienes llamaba papi y mami; a sus progenitores los llamaba formalmente madre y padre. Nathaniel pasaba poco en la casa, se había convertido en el abogado más notable de la ciudad, ganaba dinero a paladas y en sus horas libres hacía deporte y exploraba el arte de la fotografía; estaba esperando que su hijo creciera un poco para iniciarlo en los placeres de la navegación a vela, sin imaginar que ese día no llegaría. Como sus suegros se habían apoderado del nieto, Alma empezó a viajar en busca de temas para su trabajo sin sentimiento de culpa por dejarlo. En los primeros años planeaba viajes más bien cortos para no separarse de Larry por mucho tiempo, pero comprobó que daba lo mismo, porque en cada regreso, ya fuera al cabo de una ausencia prolongada o una breve, su hijo la recibía con el mismo cortés apretón de mano en vez del abrazo eufórico tan esperado. Concluyó, picada, que Larry quería más al gato que a ella y entonces pudo ir al Lejano Oriente, Sudamérica y otros lugares remotos.

El patriarca

Larry Belasco pasó sus cuatro primeros años celebrado por sus abuelos y los empleados de la casa, cuidado como una orquídea, con todos sus caprichos satisfechos. Ese sistema, que habría arruinado sin remedio el carácter de un niño menos centrado, lo hizo amable, servicial y poco amante de la bulla. Su temperamento apacible no cambió cuando en 1962 murió su abuelo Isaac, uno de los dos pilares que sostenían el universo de fantasía donde había vivido hasta ese momento. La salud de Isaac había mejorado cuando nació su nieto favorito. «Por dentro tengo veinte años, Lillian, ¿qué diablos le pasó a mi cuerpo?». Tenía energía para sacar de paseo a diario a Larry, le enseñaba los secretos botánicos de su jardín, jugaba a gatas en el suelo con él y le compraba las mascotas que él mismo había deseado de chico: un loro bochinchero, peces en un acuario, un conejo, que desapareció para siempre entre los muebles apenas Larry abrió la jaula, y un perro orejudo, el primero de varias generaciones de cocker spaniels, que la familia tendría en los años venideros. Los médicos carecían de explicación para la notable mejoría de Isaac, pero Lillian la atribuía a las artes curativas y las ciencias esotéricas en las que había llegado a ser experta. Esa noche a Larry le tocaba dormir en la cama de su abuelo, después de un día feliz. Había pasado la tarde en el parque del Golden Gate en un caballo alquilado, su abuelo en la silla de montar y él delante, seguro entre sus brazos. Regresaron colorados de sol, olorosos a sudor y entusiasmados con la idea de comprar un caballo y un poni para cabalgar juntos. Lillian los esperaba con la parrilla del jardín lista para asar salchichas y malvaviscos, la cena preferida del abuelo y el nieto. Después le dio un baño a Larry, lo acostó en la pieza de su marido y le leyó un cuento hasta que se

durmió. Se tomó su copita de jerez con tintura de opio y se fue a su cama. Despertó a las siete de la mañana con la manita de Larry sacudiéndola de un hombro. «Mami, mami, el papi se cayó». Encontraron a Isaac tirado en el baño. Se requirió el esfuerzo combinado de Nathaniel y el chofer para mover el cuerpo helado y rígido, que se había vuelto de plomo, y tenderlo sobre la cama. Quisieron evitarle el espectáculo a Lillian, pero ella los empujó a todos fuera de la pieza, cerró la puerta y no volvió a abrirla hasta que terminó de lavar lentamente a su marido y frotarlo con loción y colonia, pasando revista a cada detalle de ese cuerpo que conocía mejor que el propio y que tanto amaba, sorprendida de que no hubiera envejecido nada; se mantenía tal cual ella lo había visto siempre, era el mismo joven alto y fuerte que podía levantarla en brazos riéndose, bronceado por su trabajo en el jardín, con su abundante melena negra de los veinticinco años y sus hermosas manos de hombre bueno. Cuando abrió la puerta de la habitación estaba serena. La familia temió que sin él Lillian se secaría de pena en poco tiempo, pero ella les demostró que la muerte no es un impedimento insalvable para la comunicación entre quienes se aman de verdad.

Años más tarde, en la segunda sesión de psicoterapia, cuando su mujer amenazaba con abandonarlo, Larry evocaría esa imagen de su abuelo derrumbado en el baño como el momento más significativo de su infancia, y la imagen de su padre amortajado como el fin de su juventud y el aterrizaje forzoso en la madurez. Tenía cuatro años en el primer evento y veintiséis en el segundo. El psicólogo le preguntó, con un dejo de duda en la voz, si tenía otros recuerdos de los cuatro años y Larry recitó desde los nombres de cada uno de los empleados de la casa y de las mascotas, hasta los títulos de cuentos que le leía su abuela y el color de la bata que llevaba puesta cuando se volvió ciega, horas después del fallecimiento de su marido. Esos primeros cuatro años bajo el amparo de sus abuelos fue la época más dichosa de su existencia y atesoraba los detalles.

A Lillian le diagnosticaron ceguera temporal histérica, pero ninguno de los dos adjetivos resultó cierto. Larry fue su lazarillo hasta que entró al jardín de infancia, a los seis años, y después ella se las arregló sola, porque no quiso depender de otra persona. Conocía de memoria la casa de Sea Cliff y lo que contenía, se

desplazaba con aplomo y hasta incursionaba en la cocina a hornear galletas para su nieto. Además, Isaac la llevaba de la mano, como ella aseguraba, medio en broma medio en serio. Para complacer al invisible marido, empezó a vestirse sólo de lila, porque ese color llevaba cuando lo conoció en 1914, y porque eso resolvía el problema de escoger a ciegas la ropa cada día. No permitió que la trataran como a una inválida ni dio muestras de sentirse aislada por la falta de oído y visión. Según Nathaniel, su madre tenía olfato de perro perdiguero y radar de murciélago para orientarse y reconocer a la gente. Hasta que Lillian murió, en 1973, Larry recibió amor incondicional y, según el psicólogo que lo salvó del divorcio, no podía esperar ese amor de su esposa; en el matrimonio no hay nada incondicional.

El vivero de flores y plantas de interior de los Fukuda figuraba en la guía de teléfonos y cada cierto tiempo Alma comprobaba que seguía en la misma dirección, pero nunca cedió a la curiosidad de llamar a Ichimei. Le había costado mucho recuperarse del amor frustrado y temía que si oyera su voz por un instante volvería a naufragar en la misma pasión obstinada de antes. En los años transcurridos desde entonces sus sentidos se habían adormilado; junto con superar la obsesión por Ichimei, había trasladado a sus pinceles la sensualidad que tuvo con él y nunca con Nathaniel. Eso cambió en el segundo funeral de su suegro, cuando distinguió entre la enorme multitud el rostro inconfundible de Ichimei, quien se mantenía igual al joven que ella recordaba. Ichimei siguió al cortejo acompañado por tres mujeres, dos que Alma reconoció vagamente, aunque no las había visto en muchos años, y una muchacha que destacaba, porque no iba vestida de negro riguroso, como el resto de la concurrencia. El pequeño grupo se mantuvo a cierta distancia, pero al terminar la ceremonia, cuando la gente empezaba a dispersarse, Alma se desprendió del brazo de Nathaniel y los siguió a la avenida, donde estaban alineados los coches. Los detuvo gritando el nombre de Ichimei y los cuatro se volvieron.

—Señora Belasco —dijo Ichimei a modo de saludo, inclinándose formalmente.

—Ichimei —repitió ella, paralizada.

—Mi madre, Heideko Fukuda, mi hermana Megumi Anderson y mi esposa, Delphine —dijo él.

Las tres mujeres saludaron inclinándose. Alma sintió un espasmo brutal en el estómago y se le atascó el aire en el pecho, mientras examinaba sin disimulo a Delphine, quien no lo percibió, porque tenía la vista en el suelo, por respetuosa cortesía. Era joven, bonita, fresca, sin el recargado maquillaje de moda, vestida de gris perla, con un traje de falda corta y un sombrero redondo, al estilo de Jacqueline Kennedy, y con el mismo peinado de la Primera Dama. Su atuendo era tan americano que su rostro asiático resultaba incongruente.

—Gracias por haber venido —logró balbucear Alma cuando recuperó la respiración.

—Don Isaac Belasco fue nuestro benefactor, le estaremos agradecidos siempre. Por él pudimos volver a California, él financió el vivero y nos ayudó a salir adelante —dijo Megumi, emocionada.

Alma ya lo sabía, porque se lo habían contado Nathaniel e Ichimei, pero la solemnidad de esa familia le reiteró la certeza de que su suegro había sido un hombre excepcional. Lo quiso más de lo que hubiera querido a su padre, si la guerra no se lo hubiera quitado. Isaac Belasco era lo opuesto de Baruj Mendel, bondadoso, tolerante y siempre dispuesto a dar. El dolor de haberlo perdido, que hasta ese momento no había sentido completamente, porque andaba anonadada, como todos en la familia Belasco, la golpeó de frente. Se le humedecieron los ojos, pero se tragó las lágrimas y el sollozo que pugnaban por escapársele desde hacía días. Notó que Delphine la observaba con la misma intensidad con que ella lo había hecho unos minutos antes. Creyó ver en los ojos límpidos de la mujer una expresión de inteligente curiosidad, como si supiera exactamente el papel que ella había desempeñado en el pasado de Ichimei. Se sintió expuesta y un poco ridícula.

—Nuestras más sinceras condolencias, señora Belasco —dijo Ichimei, tomando nuevamente el brazo de su madre para seguir.

—Alma. Todavía soy Alma —murmuró ella.

—Adiós, Alma —dijo él.

Esperó durante dos semanas que Ichimei se pusiera en contacto con ella; examinaba el correo con ansiedad y se sobresaltaba cada vez que repicaba el teléfono, imaginando mil excusas para ese

silencio, menos la única razonable: estaba casado. Se negó a pensar en Delphine, pequeña, delgada, fina, más joven y bonita que ella, con su mirada inquisitiva y mano enguantada en el brazo de Ichimei. Un sábado se fue en su coche a Martínez, con grandes lentes de sol y un pañuelo de cabeza. Pasó tres veces frente al negocio de los Fukuda, pero no se atrevió a bajarse. Al segundo lunes no pudo soportar más el tormento del anhelo y llamó al número que, de tanto verlo en la guía de teléfonos, había memorizado. «Fukuda, Flores y Plantas de Interior, ¿en qué podemos servirle?». Era una voz de mujer y Alma no tuvo dudas de que pertenecía a Delphine, aunque ella no había dicho ni una palabra la única ocasión en que estuvieron juntas. Alma colgó el auricular. Volvió a llamar varias veces, rogando para que respondiera Ichimei, pero siempre salía la voz cordial de Delphine y ella colgaba. En una de esas llamadas las dos mujeres esperaron en la línea durante casi un minuto, hasta que Delphine preguntó suavemente: «¿En qué puedo servirle, señora Belasco?». Espantada, Alma colgó de golpe el teléfono y juró renunciar para siempre a comunicarse con Ichimei. Tres días después el correo le trajo un sobre escrito con la caligrafía en tinta negra de Ichimei. Se encerró en su pieza, con el sobre apretado contra el pecho, temblando de angustia y esperanza.

En la carta, Ichimei le daba nuevamente el pésame por Isaac Belasco y le revelaba su emoción al volver a verla después de tantos años, aunque sabía de sus éxitos en su trabajo y de su filantropía y había visto a menudo su fotografía en los periódicos. Le contaba que Megumi era matrona, estaba casada con Boyd Anderson y tenía un niño, Charles, y que Heideko había ido a Japón un par de veces, donde aprendió el arte del ikebana. En el último párrafo decía que se había casado con Delphine Akimura, japonesa-americana de segunda generación como él. Delphine tenía un año cuando su familia fue internada en Topaz, pero él no recordaba haberla visto allí, se conocieron mucho después. Era maestra, pero había dejado la escuela para dirigir el vivero, que bajo su dirección había prosperado; pronto abrirían una tienda en San Francisco. Se despedía sin indicar la posibilidad de que se encontraran o que esperaba recibir respuesta. No había ninguna referencia al pasado que habían compartido. Era una carta informativa y formal, sin los

giros poéticos o divagaciones filosóficas de otras que ella había recibido durante la breve temporada de sus amores, ni siquiera traía uno de sus dibujos, que a veces acompañaban a sus misivas. El único alivio de Alma al leerla fue que no hacía mención a sus llamadas telefónicas, que sin duda Delphine le habría comentado. La interpretó como lo que era: una despedida y una advertencia tácita de que Ichimei no deseaba más contacto.

En la cotidianidad de los siete años siguientes se fue la vida sin hitos significativos para Alma. Sus viajes, interesantes y frecuentes, acabaron por mezclarse en su memoria como una sola aventura de Marco Polo, como decía Nathaniel, quien nunca demostró el menor resentimiento por las ausencias de su mujer. Se sentían tan visceralmente cómodos el uno con el otro como gemelos que nunca se hubieran separado. Podían adivinarse el pensamiento, adelantarse a los estados de ánimo o los deseos del otro, terminar la frase que el otro comenzaba. Su cariño era incuestionable, no valía la pena hablar de eso, se daba por sentado, como su amistad extraordinaria. Compartían las obligaciones sociales, el gusto por el arte y la música, el refinamiento de los buenos restaurantes, la colección de vinos que iban formando de a poco, la alegría de las vacaciones familiares con Larry. El chiquillo había resultado tan dócil y afectuoso, que a veces sus padres se preguntaban si sería del todo normal. Bromeaban en privado, lejos de los oídos de Lillian, quien no admitía críticas a su nieto, que en el futuro Larry les iba a dar una sorpresa espantosa, se iba a meter en una secta o iba a asesinar a alguien; era imposible que fuera a pasar por la vida sin un solo sobresalto, como una marsopa satisfecha. Apenas Larry tuvo edad para apreciarlo, lo llevaron a ver el mundo en excursiones anuales inolvidables. Fueron a las islas Galápagos, al Amazonas, a varios safaris por África, que después Larry repetiría con sus propios hijos. Entre los momentos más mágicos de su infancia fue darle de comer en la mano a una jirafa en una reserva de Kenia, la larga lengua áspera y azul, los ojos dulces de pestañas de ópera, el intenso olor a pasto recién podado. Nathaniel y Alma disponían de su propio espacio en la gran casa de Sea Cliff, donde vivían como en un hotel de lujo, sin preocupaciones, porque Lillian se encargaba de

mantener aceitada la maquinaria doméstica. La buena mujer seguía inmiscuyéndose en sus vidas y preguntando regularmente si acaso estaban enamorados, pero lejos de molestarles, esa peculiaridad de la abuela les parecía encantadora. Si Alma estaba en San Francisco, los esposos se comprometían a pasar un rato juntos por la noche para tomar un trago y contarse los pormenores del día. Celebraban los éxitos mutuos y ninguno de los dos hacía más preguntas de las estrictamente necesarias, como si adivinaran que el delicado equilibrio de su relación podría desbaratarse en un instante con una confidencia inadecuada. Aceptaban de buena gana que cada uno tuviera su mundo secreto y sus horas privadas, de las que no había obligación de dar cuenta. Las omisiones no eran mentiras. Como entre ellos los encuentros amorosos eran tan poco frecuentes que se podían considerar inexistentes, Alma imaginaba que su marido tenía otras mujeres, porque la idea de que viviera en castidad era absurda, pero Nathaniel había respetado el acuerdo de ser discreto y evitarle humillaciones. En cuanto a ella, se había permitido algunas infidelidades en los viajes, donde siempre había oportunidades, bastaba insinuarse y por lo general recibía respuesta; pero esos desahogos le daban menos placer del esperado y la dejaban desconcertada. Estaba en edad de tener una vida sexual activa, pensaba, eso era tan importante para el bienestar y la salud como el ejercicio y una dieta equilibrada, no debía permitir que el cuerpo se le secara. Con ese criterio, la sexualidad terminaba por ser otra tarea más, en vez de un regalo para los sentidos. Para ella el erotismo requería tiempo y confianza, no se le daba fácil en una noche de romance falso o acartonado con un desconocido a quien no volvería a ver. En plena revolución sexual, en la era del amor libertino, cuando en California se intercambiaban parejas y medio mundo se acostaba indiscriminadamente con la otra mitad, ella seguía pensando en Ichimei. En más de una ocasión se preguntó si eso no sería una excusa para tapar su frigidez, pero cuando por fin se reencontró con Ichimei no volvió a hacerse esa pregunta ni a buscar consuelo en brazos de extraños.

12 de septiembre de 1978

Me explicaste que de la quietud nace la inspiración y del movimiento surge la creatividad. La pintura es movimiento, Alma, por eso me gustan tanto tus diseños recientes, parecen sin esfuerzo, aunque sé cuánta quietud interior se requiere para dominar el pincel como tú lo haces. Me gustan especialmente tus árboles otoñales que dejan caer sus hojas con gracia. Así deseo desprenderme de mis hojas en este otoño de la vida, con facilidad y elegancia. ¿Para qué apegarnos a lo que vamos a perder de todos modos? Supongo que me refiero a la juventud, que ha estado tan presente en nuestras conversaciones.

El jueves te prepararé un baño con sales y algas marítimas, que me enviaron de Japón.

Ichi

Samuel Mendel

Alma y Samuel Mendel se encontraron en París, en la primavera de 1967. Para Alma era la penúltima etapa de un viaje de dos meses en Kioto, donde practicó pintura
sumi-e
, tinta de obsidiana sobre papel blanco, bajo la estricta dirección de un maestro de caligrafía, que la obligaba a repetir el mismo trazo mil veces, hasta conseguir la combinación perfecta de ligereza y fuerza; entonces podía pasar a otro movimiento. Había ido a Japón varias veces. El país la fascinaba, sobre todo Kioto y algunas aldeas de las montañas, donde encontraba huellas de Ichimei por todas partes. Los trazos libres y fluidos del
sumi-e
, con el pincel vertical, le permitían expresarse con gran economía y originalidad; nada de detalles, sólo lo esencial, un estilo que Vera Neumann ya había desarrollado en pájaros, mariposas, flores y dibujos abstractos. Para entonces Vera tenía una industria internacional, vendía millones, empleaba a cientos de artistas, existían galerías de arte con su nombre y veinte mil tiendas alrededor del mundo que ofrecían sus líneas de ropa de moda y objetos de decoración y uso doméstico; pero esa producción masiva no era el objetivo de Alma. Ella seguía fiel a su opción por la exclusividad. Después de dos meses de pinceladas negras, estaba preparándose para volver a San Francisco a experimentar con color.

Para su hermano Samuel, era la primera vez que volvía a París desde la guerra. En su pesado equipaje, ella llevaba un baúl con los rollos de sus dibujos y centenares de negativos de caligrafía y pintura para sacar ideas. El equipaje de Samuel era mínimo. Venía de Israel, con pantalón de camuflaje y chamarra de cuero, botas del

ejército y una mochila liviana con dos mudas de ropa interior. A los cuarenta y cinco años seguía viviendo como soldado, con la cabeza afeitada y la piel curtida como suela de zapato por el sol. Para los hermanos ese encuentro sería una romería al pasado. Con el tiempo y una tupida correspondencia habían ido cultivando la amistad, los dos eran inspirados para escribir. Alma tenía el entrenamiento de su juventud, cuando se volcaba por entero en sus diarios. Samuel, parco de palabra y desconfiado en persona, podía ser locuaz y amable por escrito.

En París alquilaron un coche y Samuel la llevó al pueblo donde murió la primera vez, guiado por Alma, que no había olvidado el camino hecho con sus tíos en los años cincuenta. Desde entonces Europa se había levantado de las cenizas y le costó reconocer el lugar, que antes era una aglomeración de ruinas, escombros y casas humilladas, y ahora estaba reconstruido, rodeado de viñedos y campos de lavanda, resplandeciente en la más luminosa estación del año. Incluso el cementerio gozaba de prosperidad. Había lápidas y ángeles de mármol, cruces y rejas de hierro, árboles sombríos, gorriones, palomas, silencio. La cuidadora, una joven amistosa, los guió por angostos senderos entre las tumbas buscando la placa colocada por los Belasco muchos años antes. Estaba intacta: *Samuel Mendel, piloto de la Real Fuerza Aérea de Gran Bretaña*
1922-1944,
. Debajo había otra placa más pequeña, también de bronce: *Muerto en combate por Francia y la libertad*. Samuel se quitó la boina y se rascó la cabeza, divertido.

—El metal parece recién pulido —observó.

—Mi abuelo lo limpia y mantiene las tumbas de los soldados. Él puso la segunda placa. Mi abuelo estuvo en la Resistencia, ¿sabe?

—¡No me diga! ¿Cómo se llama?

—Clotaire Martinaux.

—Lamento no haberle conocido —dijo Samuel.

—¿Usted también estuvo en la Resistencia?

—Sí, por un tiempo.

—Entonces tiene que venir a nuestra casa a tomarse una copa, mi abuelo estará feliz de verlo, señor…

—Samuel Mendel.

La joven vaciló un momento, se acercó a leer de nuevo el

nombre de la placa y se volvió extrañada.

—Sí, soy yo. No estoy completamente muerto, como puede ver —dijo Samuel.

Terminaron los cuatro instalados en la cocina de una casa cercana, bebiendo Pernaud y comiendo *baguette* con salchichón. Clotaire Martinaux, bajo y rechoncho, con una risa estrepitosa y olor a ajo, los abrazó estrechamente, contento de responder al interrogatorio de Samuel, llamándolo *mon frère* y llenándole el vaso una y otra vez. No era uno de los héroes fabricados después del Armisticio, como Samuel pudo comprobar. Había oído hablar del avión inglés derribado en su pueblo, del rescate de uno de los tripulantes y conocía a dos de los hombres que lo escondieron y los nombres de los otros. Escuchó la historia de Samuel secándose los ojos y sonándose la nariz con el mismo pañuelo que se ataba al cuello y que usaba para limpiarse el sudor de la frente y la grasa de las manos. «Mi abuelo siempre fue muy llorón», comentó la nieta a modo de explicación.

Samuel le contó a su anfitrión que su nombre en la Resistencia judía era Jean Valjean y que pasó meses con la mente confundida por el traumatismo en la cabeza que sufrió al caer del avión, pero que poco a poco comenzó a recuperar algunos de sus recuerdos. Tenía imágenes borrosas de una casa grande y empleadas con delantales negros y tocas blancas, pero ninguna de su familia. Pensaba que si algo quedaba en pie al concluir la guerra, iría a buscar sus raíces en Polonia, porque de allí era la lengua en que sumaba, restaba, maldecía y soñaba; en alguna parte de ese país debía de existir esa casa grabada en su mente.

—Tenía que esperar que acabara la guerra para averiguar mi propio nombre y la suerte de mi familia. En 1944 ya se vislumbraba la derrota de los alemanes, ¿se acuerda, monsieur Martineaux? La situación empezó a darse la vuelta inesperadamente en el Frente del Este, donde los británicos y los americanos menos lo suponían. Creían que el Ejército Rojo se componía de bandas de campesinos indisciplinados, mal nutridos y mal armados, incapaces de hacerle frente a Hitler.

—Me acuerdo muy bien, *mon frère* —dijo Martineaux—. Después de la batalla de Stalingrado el mito de que Hitler era invencible empezó a resquebrajarse y pudimos tener alguna esperanza. Hay

que reconocerlo, fueron los rusos quienes le quebraron la moral y el espinazo a los alemanes en 1943.

—La derrota de Stalingrado los obligó a replegarse hasta Berlín —agregó Samuel.

—Después vino el desembarco de los aliados en Normandía, en junio de 1944, y dos meses después la liberación de París. ¡Ah! ¡Qué día inolvidable!

—Yo caí prisionero. Mi grupo fue diezmado por las SS y mis camaradas que quedaron con vida fueron ejecutados de un tiro en la nuca apenas se rindieron. Yo escapé por casualidad, andaba buscando comida. Mejor dicho, andaba rondando las fincas de los alrededores a ver a qué podía echar mano. Comíamos hasta perros y gatos, lo que hubiera.

Le contó lo que fueron esos meses, los peores de la guerra para él. Solo, desorientado, famélico, sin contacto con la Resistencia, vivió de noche, alimentándose de tierra agusanada y comida robada, hasta que lo apresaron a fines de septiembre. Pasó los cuatro meses siguientes en trabajos forzados, primero en Monowitz y después en Auschwitz-Birkenau, donde ya habían perecido un millón doscientos mil hombres, mujeres y niños. En enero, ante el avance inminente de los rusos, los nazis recibieron órdenes de deshacerse de las evidencias de lo ocurrido allí. Evacuaron a los detenidos en una marcha por la nieve, sin alimentos ni abrigo, rumbo a Alemania. Los que quedaron atrás, porque estaban demasiado débiles, iban a ser ejecutados, pero en la prisa por huir de los rusos, los SS no alcanzaron a destruir todo y dejaron vivos a siete mil prisioneros. Él estaba entre ellos.

—No creo que los rusos llegaran con el propósito de liberarnos —explicó Samuel—. El Frente Ucraniano pasaba cerca y abrió los portones del campo. Los que todavía podíamos movernos, salimos arrastrándonos. Nadie nos detuvo. Nadie nos ayudó. Nadie nos ofreció un pedazo de pan. Nos echaban de todas partes.

—Lo sé, *mon frère*. Aquí en Francia nadie ayudaba a los judíos, se lo digo con mucha vergüenza. Pero piense que eran tiempos terribles, todos pasamos hambre y en esas circunstancias se pierde la humanidad.

—Tampoco los sionistas de Palestina querían a los supervivientes de los campos de concentración, éramos el residuo

inservible de la guerra —dijo Samuel.

Le explicó que los sionistas buscaban gente joven, fuerte, sana; guerreros corajudos para hacer frente a los árabes y trabajadores obstinados para labrar ese terreno árido. Pero una de las pocas cosas de su vida anterior que él recordaba era volar y eso le facilitó la inmigración. Se convirtió en soldado, piloto y espía. Acompañó como escolta a David Ben Gurión durante la creación del Estado de Israel, en 1948, y un año más tarde se convirtió en uno de los primeros agentes del Mosad.

Los hermanos pasaron la noche en un hostal del pueblo y al día siguiente regresaron a París a tomar un avión a Varsovia. En Polonia buscaron inútilmente las huellas de sus padres; sólo encontraron sus nombres en una lista de la Agencia Judía de las víctimas de Treblinka. Y juntos recorrieron los restos de Auschwitz, donde Samuel intentaba reconciliarse con el pasado, pero fue un peregrinaje a sus más horrendas pesadillas, que sólo renovó su certeza de que los seres humanos son las bestias más crueles del planeta.

—Los alemanes no son una raza de psicópatas, Alma. Son gente normal, como tú y como yo, pero cualquiera con fanatismo, poder e impunidad puede transformarse en una bestia, como los SS en Auschwitz —le dijo a su hermana.

—¿Crees que, dada la oportunidad, tú también te comportarías como una bestia, Samuel?

—No es que lo crea, Alma, lo sé. He sido militar toda mi vida. He hecho la guerra. He interrogado a prisioneros, a muchos prisioneros. Pero supongo que no quieres conocer los detalles.

Nathaniel

A Nathaniel Belasco el mal solapado que habría de acabar con él lo fue acechando, con años de anticipación sin que nadie, ni él mismo, lo supiera. Los primeros síntomas se confundieron con la gripe, que ese invierno atacó en masa a la población de San Francisco, y desaparecieron en un par de semanas. No volvieron a repetirse hasta años más tarde y entonces dejaron una secuela de tremenda fatiga; algunos días andaba arrastrando los pies y encogido de hombros, como si llevara un saco de arena a la espalda. Siguió trabajando el mismo número de horas diarias, pero el tiempo le rendía poco, se acumulaban documentos en su escritorio, que parecían expandirse y reproducirse solos por las noches, se confundía, perdía el rastro de los casos que estudiaba a conciencia y que antes podía resolver con los ojos cerrados, de repente no recordaba lo que acababa de leer. Había padecido insomnio toda su vida, y se le agravó con episodios de fiebre y sudor. «Los dos estamos sufriendo los sofocos de la menopausia», le comentaba a Alma, riéndose, pero a ella no le hacía gracia. Dejó los deportes y el velero quedó anclado en la marina para que las gaviotas hicieran sus nidos en él. Le costaba tragar, empezó a perder peso, no tenía apetito. Alma le preparaba batidos con un polvo de proteínas, que él bebía con dificultad y después los vomitaba calladamente para que ella no se alarmara. Cuando le salieron llagas en la piel, el médico de la familia, una reliquia tan antigua como algunos de los muebles comprados por Isaac Belasco en 1914, que había tratado los síntomas sucesivamente como anemia, infección intestinal, migraña y depresión, lo envió a un especialista en cáncer.

Aterrada, Alma comprendió cuánto amaba y cómo necesitaba a Nathaniel y se dispuso a dar la pelea contra la enfermedad, contra

el destino, contra los dioses y los diablos. Abandonó casi todo por concentrarse en su cuidado. Dejó de pintar, despidió a los empleados del taller y sólo iba allí una vez al mes a vigilar al servicio de limpieza. El enorme estudio, iluminado por la luz difusa del vidrio opaco en las ventanas, se sumió en un sosiego de catedral. El movimiento terminó de un día para otro y el taller quedó detenido en el tiempo, como un truco cinematográfico, listo para recomenzar al instante siguiente, las largas mesas protegidas por lienzos, los rollos de tela en pie, como esbeltos guardianes, y otras ya pintadas colgando de bastidores, las muestras de dibujos y colores en las paredes, los tarros y frascos, los rodillos, pinceles y brochas, el murmullo fantasmagórico de la ventilación difundiendo eternamente la fragancia penetrante de la pintura y el disolvente. Cesaron sus viajes, que por años le habían aportado inspiración y libertad. Lejos de su medio, Alma se desprendía de la piel y renacía fresca, curiosa, dispuesta a la aventura, abierta a lo que le ofreciera el día, sin planes ni temores. Tan real era esa nueva Alma trashumante, que a veces se sorprendía al verse en los espejos de los hoteles de paso, porque no esperaba encontrar el mismo rostro que tenía en San Francisco. También dejó de ver a Ichimei.

Se habían reencontrado por casualidad siete años después del funeral de Isaac Belasco y catorce antes de que se manifestara plenamente la enfermedad de Nathaniel, en la exposición anual de la Sociedad de Orquídeas, entre miles de visitantes. Ichimei la vio antes y se acercó a saludarla. Estaba solo. Hablaron de las orquídeas —había dos ejemplares de su vivero en la exposición—, y después se fueron a comer a un restaurante cercano. Empezaron charlando de esto y aquello: Alma de sus viajes recientes, sus nuevos diseños y su hijo Larry; Ichimei de sus plantas y sus hijos, Miki de dos años y Peter, un bebé de ocho meses. No mencionaron a Nathaniel ni a Delphine. La comida se prolongó tres horas sin una pausa, tenían todo que decirse y lo hicieron con incertidumbre y cautela, sin caer en el pasado, como deslizándose sobre hielo quebradizo, estudiándose, notando los cambios, tratando de adivinar las intenciones, conscientes de la ardiente atracción que permanecía intacta. Ambos habían cumplido treinta y siete años; ella representaba más, se habían acentuado sus facciones, estaba más delgada, angulosa y segura de sí misma, pero Ichimei no había

cambiado, tenía el mismo aspecto de adolescente sereno de antes, la misma voz baja y modales delicados, la misma capacidad de invadir hasta la última de sus células con su intensa presencia. Alma podía ver al niño de ocho años en el invernadero de Sea Cliff, al de diez que le entregó un gato antes de desaparecer, al amante incansable del motel de las cucarachas, al hombre de luto en el funeral de su suegro, todos iguales, como imágenes sobrepuestas en papel transparente. Ichimei era inmutable, eterno. El amor y el deseo por él le quemaban la piel, quería estirar las manos a través de la mesa y tocarlo, acercarse, hundir la nariz en su cuello y comprobar que todavía olía a tierra y hierbas, decirle que sin él vivía sonámbula, que nada ni nadie podía llenar el vacío terrible de su ausencia, que daría todo por volver a estar desnuda en sus brazos, nada importaba sino él. Ichimei la acompañó a su coche. Se fueron caminando lentamente, dando rodeos para demorar el momento de la separación. Tomaron el ascensor al tercer piso del estacionamiento, ella sacó su llave y le ofreció llevarlo hasta su vehículo, que estaba a sólo una cuadra de distancia, y él aceptó. En la íntima penumbra del coche se besaron, reconociéndose.

En los años venideros habrían de mantener su amor en un compartimento separado del resto de sus vidas y lo vivirían a fondo sin permitir que rozara a Nathaniel y Delphine. Al estar juntos, nada más existía, y al despedirse en el hotel donde acababan de saciarse, quedaba entendido que no volverían a tener contacto hasta la cita siguiente, excepto por carta. Alma atesoraba esas cartas, aunque en ellas Ichimei mantenía el tono reservado propio de su raza, que contrastaba con sus delicadas pruebas de amor y sus arranques de pasión cuando estaban juntos. El sentimentalismo lo abochornaba profundamente, su manera de manifestarse era preparando un pícnic para ella en preciosas cajas de madera, enviándole gardenias, porque a ella le gustaba esa fragancia, que jamás usaría en una colonia, preparándole té ceremoniosamente, dedicándole poemas y dibujos. A veces, en privado, la llamaba «mi pequeña», pero no lo ponía por escrito. Alma no necesitaba darle explicaciones a su marido, porque llevaban vidas independientes, y nunca le preguntó a Ichimei cómo se las arreglaba para mantener ignorante a Delphine, ya que convivían y trabajaban estrechamente. Sabía que él amaba a su mujer, que era buen padre y hombre de

familia, que tenía una situación especial en la comunidad japonesa, donde lo consideraban un maestro y lo llamaban para aconsejar a los descarriados, reconciliar a los enemigos y servir de árbitro justo en las disputas. El hombre del amor calcinante, de los inventos eróticos, de la risa, las bromas y los juegos entre las sábanas, de la urgencia y la voracidad y la alegría, de las confidencias susurradas en la pausa entre dos abrazos, de los besos interminables y la intimidad más delirante, ese hombre sólo existía para ella.

Las cartas comenzaron a llegar después de su encuentro entre las orquídeas y se intensificaron cuando Nathaniel enfermó. Durante un tiempo interminable para ellos, esa correspondencia reemplazó a los encuentros clandestinos. Las de Alma eran las cartas descarnadas y angustiosas de una mujer afligida por la separación; las de Ichimei eran como agua reposada y cristalina, pero entre líneas palpitaba la pasión compartida. Para Alma, esas cartas revelaban la exquisita tapicería interior de Ichimei, sus emociones, sueños, añoranzas e ideales; pudo conocerlo y amarlo y desearlo más por esas misivas que por las escaramuzas amorosas. Llegaron a serle tan indispensables, que cuando quedó viuda y libre, cuando podían hablar por teléfono, verse con frecuencia y hasta viajar juntos, siguieron escribiéndose. Ichimei cumplió rigurosamente con el acuerdo de destruir las cartas, pero Alma guardó las de él para releerlas a menudo.

18 de julio de 1984

Sé cómo estás sufriendo y me apena no poder ayudarte. Mientras te escribo, sé que estás angustiada negociando con la enfermedad de tu marido. No puedes controlar esto, Alma, sólo puedes acompañarlo con mucho valor.

Nuestra separación es muy dolorosa. Estamos acostumbrados a nuestros jueves sagrados, las cenas privadas, los paseos en el parque, las breves aventuras de un fin de semana. ¿Por qué el mundo me parece desteñido? Los sonidos me llegan de lejos, como en sordina, la comida sabe a jabón. ¡Tantos meses sin vernos! Compré tu colonia para sentir tu olor. Me consuelo escribiendo poesía, que un día te daré porque es para ti.

¡Y tú me acusas de no ser romántico!

De poco me han servido los años de práctica espiritual si no he logrado despojarme del deseo. Espero tus cartas y tu voz en el teléfono, te imagino llegar corriendo… A veces el amor duele.

Ichi

Nathaniel y Alma ocupaban las dos habitaciones que habían sido de Lillian e Isaac, comunicadas por una puerta, que de tanto permanecer abierta, ya no podía cerrarse. Volvieron a compartir el insomnio como en los primeros tiempos de casados, muy juntos en un sofá o en la cama, ella leyendo, con el libro en una mano y acariciando a Nathaniel con la otra, mientras él descansaba con los ojos cerrados, respirando con un borboteo en el pecho. En una de esas noches largas se sorprendieron mutuamente llorando en silencio, para no molestar al otro. Primero Alma sintió las mejillas húmedas de su marido e inmediatamente él notó las lágrimas de ella, tan raras, que se incorporó para verificar si eran reales. No recordaba haberla visto llorar ni en los momentos más amargos.

—Te estás muriendo, ¿verdad? —murmuró ella.

—Sí, Alma, pero no llores por mí.

—No lloro sólo por ti, sino por mí. Y por nosotros, por todo lo que no te he dicho, por las omisiones y mentiras, por las traiciones y el tiempo que te robé.

—¡Qué dices, por Dios! No me has traicionado por amar a Ichimei, Alma. Hay omisiones y mentiras necesarias, como hay verdades que más vale callar.

—¿Sabes lo de Ichimei? ¿Desde cuándo? —se sorprendió ella.

—Desde siempre. El corazón es grande, se puede amar a más de una persona.

—Háblame de ti, Nat. Nunca he indagado en tus secretos, que imagino son muchos, para no tener que revelarte los míos.

—¡Nos hemos querido tanto, Alma! Uno siempre debiera casarse con la mejor amiga. Te conozco como nadie. Lo que no me has dicho lo puedo adivinar; pero tú no me conoces a mí. Tienes derecho a saber quién soy verdaderamente.

Y entonces le habló de Lenny Beal. El resto de esa larga noche en blanco se contaron todo con la urgencia de saber que les

quedaba poco tiempo juntos.

Desde que podía recordar, Nathaniel había sentido una mezcla de fascinación, temor y deseo por los de su mismo sexo, primero por sus compañeros de escuela, después por otros hombres y finalmente por Lenny, que había sido su pareja durante ocho años. Había luchado contra esos sentimientos, desgarrado entre los impulsos del corazón y la voz implacable de la razón. En la escuela, cuando todavía él mismo no podía identificar lo que sentía, los otros niños sabían visceralmente que él era diferente y lo castigaban con golpes, burlas y ostracismo. Esos años, cautivo entre matones, fueron los peores de su vida. Cuando terminó la escuela, desgajado entre los escrúpulos y la fogosidad incontrolable de la juventud, se dio cuenta de que no era excepcional, como creía; en todos lados se topaba con hombres que lo miraban directamente a los ojos con una invitación o una súplica. Lo inició otro alumno de Harvard. Descubrió que la homosexualidad era un mundo paralelo, coexistente con la realidad aceptada. Conoció a individuos de muchas clases. En la universidad: profesores, intelectuales, estudiantes, un rabino y un jugador de fútbol; en la calle: marineros, obreros, burócratas, políticos, comerciantes y delincuentes. Era un mundo incluyente, promiscuo y todavía discreto, porque se enfrentaba al juicio terminante de la sociedad, la moral y la ley. A los gais no los admitían en hoteles, clubes ni iglesias, no les servían licor en bares y podían echarlos de lugares públicos, acusados con o sin razón de conducta desordenada; los bares y clubes gais pertenecían a la mafia. De regreso a San Francisco, con el diploma de abogado bajo el brazo, se encontró con los primeros signos de una naciente cultura gay, que no llegaría a manifestarse abiertamente hasta varios años más tarde. Cuando comenzaron los movimientos sociales de la década de los sesenta, entre ellos la Liberación Gay, Nathaniel estaba casado con Alma y su hijo Larry tenía diez años. «No me casé contigo para disimular mi homosexualidad, sino por amistad y por amor», le dijo a Alma esa noche. Fueron años de esquizofrenia: una vida pública irreprochable y de éxito, otra vida ilícita y escondida. Conoció a Lenny Beal en 1976 en un baño turco para hombres, el lugar más

propicio para excesos y menos propicio para iniciar un amor como el de ellos.

Nathaniel iba a cumplir cincuenta años y Lenny era seis menor que él, hermoso como las deidades masculinas de las estatuas romanas, irreverente, exaltado y pecaminoso, lo opuesto en carácter a Nathaniel. La atracción física fue instantánea. Se encerraron en uno de los cubículos y estuvieron hasta el amanecer perdidos en el placer, atacándose como luchadores y chapaleando juntos en el enredo y el delirio de los cuerpos. Se dieron cita para el día siguiente en un hotel, donde llegaron separados. Lenny llevó marihuana y cocaína, pero Nathaniel le pidió que no las usaran; deseaba vivir esa experiencia con plena consciencia. Una semana más tarde ya sabían que el fogonazo del deseo había sido sólo el comienzo de un amor colosal y sucumbieron sin resistencia al imperativo de vivirlo con plenitud. Alquilaron un estudio en el centro de la ciudad, donde pusieron un mínimo de muebles y el mejor equipo de música, con el compromiso de que sólo ellos pondrían los pies allí. Nathaniel terminó la búsqueda iniciada treinta y cinco años atrás, pero en apariencia nada cambió en su existencia: siguió siendo el mismo modelo de burgués; nadie pudo sospechar qué le pasaba ni notar que sus horas de oficina y su entrega al deporte habían sufrido una reducción drástica. Por su parte, Lenny se transformó bajo la influencia de su amante. Asentó por primera vez su turbulenta existencia y se atrevió a sustituir el ruido y la actividad demencial por la contemplación de la felicidad recién descubierta. Si no estaba con Nathaniel, estaba pensando en él. No volvió a ir a baños o clubes gais; sus amigos rara vez lograban tentarlo con alguna fiesta, no le interesaba conocer a nadie más, porque Nathaniel le bastaba, era el sol, el centro de sus días. Se instaló en el sosiego de ese amor con devoción de puritano. Adoptó la música, la comida y los tragos preferidos de Nathaniel, sus suéteres de cachemira, su abrigo de pelo de camello, su loción de afeitar. Nathaniel hizo instalar una línea telefónica personal en su oficina, cuyo número sólo usaba Lenny, así se comunicaban; salían en el velero, hacían excursiones, se encontraban en ciudades distantes, donde nadie los conocía.

Al principio, la incomprensible enfermedad de Nathaniel no entorpeció el vínculo con Lenny; los síntomas eran diversos y esporádicos, iban y venían sin causa ni relación aparente. Después, cuando Nathaniel se fue desdibujando y reduciendo a un espectro del que fue, cuando tuvo que aceptar sus limitaciones y pedir ayuda, se terminaron las diversiones. Perdió el ánimo de la vida, sintió que todo a su alrededor se volvía pálido y tenue, se abandonó a la nostalgia del pasado, como un anciano, arrepentido de algunas cosas que hizo y muchas que no alcanzó a hacer. Sabía que la vida se le acortaba rápidamente y tenía miedo. Lenny no lo dejaba caer en la depresión, lo sostenía con buen humor fingido y la firmeza de su amor, que en esos tiempos de prueba no hizo más que crecer y crecer. Se juntaban en el pequeño apartamento para consolarse mutuamente. A Nathaniel le faltaban fuerzas y deseo para hacer el amor, pero Lenny no se lo pedía, se contentaba con los momentos de intimidad en que podía calmarlo si tiritaba de fiebre, darle yogur con una cucharilla de bebé, acostarse a su lado a oír música, frotarle las escaras con bálsamos, sostenerlo en el excusado. Por último, Nathaniel ya no pudo salir de su casa y Alma asumió el papel de enfermera con la misma perseverante ternura de Lenny, pero ella era sólo la amiga y esposa, mientras que Lenny era su gran amor. Así lo entendió Alma esa noche de las confidencias.

Al amanecer, cuando por fin Nathaniel pudo dormir, ella buscó el número de Lenny Beal en la guía y lo llamó por teléfono para rogarle que fuera a ayudarla. Juntos podrían sobrellevar mejor la angustia de esa agonía, le dijo. Lenny llegó en menos de cuarenta minutos. Alma, todavía en pijama y bata, le abrió la puerta. Él se encontró frente a una mujer devastada por el insomnio, la fatiga y el sufrimiento; ella vio a un hombre guapo, con el pelo húmedo por la ducha reciente y los ojos más azules del mundo, enrojecidos.

—Soy Lenny Beal, señora —balbuceó, conmovido.

—Llámeme Alma, por favor. Ésta es su casa, Lenny —replicó ella.

Él quiso tenderle la mano, pero no alcanzó a completar el gesto y se abrazaron, trémulos.

Lenny comenzó a visitar la casa de Sea Cliff a diario, después de su trabajo en la clínica dental. Le dijeron a Larry y Doris, a los empleados, a los amigos y conocidos que llegaban de visita, que

Lenny era un enfermero. Nadie hizo preguntas. Alma llamó a un carpintero, que arregló la puerta trabada del dormitorio, y los dejaba solos. Sentía un alivio inmenso cuando a su marido se le iluminaba la mirada al ver aparecer a Lenny. A la hora del crepúsculo los tres tomaban té con panecillos ingleses y a veces, si Nathaniel estaba animado, jugaban a las cartas. Para entonces había un diagnóstico, el más temible de todos: sida. Hacía sólo un par de años que el mal tenía nombre, pero ya se sabía que era una condena a muerte; unos caían antes, otros después; todo era cuestión de tiempo. Alma no quiso averiguar por qué le tocó a Nathaniel y no a Lenny, pero si lo hubiera hecho, nadie habría podido darle una respuesta categórica. Los casos se multiplicaban a tal velocidad, que ya se hablaba de epidemia mundial y de castigo de Dios por la infamia de la homosexualidad. «Sida» se pronunciaba en susurros, no se podía admitir su presencia en una familia o en una comunidad, porque equivalía a proclamar imperdonables perversiones. La explicación oficial, incluso para la familia, fue que Nathaniel tenía cáncer. Como la ciencia tradicional nada podía ofrecer, Lenny se fue a México a buscar drogas misteriosas, que de nada sirvieron, mientras Alma recurría a cuanta promesa de la medicina alternativa consiguió, desde acupuntura, hierbas y ungüentos de Chinatown, hasta baños de lodo mágico en las termas de Calistoga. Entonces pudo entender los recursos desquiciados de Lillian para curar a Isaac y lamentó haber tirado a la basura la estatuilla del barón Samedi.

Nueve meses más tarde, el cuerpo de Nathaniel estaba reducido a un esqueleto, el aire apenas penetraba en el laberinto atascado de sus pulmones, sufría una sed insaciable y llagas en la piel, no tenía voz y su mente divagaba en terribles delirios. Entonces, un domingo somnoliento en que estaban solos en la casa, Alma y Lenny, tomados de la mano en la penumbra de la habitación cerrada, le rogaron a Nathaniel que dejara de luchar y se fuera tranquilo. No podían seguir presenciando ese martirio. En un instante milagroso de lucidez, Nathaniel abrió los ojos, nublados por el dolor, y movió los labios formando una sola palabra muda: gracias. Lo interpretaron como lo que en verdad era, una orden. Lenny lo besó en los labios antes de inyectar una sobredosis de morfina en la goma del suero intravenoso. Alma, de rodillas al otro lado de la

cama, le fue recordando a su marido quedamente cuánto lo amaban ella y Lenny y cuánto les había dado a ambos y a mucha otra gente, que sería recordado siempre, que nada podría separarlos…

Compartiendo té de mango y recuerdos en Lark House, Alma y Lenny se preguntaron por qué dejaron pasar tres décadas sin hacer ningún intento de volver a conectarse. Después de cerrarle los ojos a Nathaniel, de ayudar a Alma a arreglar el cuerpo, para presentárselo lo mejor posible a Larry y Doris, y de eliminar las huellas delatoras de lo sucedido, Lenny se despidió de Alma y se fue. Habían pasado meses juntos en la intimidad absoluta del sufrimiento y la incertidumbre de la esperanza, nunca se habían visto a la luz del día, sólo dentro de esa alcoba que olía a mentol y a muerte mucho antes de que ésta acudiera a reclamar a Nathaniel. Habían compartido noches en blanco, bebiendo whisky aguado o fumando marihuana para aliviar la angustia, en las que se contaron sus vidas, desenterraron anhelos y secretos, y llegaron a conocerse a fondo. En esa parsimoniosa agonía no cabían pretensiones de ninguna clase, se revelaron como eran a solas consigo mismos, al desnudo. A pesar de eso, o tal vez por eso, llegaron a quererse con un cariño diáfano y desesperado que requería una separación, porque no habría resistido el desgaste irremediable de lo cotidiano.

—Tuvimos una amistad rara —dijo Alma.

—Nathaniel estaba tan agradecido de que los dos estuviéramos con él, que una vez me pidió que me casara contigo cuando enviudaras. No quería dejarte desamparada.

—¡Qué idea genial! ¿Por qué no me lo propusiste, Lenny? Habríamos hecho buena pareja. Nos habríamos acompañado y guardado las espaldas, como Nathaniel y yo.

—Soy gay, Alma.

—Nathaniel también. Habríamos tenido un matrimonio blanco, sin cama; tú con tu vida amorosa y yo con Ichimei. Muy conveniente, ya que no podíamos exponer nuestros amores en público.

—Todavía es tiempo. ¿Quieres casarte conmigo, Alma Belasco?

—Pero ¿no me dijiste que te ibas a morir pronto? No quiero ser viuda por segunda vez.

Se echaron a reír con ganas y la risa los animó a ir al comedor a ver si el menú incluía algo tentador. Lenny ofreció el brazo a Alma y salieron por el pasillo de vidrio hacia la casa principal, la antigua mansión del magnate del chocolate, sintiéndose envejecidos y contentos, preguntándose por qué se habla tanto de tristezas y malestares y no de la felicidad. «¿Qué hacer con esta felicidad que nos llega sin motivo especial, esta felicidad que no requiere nada para existir?», preguntó Alma. Avanzaban con pasos cortos y vacilantes, apoyándose el uno en el otro, friolentos, porque estaba terminando el otoño, aturdidos por el torrente de recuerdos tenaces, recuerdos de amor, invadidos por esa felicidad compartida. Alma señaló a Lenny la visión fugaz de unos velos rosados en el parque, pero estaba oscureciendo y tal vez no era Emily anunciando una desgracia, sino un espejismo, como tantos en Lark House.

El amante japonés

El viernes Irina Bazili llegó temprano a Lark House a echar una mirada a Alma antes de empezar su jornada. Alma ya no la necesitaba para vestirse, pero agradecía que la muchacha se asomara en su apartamento para compartir la primera taza de té del día. «Cásate con mi nieto, Irina; nos harías un favor a todos los Belasco», le repetía. Irina habría debido aclararle que no lograba vencer el terror del pasado, pero no podía mencionar nada de eso sin morirse de vergüenza. Cómo iba a decirle a la abuela que los engendros de su memoria, habitualmente agazapados en sus madrigueras, asomaban sus cabezas de lagarto cuando se disponía a hacer el amor con su nieto. Seth entendía que no estaba lista para hablar y dejó de presionarla para que consultaran a un psiquiatra; por el momento era suficiente con que él fuera su confidente. Podían esperar. Irina le había propuesto una cura de caballo: ver juntos los vídeos filmados por su padrastro, que todavía andaban por ahí y seguirían haciéndola sufrir hasta el fin de sus días, pero Seth temía que, una vez sueltas, esas criaturas retorcidas serían incontrolables. La cura de él consistía en ir poco a poco, con amor y humor, así que iban avanzando en una danza de dos pasos adelante y uno atrás; ya dormían en la misma cama y a veces amanecían abrazados.

Esa mañana Irina no había encontrado a Alma en su apartamento, ni el bolso de sus salidas secretas o sus camisas de dormir de seda. Por una vez, tampoco estaba el retrato de Ichimei. Supo que su automóvil no estaría en el estacionamiento y no se alarmó, porque Alma ya se había afirmado en sus piernas y supuso que Ichimei la estaría aguardando. No andaría sola.

El sábado no tenía turno en Lark House y se quedó dormitando

hasta las nueve, lujo que podía darse los fines de semana desde que vivía con Seth y había dejado de bañar perros. Él la despabiló con un tazón de café con leche y se sentó a su lado en la cama a planear el día. Venía del gimnasio, recién duchado, con el pelo húmedo y todavía agitado por el ejercicio, sin imaginar que ese día no tendría planes con Irina, sería un día de despedida. El teléfono sonó en ese momento con la llamada de Larry Belasco para anunciarle a su hijo que el coche de la abuela había patinado en un camino rural y cayó por un barranco de quince metros.

—Está en la unidad de cuidados intensivos del Hospital General de Marin —dijo.

—¿Grave? —preguntó Seth, aterrado.

—Sí. Su coche quedó totalmente destrozado. No sé qué andaba haciendo mi madre por esos sitios.

—¿Iba sola, papá?

—Sí.

En el hospital encontraron a Alma consciente y lúcida, a pesar de las drogas que goteaban en su vena y que, según el médico, habrían noqueado a un burro. Había recibido el impacto del accidente sin una defensa. En un vehículo más pesado tal vez el descalabro habría sido menor, pero el pequeño Smartcar verde limón se desarmó y ella, sujeta a su asiento por el cinturón de seguridad, quedó aplastada. Mientras el resto de la familia Belasco se lamentaba en la sala de espera, Larry le explicó a Seth que existía la posibilidad de una medida extrema: abrir a Alma en canal, colocar los órganos desplazados en el sitio correspondiente y mantenerla abierta varios días, hasta que bajara la inflamación y se pudiera intervenir. Después se podría pensar en operar los huesos rotos. El riesgo, enorme en una persona joven, era mucho mayor en alguien de más de ochenta años, como Alma; el cirujano que la recibió en el hospital no se atrevía a intentarlo. Catherine Hope, que llegó de inmediato con Lenny Beal, opinó que una intervención de esa magnitud sería cruel e inútil; sólo cabía mantener a Alma lo más cómoda posible y esperar su fin, que no iba a tardar. Irina dejó a la familia discutiendo con Cathy la idea de trasladarla a San Francisco, donde había más recursos, y entró sigilosamente a la habitación de Alma.

—¿Tiene dolor? —le preguntó en un susurro—. ¿Quiere que

llame a Ichimei?

Alma estaba recibiendo oxígeno, pero respiraba sola, y le hizo un gesto leve para que se acercara. Irina no quiso pensar en el cuerpo herido bajo el armazón cubierto por una sábana; se concentró en el rostro, que estaba intacto y parecía embellecido.

—Kirsten —balbuceó Alma.

—¿Quiere que busque a Kirsten? —le preguntó Irina, sorprendida.

—Y diles que no me toquen —agregó Alma claramente antes de cerrar los ojos, exhausta.

Seth llamó al hermano de Kirsten y esa misma tarde él la llevó al hospital. La mujer se sentó en la única silla de la habitación de Alma, aguardando instrucciones sin apuro, como había hecho pacientemente en el taller durante los meses anteriores, antes de trabajar con Catherine Hope en la clínica del dolor. En algún momento, con los últimos rayos de luz en la ventana, Alma volvió del letargo de las drogas. Recorrió con la vista a quienes estaban a su alrededor, esforzándose por reconocerlos: su familia, Irina, Lenny, Cathy, y pareció animarse cuando su mirada se detuvo en Kirsten. La mujer se acercó a la cama, le tomó la mano que no estaba conectada al gotero y empezó a darle besos húmedos desde los dedos hasta el codo, preguntándole, angustiada, si estaba enferma, si se iba a mejorar, y repitiendo que la quería mucho. Larry trató de apartarla, pero Alma le indicó débilmente que las dejaran solas.

La primera y segunda noche de vigilia se turnaron Larry, Doris y Seth, pero en la tercera Irina comprendió que la familia estaba en el límite de sus fuerzas y se ofreció para acompañar a Alma, que no había vuelto a hablar desde la visita de Kirsten y permanecía adormilada, jadeando como perro cansado, desprendiéndose de la vida. No es fácil vivir ni es fácil morir, pensó Irina. El médico aseguraba que no sentía dolor, estaba sedada hasta la médula.

A cierta hora fueron apagándose los ruidos del piso. En la habitación reinaba una penumbra apacible, pero los pasillos estaban siempre iluminados por lámparas potentes y el reflejo azul de las computadoras en la central de las enfermeras. El murmullo del aire acondicionado, la respiración esforzada de la mujer en la cama y de vez en cuando unos pasos o voces discretas al otro lado de la

puerta, eran los únicos sonidos que le llegaban a Irina. Le habían dado una frazada y un cojín para que se acomodara lo mejor posible, pero hacía calor y era imposible dormir en la silla. Se sentó en el suelo, apoyada en la pared, pensando en Alma, que tres días antes era todavía una mujer apasionada que había salido a toda prisa a encontrarse con su amante y ahora estaba moribunda en su último lecho. En un breve despertar, antes de perderse nuevamente en el sopor alucinante de las drogas, Alma le pidió que le pintara los labios, porque Ichimei iría a buscarla. Irina sintió un terrible desconsuelo, una oleada de amor por esa vieja estupenda, un cariño de nieta, de hija, de hermana, de amiga, mientras le corrían lágrimas por las mejillas que le mojaban el cuello y la blusa. Deseaba que Alma se fuera de una vez para acabar con el sufrimiento y también deseaba que no se fuera nunca, que se le acomodaran por obra divina los órganos desordenados y los huesos rotos, que resucitara y pudieran regresar juntas a Lark House y continuar con sus vidas como antes. Le dedicaría más tiempo, la acompañaría más, le arrancaría sus secretos del escondite donde los guardaba, le conseguiría otro gato igual que Neko y se las arreglaría para que tuviera gardenias frescas todas las semanas, sin decirle quién se las enviaba. Sus ausentes acudieron en tropel a acompañarla en su pena: sus abuelos color tierra, Jacques Devine y su escarabajo de topacio, los ancianos fallecidos en Lark House durante los tres años que había trabajado allí, Neko con su cola torcida y su ronroneo satisfecho, incluso su madre, Radmila, a quien ya había perdonado y de quien no había oído nada en muchos años. Quiso tener a Seth a su lado en ese momento, para presentarle a los personajes que no conocía de ese elenco y descansar aferrada a su mano. Se adormeció en la nostalgia y la tristeza, encogida en su rincón. No oyó a la enfermera que entraba regularmente a controlar el estado de Alma, ajustar el goteo y la aguja, tomarle la temperatura y la presión, administrarle los sedantes.

En la hora más oscura de la noche, la hora misteriosa del tiempo delgado, cuando el velo entre este mundo y el de los espíritus suele descorrerse, llegó por fin el visitante que Alma estaba esperando. Entró sin ruido, con zapatillas de goma, tan tenue, que Irina no habría despertado sin el gemido ronco de Alma al sentirlo cerca. ¡Ichi! Estaba junto a la cama, inclinado sobre ella, pero Irina, que

sólo podía ver su perfil, lo habría reconocido en cualquier parte, en cualquier momento, porque también lo estaba esperando. Era como lo había imaginado cuando estudiaba su retrato en el marco de plata, de mediana estatura y hombros fuertes, el pelo rígido y gris, la piel verdosa por la luz del monitor, el rostro noble y sereno. ¡Ichimei! Le pareció que Alma abría los ojos y repetía el nombre, pero no estaba segura y comprendió que en esa despedida debían estar solos. Se levantó con prudencia, para no molestarlos, y se deslizó fuera de la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas. Esperó en el pasillo, paseando para desentumecer las piernas dormidas, bebió dos vasos de agua de la fuente cerca del ascensor, después regresó a su puesto de centinela junto a la puerta de Alma.

A las cuatro de la madrugada llegó la enfermera de turno, una negra grande que olía a pan fragante, y se encontró con Irina bloqueando la entrada. «Por favor, déjelos solos un rato más», le suplicó la joven y procedió a hablarle atropelladamente del amante que había acudido a acompañar a Alma en ese último trance. No podían interrumpirlos. «A esta hora no hay visitantes», replicó la enfermera, extrañada, y sin más apartó a Irina y abrió la puerta. Ichimei se había ido y el aire de la habitación estaba lleno de su ausencia.

Alma se había ido con él.

Velaron en privado a Alma durante algunas horas en la mansión de Sea Cliff, donde había vivido casi toda su vida. Su sencillo ataúd de pino fue colocado en el comedor de los banquetes, alumbrado por dieciocho velas en las mismas *menorahs* de plata maciza que la familia usaba en las celebraciones tradicionales. Aunque no eran observantes, los Belasco se ciñeron a los ritos funerarios de acuerdo con las instrucciones del rabino. Alma había dicho en muchas ocasiones que quería salir de la cama al cementerio, nada de ritos en la sinagoga. Dos mujeres piadosas del Chaves Kadisha lavaron el cuerpo y lo vistieron con la humilde mortaja de lino blanco sin bolsillos, que simboliza la igualdad en la muerte y el abandono de todos los bienes materiales. Irina, como una sombra invisible, participó en el duelo detrás de Seth, que parecía atontado de dolor, incrédulo ante el súbito abandono de su abuela inmortal. Alguien

de la familia estuvo junto a ella hasta el momento de llevársela al cementerio, para darle tiempo al espíritu de desprenderse y despedirse. No hubo flores, que se consideran frívolas, pero ella llevó una gardenia al cementerio, donde el rabino dirigió una breve oración: *Dayan*
Ha'met
, Bendito es el Juez de la Verdad. Bajaron el ataúd a la tierra, junto a la tumba de Nathaniel Belasco, y cuando los familiares se acercaron a cubrirlo con puñados de tierra, Irina dejó caer la gardenia sobre su amiga. Esa noche comenzó el *shiva*, los siete días de duelo y retiro. En un gesto inesperado, Larry y Doris le pidieron a Irina que se quedara con ellos para consolar a Seth. Como los demás en la familia, Irina se puso un trozo de tela desgarrada, símbolo del duelo, en el pecho.

Al séptimo día, después de haber recibido a la fila de visitantes que llegaban a presentar sus condolencias todas las tardes, los Belasco recuperaron el ritmo habitual y cada uno volvió a sus vidas. Al cumplirse un mes del funeral, encenderían una vela en nombre de Alma y al cabo de un año habría una ceremonia simple para poner una placa con su nombre en la tumba. Para entonces la mayor parte de la gente que la había conocido pensaría poco en ella; Alma viviría en sus telas pintadas, en la memoria obsesiva de su nieto Seth y en los corazones de Irina Bazili y de Kirsten, quien nunca llegaría a comprender dónde se había ido. Durante el *shiva*, Irina y Seth aguardaron con impaciencia que se presentara Ichimei Fukuda, pero transcurrieron los siete días sin verlo.

Lo primero que hizo Irina después de esa semana de duelo ritual fue ir a Lark House a recoger las cosas de Alma. Había obtenido permiso de Hans Voigt para ausentarse por unos días, pero pronto debía reincorporarse al trabajo. El apartamento estaba tal cual lo dejó Alma, porque Lupita Farías decidió no hacer aseo hasta que la familia lo abandonara. Los escasos muebles, comprados para ese espacio reducido con ánimo utilitario, más que decorativo, irían a dar a la Tienda de los Objetos Olvidados, excepto el sillón color albaricoque, donde habían transcurrido los últimos años del gato, que Irina decidió dar a Cathy porque siempre le había gustado. Puso la ropa en maletas, los pantalones anchos, las túnicas de lino, los chalecos largos de lana de vicuña, las bufandas de seda,

preguntándose quién heredaría todo eso, deseando ser alta y fuerte como Alma para usar su ropa, ser como ella para pintarse los labios rojos y perfumarse con su colonia viril de bergamota y naranja. El resto lo puso en cajas, que el chofer de los Belasco recogería más tarde. Allí estaban los álbumes que resumían la vida de Alma, documentos, algunos libros, el cuadro lúgubre de Topaz y muy poco más. Se dio cuenta de que Alma había preparado su partida con la seriedad que la caracterizaba, se había desprendido de lo superfluo para quedarse sólo con lo indispensable, había puesto en orden sus pertenencias y sus recuerdos. En la semana del *shiva* Irina había tenido tiempo de llorarla, pero en esa tarea de acabar con su presencia en Lark House volvió a despedirse; fue como enterrarla de nuevo. Acongojada, se sentó en medio de las cajas y maletas y abrió el bolso que Alma siempre llevaba en sus escapadas, que la policía recuperó del Smartcar destrozado y que ella trajo del hospital. Dentro estaban sus camisas finas, su loción, sus cremas, un par de mudas y el retrato de Ichimei en el marco de plata. El vidrio estaba partido. Con cuidado retiró los pedazos y sacó la fotografía, despidiéndose también de ese enigmático amante. Y entonces le cayó en el regazo una carta, que Alma había guardado detrás de la fotografía.

En eso estaba, cuando alguien empujó la puerta entreabierta y asomó tímidamente la cabeza. Era Kirsten. Irina se puso de pie y la mujer la abrazó con el entusiasmo que siempre ponía en sus saludos.

—¿Dónde está Alma? —preguntó.

—En el cielo —fue la única respuesta que se le ocurrió a Irina.

—¿Cuándo vuelve?

—No va a volver, Kirsten.

—¿Nunca más?

—No.

Una sombra de tristeza o preocupación pasó fugazmente por el rostro inocente de Kirsten. Se quitó los lentes, los limpió con el borde de su camiseta, volvió a ponérselos y acercó la cara a Irina, para verla mejor.

—¿Prometes que no va a volver?

—Te lo prometo. Pero aquí tienes muchos amigos, Kirsten, todos te queremos mucho.

La mujer le hizo una seña de que esperara y se alejó por el pasillo con su bamboleo de pies planos en dirección a la casa del magnate del chocolate, donde estaba la clínica del dolor. Regresó a los quince minutos con su mochila a la espalda, jadeando por la prisa, que su corazón demasiado grande no soportaba bien. Cerró la puerta del apartamento, le puso el cerrojo, corrió las cortinas con sigilo y le hizo a Irina el gesto de callar con un dedo en los labios. Finalmente le pasó su mochila y aguardó con las manos en la espalda y una sonrisa de complicidad, balanceándose en los talones. «Para ti», le dijo.

Irina abrió la mochila, vio los paquetes sujetos con elásticos y supo de inmediato que eran las cartas que Alma había recibido regularmente y que tanto habían buscado Seth y ella, las cartas de Ichimei. No estaban perdidas para siempre en la caja de seguridad de un banco, como habían temido, sino en el lugar más seguro del mundo, la mochila de Kirsten. Irina comprendió que Alma, al verse moribunda, había relevado a Kirsten de la responsabilidad de guardarlas y le indicó a quién entregárselas. ¿Por qué a ella? ¿Por qué no a su hijo o a su nieto, sino a ella? Lo interpretó como el mensaje póstumo de Alma, su manera de decirle cuánto la quería, cuánto confiaba en ella. Sintió que algo dentro del pecho se le rompía con el sonido de un cántaro de greda al quebrarse y su corazón agradecido crecía, se ensanchaba, palpitaba como una anémona translúcida en el mar. Ante esa prueba de amistad se supo respetada como en los tiempos de la inocencia; los engendros de su pasado empezaron a retroceder y el espantoso poder de los vídeos de su padrastro se fue reduciendo a su dimensión real: carroña para seres anónimos, sin identidad ni alma, impotentes.

—Dios mío, Kirsten. Imagínate, llevo más de media vida con miedo de nada.

—Para ti —repitió Kirsten, señalando el contenido de su mochila volcado en el suelo.

Esa tarde, cuando Seth regresó a su apartamento, Irina le echó los brazos al cuello y lo besó con una alegría nueva, que en esos días de duelo parecía poco apropiada.

—Tengo una sorpresa para ti, Seth —le anunció.

—Yo también. Pero dame la tuya primero.

Impaciente, Irina lo guió a la mesa de granito de la cocina, donde estaban los paquetes de la mochila.

—Son las cartas de Alma. Te estaba esperando para abrirlas.

Los paquetes estaban marcados del uno al once. Contenían diez sobres cada uno, excepto el primero, con seis cartas y algunos dibujos. Se sentaron en el sofá y les echaron una ojeada en el orden en que su dueña los había dejado. Eran ciento catorce misivas, algunas breves, otras más extensas, unas más informativas que otras, firmadas simplemente Ichi. Las del primer sobre, escritas a lápiz en hojas de cuaderno, con letra infantil, eran de Tanforan y Topaz y estaban tan censuradas que se perdía el significado. En los dibujos ya se vislumbraba el estilo depurado de trazos firmes del cuadro que había acompañado a Alma en Lark House. Se necesitarían varios días para leer esa correspondencia, pero en el repaso somero que hicieron vieron que el resto de las cartas estaba fechado en distintos momentos a partir de 1969; eran cuarenta años de correspondencia irregular con una constante: eran mensajes de amor.

—También encontré una carta fechada en enero de 2010 detrás del retrato de Ichimei. Pero todas estas cartas son antiguas y están dirigidas a la casa de los Belasco en Sea Cliff. ¿Dónde están las que recibió en Lark House en los últimos tres años?

—Creo que son éstas, Irina.

—No te entiendo.

—Mi abuela coleccionó durante una vida las cartas de Ichimei que recibía en Sea Cliff, porque allí vivió siempre. Después, cuando se trasladó a vivir a Lark House, comenzó a enviarse las cartas a sí misma cada cierto tiempo, una a una, en los sobres amarillos que tú y yo vimos. Las recibía, las leía y las atesoraba como si fueran frescas.

—¿Por qué iba a hacer algo así, Seth? Alma estaba en sus cabales. Nunca dio muestras de senilidad.

—Eso es lo extraordinario, Irina. Lo hizo con plena consciencia y con sentido práctico para mantener viva la ilusión del gran amor de su vida. Esa vieja, que parecía hecha de material blindado, en el fondo era una incurable romántica. Estoy seguro de que también se enviaba las gardenias semanales y que sus escapadas no eran con su

amante; se iba sola a la cabaña de Point Reyes a revivir los encuentros del pasado, a soñarlos, ya que no podía compartirlos con Ichimei.

—¿Por qué no? Venía de estar allí con él cuando ocurrió el accidente. Ichimei fue al hospital a despedirse de ella, lo vi besarla, sé que se amaban, Seth.

—No puedes haberlo visto, Irina. Me extrañó que ese hombre no se diera por enterado del fallecimiento de mi abuela, ya que la noticia salió en los periódicos. Si la quería tanto como creemos, tendría que haberse presentado en el funeral o habernos dado sus condolencias en el *shiva*. Decidí buscarlo hoy mismo, quería conocerlo y salir de algunas dudas sobre mi abuela. Fue muy fácil, sólo tuve que presentarme en el vivero de los Fukuda.

—¿Todavía existe?

—Sí. Lo maneja Peter Fukuda, uno de los hijos de Ichimei. Cuando le dije mi apellido me recibió muy bien, porque sabía de la familia Belasco, y fue a llamar a su madre, Delphine. La señora es muy amable y bonita, tiene uno de esos rostros asiáticos que parecen no envejecer.

—Es la esposa de Ichimei. Alma nos contó que la conoció en el funeral de tu bisabuelo.

—No es la esposa de Ichimei, Irina, es la viuda. Ichimei murió de un infarto hace tres años.

—¡Eso es imposible, Seth! —exclamó ella.

—Murió más o menos en la época en que mi abuela se fue a vivir a Lark House. Tal vez ambas cosas están relacionadas. Creo que esa carta de 2010, la última que Alma recibió, fue su despedida.

—¡Yo vi a Ichimei en el hospital!

—Viste lo que deseabas ver, Irina.

—No, Seth. Estoy segura de que era él. Esto es lo que sucedió: de tanto amar a Ichimei, Alma logró que viniera a buscarla.

8 de enero de 2010

¡Qué exuberante y alborotado es el universo, Alma! Gira y gira. La única constante es que todo cambia. Es un misterio que sólo podamos apreciarlo desde la quietud. Estoy viviendo una etapa muy interesante. Mi espíritu contempla con fascinación los cambios en mi cuerpo, pero esa contemplación no es desde un punto distante, sino desde dentro. Mi espíritu y mi cuerpo están juntos en este proceso. Ayer me decías que echas de menos la ilusión de inmortalidad de la juventud. Yo no. Estoy disfrutando mi realidad de hombre maduro, por no decir viejo. Si me fuera a morir dentro de tres días, ¿qué pondría en esos días? ¡Nada! Me vaciaría de todo menos del amor.

Hemos dicho muchas veces que amarnos es nuestro destino, nos amamos en vidas anteriores y seguiremos encontrándonos en vidas futuras. O tal vez no hay pasado ni futuro y todo sucede simultáneamente en las infinitas dimensiones del universo. En ese caso estamos juntos constantemente, para siempre.

Es fantástico estar vivo. Todavía tenemos diecisiete años, Alma mía.

Ichi